

JUAN SCHOBINGER

INMIGRACIÓN Y
COLONIZACIÓN SUIZAS
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL SIGLO XIX

INSTITUTO DE CULTURA SUIZO - ARGENTINO / PUBLICACIÓN Nº 1
BUENOS AIRES

PA
9776

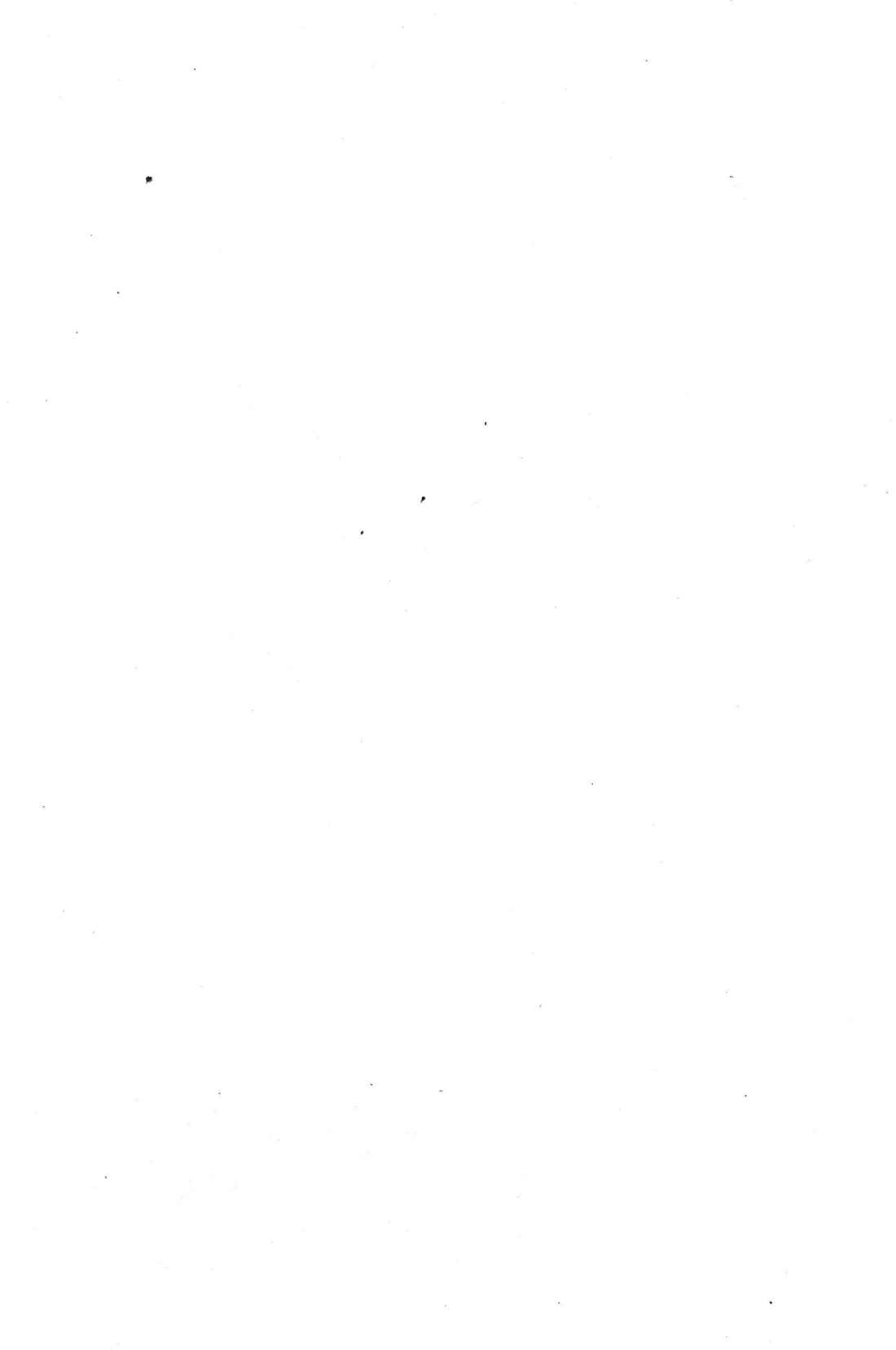


Bibl. cant. VS Kantonsbibl.



1010052043

PA 9776



Hedie' a mon compatriote Monsieur
Emile Brono. Affectueuxment.

Pilar, 7 Mars 1961

Emile Brono

INMIGRACIÓN
Y COLONIZACIÓN SUIZAS
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL SIGLO XIX

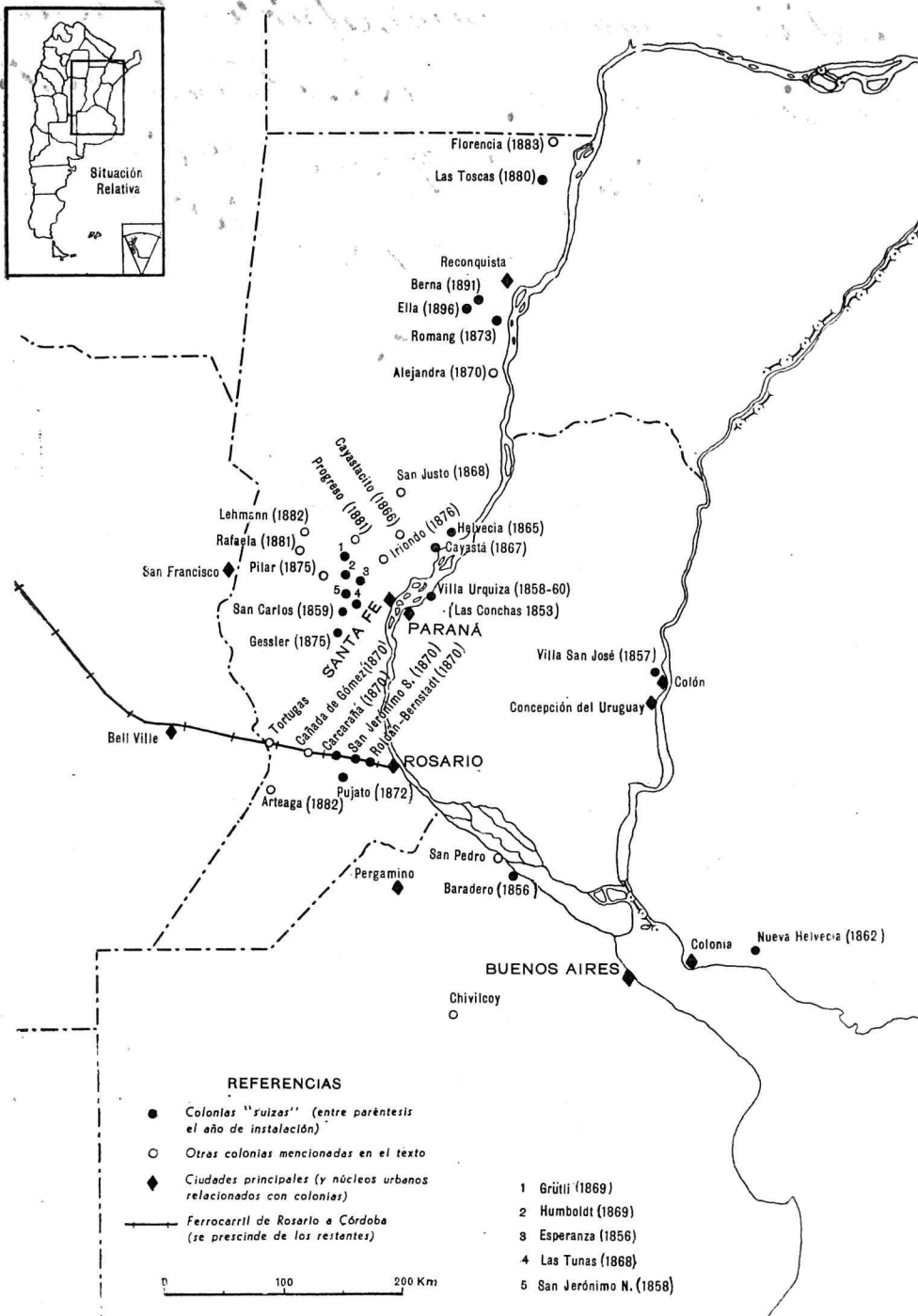
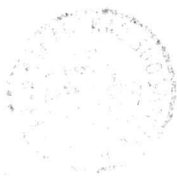


FIGURA 1. — Principales colonias de predominio suizo, fundadas entre 1856 y 1896.

JUAN SCHOBINGER

INMIGRACIÓN
Y COLONIZACIÓN SUIZAS
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA
EN EL SIGLO XIX



INSTITUTO DE CULTURA SUIZO-ARGENTINO

PUBLICACION No. 1

BUENOS AIRES 1952

PA 9776



61/1082

Hecho el depósito que marca la Ley número 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

Un núcleo de ciudadanos argentinos y suizos, deseosos de propender al acercamiento de la cultura de sus respectivos países, fundó en Buenos Aires, en 1940, el Instituto de Cultura Suizo-Argentino. Desde entonces y mediante conferencias, conciertos y exposiciones, el Instituto ha ido cumpliendo sus objetivos, proponiéndose ahora auspiciar la edición de obras encaminadas igualmente a permitir un mayor conocimiento mutuo entre Suiza y Argentina.

Ningún tema más propicio para iniciar la serie que un estudio sobre nuestras primeras colonias agrícolas, que datan de 1856, y que marcaron el término de una rudimentaria economía pastoril, en beneficio de una sólida economía agrícola-ganadera. En el origen y desarrollo de estas colonias predominaron los inmigrantes helvéticos, que formaron las primeras establecidas y ejercieron una influencia profunda sobre la política colonizadora en la segunda mitad del siglo XIX. La tenacidad y capacidad de trabajo de estos colonos, hicieron mucho para que la Argentina, que hasta entonces importaba la harina para su consumo, se bastara a sí misma y pudiera pronto, en 1878, iniciar la exportación de cereales.

En 1956 se cumplió el centenario de la fundación de las primeras colonias, las colonias "suizas", habiendo confiado el Instituto la preparación de un estudio sobre el particular al doctor Juan Schobinger, nacido en Suiza y radicado desde muy corta edad en la Argentina, cuya ciudadanía ha adquirido. Graduado en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires en 1954, el doctor Schobinger es actualmente profesor de Prehistoria y Arqueología en la Universidad Nacional de Cuyo. Su conocimiento de idiomas y la frecuentación de archivos locales y suizos, le ha permitido interiorizarse de la gestación y desarrollo de la emigración helvética a este país y tener acceso a muy interesantes documentos, algunos de los cuales se publican por primera vez en castellano.

DOS PALABRAS

Este libro tiene su origen en un amable encargo del Instituto de Cultura Suizo-Argentino, que me fuera transmitido durante mi viaje de estudios por Europa en 1955. Teniendo oportunidad de estudiar la documentación existente en Suiza sobre el tema (Biblioteca Nacional, en Berna, y Biblioteca de la Universidad de Basilea), y ofreciéndoseme la ocasión de aportar algunos aspectos del proceso colonizador aquí difícilmente accesibles, accedí gustoso a contribuir con un “granito de arena” histórico a las celebraciones que este año se efectúan.

La publicación, en traducción castellana, de algunas cartas de colonos de Esperanza y San Carlos, y de un relato anónimo sobre el viaje y estada en esta última colonia (v. Apéndice Documental), así como de datos y fragmentos de las memorias anuales de la Sociedad Suiza de Colonización Santa Fe, constituyen, a mi juicio, el aporte más valioso de este trabajo. Aquéllas son una muestra de la mentalidad y de los sentimientos de esos sencillos colonos extranjeros que dieron el primer impulso hacia la riqueza agrícola argentina.

Deseo aclarar que no se trata de la sola historia de las fundaciones que se conmemoran —las colonias agrícolas de Esperanza y Baradero—, ni tampoco la historia “en bloque” de toda la inmigración suiza hasta el año 1900 (ni, menos, la historia de la colectividad suiza en la Argentina). Nuestro estudio tendrá, como “centro de gravedad”, a las fundaciones colonizadoras de mitad del siglo como jalón fundamental de toda la inmigración helvética, y acontecimiento de trascendencia para la misma evolución económica y demográfica del país. La inmigración urbana es sólo tocada marginalmente; otros investigadores se encargarán de su estudio, así

como de los aspectos de la inmigración suiza durante el siglo xx. Así, pues, este libro podría haberse titulado: *Fundación de colonias agrícolas de suizos en la República Argentina, 1856-1859. Sus antecedentes y sus consecuencias.*

Debo recalcar que no es de ningún modo nuestro objeto intervenir en la vieja y fraternal, aunque no poco apasionada polémica sobre la prioridad de Esperanza o Baradero, asunto a lo sumo de interés para *los propios suizos*: saber qué grupo llegó primero al lugar de su instalación. Pero desde un punto de vista general, la cuestión no exige insistir una vez más en incómodos cotejos y prolijos parangones cronológicos. Las circunstancias son distintas y hay bastante gloria y mérito para ambas fundaciones. No obstante, creo que los hechos expuestos según la correspondiente labor de crítica previamente efectuada, contribuirán en algo a aclarar los términos del problema.

* * *

Sin menoscabar el rigor científico, se ha procurado facilitar en lo posible su lectura al no-especialista, destinatario de este estudio. Se han suprimido —salvo pocos casos— las referencias bibliográficas y demás aclaraciones en el transcurso del texto. Las mismas quedan relegadas a la sección *Notas*, al final del libro, con la indicación de la página correspondiente; se mencionan allí, asimismo, las principales fuentes utilizadas para cada capítulo. Para las citas, hemos elegido el sistema moderno de señalar únicamente el nombre del autor y la fecha de publicación de la obra, diferenciando con letras las aparecidas en el mismo año. La identificación completa debe verse en la lista bibliográfica que se halla al final.

* * *

Réstame expresar mi agradecimiento a todas las personas y entidades que han alentado y ayudado mi labor, empezando por el propio Instituto de Cultura Suizo-Argentino, presidido por el doctor ROBERTO E. GUYER. Al doctor RICCO LABHARDT y al señor JACQUES DE CHAMBRIER debo, sobre todo, valiosa colaboración en aspectos técnicos y en material bibliográfico, así como al doctor PETER ALEMANN. Al doctor ROBERTO ALEMANN agradezco haber puesto a mi disposición antiguas publicaciones y los primeros números de los periódicos *Argentinische Bote*, *Argentinisches Wo-*

chenblatt y *Argentinisches Tageblatt*, cuyo aprovechamiento minucioso, sin embargo, hubiera rebasado los límites de este trabajo. Inapreciables incitaciones he recibido de quienes, viviendo en los lugares hoy devenidos históricos, me han transmitido su entusiasmo por las cosas de esta tierra y de su proceso colonizador. Se hallan, entre éstos, los señores: J. ALEJANDRO BARBICH y JOSÉ ENRIQUE CHIAPPARA, de Baradero, y Pío JACINTO GUALA —presidente de la Comisión Conmemorativa del Centenario de Esperanza—, HORACIO CURSACK, y sobre todo JOSÉ PEDRONI, de Esperanza. Al señor ERNESTO NUSSBAUM debo algunos datos tradicionales sobre las colonias. De gran ayuda han sido, para la corrección del texto, las amables críticas formuladas por varios integrantes del Instituto de Cultura Suizo-Argentino, especialmente los señores JOSÉ PANDRA y PABLO PAYOT. Al doctor ADOLFO RUIZ DÍAZ agradezco una revisión general del texto en el aspecto literario. A todas las demás personas, instituciones y bibliotecas que han puesto material a mi disposición, también expreso mi profundo reconocimiento.

Es mi mayor deseo que este esbozo, pese a sus lagunas y defectos, contribuya en algo a la tradicional amistad entre la Argentina, mi país, y Suiza, el de mis antecesores.

JUAN SCHOBINGER.

Mendoza, junio de 1956.

INTRODUCCIÓN

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE MIGRACIÓN, EN ESPECIAL DE EUROPA A AMÉRICA. ANTECEDENTES Y CARACTERES GENERALES DE LA EMIGRACIÓN SUIZA ANTES DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX.

Desde que Friedrich Ratzel, el fundador de la moderna Geografía Humana, sentara que “las migraciones de los hombres sobre la tierra constituyen el hecho básico de la historia universal”, y que “todo lo que sirve para facilitar el movimiento de los pueblos acelera el curso de la Historia”, la atención de los estudiosos de los fenómenos humanos ha enfocado con preferencia los trasplantes de hombres de unos países y continentes a otros. El traslado definitivo de residencia que inmensa cantidad de europeos ha efectuado al continente americano, a partir de su descubrimiento y, en especial, después de la liberación de sus ataduras coloniales, constituye el fenómeno social tal vez más importante de los tiempos modernos. Es un hecho comparable a las migraciones de pueblos germánicos (“Invasión de los Bárbaros”), a principios de la Edad Media europea, en cuanto a sus consecuencias para la formación de nuevas comunidades nacionales.

Se calcula que unos 57 millones de europeos se instalaron en América en el período comprendido entre 1821 y 1938. Para dar una idea de la magnitud de esta cifra, digamos que corresponde aproximadamente a la población total de Europa en el año 1500, o a la de Alemania Occidental hoy día. Suiza, que no es país de masas, contribuyó en dicho período con la relativamente modesta cantidad de unos 400.000 emigrantes, según las estadísticas, aunque es probable que su número sea algo mayor.

Las migraciones pueden tener múltiples causas y asumir diferentes formas. En tiempos antiguos, oscilaciones climáticas o tectónicas, aumentos repentinos de población, invasiones o guerras, originaban directa o indirectamente (por hambres o epidemias que eran su consecuencia), desplazamientos de pueblos enteros o de gran parte de los mismos. Precisamente la fracasada migración del más antiguo pueblo de Suiza conocido históricamente, los *helvecios*, en el año 58 a. J. C., se hizo célebre por el admirado relato de su vencedor, el romano Julio César. El modelo legendario de las migraciones de los suizos nos es relatado, entre otros, por el célebre poeta Schiller en su "Guillermo Tell": Las gentes de un lejano país nórdico sufrían de gran escasez. Entonces decidió el consejo del pueblo que un habitante de cada diez, designado por la suerte, abandonaría su patria. Los sorteados emigraron hacia el sur, llegando hasta la ribera norte del lago de los Cuatro Cantones, donde se instalaron. Tal fué el origen del pueblo de *Schwyz*.

Esta leyenda, de raíz medieval y que probablemente refleja episodios de la citada invasión de los bárbaros en los siglos v y vi, es una muestra de cómo en todos los tiempos la falta o escasez de medios de subsistencia, o sea la superpoblación, ha sido el factor dominante de los traslados humanos. La superpoblación no la da el número de habitantes en sí, sino la desproporción entre éste y la cantidad y efectividad de los medios para satisfacer sus múltiples necesidades. Pero asociadas a los factores puramente económicos se hallan a menudo profundas causas espirituales, generalmente difíciles de discernir. Como dice con razón Lobsiger (1946), la emigración es un fenómeno humano, y no una simple necesidad material; es una manifestación psicológica tanto o más que una sumisión a las fuerzas económicas.

* * *

Consolidados los estados europeos a fines de la Edad Media, las migraciones que marcaban su comienzo quedan considerablemente frenadas, y toman, cuando existen, carácter más individual, o de grupos reducidos. Sólo por expreso llamado o permiso de los monarcas pueden los inmigrantes asentarse en sus dominios. Se distinguen tres momentos hasta el año 1800: el primero dura hasta aproximadamente fines del siglo xvi, y se caracteriza por la prohibición de hecho de la emigración, a excepción de los elementos indeseables y desplazados; franquicias especiales hay para los comercian-

tes y soldados. Como su nombre lo indica, estos últimos eran contratados *a sueldo*, y de esta fuente de riquezas y de expansión de sus sanas energías montañosas, hicieron abundante uso los suizos. Limitada su subsistencia a una elemental ganadería y agricultura arrancada penosamente a su agreste suelo, el servicio extranjero (*Reisläuferei*) constituyó, a pesar de sus aspectos criticables, un bien para la naciente Confederación. Además, los puso en contacto con la corte española, y quién sabe si entre los mercenarios que colaboraron en la Conquista de América, y concretamente del Río de la Plata, no hubo también suizos al lado del bávaro Ulrich Schmidel, primer cronista de estas regiones. El Conde del Pulgar describe a los piqueros contratados por Fernando el Católico como belicosos y valientes; "recorren el mundo para ganarse la vida, y *toman parte en las guerras que les parecen justas*. Son devotos, buenos cristianos, y consideran al pillaje como un gran pecado" (según J. de Chambrier; el subrayado es nuestro). Se supone que más de un millón de soldados suizos sirvieron en ejércitos extranjeros en el período aproximado entre 1450 y 1800, en su mayor parte en Francia.

Surgen luego las guerras y persecuciones religiosas que son la secuela de la Reforma, y así, desde fines del siglo xvi hasta principios del siglo xviii se producen preferentemente migraciones debido a estas causas. Digno de tenerse en cuenta es que, mientras la primera población europea de Sud y Centro América la motivó fundamentalmente la *sed del oro*, la de Norte América se produjo por familias deseosas de encontrar una nueva patria para poder allí ejercer la libertad de su espíritu. Otra migración semejante la efectuaron los hugonotes franceses perseguidos por Luis XIV. De 250 a 300.000 se trasladaron entre 1685 y 1700 sobre todo a Prusia, donde se les dió acogida y en donde fueron un fermento para la Alemania moderna.

Más de un siglo antes, un grupo de 15 ginebrinos, bajo la dirección del refugiado hugonote Jean de Léry, intentaron fundar una colonia calvinista en una isla situada en plena bahía de Guanabara, que entonces se hallaba bajo control francés. Más tarde se instalaron en tierra firme, donde erigieron un fuerte y una colonia llamada *Nueva Ginebra* (1567). La reacción portuguesa hizo efímero este primer intento colonizador suizo en tierras americanas, origen, sin embargo, de la ciudad de Río de Janeiro.

En Suiza se registran en el siglo xvii y principios del xviii fuertes emigraciones de *anabaptistas*, que se dirigieron sobre todo a

Alemania, Rusia, Inglaterra y a sus colonias de Pennsylvania y Carolina. En 1709-10 una emigración en masa de unos 5.000 campesinos del cantón de Berna se dirigió a Norteamérica. Que su estado llegó a ser satisfactorio, lo indica un folleto del año 1734, que hablaba de los "*nunmehr in der Neuen Welt vergnügt und ohne Heimwehe lebende Schweizer*" ("los suizos que viven gozosos y sin nostalgia en el Nuevo Mundo"), y a cuyo llamado acudieron nuevos contingentes que en el año siguiente fundaron o contribuyeron al poblamiento de las colonias de New Bern y Purysbourgh en Carolina del Norte.

Pero las emigraciones europeas tenían aún preferente carácter continental. Durante el siglo XVIII se produce el tercer momento migratorio, caracterizado por llamados expresos de ciertos monarcas deseosos de impulsar la economía y la población de sus reinos. Sus miradas se dirigieron con preferencia a los prolíficos y laboriosos pueblos del sur de Alemania y de Suiza. Federico el Grande de Prusia, María Teresa de Austria y Catalina II de Rusia, rivalizaron en atraer colonos para las zonas despobladas de sus dominios. Un episodio poco conocido es un reclutamiento de agricultores y artesanos efectuado por el progresista rey Carlos III de España para colonizar parajes de la Sierra Morena en 1767. Se les concedía libertad de culto —cosa extraordinaria tratándose de España, y que revela la postración económica a que había llegado. Unos 6.000 renanos y suizos acudieron al llamado de "uno de los más ricos monarcas de la tierra", pero pocos años duró la empresa, por la aridez del país, la falta de organización, y la incapacidad de muchos de los inmigrantes.

Otro ejemplo peculiar de migraciones continentales europeas lo constituyen las continuas expulsiones sufridas por los judíos. Éstos llegaron así a formar grandes núcleos en el antiguo Imperio de los Zares, en donde a su vez eran perseguidos con frecuencia.

La Revolución Francesa (1789) señala también en materia de emigración un jalón decisivo. Las libertades reconocidas al hombre implicaban también la de traslado y de emigración, contra la cual se habían levantado, como resabio feudal, expresas prohibiciones, que por su parte revelan el aumento de la emigración individual. En Suiza, dichas prohibiciones fueron sancionadas, por ejemplo, en los cantones de Basilea (1767), Zurich (1770), y Schaffhausen (1817). No se daban cuenta las autoridades de que la emigración comenzaba a tomar un nuevo cariz, provocado por la llama-

da Revolución Industrial y por su aliado el liberalismo económico que llevó al régimen de libre concurrencia incontrolada. Desde comienzos del siglo XIX tenemos, pues, el cuarto período de las migraciones europeas modernas. La tónica es dada ahora por el juego de prosperidad y de crisis, de altas y bajas, de que son presa en forma creciente los sectores más modestos de la sociedad. El desarrollo de la técnica y del capitalismo modernos, el aumento constante de la población (sobre todo urbana), que se adelanta al de los medios racionales para satisfacer sus necesidades, conduce a una progresiva proletarización. Ello origina movimientos sociales (idealistas como el de Owen, materialistas como el de Marx), revoluciones, y, en fin, emigraciones en masa sobre todo hacia los Estados Unidos, y en la segunda mitad del siglo también a los países templados de Sudamérica. Por otra parte, cobran impulso, a fines del siglo, las migraciones estacionales de trabajadores.

La independencia de las colonias británicas, españolas y portuguesas en América coincidió providencialmente con dicho proceso europeo. Su apertura a la inmigración sin restricciones —ya desde 1783 en los Estados Unidos (aunque sólo después de 1830 el caudal inmigratorio se hizo potente), y en la Argentina desde 1810 en teoría y desde 1852 en la práctica— significó no sólo su consolidación como naciones y la valorización de sus tierras, sino un aporte fundamental para la vida de la misma civilización europea.

Dicha coincidencia se explica, sin embargo, si tenemos en cuenta que, tanto los cambios científicos, económicos y sociales operados en el Viejo Mundo, como los cambios políticos en el Nuevo, son consecuencias de una profunda transformación mental. Trátese de una “apertura de horizontes”, cuyas etapas previas se hallan señaladas por el Renacimiento y la Reforma, el desarrollo de las ciencias naturales, la consiguiente Revolución Industrial iniciada a fines del siglo XVIII, y la Revolución Francesa.

No bien terminada la “era Napoleónica”, y a raíz de unas cosechas arruinadas que se sumaron a las enfermedades y a las miseria de post-guerra, prodújose en 1816-17 la primera migración en masa del siglo XIX. Si no se veía con buenos ojos el abandono del terruño (“*Bleibe daheim und nähre dich redlich!*” —“quédate en casa y aliméntate honradamente” —predicaban los clérigos), con mayor razón no recibían los emigrantes ayuda o protección alguna. La marea de gente hambrienta trató de dirigirse a los dos destinos abiertos por entonces: Norteamérica y Rusia. Muchos sucumbieron antes de

llegar a destino. Ferenczy calcula que se hallaban 4.000 suizos, entre los 15-20.000 emigrantes germánicos que se dirigieron en 1816-17 a los Estados Unidos. Las cosechas favorables de los años siguientes detuvieron temporariamente el empuje hacia el Nuevo Mundo. Entonces se fundaron, sin embargo, algunas colonias suizas, como la de New Vevey (Indiana), que fracasó (1824), y la de Highland, cerca de San Luis (originariamente New Switzerland), coronada, en cambio, por el éxito (1831).

Gradualmente la idea de la libertad de emigrar se fué abriendo paso. Surgió, empero, la egoísta idea de utilizar la emigración para desembarazarse de los elementos indeseables, o dependientes de la caridad pública. El arbitrio obligó poco a poco a los países receptores a imponer algunas restricciones a la inmigración. Pero el deseo de emigrar surgía y se propagaba con fuerza incontenible. Como la función hace al órgano, también la necesidad hace al explotador: comenzaron a proliferar agencias que se ocupaban de concertar el traslado ultramarino de los emigrantes, y aun de proporcionarles ocupación en las nuevas tierras; esto último a menudo con escasa seriedad. Surge en Norteamérica la figura aprovechada del *runner*. Resulta interesante ver la propaganda (así como la contrapropaganda) efectuada durante esos decenios para la emigración hacia pretendidos paraísos terrenales. A pesar de los muchos desengaños, siempre se halló —en el ardor de la juventud, la eterna sed de horizontes nuevos y de enriquecimiento fácil, el ansia de libertad o la desesperación del hambre— gente dispuesta a volar del nido.

Es entonces cuando se realiza la primera colonización suiza en la América del Sud, muy cerca de donde casi tres siglos antes intentarían establecerse los ginebrinos. Deseoso el rey D. Juan VI de Brasil-Portugal de valorizar y poblar sus tierras, concluyó un contrato con el friburgués Nicolás Gachet, quien efectuó seguidamente una activa propaganda entre sus connacionales. En julio de 1819, 300 familias formadas por unas 2.000 personas —muchas de ellas indigentes o incapaces, de quienes algunos gobiernos cantonales aprovecharon para desembarazarse— se dirigieron por Basilea y Amsterdam a la flamante colonia de *Nova Friburgo*, situada a 120 kilómetros de Río de Janeiro. Más de 300 personas murieron en el viaje, llegando 1.682 a destino. Múltiples factores impidieron el florecimiento de la colonia, que sin embargo no llegó a morir del todo. Tampoco tuvo mayor éxito la colonia *Leopoldina*, fundada en la misma época por capitalistas suizos en la provincia de Bahía.

Los Estados Unidos se hallaban, al promediar el siglo, en una pujante marcha ascendente. Inmensas extensiones se abrían hacia el Oeste, en espera de su valorización. Nada más natural que las miradas de tantos europeos se dirigieran hacia allí y no hacia otros lados, ya que únicamente inspiraba confianza dicho país de clima saludable, poblado por una raza afín y encaminado hacia un efectivo ejercicio de las prácticas democráticas. Nuevas colonias agrícolas suizas se sumaron a las anteriormente mencionadas: New Glarus (Wisconsin) en 1845; Berne (Indiana) en 1852; además New Helvetia, fundada en 1839 por Juan Augusto Sutter en California poco antes de su incorporación a los Estados Unidos. Claro está, el gran poder de asimilación de la nación del Norte produjo, tras pocas décadas, la completa “americanización” de estas colonias.

En cambio, Sudamérica —y concretamente, el Río de la Plata, de condiciones más favorables para la inmigración europea— se debatía en la desorganización y la lucha fratricida, lamentable consecuencia de la falta de “educación para la libertad” que había significado el sistema colonial español. Así, sólo después de la caída del tirano Rosas (1852) pudieron sacarse nuevamente a luz los pensamientos que mentes idealistas de los tiempos de la independencia ya habían esbozado (véase el capítulo siguiente), que Alberdi supo entonces condensar en la fórmula “Gobernar es poblar”. Coincidió ello con el comienzo de crisis económicas y otros inconvenientes para la inmigración en los Estados Unidos.

CAPITULO I

PRIMEROS COMIENZOS DE LA INMIGRACIÓN SUIZA AL RÍO DE LA PLATA. ESTADO DE SUIZA Y DE LA ARGEN- TINA HACIA 1850.

Antes de describir someramente el estado de la Argentina y del país helvético en la época del comienzo de la inmigración colonizadora suiza, debemos echar una ojeada atrás para tratar de rastrear la presencia de suizos en el Río de la Plata en los tiempos anteriores.

La difundida opinión de que la América colonial hispana fuera “terreno prohibido” para extranjeros es sólo relativa. En varios períodos —sobre todo al principio, en tiempo del rey español y emperador de Alemania Carlos V, así como en las décadas que precedieron a la Independencia— los extranjeros pudieron, *extrajurídicamente*, transitar, comerciar, y aun residir en América. Pero se trataba, a la verdad, de excepciones, o de incumplimiento de las severas leyes de Indias, aunque éstas se dirigían más que nada contra los “herejes”. De cualquier modo, no hay ningún indicio de la presencia de ciudadanos helvéticos (no religiosos) durante toda la época colonial. En cambio cabe suponer, como hemos dicho, que entre los contingentes mercenarios alemanes que fueron al Río de la Plata, se encontrara uno que otro montañés helvético. (No debe olvidarse que lo que es hoy la Suiza de habla alemana se hallaba incluída en lo que, siguiendo la antigua división romana, se llamaba la Germania Superior, o Alta Alemania.) Pero, como bien lo hace notar Zbinden, los soldados suizos tenían aversión por el servicio colonial, y “no les sentaban” los largos viajes marítimos y las peleas con los indios.

Tenemos, en cambio, pruebas de la participación activa de suizos en otro aspecto de la obra colonial hispánica: la llamada Conquista

Espiritual. En efecto, por Reales Cédulas de los años 1664 y 1674 se permite la entrada de jesuitas no españoles en las posesiones americanas, "que no se hayan de emplear en otros usos que los de predicar el Santo Evangelio a los indios". Ello era desde hacía tiempo una necesidad, y la vinculación de los reyes españoles con la casa de Austria favoreció la afluencia de jesuitas procedentes sobre todo de Alemania, donde dicha orden religiosa había alcanzado sólidas posiciones tras la Contrarreforma. Ellos contribuyeron al auge de ese extraordinario "Imperium in imperio" que fueron las Misiones Guaraníticas, cuyo idioma exclusivo era el indígena Guaraní, y que constituye el primer capítulo —desgraciadamente sin consecuencias para la posteridad— de la historia de la colonización agrícola en la Argentina. Comprendían, como es sabido, la parte oriental del actual Paraguay, la provincia de Misiones, el N. O. de Río Grande do Sul, y N. E. de Corrientes, y constituían a su vez una de las cuatro subdivisiones de la amplia provincia jesuítica del Paraguay (las otras tres eran la de Chiquitos en el S. E. de la actual Bolivia y extremo norte de la Argentina, la del Chaco, y la de los Pampas, en la actual provincia de Buenos Aires). Entre los contingentes germánicos llegados al Río de la Plata se hallaban varios clérigos procedentes de los cantones católicos de Suiza, cuyos nombres consigna el historiador jesuita Huonder y reproducen Sierra y Zbinden.

Trátase de los siguientes:

JODOCUS BACHMANN. Nació en Lucerna, y pasó al Paraguay en 1640, aun antes del permiso oficial para los religiosos extranjeros. Fué el primer misionero germánico que trabajó en la citada provincia eclesiástica; murió a poco de llegar, cuidando a los esclavos negros que habían contraído la peste en el viaje.

ANTONIO BETSCHON (1687-1738). Oriundo del Aargau (Argovia), fué profesor en el Colegio jesuita de Lucerna. Partió al Paraguay en una expedición en la que también se hallaban los PP. Pettola y Rechberg, en 1716-17. Dice V. Sierra: "Es, sin duda, una destacada personalidad la de este jesuita, cuyas observaciones y opiniones sobre cosas de las misiones gozan de alto concepto. En 1735 fué designado Superior de las misiones de Chiriguano. Durante muchísimos años actuó en las reducciones de los Guaraníes."

TOBIÁS PETTOLA (1685-1752). Nació en Charmey (Fribourg). Fué Superior de la reducción de la Concepción, donde falleció.

CARLOS RECHBERG (1688-1746). Era natural de Altdorf (Uri); llegó al Paraguay, como dijimos, en 1717. Fué procurador del Co-

legio de Tarija, en el sur de la actual Bolivia, llegando a ser Procurador General de la Provincia. Tenía grandes conocimientos en matemáticas y astronomía, y levantó excelentes mapas de las regiones en las que actuó.

JOSEPH IMHOFF (nacido en Coms, Valais, en 1681). También fue célebre geógrafo, levantando mapas en Chile y en el Río de la Plata. Descubrió muchas minas.

MARTÍN SCHMIDT (1694-1772). Nació en Baar (Zug), de ilustre familia. Es el más destacado de los misioneros suizos en la provincia jesuíta del Paraguay, a donde llegó en 1728. Permaneció 40 años en las misiones de Chiquitos, que florecieron gracias a su laboriosidad y a sus múltiples habilidades. Entre éstas figura la música: fabricó toda clase de instrumentos, inclusive órganos. Murió en Lucerna algunos años después de la expulsión de los jesuítas¹.

ANDRÉS ROTH (Hno.). Nació en Lucerna en 1727; era herrero. Pasó al Paraguay en 1748.

Es probable que algunos otros jesuítas procedentes de territorio actualmente suizo y entonces incluído eclesiásticamente en la "Germania Superior", hayan tenido alguna actuación en la provincia del Paraguay. Además, se citan algunos religiosos que se hallaban bajo jurisdicción del Perú, y que temporariamente estuvieron en la misión de Chiquitos. Tal los PP. Gaspar Deprato y Joseph Mayer. Tras la expulsión de los jesuítas de todos los dominios españoles por el rey Carlos III (1767), influído por las ideas liberales que aún en España comenzaban a abrirse paso, y temeroso del poder que habían alcanzado, la paciente obra de aquéllos se desplomó. La selva invadió los dominios que sólo 150 años después J. U. Martin, Moisés Bertoni y otros pioneros suizos volverían a valorizar con su esforzado trabajo.

* * *

Al fundarse poco después el Virreinato del Río de la Plata (1776), con capital en Buenos Aires, comenzaron por fin estas regiones a

¹ Dijo de sí mismo, en carta a un amigo en Suiza: "¿Qué clase de misionero es éste?, dirá usted al saber que canto, bailo y hago música. Pero precisamente por eso es que soy un misionero." Cuéntase que, hallándose de regreso en Lucerna, cruzaba en un bote el lago de los Cuatro Cantones en compañía de otro Padre. Éste le preguntó si se podría cruzar el océano con una barca tan pequeña. Pasando por alto la ingenuidad de su acompañante, el P. Schmidt respondió: "¡Oh!, si me fuera permitido volver a mis Chiquitos, yo intentaría gustoso la travesía en este mismo bote, en la confianza de que Dios me conduciría hasta mis hijos." (W. Lütge, W. Hoffmann y K. W. Körner, 1955, pp. 70 y 76 respectivamente.)

tomar cierta importancia. Una serie de hombres de labor progresista —Vértiz, luego Belgrano, Vieytes y otros— contribuyeron a preparar el ansia de libertad, paso indispensable para una mayor valoración económica y humana de este país cuyas inmensas posibilidades no había dejado entrever hasta entonces el interés de la Metrópoli, dirigido casi exclusivamente hacia el oro y la explotación indígena. A fines del siglo XVIII la población no-indígena, que se encontraba distribuída en algunos manchones de escasas comunicaciones entre sí dentro del actual territorio argentino, era de unos 310.000 individuos. “Si bien la ganadería es objeto de algún estímulo oficial y de preocupación particular, no sucede lo mismo con la agricultura, industria que exige una dedicación mayor. Las tierras del Río de la Plata se transforman en punto de tránsito para el comercio de monopolio entre la metrópoli y el norte del virreinato. Pero las tierras fértiles poco interesan. Los españoles eran guerreros, conquistadores, burócratas, pero malos agricultores” (*Schopflocher*). Su tendencia dominante en materia de tierras era la simple propiedad de grandes extensiones con su explotación hecha en forma no sistemática y, donde era posible, utilizando a los indígenas. Las obligaciones legales de población y cultivo en las estancias no eran cumplidas. “Ocupar, poseer, sin poblar” (*Sarmiento*), era la política (o mejor dicho, la falta de política) que en materia colonizadora caracterizó a todo el período anterior a 1810.

Los largos años de guerra y dificultades políticas que siguieron a la Revolución de Mayo, impidieron llevar a la práctica en escala apreciable aquello que ya la Primera Junta expresara en esta forma: “Los ingleses, portugueses y demás extranjeros que no están en guerra con nosotros, podrán trasladarse a esta tierra francamente; gozarán todos los derechos ciudadanos y serán protegidos por el Gobierno los que se dediquen a la artes y la cultura de los campos” (cit. por *Schopflocher*). Varias de las medidas liberales decretadas por los Triunviratos y la Asamblea del año XIII (igualdad de derechos para los extranjeros, facilidades para su labor agrícola, libertad de vientres y prohibición de introducir esclavos, supresión de los privilegios y extinción de los mayorazgos que mantenían la tierra sujeta a trabas de tipo feudal y hacían inevitable el latifundio), tendían a fomentar la inmigración. El coronel Pedro Andrés García fué encargado de la inspección de la frontera con los indios (que corría aproximadamente a lo largo del río Salado del Sur) y del estudio del suelo y la demografía de la provincia de Buenos Aires, para aconsejar

la mejor forma de valorizarla. En su informe presentado en el año 1813 al Gobierno, señalaba las favorables condiciones para una colonización agrícola intensiva, emitiendo acertados conceptos sobre lo que llamaba el crecimiento físico y el crecimiento político de un país. Pero, como dice *Schopflocher*, éstos constituyen sólo los primeros tanteos. "La política de fomento de la inmigración no es más que una expresión de buenos deseos... Seguían los viejos vicios. Ahora, el dueño de las grandes extensiones no era ya el acaudalado español, sino el caudillo influyente."

El Director Supremo Pueyrredón inició la política de ofrecer tierras en la línea de fronteras con los indios, con la obligación de poblarlas. El colono debía hacer, pues, de "carne de cañón" contra el aborigen azuzado por la misma civilización europea. Veremos que este sistema todavía se empleó con las primeras colonias suizas en territorio santafesino cuatro décadas más tarde. Los beneficiarios de esas amplias concesiones fueron casi siempre los militares meritorios, quienes se apresuraban a enajenarlas. La tierra en sí tenía muy escaso valor.

En el breve período en que Bernardino Rivadavia es la figura dominante (1821-1827), influido por las ideas liberales que asimiló en Europa, se realiza el más serio intento de colonizar el país. Para ello se crea la célebre ley de la *enfiteusis*, por la que el Estado concedía en forma vitalicia o por un número grande de años el usufructo de la tierra —considerada en principio propiedad inalienable de aquél— a quien directamente la trabajase. Éste pagaría un *canon* en concepto de arrendamiento. Dicha ley, que en teoría subsistió durante la época de Rosas, fué sin embargo desnaturalizada. Posteriormente a 1828 "los abusadores se acogen a las disposiciones de la enfiteusis, y mientras no cumplen con sus pagos exigen a sus subarrendatarios tasas que en el año 1852 representan doce veces el valor de su canon" (*Schopflocher*).

Fué en el período rivadaviano cuando se produjeron los primeros intentos de colonización por parte de elementos extranjeros. Para ello se envían agentes a Europa. Por una ley del 2 de agosto de 1821 se concede el pago de pasajes a los inmigrantes agricultores. El 13 de abril de 1824 se crea la primera Comisión de Inmigración, encargada de concertar contratos con colonos europeos y de asistirlos a su llegada. La forman 12 argentinos y 5 ingleses, y más tarde, también 2 alemanes. Rivadavia escribe a la Casa Hullet y Cía., de Londres, que su gobierno (de la provincia de Buenos Aires) estaría

dispuesto a acoger y prestar apoyo a los inmigrantes de cualquier punto de Europa, *especialmente a los procedentes del Norte*. Veremos que esta preferencia será reiterada por Aarón Castellanos. Sus fundamentos debieron ser la indolencia y subjetividad del elemento meridional que hasta entonces había poblado nuestras campañas, así como el ejemplo de la ascensión de los Estados Unidos, poblados por gente de ese origen. Tal vez hubo también una *idealización* del elemento nórdico.

La primera colonia agrícola formada con familias extranjeras en territorio argentino se debió a la iniciativa de los hermanos Guillermo y John Parish Robertson. Aceptadas las bases propuestas, llegan en 1825 unos 220 inmigrantes escoceses, a los que siguen posteriormente otros contingentes. Aunque debían instalarse en el sur de la provincia de Buenos Aires, por diversos inconvenientes terminaron por hacerlo en la estancia "Monte Grande" (origen de la población bonaerense del mismo nombre), llamándose colonia Santa Catalina. Desgraciadamente, pocos años después, arruinados los Robertson, la floreciente colonia se disgregó, y a partir de 1829 quedaron también anulados todos los contratos inmigratorios concertados con tantas dificultades. También fracasó un establecimiento fundado por la misma época en el S. E. de Entre Ríos (Calera de Barquín) a iniciativa de John Thomas Barber Beaumont, y que constaba de 200 familias británicas que llegaron bien equipadas (1824-26). Los colonos se vieron obligados a huir, víctimas de las dificultades políticas de aquella provincia, la guerra con el Brasil, y los atropellos de un alcalde ignorante. Un núcleo de colonos de este mismo empresario se estableció en julio de 1825 en San Pedro (provincia de Buenos Aires) ¹.

En la provincia de Santa Fe, el general Estanislao López, demostrando que era algo más que un vulgar "caudillo", procuró por su parte el fomento de la agricultura. Ayudó a la sociedad *Tanalay* (Maguin, Meyer y Cía.) en su labor encaminada a fundar establecimientos rurales al sur del río Coronda (1826). Pero aun no se tenía conciencia en el interior del país, de que sólo la inmigración europea podría impulsar aquella actividad. Así, al recurrir únicamente al elemento indio o gaucho, reduciéndolo a colonias, dicha empresa tampoco dió resultado.

¹ Ya en prensa este trabajo, se ha dado a conocer un informe elevado al Ministerio de Agricultura por una comisión de la Academia Nacional de la Historia, en el que se considera a esta colonia de San Pedro como la verdadera "primera colonia agrícola argentina".

Prescindiendo de otras tentativas, mencionemos finalmente una colonia de alemanes que, en número de unos 200, llegaron a Buenos Aires en abril de 1826. Habían escapado a duras penas de ser apresados por los brasileños frente a la costa hoy uruguaya. Se establecieron primero en la "Chacarita de los Colegiales", antiguo convento jesuítico situado en campos extra-urbanos de Buenos Aires. Las promesas del agente resultaron ser falsas o exageradas, y los colonos permanecieron un año inactivos en aquel lugar. Por fin, y a instancia de la Comisión de Inmigración, fundóse en sus alrededores el pueblo de *Chorroarín* (11 de marzo de 1827), que sin embargo no llegó a tener existencia efectiva. Falto de suficiente apoyo oficial, carentes de implementos agrícolas, mal vistos por el elemento criollo, la colonia alemana se disgregó¹. Muchos se establecieron en la capital. Al parecer, el país todavía no se hallaba maduro para la colonización rural europea.

La trascendencia de todas estas colonias fué nula o poco menos, pero constituyen valiosos antecedentes de la labor colonizadora iniciada definitivamente por los suizos en Esperanza y Baradero en 1856.

En 1830, poco después de su primera ascensión al poder, suprimió Rosas la Comisión de Inmigración, de la que en un principio había sido integrante. Su larga dictadura señala un solo caso de colonización extranjera positiva, representada por una colonia irlandesa establecida en la Ensenada (hoy puerto de La Plata). Pero tampoco tuvo mayor influencia económica y demográfica en ese ambiente retardatario y xenófobo. Como dijera Aarón Castellanos, el país soportó "una larga noche de veinte y cuatro años en cuyas tinieblas desaparecieron todas las empresas ya mencionadas, y el aspecto grandioso que había asumido... Así vino a quedar el país condenado a criar vacas y nada más".

¿Qué puede decirse de la inmigración suiza entre 1810 y 1852? El ejemplo poco edificante de Nova Friburgo en el Brasil explica la falta de participación suiza en los intentos colonizadores rivadavianos. Existió en cambio, sin duda alguna, inmigración suiza individual, al menos después de 1820, por más que no existan estadísticas al respecto y que la documentación sea muy escasa y vaga. Diversos hechos nos indican que algunos campesinos, artesanos, comerciantes y aun aventureros se dirigieron al Río de la Plata en

¹ Algunos de estos proyectados colonos fueron enganchados para la guerra con el Brasil.

esos años. Por de pronto, ya en 1818 dos jóvenes hombres de ciencia, Johann Rudolf Rengger y Marcelin Longchamp, llegaron a Buenos Aires con la intención de conocer estas regiones y estudiar su ubérrima vida biológica. Con el naturalista Aimé Bonpland realizaron algunas excursiones por la Pampa, antes de dirigirse desde Corrientes al Paraguay. Aquí permanecieron durante seis años semiprisioneros del dictador Francia. De su labor científica hablaremos en el último capítulo.

Zbinden cita el caso de la familia Glanzmann, de Marbach (Lucerna), que se dirigió en 1827 a Buenos Aires, pero que se vió obligada a regresar por haber zozobrado el buque en que viajaban. Aunque su intención declarada era pasar a Chile, el autor citado supone que venían atraídos por la propaganda de los agentes de Rivadavia. No es imposible que entre los citados alemanes de Chorroarín se encontrara algún suizo, mayormente teniendo en cuenta que el agente del gobierno bonaerense Karl Heine, realizó su propaganda en la Alemania meridional. Varios de sus apellidos "suenan" a suizos (Michel, por ejemplo). Poco después de 1830 hallamos en Buenos Aires a Louis de Chapeaurouge, nacido en 1811, de padres suizos; se dedica al comercio en representación de una casa de Hamburgo. Años después se convierte en estanciero. Johann Allemann, el futuro fundador del "Argentinisches Wochenblatt", recabó sus primeros informes sobre los países del Plata de un conocido que había estado en la Argentina a fines de la cuarta década del siglo.

En 1841 un núcleo de personas dedicadas al comercio y establecidas en Buenos Aires, fundó la "Sala de Residentes Extranjeros". Entre las 43 personas fundadoras de ese Club más antiguo de Sudamérica, hallamos a los suizos Louis de Chapeaurouge, Louis Monnet (casados ambos con sendas sobrinas de Dn. Vicente López y Planes), y Louis Muret.

Indicios más generales nos da la declaración de Karrer en su informe al Consejo Federal helvético, al decir que "ya mucho antes de las primeras menciones oficiales en 1857, emigrantes suizos habían tomado el camino del Río de la Plata". En 1822 había en la ciudad de Buenos Aires 3.749 extranjeros, y poco más en 1836. Raro sería no encontrar entre ellos algunos procedentes del país helvético. El primer censo federal, efectuado en marzo de 1850, registró también a los suizos residentes en el extranjero. De un total de 72.506, registrábanse 165 en *Sudamérica exceptuándose al Brasil* (en este último

país había 235). ¿Dónde se hallaría la mayoría de los mismos, sino en los países del Plata?

Finalmente el hecho de que, a instancias del ticinés Silvestre Antonio de Marchi (comerciante establecido en Buenos Aires) se creara aquí en 1834 el primer consulado helvético, a cargo del zuriqués Rudolf Sprünglin, confirma la existencia por entonces, al menos en la capital del país, de un cierto número de personas de esa nacionalidad dedicadas al comercio y al trabajo manual. Pero Sprünglin no logró hacerse reconocer por Rosas, a pesar de no existir ningún conflicto entre las dos Confederaciones. Ello es una muestra más del espíritu que privaba en esa época en la joven y desdichada nación.

* * *

¿Cómo se hallaba la situación en ambos países hacia mediados del siglo? Poco bastará para caracterizarla, después de lo ya dicho. Comencemos por la Argentina.

Nada más acertado para ello que los comienzos del "Facundo", escrito por Sarmiento en su exilio chileno en 1845. "La inmensa extensión del país es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. . . Al Sur y al Norte acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambre de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y las indefensas poblaciones. . ." Compara luego las soledades argentinas a las asiáticas y las tropas de carretas que las cruzan, a "las caravanas de camellos que se dirigen a Bagdad o Esmirna". También hay analogía entre el capataz de las primeras con el jefe de las segundas, que necesita poseer "una voluntad de hierro y un carácter arrojado hasta la temeridad". "Así es como en la vida argentina empieza a establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate." En contraste con los núcleos de extranjeros (antes mencionados), aseados, con flores, con "amueblado sencillo pero completo" y "los habitantes, en un movimiento y acción continuos", *la villa del interior* es, según la gráfica expresión del genial autor,

“el reverso de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables”; aunque agrega que “esta miseria ya va desapareciendo”.

Sólo Buenos Aires y las capitales de provincias del interior podían considerarse como núcleos sociales, como focos de civilización, precarios, ya que el sangriento predominio de los caudillos y montoneras —representantes de la barbarie de la campaña ganadera, según Sarmiento— los había eclipsado, provocando la destrucción de su incipiente economía y la emigración de muchos ciudadanos capaces. Aun en las húmedas y feraces llanuras del litoral, la economía se basaba casi exclusivamente en una primitiva ganadería vacuna y caballar; la cría lanar había sido prácticamente exterminada en 35 años de guerras civiles, y la del porcino tenía a lo sumo carácter doméstico. El cultivo de la tierra casi no se practicaba. Donde se lo hacía, era “sin plan concebido, sin organización y por agricultores sueltos” (*Cervera*). Algunos extranjeros, sobre todo alemanes, habían comenzado la siembra del trigo y la horticultura, así como la explotación láctea, en los alrededores de Buenos Aires; con ello aprovisionaban a la ciudad. Sólo en Buenos Aires se conocía el comercio exterior. Todo el país tenía por entonces poco más de un millón de habitantes.

Acerca de la evolución agrícola, nos instruye un interesante párrafo de Carlos Beck-Bernard, el fundador de la Colonia “San Carlos”: “En tiempo anteriores los terratenientes mantenían en los alrededores de las ciudades hermosas plantaciones de naranjos, limoneros, durazneros y otros frutales, también amplios cultivos de tabaco y algodón destinados al consumo doméstico y el comercio, campos de trigo y de batatas, así como huertas para el propio consumo. La vida estaba entonces organizada bastante patriarcalmente; cada familia poseía una pequeña colonia de allegados a la casa, medio niños, medio sirvientes, genéricamente llamados esclavos. Eran mantenidos por el amo de casa, sin recibir paga, y, aunque no eran explotados excesivamente, trabajaban en general bastante. Pero la esclavitud, cuya supresión fué en principio decretada ya en 1813, fué definitivamente abolida por la Constitución de 1853. No bien se vieron, pues, las familias reducidas a sus miembros estrictos, y obligadas a pagar a cada sirviente o trabajador, las condiciones cambiaron por

completo, y así debieron ser abandonadas todas esas plantaciones y cultivos”¹.

Extraordinario avance institucional y jurídico significó la Constitución sancionada en Santa Fe el 1º de mayo de 1853; pero, ¿cambió ella de por sí la faz humana del país? Por el contrario, nuevas disensiones separaron, durante varios años, a Buenos Aires de la Confederación Argentina. Fué en este período, sin embargo, que sacando fuerzas de flaqueza, la tambaleante y todavía “bárbara” Confederación supo abrir paso al futuro. Unos insignificantes puntos nuevos en el mapa, y un par de familias llegadas exhaustas desde sus lejanas montañas centroeuropeas a estas llanuras casi inconcebibles para sus mentes, abrieron la marcha, ya imposible de detener, de la transformación económica, social y demográfica del país argentino.

En Suiza, el período 1845-1855 se caracteriza por una serie de crisis en todos los órdenes. Además de la intranquilidad político-social y religiosa (que originó la guerra civil, afortunadamente breve, de 1847), se registraron malas cosechas y una baja en los precios de los productos agrarios, progresiva desocupación en la industria textil a raíz de los adelantos técnicos, crecientes clausuras aduaneras en los estados vecinos, etc. Los campesinos recibieron duros golpes a raíz del aumento del comercio internacional y de la competencia extranjera (introducción del ferrocarril en 1847). La división hereditaria de la propiedad rural hizo insostenible la situación de muchos. La introducción del telar mecánico dejó a uno de cada dos trabajadores textiles sin ocupación. Es también entonces cuando se cierra definitivamente la posibilidad del mercenariado. Regresan los últimos soldados al servicio de los reyes de Nápoles y de algunos estados alemanes, a raíz de la supresión de las capitulaciones militares ordenada por la Constitución Federal de 1848. Como dice J. de Chambrier, “la gran epopeya del servicio militar extranjero había terminado; comenzaba la de la emigración”. La cuestión obrera se hacía cada vez más aguda, y todavía no había sido encarada seriamente por los políticos y pensadores liberales de esos años. Se trataba, en fin, de la grave crisis que precedió al sobrehumano esfuerzo efectuado en las décadas posteriores para transformar la economía suiza en una “máquina” casi perfecta en la técnica, la industria y el comercio, como lo es hoy día.

³ Véase también nota pp. 206-207.

Todo ello origina una creciente ola emigratoria, que se dirige preferentemente a los Estados Unidos, atraída también por la fiebre del oro, desencadenada en California por el descubrimiento hecho en New Helvetia (1848). En el año 1854 dicha ola alcanzó su culminación, registrándose en las estadísticas suizas un número de 13.934 personas (otras cifras dicen, de 15.000 a 18.000); ello significó el 7 ‰ de la población helvética de entonces. Afortunadamente, se comenzaban a tomar algunas medidas de protección al emigrante, que se resolverían más tarde en una legislación emigratoria. Al lado de las agencias de emigración antes mencionadas, algunas organizaciones privadas comenzaron a ocuparse de la ayuda y orientación sobre la materia. Tales, las sociedades denominadas "Schweizerische Gemeinnützige Gesellschaft" (Sociedad Suiza de Ayuda Común), "Schweizerischer Grütliverein" (Sociedad Suiza del Grütli), y luego el "Schweizerischer Auswanderungsverein" (Sociedad Suiza de Emigración), fundada en 1865 y cuyo primer presidente fué Johann Allemann, quien también había actuado en las otras.

Fué en ese ambiente *caldeado* donde la propaganda —idealista pero también interesada— de Aarón Castellanos pudo, a pesar de los muchos obstáculos iniciales, encontrar su eco favorable.

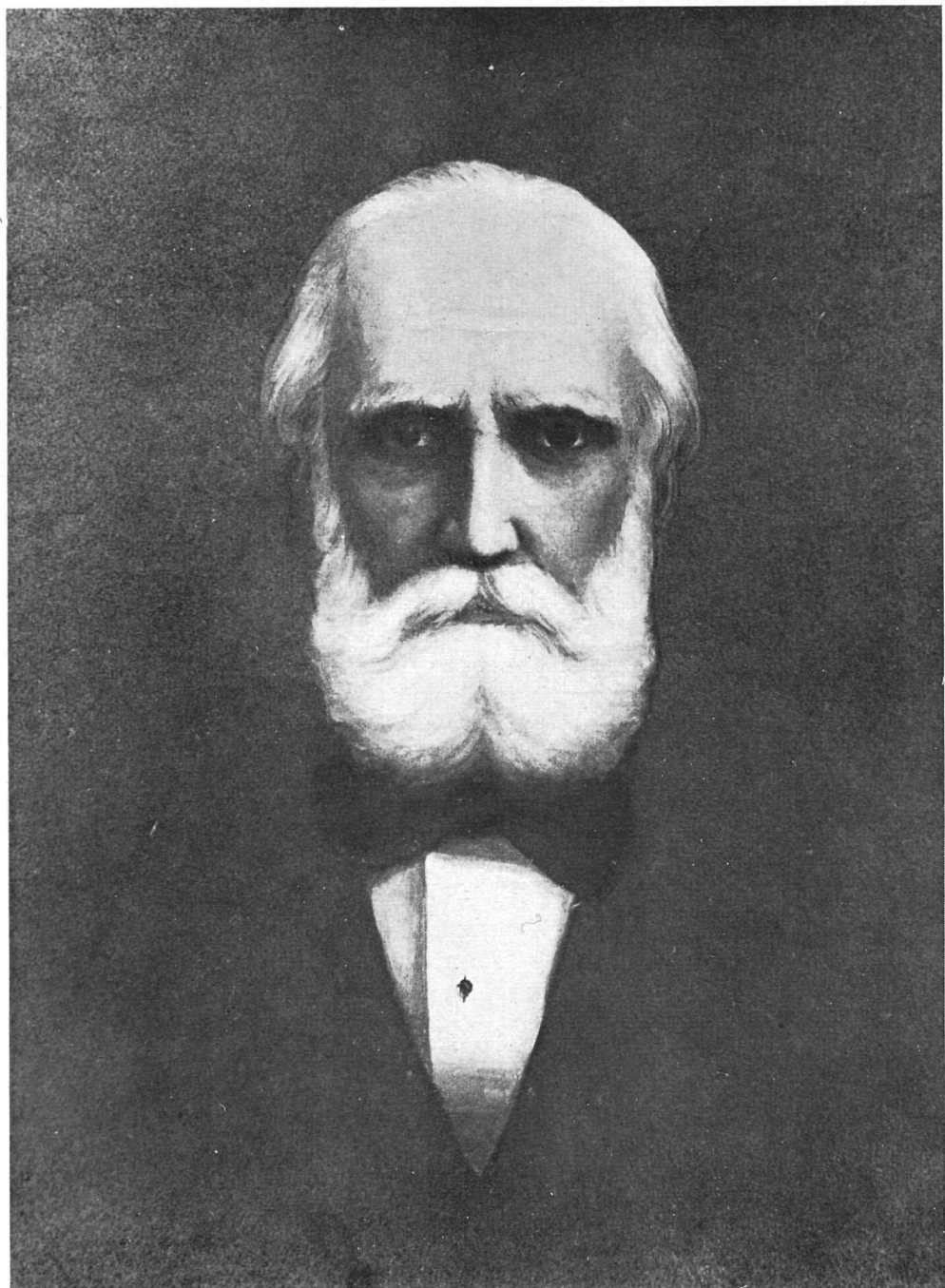
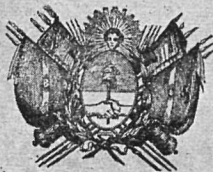


FIGURA 2.—Aarón Castellanos (1799-1880).
(Reproducción autorizada de "La Prensa", Buenos Aires.)

5 PESOS.



BUENOS-AIRES,

N.º del Registro.

Enero 28 de 1856.

PASAPORTE.

EL GOBIERNO DEL ESTADO.

Nación, *Uruguaya*
Edad, *41 años*
Estado, *Casado*
Profesion, *Labrador*
Domicilio, *[illegible]*
Estatuta, *[illegible]*
Cabellos, *[illegible]*
Frente, *[illegible]*
Ojos, *[illegible]*
Orejas, *[illegible]*
Nariz, *[illegible]*
Boca, *[illegible]*
Barba, *[illegible]*
Cara, *[illegible]*
Cabellos, *[illegible]*

Señales Particulares.

Firma del Otorgador.

Por cuanto ha concedido permiso a

Laudat

para que pueda pasar libremente a *Barradero*

Por tanto ordena a todas las autoridades civiles y militares de su dependencia, y a los que no lo son encarga que no le pongan impedimento en su viaje, sin justa causa. Al efecto se le ha expedido el presente Pasaporte, que solo tendrá valor por un mes contado desde su fecha.

Por autorización Superior,

EL JEFE DE POLICIA—

Cayetano M. Carrasco

FIGURA 3.—Pasaporte otorgado a uno de los fundadores (Pedro Liaudat) para trasladarse de Buenos Aires al Barradero. En el reverso se halla escrito: "Buenos Aires, Enero 28 de 1856. Preséntese en la Cap^a del Puerto. Carlos Orién. Comi^o". Más abajo: "Buenos Ayres, enero 28/1856. Anotado en la Cap^a del Puerto. Seguí."

CAPITULO II

LOS PRECURSORES INMEDIATOS. PRELIMINARES DE LA FUNDACIÓN DE ESPERANZA.

Ni la emigración de Suiza, ni la fundación de colonias en la Argentina en la década de 1850 son, pues, hechos casuales o aislados. Forman parte —y una parte de especial trascendencia para el futuro— del proceso de expansión del excedente humano europeo sobre los despoblados países americanos, así como de la imperiosa necesidad de éstos de poblarse y de *européizarse*. Ya hemos señalado las colonias suizas fundadas por entonces en los Estados Unidos; también en el Brasil se observa una renovación de los intentos en este sentido. En el mismo año cuyo centenario conmemoramos (1856), 90 inmigrantes suizos se instalaron como medieros en la colonia *Rio Novo* (São Paulo), a raíz de la interesada propaganda del senador Vergueiro. Muchos otros asentamientos surgen por esta época en el Brasil, que terminaron en su mayor parte en un fracaso, como sucedió con el ejemplo citado. Los alemanes pudieron desempeñarse mejor en sus establecimientos algo posteriores de Rio Grande do Sul.

Los ensayos colonizadores que mencionaremos como precursores inmediatos de la inmigración suiza organizada, pueden colocarse en una línea con los intentos de la época pre-rosista; son como un “decíamos ayer” que continúan tras una interrupción de 25 años la obra de los tiempos de Rivadavia. Ello puede verse hasta en el hecho de que aun continuaba en vigor —aunque desnaturalizado, como dijimos— el sistema de la *enfiteusis*. Estos ensayos no llegaron todavía a alcanzar el valor duradero de la empresa de Aarón Castellanos, y no podrían ser señalados como “primeras colonias”, tan poco como los que mencionamos de la época 1824-1828. El núcleo

de Baradero —al que se dedica el capítulo siguiente— puede ser considerado como la última acción de esta serie, la única dentro de la misma de éxito e importancia duradera.

El primero de estos precursores fué un médico francés, Augusto Brougues. Llegó al país en 1850, con el objeto de estudiar sus posibilidades para la recepción de emigrantes europeos. Preocupado por el creciente pauperismo agrícola que había visto de cerca en el meridión de Francia, su lugar de actuación, escribió a su regreso dos monografías. La primera resume sus observaciones sobre la República Oriental del Uruguay (1851), y la segunda ("Extinction du pauperisme agricole par la colonisation dans les provinces de la Plata") constituye un cálido elogio de las condiciones naturales de la Argentina para recibir a los labradores europeos; data de 1852. Sus ideas, surgidas de las necesidades de Europa, salen al encuentro de las de Alberdi, Sarmiento, Urquiza y de todas las mentes ilustradas y liberales que en ese mismo año, caído por fin Rosas el 3 de febrero, se aprestaban a construir la definitiva organización, y con ello la valorización económica y cultural del país. Dice el mismo Brougues que los gobernantes "comprendieron que la obra de la colonización en las provincias del Plata, bien organizada, es y será siempre la poderosa palanca de prosperidad y de grandeza en estas regiones". Así es como el propio Gobierno Nacional dispuso poco después la traducción de dichos opúsculos. En mayo de 1852 Luis de la Peña, ministro del gobierno provisorio del general Urquiza, llamó a Brougues, proponiéndole se encargara de la organización de un vasto plan de colonización en la provincia de Buenos Aires. Pero la revolución del 11 de septiembre del mismo año, que produce la separación de Buenos Aires del resto de la Confederación Argentina, da por tierra con dicho proyecto. Retomó la idea el gobierno de la provincia de Corrientes, a cuyo frente se hallaba el progresista Juan Pujol. A ello contribuyó tal vez la presencia del anteriormente citado Aimé Bonpland, quien, establecido en aquella ciudad, se ocupaba de propagar conocimientos botánicos y de técnica agrícola. De estas gestiones surgió el primer contrato de colonización posterior a Caseros, concertado entre Pujol y Brougues. Según el mismo, éste introduciría 1.000 familias compuestas de cinco personas en el término de diez años (200 cada dos años), con las que crearía colonias en la zona de la actual provincia de Misiones, entonces bajo jurisdicción de Corrientes (29 de enero de 1853). El gobierno se comprometía a proporcionar implementos agrícolas, se-

millas, alojamiento y algunas cabezas de ganado, cuyo importe debía ser reembolsado en un plazo de dos o tres años; en cada colonia habría de establecerse un gobierno municipal. El 12 de diciembre de 1854, establecido el gobierno constitucional de Urquiza, éste ratificó el contrato obligándose a su cumplimiento. Mientras tanto, Brougues había reclutado a sus colonos entre los necesitados labradores del sur de Francia, sobre todo en las provincias vascas. No hay noticias de la inclusión de suizos en estos contingentes. Sólo algo después, Aarón Castellanos comenzaba a desviar la atención de estos últimos, que se hallaba centrada en los Estados Unidos, para atraerla hacia el Plata.

El 25 de enero de 1855 llegó a la ciudad de Corrientes el primer contingente de unas 160 personas. (Habían partido 257 de Burdeos, pero entre la apreciable mortalidad infantil en la travesía y las deserciones en el camino —Montevideo, Las Conchas en Entre Ríos—, quedó sólo dicha cantidad.) Como sucedería con Esperanza, el gobierno correntino cambió el lugar de su emplazamiento por otro situado en las cercanías de la capital, en el puerto de Santa Ana, frente a la confluencia del Paraná con el Paraguay. Se lo llamó *San Juan*, en honor, seguramente, al nombre del gobernador. Otro contingente llegó a principios de 1856 (según periódicos de la época, salieron 250 personas de Montevideo —lugar de transbordo—, llegando en cambio sólo 104 a Corrientes en febrero, en la goleta “Asunción”); pero el gobierno no parece haberse hallado preparado para su recepción, ya que hubo de ordenar a un agrimensor que reconociera para su eventual instalación los terrenos situados en la margen opuesta del Paraná, es decir, en el Chaco. Ello revela una desorganización mayor aún que la que encontraron Castellanos y sus colonos al llegar a Santa Fe. Sin embargo, en mayo del mismo año hallábanse establecidas en la colonia San Juan 74 familias con unas 500 personas, provistas de su cura, el abate Ducasse, y de su maestro de escuela, habiendo obtenido ya tres cosechas de maíz. No obstante, la empresa terminó en un fracaso, provocado por dificultades políticas en la provincia, las maquinaciones del tirano paraguayo López, el aislamiento de la zona que dificultaba la colocación de los productos, la competencia de otros agentes colonizadores, la poca extensión de la tierra concedida a cada familia, y la misma diversidad de los cultivos que debían efectuar. Carlos Beck, que estaba al tanto de los entretelones de la política de aquel tiempo, afirma que —contra lo que se suele repetir— la simpatía del gobierno

por esta empresa era sólo fingida, y que el gobernador trabajaba secretamente para su destrucción. La colonia se disgregó en su mayor parte; algunos se trasladaron a Yapeyú, otros a Entre Ríos. Como bien dice M. Macchi, a pesar de esto, "la brecha estaba abierta para lo sucesivo. Brougues y la colonia San Juan marcan el comienzo de una etapa de significación para el país, cual es la que se refiere a la incorporación del elemento europeo a nuestro suelo".

Desengañado, con gráfica expresión criolla el doctor Brougues decía más tarde, refiriéndose a las empresas colonizadoras en la Argentina: "Yo había rastreado la liebre, y todo el mundo la corría después." No hay duda de que muchas de las empresas posteriores se inspiraron en la suya; el célebre contrato de Castellanos con la provincia de Santa Fe que luego mencionaremos, concertado menos de cinco meses después que el de Brougues, contiene en muchos aspectos términos casi idénticos.

Si a alguna colonia corresponde el honor de ser llamada "la primera colonia agrícola argentina" antes de las "clásicas" de Esperanza y Baradero —descartada San Juan y las de la época rivadaviana—, sería a la del arroyo *Las Conchas*, pequeño afluente del Paraná, a tres leguas al norte de la ciudad de este último nombre. En campos pertenecientes a la provincia de Entre Ríos, donde existían una serie de estancias llamadas del Estado, el gobierno provincial permitió el establecimiento de 15 ó 20 soldados vascos y alemanes que habían actuado en la batalla de Caseros; su director fué el coronel Manuel de Clemente, español (septiembre de 1853). Para principios del año siguiente se hallaba instalada, habiendo recibido los flamantes colonos, bueyes, implementos de labranza, semillas, tabaco y dinero en efectivo. Cervera sospecha que esa temprana generosidad de Urquiza se debe al deseo de alejarlos del ejército nacional. De cualquier modo, esta colonia agrícola-militar, además de pequeña (cada chacra no pasaba de 10 cuadradas, según Peyret), tuvo una vida precaria. Los soldados demostraron no servir para la lucha pacífica por el pan cotidiano, y el gobierno provincial se vió obligado a otorgar las tierras de la colonia —como también otros puntos de la provincia— a capitalistas europeos para ser colonizadas. En 1855 el alemán Rosenbrock se establece con su familia en el lugar, y luego otros, en parte antiguos pobladores franceses de San Juan. A partir de entonces parece insinuarse cierto progreso, que se manifiesta en la creación por el Gobierno Nacional de una escuela de primeras letras el 4 de agosto de 1857. Pero sólo en 1858 se funda una colonia agrí-

cola estable, esta vez con el aporte de un contingente de suizos (*Villa Urquiza*). De ello hablaremos en el capítulo IX. Si bien Las Conchas no puede ser considerada como una verdadera colonia organizada, “con leyes de creación, distribución y amojonamiento de tierras” (*Cervera*), este ensayo agrícola, al no morir del todo, y a despecho del posterior cambio de nombre, puede ser llamado (como lo quieren los entrerrianos), “la primera colonia agrícola del país”, con la misma o mayor razón o falta de razón que la de Baradero. Pero desde ya expresamos que estas competencias cronológicas menudas carecen para nosotros de toda importancia. La colonización agrícola en la Argentina es un *crescendo* continuo, que comienza con las Misiones Jesuíticas y culmina, iniciando su faz definitiva, con Esperanza y con San Carlos.

El tercer antecedente de la colonización suiza en esta década lo constituye el contrato celebrado por el anglo-francés John Lelong con el gobierno de Corrientes, sucediendo así a Brougues en los intentos de esa provincia (1855). Pero, por causas que desconocemos, Lelong demora el envío de sus colonos, con lo cual el gobierno correntino dió por caducado el contrato. ¿Pasión legalista o falta de interés en admitir nuevos “gringos”? Beck, cuya agencia de emigración organizó el viaje de estos colonos a fines de 1856 y principios de 1857, reprocha a Lelong el haber ocultado en Europa el vencimiento del plazo, a fin de sacar a toda costa provecho de la empresa. Sea lo que fuere, ésta quedó abortada por la terminante negativa del gobierno de Corrientes a recibirlos. Pero la muerte de una colonia dió vida a otra, como veremos al tratar la fundación de la colonia San José, que se formó con dicho plantel humano (ver capítulo VI).

Antes de entrar en el estudio de la inmigración colonizadora suiza —que cristalizará en 1856 en los dos primeros establecimientos agrícolas de real significación—, debemos mencionar dos hechos algo anteriores a éstos, que muestran otros aspectos del proceso económico-social que se estaba produciendo, y que tienen por escenario a la provincia (entonces *estado*) de Buenos Aires. El primero revela el despertar de la propia población argentina a la conciencia de sus derechos por un brillante porvenir agrario. En 1855 unos 300 labradores, vecinos del partido de Chivilcoy, sometidos a la mala aplicación del régimen enfiteútico, elevaron al gobierno un petitorio para pedir amparo y una ley que reglamentase la ocupación de las tierras en las que se hallaban establecidos. Gracias sobre todo

a la publicidad y a las gestiones de Sarmiento, obtienen finalmente la posesión de la tierra que trabajan, librándose unas 100.000 hectáreas de un arrendamiento estéril e injusto. La ley de tierras y colonización llamada "de Chivilcoy" (octubre de 1857), proveyó de campos con facilidades y poco costo a quienes los ocuparan y trabajaran. Constituyóse así también una vida municipal autónoma, que contribuyó al progreso de este sector del campo argentino. Los "aires de la libertad" comenzaban, por fin, socialmente hablando, a barrer a la época colonial.

El otro hecho se vincula con una realidad que no debemos olvidar, y que también incide en las peripecias de las primeras colonias santafesinas: la presencia, hasta pocas decenas de kilómetros de Buenos Aires, del indio. Pálido y "barbarizado" sobreviviente de los que por milenios fueran dueños de las extensiones americanas, su territorio era *área prohibida* para el poblador blanco, para quien alternaban los períodos de paz con la lucha y el saqueo. En aquel mismo año 1855, la precaria situación fronteriza llevó al gobierno bonaerense a ofrecer tierras para instalar colonias militares (como ya se había intentado en tiempos de Pueyrredón y Rivadavia). Fundóse así, a fines de enero y principios de febrero de 1856, la colonia "Nueva Roma", integrada por unos 350 soldados garibaldinos que formaban la "legione agricola", capitaneados por el coronel Silvino Olivieri. Esta colonia italiana se estableció a unas 8 leguas al norte de Bahía Blanca, sobre la Sierra de la Ventana. Poco dura este valeroso intento. A las privaciones, los ataques de los araucanos de Callvucurá y las intrigas, se suma la férrea disciplina de cuartel que impone Olivieri. Algunos meses después los colonos se sublevan, y tras asesinar a su jefe, a su asistente y a su capellán, se disgregan. Su temperamento no se avenía a semejantes experimentos.

El fracaso de Nueva Roma mostró que esta forma de colonización era en el fondo un modo de explotar al colono, poniéndolo en la precaria situación de tener que agregar a su dura labor la defensa de la frontera y de sí mismo. Para poder perdurar con éxito, y hasta no conjurar el peligro indígena en las extensiones argentinas, las comunidades agrícolas —pilares elementales de la civilización— debían establecerse en las cercanías de las ciudades del litoral. No obstante, el sacrificio de los legionarios agrícolas no fué en vano. En los años siguientes se repartieron tierras en la zona de Bahía Blanca y Carmen de Patagones, dando lugar a pequeños núcleos agrícolas que supieron mantenerse en aquellas peligrosas regiones. Más al

Sur, en el bajo valle del Chubut, se habría de instalar en 1865 la colonia galesa, esforzados *pioneers* de la incorporación de las soleidades patagónicas al patrimonio nacional.

* * *

Si a la organización y sobre todo al brazo de los suizos se deben los primeros impulsos efectivos para la transformación agraria de las llanuras litorales —y con ello, de todo el país argentino— la iniciativa para ello partió de un hombre de rancia cepa hispano-criolla: el salteño Aarón Castellanos. Sobre su personalidad se ha hablado —y poetizado— mucho. No es éste el lugar para ahondar en su personalidad y biografía. Digamos únicamente que Castellanos es el prototipo del hombre emprendedor, *homo oeconomicus*, de grandes ideales ligados a la tierra, a su transformación, a su progreso. Es el hombre para quien el idealismo se conjuga con la utilidad, quiere el progreso de su patria para participar, naturalmente, de él. Formado en la época rivadaviana, tenía escasamente 25 años cuando intentó, junto con otros, abrir el río Bermejo a la navegación desde su provincia hasta su confluencia con el Paraguay (1824): llegada allí la expedición formada con ese objeto fué apresada por el dictador Francia, quedando confinados sus integrantes durante cinco años en el Paraguay¹. (Recordemos la suerte parecida que, poco antes, habían tenido Rengger y Longchamp.) La empresa colonizadora flotaba ya entonces en su mente, y seguramente la tuvo en vista al participar en el fracasado intento del Bermejo. No en vano elogió fervorosamente las progresistas iniciativas de Rivadavia, y no en vano se lamenta de los sucesos posteriores:

“La guerra civil, con todos sus horrores, produjo al fin un Dictador con el nombre de Restaurador de las leyes que acababa de destruir, luego cambiándolo con el de Héroe del desierto, y finalmente reasumiéndolo todo se le confirió el de Jefe Supremo de la Nación, parodiando a Francia del Paraguay.

”Así vino a quedar el país condenado a criar vacas y nada más.

¹ Es errónea la afirmación de que el mismo Castellanos también hubiese estado preso esos cinco años en el Paraguay. Véase al respecto lo que dice en su folleto de 1877 (*Grenon*, IV, p. 16, nota 2), en donde sólo menciona a don Pablo Soria como accionista apresado. Además, las datos de que en 1826 contrajo matrimonio y que a principios de 1829 prestó una fuerte suma de dinero al gobierno de Salta —que nunca fué reintegrada— demuestran también que Castellanos continuó residiendo y trabajando en su provincial natal.

¿Quién habría osado proponer la continuación de la obra del puerto de la Ensenada con la ventaja del invento de ferro-carriles? ¿Quién iba a indicar siquiera la construcción de éstos en ningún punto de la República? ¿Quién, en fin, se habría atrevido a hablar tampoco de colonización para poblar nuestros desiertos que es el peor enemigo del país? Absolutamente nadie, porque tras una negativa silenciosa, pero segura, podía ser peligrosa también." Por ello Castellanos, como tantos otros, "sin esperanza alguna de ver empezado en el país lo que a gritos le pedía: ferro-carril e inmigración", se trasladó a Europa, donde fijó su residencia en París.

Se suceden los lustros, se transforma la faz social y demográfica de los países europeos, lo que culmina en los cambios políticos y económicos de mediados del siglo a que ya hemos aludido. Castellanos, desde su exilio, y cumplida ya la tarea que también lo ha llevado allí de educar a sus hijos, piensa con dolor y con impaciencia en su país fértil y despoblado, señoreado en sus dos tercios por el indio y el desierto. Ve de cerca la "Auswanderungslust" (deseo de emigrar) de que son presa gran cantidad de personas que por muchos motivos se sienten estrechos en su *habitat* secular, y que desde hace veinte años emigran en masa cada vez más compacta —dentro de lo que el escaso desarrollo de los medios técnicos permitía— a los Estados Unidos. Piensa con furia en ese tirano por cuya política de aislacionismo el común de la gente no sospecha siquiera la existencia de un país con las mismas ventajas naturales que la gran nación del Norte. Creen que, fuera de ésta, todo en América es indio. (¡Si hay en Europa quienes hoy día todavía creen esto, o poco menos!...)

La noticia de la caída de Rosas revivió al instante sus tronchados impulsos juveniles —tenía por entonces ya 52 años—, viendo por fin abierta la posibilidad de civilizar el país y de cumplir su ansiado sueño de convertirse en su principal gestor. El invento de Stephenson se había perfeccionado y consolidado por entonces, habiéndose ya tendido las principales vías férreas de Europa centro-occidental. Los artesanos se hallaban en crisis, y los pequeños agricultores, pauperizados. Esto ya lo había visto el Dr. Brougues, de cuyo viaje y publicaciones Castellanos quizás tenía noticias. Pero Brougues era europeo, y miraba desde este punto de vista los problemas: su éxito era más que dudoso; él, en cambio, conocedor a fondo de su tierra y de sus necesidades, ¡él tendría que tener éxito! Decenas de miles de colonos lo mirarían como a su benefactor; su fortuna se acrecen-

taría para nuevas empresas, y la Argentina futura lo veneraría como a un promotor de la grandeza nacional, en el momento favorable y necesario. Así podemos imaginarnos sus pensamientos.

No sólo inmigración, sino ferrocarriles, era lo que según Castellanos el país necesitaba. Éstos eran necesarios para que aquélla no cayera en el vacío. Por eso, lo primero que hace es dirigirse a Londres —sede, por entonces, de la industria y del capitalismo— para realizar los pasos previos a la concertación de un convenio para la construcción de un ferrocarril de Rosario a Córdoba. Las condiciones propuestas eran muy semejantes a las que se practicarían más de diez años después, cuando por fin se construye dicho ferrocarril. Obtenido el asentimiento en principio, embarcóse Castellanos para Buenos Aires.

Dos zonas se le presentaban como las más aptas para ser colonizadas por los europeos: la parte sur de la provincia de Buenos Aires —que incluía toda la zona patagónica— y la provincia de Santa Fe. Hasta tanto no se habilitaran los ferrocarriles que comunicarían el litoral con las provincias del interior, la población debía hallarse cerca de las grandes vías naturales de comunicación, es decir, el mar y los grandes ríos. ¿Por qué pensó en Rosario, entonces un pequeño villorrio, como punto de arranque de su ferrocarril? Fué porque, según el informe de un marino británico, hasta dicho puerto “podían remontar todo el año buques de diez y ocho pies de calado”, mientras que más arriba sólo llegarían en época de creciente. Rosario debía llegar a ser, por lo tanto, un lugar de salida de los productos de las provincias centrales y andinas, y también de Bolivia. Los hechos confirmaron esta previsión de Castellanos.

Su propuesta presentada seguidamente al gobierno de Buenos Aires es simplemente digna de un visionario: colonizar, sobre la base de una cesión de tierras, “el río Negro hasta la Cordillera, el río Chubut, y todo lo que fuera productivo hasta Magallanes”. ¡Cuán distinta sería nuestra historia de la inmigración europea y suiza si ese proyecto se hubiese llevado a cabo! Pero el Director Provisorio de la República (Urquiza) no se consideró con facultades para resolver sobre este proyecto, y poco después la revolución del 11 de septiembre de 1852, que separó a Buenos Aires del resto del país, lo dejó trunco. Por otra parte, si pensamos que sólo 30 años des-

pués la Patagonia entraría en posesión definitiva de los “blancos”, debemos reconocer que dicho proyecto era demasiado prematuro¹. Reiterada la propuesta al gobierno independiente de Buenos Aires, la contestación “extraoficial” —después de larga espera— fué singular: “que podía conseguir resultado empleando medios que directamente tocaban con la política”. Decepcionado, pues esos procedimientos “en manera alguna podían tener acogida en mi modo de ser”, según lo declara en su opúsculo citado, Castellanos decide jugar su segunda carta: se dirige a Santa Fe. Él mismo confiesa que el proyecto allí presentado “a nadie le era dado imaginar”. He aquí sus propias palabras, que lo describen mejor que otras, y que terminaron por cumplirse casi al pie de la letra:

“Propuse, pues, poblar el Chaco con mil familias agricultoras traídas de Europa; no para guardar sus fronteras ni sus haciendas, por que ni una ni otra cosa había, desde que los indios eran como dueños absolutos hasta de los suburbios de la ciudad; pero sí, para cubrir una parte de sus fértiles campos con agricultura, por cuyo medio sería una de las Provincias más ricas y pobladas de la Confederación, siendo como era entonces quizá, la más pobre en habitantes y capitales. Y que, además, las mismas colonias serían la mejor salvaguardia de los campos que quedarían a cubierto, para entregarse con confianza a la cría de ganados, multiplicando así su riqueza. Que por otra parte, a mi proyecto de colonización acompañaba también el de un ferro-carril a Córdoba, cuyos dos elementos formarían la base de la futura grandeza que le esperaba a la Provincia de Santa Fe.”

Podemos imaginarnos el efecto que produjo la propuesta del dinámico salteño entre los círculos cultos y gobernantes de aquella tranquila ciudad tan bien caracterizada por Lina Beck-Bernard, así como las resistencias y el escepticismo inicial, más aun conociendo la intención del colonizador de traer preferentemente a gente del centro y norte de Europa, gente lejana y desconocida, cuya mentalidad y espíritu de trabajo podían llegar a trastocar el orden tradicional. Pero hallábase al frente del gobierno Dn. Domingo Crespo, de intenciones progresistas, quien después de laboriosas conversaciones pre-

¹ No hubiera valido de mucho el utilizar la península de Valdés como “cuartel general para proveer de todo lo necesario a las futuras colonias en aquella apartada y solitaria región” (*op. cit.*, p. 25). Castellanos pidió la propiedad de dicha península en pago del dinero prestado en 1829, que había sido garantizado por el gobierno de Buenos Aires.

liminares, accedió a firmar el célebre contrato del 15 de junio de 1853, considerado con razón como *el acta de fundación de la primera colonia de agricultores europeos, duradera y de real trascendencia, establecida en el país*¹.

El Contrato, formado por 20 artículos, fué firmado por Manuel Leiva, Ministro General de Gobierno de la Provincia (en representación del Gobierno), por Castellanos, y por Estanislao López, José Iturraspe y Caracciolo de Larrechea como testigos, ante el escribano público y de gobierno Abraham Luque. El 6 de julio el gobernador lo aprueba (tras la sanción de la Legislatura); finalmente, el 15 de julio el Ministro de Gobierno pacta con Castellanos tres artículos adicionales. Este documento ha sido reproducido por entero en varias oportunidades, y no lo volveremos a hacer aquí. Destacaremos únicamente los puntos esenciales del mismo y de sus adiciones, siguiendo para ello a Razori (1945, III, pp. 460-461).

De acuerdo con el contrato, la provincia obligábase a lo siguiente:

a) Conceder para dominio privado (futuro de los colonos) o comunal (4 leguas cuadradas para pastoreo, rodeando la colonia propiamente dicha), la tierra fiscal necesaria para el asiento de cada colonia proyectada. La misma se dividirá, para cada colonia, en 200 "concesiones" de 20 cuadradas cada una (33 1/3 Ha.), o sea en total unas 6.670 Ha. destinadas al trabajo agrícola. Según el artículo 6º, dichas colonias debían instalarse "en la margen derecha del río Paraná, y en ambas márgenes del Salado, desde la altura del pueblo viejo de San Javier al Norte, cuyos parajes determinados serán elegidos por el señor Castellanos o su apoderado".

b) Suministrar a los labradores víveres, semillas y ganados, así como un rancho para su habitación inicial. El valor de estos gastos sería reembolsado por cada familia en los plazos del caso.

c) Obtener, del gobierno de la Nación, el servicio de remolque para el transporte de los emigrantes desde la rada de Buenos Aires.

d) Transferir al beneficiario la propiedad de dos fracciones de tierras públicas de 16 leguas cuadradas cada una, dentro también

¹ Nótese que no decimos necesariamente "de Esperanza". En rigor, la vinculación de este contrato con la Esperanza histórica no es del todo inmediata, puesto que esta colonia se estableció en contra de la disposición fundamental del contrato, de que debía situarse *en algún lugar del Chaco*, de fácil comunicación con la ciudad de Santa Fe, es decir, en el triángulo formado por el Paraná, el Salado y una línea indefinida al norte (véase el art. 6º del Contrato). Además, no se trataba de una sino de *cinco* colonias de 200 familias cada una.

Podría decirse que el Contrato no *funda* Esperanza, pero que *le da origen*.

de la zona de colonización. (Castellanos tenía el propósito, además, de establecer “crías de ganado vacuno y lanar”, de colonizar allí por su cuenta.)

Por su parte, el concesionario se comprometía ante la Provincia con las siguientes obligaciones:

a) Introducir mil familias “honestas y laboriosas” de labradores europeos. El texto instituye, como familia agrícola, un tronco de cinco personas, en su mayor parte varones, de más de diez años de edad y capaces de trabajar (artículos 1 y 2). Se preveía la posibilidad de que miembros de distintas familias se unieran para formar el número requerido para una concesión (artículo 3).

b) Radicar, dentro del plazo de dos años, un grupo inicial de doscientas familias y antes de diez años, todo el contingente. El término de esta última obligación se contaría desde la fecha de llegada de los primeros colonos.

c) Proveer a los inmigrados de todos los elementos necesarios para su traslado desde el país de origen hasta el sitio de la colonia, incluso gastos de viaje y alimentos.

d) Dirigir y asesorar a las familias hasta el instante de su afincamiento en la tierra.

El empresario quedaba también autorizado para realizar convenios privados con los colonos (artículo 5º), pero sin permitírsele recabar de cada familia agrícola “más cantidad que una tercera parte de sus productos, y esto sólo por el término de cinco años” (artículo 2º adicional).

José Iturraspe, amigo de Castellanos, quedó como su fiador y representante para todo lo que se refiriera a esta colonización.

No quiso Castellanos dirigirse a Europa para reclutar a sus colonos, sin antes avanzar en su segundo gran proyecto, la construcción del ferrocarril. Tras recibir en Buenos Aires la seguridad de su participación en la empresa por parte de “una docena de amigos, todos capitalistas”, regresó para entrevistarse con el Gobierno Nacional, que acababa de instalarse en la ciudad de Paraná (1854). De sus entrevistas con el ministro de Hacienda Mariano Fragueyro surgió un proyecto de “empresa mixta” para la construcción del ferrocarril propugnado por Castellanos. En conversaciones algo posteriores, éste manifiesta al Gobierno su intención de “traer gente del Norte de Europa por considerarla más pacífica, pues la del Mediodía, aun en pequeño número existente en el Río de la Plata, la habíamos visto tomar parte en nuestras guerras civiles, y no quería

que mis colonos hicieran lo mismo, en caso de una nueva convulsión". Refiriéndose a esos países cuyos habitantes "no conocían ni el nombre de comarcas tan lejanas", expresó la necesidad de que el Gobierno Nacional se hiciera solidario del contrato que había efectuado con la provincia de Santa Fe, a fin de inspirarles mayor confianza. En efecto, apoyado por el entonces ministro de Relaciones Exteriores, Juan María Gutiérrez, el contrato quedó garantido por el gobierno de la Confederación el 1º de junio de 1854, casi un año después de haber sido concertado. "Algo más —agrega con un dejo de melancolía Castellanos en sus memorias—; era tal la animación que dominaba a los espíritus sobre mi ferrocarril y mis colonias, que todo el mundo deseaba verme volar en la prosecución de ambas cosas." Quedó entonces oficialmente autorizado para concertar en los círculos financieros europeos una colonización en gran escala en la Confederación Argentina, sobre la base de una cesión de tierras públicas. Satisfecho, el colonizador viaja a Europa.

Las gestiones efectuadas por Castellanos en la segunda mitad de 1854 y durante el año 1855, no se refirieron únicamente a ese plantel de 200 familias que habrían de fundar Esperanza —primera de las cinco colonias que debían establecerse en el Chaco santafesino—, sino a un gran proyecto que era, en realidad, la meta de sus aspiraciones¹, y para el cual —nótese bien— había sido expresamente autorizado por el Gobierno. Se trata de la colonización *de todo el triángulo formado por los ríos Paraná, Salado y Bermejo*. Obtuvo, por fin, y cuando ya había sido reclutada la mayoría de las familias para aquella primera colonia, la aprobación de una respetable empresa financiera de París; en el contrato realizado "se estipulaba que en el término de quince años se debían introducir familias agricultoras hasta la concurrencia de sesenta mil individuos en los terrenos que con el mapa a la vista se delinearon en el Chaco".

Cuando, a fines de abril de 1856 Castellanos regresó al Río de la Plata, encontróse con una desagradable sorpresa. Cedámosle una vez más la palabra: "En diez y ocho meses habían cambiado completamente las ideas en materia de inmigración. Desde que regresé de Europa advertí que corría por lo bajo, en algunos círculos y entre los congresales mismos también, *que la aglomeración de extranjeros no convenía, porque se corría el riesgo de que ellos se*

¹ Dice Castellanos: "Mi objeto era traer centenares de miles de inmigrantes y por nada de este mundo me habría comprometido por sólo doscientas familias para vejetar con ellas. Era asunto sobradamente menguado para mí" (*op. cit.*, p. 40).

apoderasen del país, y que era preciso desparramarlos. Creyendo, o aparentando creer semejante absurdo... , fué desechado el contrato hecho a nombre del Gobierno Nacional."

Así terminó uno de los proyectos más audaces de poblamiento del desierto argentino. Quedaba sólo —ya que allí no cabía echarse atrás, pues los colonos ya habían arribado o se hallaban en camino— el proyecto santafesino. También éste fué sabotado, como veremos, y cabe estar agradecidos de que, al menos, haya quedado fundada la "colonia de la Esperanza". Pero ésta hizo honor a su nombre, pues llegó a ser "cabeza de puente" para la inmigración campesina, para la subdivisión de la propiedad estéril, y para la valorización agrícola del país argentino; en una palabra: la Esperanza en un futuro mejor.

A cien años de distancia, permaneciendo aún gran parte del Chaco apenas poblado y cultivado, cabe suponer que el proyecto "grande" de Castellanos hubiera sido poco menos que imposible de realizar, siquiera en parte. Basta pensar en las enormes dificultades de toda índole que salieron al paso del proyecto "chico". Pero bastó el cumplimiento de su primera parte, la fundación de su primera colonia prevista, para que —aun desechadas las otras cuatro— brotaran las ramas del árbol colonizador, robustecido sobre todo por la acción de tres suizos estrechamente vinculados a dicha colonia: Carlos Beck, Teófilo Romang y Guillermo Lehmann. Así, a la larga, el proyecto "grande" de Castellanos se fué realizando sobre bases más firmes. A ello dedicaremos los próximos capítulos.

CAPITULO III

LA PROPAGANDA DE CASTELLANOS EN EUROPA. FRUTO INDIRECTO DE LA MISMA: LA "COLONIA SUIZA" DE BA- RADERO (PROVINCIA DE BUENOS AIRES).

Como base inmediata de su gran proyecto colonizador, Aarón Castellanos inició en Europa las gestiones para cumplir el convenio con el gobierno de Santa Fe del 15 de junio de 1853. Para obtener el material humano destinado a sus colonias, púsose en contacto con varias agencias de emigración, a quienes confió la tarea de propaganda directa, la concertación de contratos con los interesados, y su ulterior embarque. Quedaron, como subagentes de su empresa: Vanderest, director de la "Agencia de Emigración Universal", en Dunkerke; C. H. Textor en Francfort del Main, y Beck & Herzog en Basilea, la que algunos años antes había comenzado sus actividades. Allí vemos, pues, representados tres países centro-occidentales de Europa (llamados por Castellanos "del Norte" en oposición a las regiones mediterráneas). Dichas agencias darán a conocer el contrato de Castellanos con la provincia de Santa Fe, encargándose por su parte de la propaganda para la emigración a la Argentina, en estrecha colaboración con aquél. Así, por ejemplo, la firma Beck y Herzog efectúa la traducción alemana de un folleto de 80 páginas escrito por Castellanos, titulado "Breves consideraciones sobre la República Argentina", en el que describe las condiciones físicas, económicas y sociales del país, dando cuenta de sus enormes posibilidades. Bien documentado, este opúsculo revela las apreciables dotes intelectuales y literarias del autor. Sus páginas finales contenían cartas recabadas en parte por el mismo Castellanos, conteniendo, naturalmente, opiniones elogiosas de la Argen-

tina. También incluyó el informe de 1813 del coronel Pedro Andrés García, que hemos citado en el capítulo I. El folleto circuló —en versión francesa y alemana— por Suiza, Alemania y Francia. El 30 de mayo de 1855 la Agencia de Vanderest publicó una extensa “Circular”, que comienza dando cuenta de la repentina disminución del flujo inmigratorio a los Estados Unidos (recordemos que en 1854 salieron casi 14.000 personas de Suiza, y sólo 4.759 en 1855). Las causas eran, no tanto la disminución del mal estado de la economía social centroeuropea, sino de “la crisis que continúa paralizando el comercio industrial de la Unión Americana” y otros factores desfavorables, comunicados por los emigrados a sus familiares. La Circular destaca luego las ventajas ofrecidas por “el señor Aarón Castellanos, ciudadano argentino”, a los colonos que quisiesen establecerse “en la costa derecha del río Paraná y en las dos del Salado, en la provincia de Santa Fe...”. También aquí se transcribe una serie de cinco cartas. Poco antes, el 15 de mayo, Castellanos había firmado el convenio con Vanderest, el que, junto con el contrato del primero con el gobierno santafesino, fué registrado el 21 del mismo mes en el Ministerio del Interior del entonces Imperio Francés de Napoleón III.

Por otra parte, en marzo del mismo año, Vanderest solicitó del Gobierno de la Confederación su nombramiento como Cónsul de la Argentina con residencia en Dunkerke, a fin de facilitar con esa mayor autoridad la emigración hacia este país. Reiterado dicho pedido en su carta del 6 de junio, a la que acompaña la Circular que ya hemos mencionado, accedióse a ello, y encontramos con fecha 17 de septiembre de 1855 el decreto pertinente.

Si pensamos que el día 7 de junio ya comunicaba Castellanos a su comisionado Iturraspe que la expedición de mil colonos se hallaba pronta, debemos suponer que exageraba, en su optimismo, al ver que el contingente se estaba completando¹; pero, también, que su propaganda había comenzado varios meses antes del convenio con Vanderest. Es durante esos primeros meses de 1855 cuando Castellanos se trabó, prácticamente solo, en lucha contra el prejuicio

¹ Tenemos una prueba fehaciente de ello en el hecho relatado en sus memorias por una fundadora alemana de Esperanza, de haber suscrito sus padres el contrato de colonización con Vanderest y Textor *en el otoño de 1855* (Schuster, II, p. 197). Por otra parte, en nota final a su Circular antes mencionada, Vanderest recalca que para las primeras expediciones “sólo se admitirán compromisos hasta el 25 de agosto”. Véase también lo que dice el mismo Castellanos en la página 129 de sus memorias de 1877.

Abonnementspreis.
Der Post franco durch die ganze Schweiz:

Jährlich 4 Fr. — Kr.
Halbjährlich 2 — —
Vierteljährlich 1 — —

Befehlungen nehmen an alle Postämter und die Expedition des „Kolonisten“.



Verlärungsschiffe:

10 St. die einpaltige Preitelle. Bei mehrmaliger Wiederholung tritt eine Preisermäßigung ein.

Der „Kolonist“ erscheint regelmäßig alle Samstage.

Der Kolonist.

Organ für die schweizerische Auswanderung, insbesondere nach Nord- und Südamerika.

N. 26.

Samstag den 28. Juni.

Lichtensteig.

Druck und Expedition von J. H. Walle.

Sechster Jahrgang.

1856.

Abonnementseinladung.

„Der Kolonist“, welcher nun die zweite Hälfte seines schönsten Jahrganges antreift, ladet hienüt zu jahreslangem Abonnement ein.

Der „Kolonist“ ist ein Organ für die schweizerische Auswanderung und beforcht als solches sowohl die ästhetischen Verhältnisse, als auch die namentlich Mittheilungen über sämtliche Länder, welche die Ziel sind. Neben Nordamerika, das dem Europäer schon seit längerer Zeit geringe Ausichten bietet, wird er die Blicke seiner Leser auf die bisher vorzugsweise auf Brasilien gelenkt, und zwar insbesondere auf jene Halbinselkolonien in San Paulo, die sich bis jetzt als einzig praktische Lösung der Auswanderungsfrage bewiesen haben. Ebenso wird er fortfahren, nach bestem Wissen und Gewissen vor der Ueberföhrung nach solchen Ländern zu warnen, in welchen die schweizerischen Auswanderer nicht dem geträumten und ihm vorgespiegelten Glück nur Elend und Verderben erwarten, wozu immer noch reichliche Gelegenheit geboten ist. — In einem unterhaltenen Kreislaut bringt er Erzählungen, Schilderungen etc., aus diesen Ländern, nach welchen die schweizerische Auswanderung geht.

Der „Kolonist“ kostet halbjährlich 2 Franken, vierteljährlich 1 Franken, mit der Post franco durch die ganze Schweiz. Eine Befestigung unseres Blattes mit der in Ihren wöchentlich erscheinenden Auswanderungszeitung ergibt, das es mehr als doppelt so billig ist, als die Abonnementssubskription des „Kolonist“ bei um die Hälfte arößerem Format und viel gediegenerem Satz doch nur zwei Dritttheile von dem Preise jener beträgt.

Den bisherigen Lesern unser Blatt auch ohne besondere Bekundung wieder zugesandt und die Geböhr mit der Nummer 29 nachgenommen. Neue Abonnenten mögen sich an das nächstgelegene Postamt wenden oder in frankierten Briefen an die

Expedition des „Kolonist“ in Lichtensteig.

Die Auswanderer nach Santa Fe.

Wie man vernimmt, sind die für Santa Fe bestimmten Schiffe dort mitgenommen worden. Sie sollen auf einen englischen Schiffe befördert und auf sogenannte Tage verpackt worden sein. Wie der andere Schiffe werden aber der Fremantle kaum auf 60 Tage ausgereicht haben, und da die Reise 90 Tage dauerte, so sollen viele Passagiere dem Hungertode übergeben sein. Wohlgedacht erlangen wir bald Näheres darüber.

Diese und ähnliche Nachrichten über das Schicksal unserer nach Santa Fe bestimmten Auswanderer werden wohl dem Leser, das dieses Heft abgibt, geläufig sein, wenn wir auch nicht ohne Ursache sagen können, dass es schon um, das ein einer Zeitung von Buenos Ayres einmündet Artikel mit der Ueberschrift „Kolonisten in Santa Fe“ nicht ohne Grund die Rede im „Kolonist“ gefunden ist. Wenn aber dieser Artikel die vor der Zeit heftigen Stimmen Nachrichten übersehen soll, so halten wir ihn wenigstens in einem Punkte für zu Berichtigung sehr geeignet und sind so frei, indem wir ihn abdrucken, die betreffende Stelle, welche der „Kolonist“ nicht gegen den Willen des Verfassers mitführen ließ, dem Auge der Leser etwas ausführlicher zu machen. Der Artikel lautet wie folgt:

Dr. Dr. Juan Callesano, welcher mit dem letzten Dampfschiffe nach Europa kam, erzählt sehr Angenehm die Ankunft des Schiffe, das die letzten Kolonisten bringen soll, die er in Europa für die Kolonie Santa Fe engagiert hat (etwa 1400). Die Schweizerischen, mit welchen Dr. Callesano in Europa zu kämpfen hatte, waren ungeheuer, und wir müssen aufrichtig gestehen, das wir einen Augenblick gefürchtet haben, dieselben würden ihn von seinem Vorhaben zurückführen, was jedoch Dank der Beharrlichkeit und Charakterfestigkeit des Dr. C., überstanden, welche unter den Umständen unserer Väter sehr selten zu finden sind, nicht der Fall gewesen ist. Die größte Schwierigkeit, Kolonisten für unser Land zu finden, besteht in dem schlechten Klimate, welches herrscht in der alten Welt gemäss. Man glaubt denn, das mit der Bewölkung der lauren Revolutionen zu seinem Frieden und in seiner Ruhe gelassen und das die Behauptung der Anarchie und den Unvollkommen angestreift seien. Die Nachrichten, welche die Dampfschiffe aus Südamerika bringen, sind für uns gewöhnlich ungenügend und brüchig, wenn überhaupt. Und da andererseits die geographische Lage unserer Länder nicht genügend bekannt ist, so vermehrt sich am ehesten die Furcht, in welchen die bevorstehenden Anstrengungen, deren die europäische Presse erobert, hinzugefügt haben. Man glaubt z. B. allgemein (1), das der Staat Buenos Ayres und die Argentinische Völkergemeinschaft ein und dasselbe seien, wofür die Länderkomplex man den Namen Kalifornien gibt, und eine Revolution in Montevideo wird als ein argentinischer Bürgerkrieg angesehen. Wenn man

allen diesen Katastrophen noch hinzufügt, das brasilianische und andere amerikanische Regierungen ihre Widersprüche zu uns nicht nur größer vergrößern und dadurch die auswanderungsfähige Bevölkerung in ihre Länder zu ziehen, so wird es leicht erklärlich, wie viele Einwanderer Dr. Callesano zu überreden hatte, um sein Unternehmen zu unterstützen. Die Kolonisten, welche jedoch trotz alledem abgereist sind, sind in dem ihnen anvertrauten Präsidenten (?) Vande mit der Art und Weise, wie den Augen die entsprechenden Berichtigungen ein Verlangen gestellt wurde, sehr unzufrieden. Wir müssen uns entschließen, das dieser Brief nicht abgedruckt werden soll, er war der schwärzeste und ungesund der möglichste. Der größte Theil der Kolonisten, welche Dr. C. engagiert hat, besteht aus Deutschen und Schweizern, Rationalisten, die uns am besten formenten. Wir wissen, das Dr. C. nicht nur an die Vermehrung und Ausbreitung der Kolonie Santa Fe, sondern auch an die Gründung anderer Kolonien denkt und zu diesem Zwecke in kurzer Zeit nach Europa zurückkehren wird. Er glaubt hier durch seine bereits geleisteten Dienste etwas sehr gegen zu trauen, und wir zweifeln nicht daran, unsere Behörden werden einsehen, das diese Dienste mittelst Aufmunterung belohnt werden müssen, und zwar um so mehr, da Dr. C. durch seine Unternehmungen weniger ein Beispiel in Europa (Paris) ist, als das Land, das die Sicherstellung der Ordnung bedarf, indem er die nötigen Kräfte zur Bekundung und zum Schutz der Väter beibringt. Die Einwanderung wird in der That eine der hauptsächlichsten, wenn nicht die erste Bedingung zur Festhaltung des Friedens sein.

Nun, welches war denn immer unser ein geliebtes und eben so oft von Dem und Europa gekundeten und verborenen Hauptverdröben gegen die Auswanderung nach Santa Fe? Wir sagen, die im Jahre der Santa Fe zu begründeten Schweizerkolonien soll die Rolle einer Kolonien nach der der freieschönen und unangenehmsten Weltanschauung spielen, die es zum Schutz gegen die Furcht der unheimlichen Panamaerewende und als Stütze der Regierung gegen die brüchigen Revolutionen dienen. Sagen die Zeitung von Buenos Ayres etwas anderes über die Kolonisten, denen die Schweizerischen nach Santa Fe ihre Unterstützung verweigert?

Wie es mit der Unterstützung die ersten Kolonisten mit der Art und Weise, wie den Augen die entsprechenden Berichtigungen ein Verlangen gestellt wurde, sehr unzufrieden, werden wir nicht weiter bald erfahren. Aber eigene Briefe werden darüber Aufschluss geben. Wir sind überzeugt, die Erfüllung der von Dr. Callesano in seinen letzten Versicherungen eine Zeit von mehreren Jahren zu werden soll daher auch den ersten Theilen in seiner Bekundung wohl Schicksal geben lassen, aber nachgeben soll es noch nicht. Wir werden aber nicht zweifeln, was wir so oft schon gesagt haben und was auch sein

FIGURA 4. — Una página de „Der Kolonist“, semanario de Lichtensteig (Suiza), con un artículo adverso a la emigración hacia Santa Fe (junio 28 de 1856).

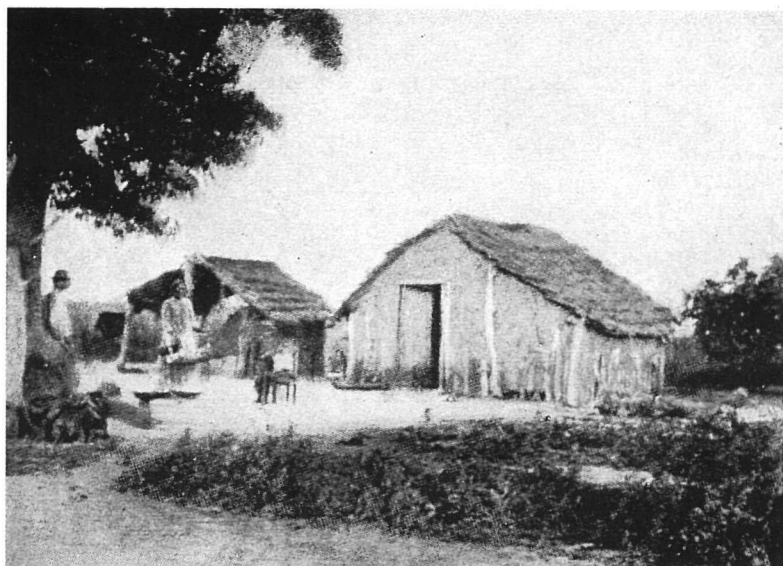
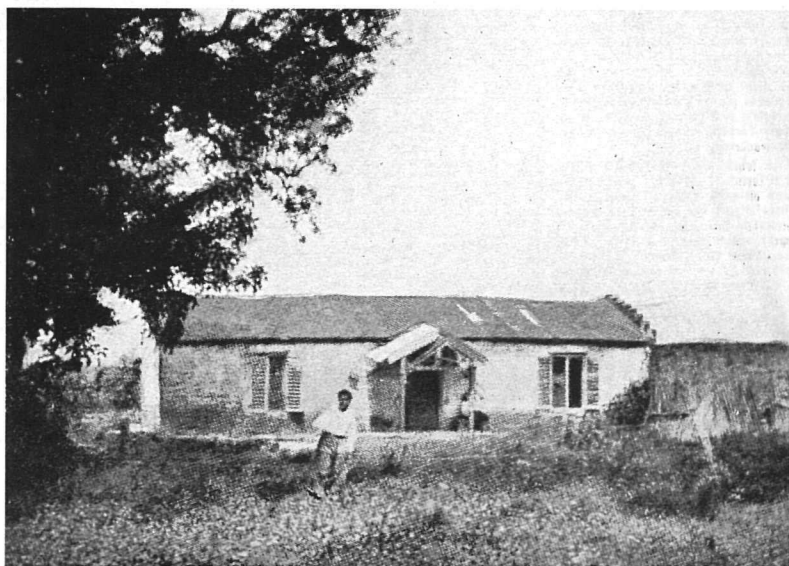


FIGURA 5.—*Arriba*: Ranchos ocupados por los primeros colonos llegados a Esperanza (Reproducción autorizada de "Anales de la Sociedad Rural Argentina", Buenos Aires). *Abajo*: Casa-habitación de colonos de Esperanza ya propietarios. Las paredes son de adobe, y las puertas, ventanas, persianas y marcos, de algarrobo de los montes de la colonia.



“norteamericanizante” (fomentado por las agencias de emigración orientadas exclusivamente en esa dirección), la ignorancia acerca de los países del Plata, y el desánimo suscitado sobre todo entre los suizos por las reiteradas dificultades y fracasos en el Brasil. Es muy probable que la aludida disminución de la emigración a los Estados Unidos en dicho año haya volcado las simpatías de algunas agencias hacia Castellanos.

En Basilea, estratégico centro de comunicaciones situado en la conjunción de las fronteras suiza, alemana y francesa, se hallaba el asiento de las más importantes agencias de emigración suizas. Entre éstas, la dirigida por los dinámicos socios Carlos Beck y Aquiles Herzog se puso decididamente de parte de Castellanos, y a su acción se debe, sin duda, la proporción mayoritaria de suizos en la fundación de Esperanza. Como ya se ha dicho, ellos editaron el folleto de Castellanos de 1855, y se trabaron en una verdadera pelea impresa contra los timoratos o interesados que, con buena o mala fe, ponían la Argentina a la par del Brasil, malsano y de fuerte tradición esclavista. Se nos refleja la misma en un opúsculo detractor, editado por “Der Kolonist” (El Colono), de Liechtensteig (cantón San Galo), que fué prontamente contestado por Beck y Herzog en un folleto aparecido como anexo de la “Aargauerzeitung” (Diario de Aargau), constituido en su mayor parte por citas del libro de Brougues de 1852 antes mencionado (“Extinction du pauperisme agricole...”).

Se estableció hasta fines de agosto el plazo para la concertación del contrato de colonización por parte de los interesados con las agencias respectivas. Entre el 20 de septiembre y el 5 de octubre se pensaba efectuar el embarque de los emigrantes. Así también se explica la carta de Castellanos del 7 de junio, ya que éste había convenido en avisar con cuatro meses de anticipación la llegada de los colonos. Si éstos partían a fines de septiembre, llegarían hacia fines de noviembre, o sea que el aviso precede en casi seis meses la fecha presunta de arribada de los colonos (cuatro desde su probable recepción). Ello testimonia, además del optimismo aludido, un gran sentido de la responsabilidad al otorgar al gobierno provincial el mayor tiempo posible para los trabajos previos a la recepción de los colonos.

* * *

La propaganda de Aarón Castellanos por todos los medios de pu-

blicidad, al principio en zonas de habla francesa (recordemos que su domicilio se hallaba en París), parece haber encontrado también su primer eco en dichas zonas. Tal vez contribuyó a ello la acción anterior de Brougues en Francia meridional. En cambio, la de Castellanos prendió sobre todo en las regiones montañosas de Saboya, el Jura, y los cantones suizos de habla francesa.

El hecho que ahora nos interesa se halla testimoniado, entre otros, en el apéndice epistolar de la Circular de Vanderest, en donde, con fecha 24 de mayo de 1855 se reproduce una carta del encargado de Negocios de Buenos Aires en París, Mariano Balcarce, a su colega suizo el coronel A. Barmann, para enterarlo brevemente de "las buenas condiciones generales que el inmigrante europeo tiene la seguridad de encontrar en estos países". Dos motivos lo inducen a ello: el pedido expreso de Castellanos, y una comunicación recibida del Prefecto del distrito de *Veveyse*, en el sur del cantón de Friburgo, pidiéndole datos acerca de la emigración a los Estados del Plata. Había, pues, ya en la primera mitad de dicho año, inquietud emigratoria en dicho distrito helvético, y un interés concreto por la Argentina como meta de su traslado. Notemos el gesto caballeresco de Balcarce, de ayudar a una empresa que beneficiaría a la Confederación que entonces era su rival.

Una serie de diez labradores oriundos de Châtel Saint Denis, capital del mencionado distrito de *Veveyse*, a los que se agrega un saboyano, todos con sus respectivas familias, se presentan en efecto en Basilea a la Casa Beck y Herzog, pidiendo ser incluídos en la expedición a Santa Fe. Pero estamos en septiembre, tal vez ya a principios de octubre, y aunque sabemos que por entonces todavía su colega Textor efectuaba contratos, Beck y Herzog —para no desmerecer la inflexible rectitud suiza— considera pasado el plazo y provista su "cuota": los friburgueses son rechazados. Pero se les insinúa la posibilidad de efectuar el viaje por propia iniciativa; la misma Casa puede ofrecerle sus servicios para ello.

Podemos imaginarnos la situación de los emigrantes: ilusionados por los favorables informes sobre la Argentina, empujados por razones económicas y tal vez de otra índole a abandonar su terruño, habiéndose retrasado (por razones que desconocemos) su presentación ante la agencia colonizadora, habiendo probablemente liquidado sus haberes y hallándose tal vez con el bagaje ya listo, ¿qué otra cosa les quedaba, sino lanzarse a la aventura? Decidieron, pues, tomar el primer barco que les pudiese ofrecer la Agencia, para tra-

tar de obtener por su lado algunas de las doradas ventajas que prometía Castellanos a sus colonos.

Y como si se confirmara la sentencia evangélica de que “los últimos serán los primeros”, los once *pioneers* con sus respectivas mujeres e hijos (suman en total unos 50) se embarcan el 29 de octubre de 1855 en el puerto de Amberes, en el velero “Le Progrès”, cuando los colonos de la primera remesa de Castellanos, retrasados, esperan en Dunkerke impacientes su partida. (Nueve días después saldría el primer barco de éstos, y un mes después, el segundo.) Hallamos pues, en camino, a la primera agrupación, pequeña aun, de inmigrantes suizos de la que se tienen noticias concretas en el siglo XIX y cuya acción se hará sentir bienhechoramente en la joven nación. Se trata de los fundadores de la llamada “colonia agrícola de Baradero”.

* * *

Siguiendo los datos recopilados —seguramente a base de fuentes de primera mano— por Dn. Emilio Frey en su artículo de 1907 en “El Tribuno”, sabemos que el día 6 de enero de 1856, “Le Progrès” llega a Montevideo. “Como este buque tenía que demorarse allí, se trasladaron a bordo de una goleta, llegando el 8 de enero de 1856 a Buenos Aires, y como no venían dirigidos a persona alguna, tenían que informarse, y para evitar mayores gastos, alquilaron una casita en el Paseo de Julio.” Podemos imaginarnos a esta cincuentena de personas con una mezcla de desilusión y de esperanza, instalándose en la misma costa del fangoso río (en la actual Avenida Alem), sin atreverse a entrar demasiado en la ciudad, pasando tal vez por ello inadvertidos entre el fárrago creciente de inmigrados que, según los diarios de la época, estaban inundando la ciudad, la mayoría vascos franceses, italianos, portugueses y saboyanos”.

En su desorientada búsqueda —durante la cual se dice que algunos de los hijos trabajaron como jornaleros en la Aduana— se toparon con un representante del coronel Silvino Olivieri, de cuya Legión Agrícola ya hemos hablado, que estaba precisamente por partir hacia Bahía Blanca. No convenció a los prudentes suizos la posibilidad de trabajar en un lugar tan lejano, rodeados de indios e italianos. Únicamente uno de ellos, Francisco Colliard, con su esposa y dos hijos, aceptó la oferta. No sabemos qué fué de ellos posteriormente. Recibieron también —nos dice Frey— una oferta

para trabajar en unos campos de San Fernando y en las islas del Tigre, que tampoco aceptaron. Habían venido con la idea de *ser propietarios*, y persistirían en la misma hasta terminárseles el último *Franc* que traían en el bolsillo.

* * *

Las desiertas barrancas occidentales del Paraná vieron llegar, por el año 1615, a un grupo de hombres presidido por el gobernador criollo Hernando Arias de Saavedra, quien decidió crear una reducción de indios en el lugar que luego se llamaría el Baradero. Brazo ejecutor fué el meritorio fraile franciscano Luis de Bolaños, a la sazón de 76 años de edad. Éste se estableció allí al año siguiente con un contingente de indígenas del Litoral (Guaraníes, Mbeguás y Chanás), a los que trató de enseñar las artes agrícolas. La esforzada labor de fray Luis de Bolaños —efectuaba periódicamente viajes *a pie* de Buenos Aires al Baradero— no parece haber trascendido más allá de su muerte en 1629. Quedó, no obstante, el nombre del lugar y un caserío a orillas de este estrecho brazo del Paraná, declarado Parroquia en 1730¹. El fértil humus de Baradero llevó a la continuación de la modesta agricultura colonial, que vemos documentada desde las Invasiones Inglesas. En efecto, en 1807 se inició un proceso (que por lo que conocemos quedó sin dilucidar) por haberse cargado partidas de trigo para las tropas expedicionarias inglesas.

Aun a principios del período rosista hay datos documentales que revelan cierto florecimiento de las actividades agrícolas. Entre 1834 y 1838 se otorgaba permiso para cargar cereales en el puerto del Baradero, destinados a otras provincias. En el Juzgado de Paz de Baradero se conserva, por ejemplo, la solicitud de un italiano, Giuseppe Solari, del año 1836, para cargar 100 fanegas de trigo “en un cutter de mi propiedad”. Pero, después de estos años, la agricultura decae por completo, por las condiciones políticoeconómicas, la falta de inmigración, y el desapego de la población de campaña al trabajo agrícola y a su consumo (carne, mate, y algo de maíz, eran los alimentos clásicos del gaucho). El latifundio ganadero, primó también en el norte de la provincia de Buenos Aires.

¹ Según algunos, el nombre se habría originado por confusión fonética con “bajadero”. Pienso que, más probablemente, su raíz se halla en el hecho de que allí las embarcaciones “varaban”, es decir que había un puerto.

Caído Rosas, algunos de estos estancieros, vinculados con otras personas de ideas progresistas —el médico Lino Piñeiro, el educador Germán Frers, por ejemplo— se preocupan por el restablecimiento de la agricultura abandonada. Más que los que habitaban regiones que nunca habían conocido la agricultura, aquéllos se daban cuenta de la importancia que tendría un núcleo agrícola en ese lugar, tanto para la economía general del país y de la provincia, como para el progreso de Baradero, como también —claro está— para la valorización de sus propiedades. Por otra parte, en los primeros días de enero de 1856 estaba por constituirse la primera municipalidad electiva en el Baradero; ello formaba parte de la labor de ordenación jurídica que lentamente se estaba cumpliendo. Como consecuencia de todo ello, efectuábanse en la ciudad de Buenos Aires, animadas reuniones entre los más caracterizados vecinos de aquel pueblo. A los nombres citados se agregan: Martín de Gainza —futuro General, ministro de Guerra y Marina en la presidencia de Sarmiento—, Luis Villanueva, José A. Menéndez, y otros.

En esas circunstancias se produce el encuentro —providencial e inevitable, a la vez— de ambos grupos: el criollo, necesitado de brazos activos, inteligentes y experimentados para llevar hacia adelante su estancado país, y el “gringo”, necesitado de la hospitalidad y ayuda de los primeros para valorizar su trabajo y labrarse un puesto digno en la vida.

No es probable que el encuentro de Germán Frers con los inmigrantes suizos “tirados bajo los árboles, a orillas del río”, cerca de la entonces llamada Alameda de los Ombúes, fuera del todo casual, como suele decirse. Seguramente ya tenían noticias de su presencia, y pudieron ser entrevistados como “candidatos” entre la masa de inmigrantes que entonces vagaban por Buenos Aires. Aun más: según Frey, el mismo Castellanos, enterado del caso de estos emigrantes, y no obstante no tener ningún compromiso con ellos, escribió, entre otros, a su amigo el hacendado Patricio Lynch, pidiéndole su intervención. Éste a su vez “habló de este asunto con don Luis Villanueva y con sus yernos Martín de Gainza y Germán Frers”. Sea como fuere, los inmigrantes aceptan gustosos la propuesta que les ofrece este último, por la cual quedaban puestos casi a la par (si prescindimos de la extensión de los respectivos terrenos) de los colonos de Castellanos, cuyos primeros dos barcos anclaban por esos mismos días en la rada de Buenos Aires. En efecto: las “maduras discusiones” de que habla el acta del 4 de febrero culmi-

nan con la decisión de otorgar a estos labradores de profesión, no bien entrara en funciones la flamante Corporación Municipal de Baradero, sendos lotes de 200 por 300 varas en el ejido del pueblo, cedidos por el viejo sistema de la enfiteusis.

La figura de Germán Frers es interesante. Oriundo de Holstein en Alemania (en realidad, Johann Gotthilf Hermann Frers), había llegado en 1842 con su hermano Gustav Wilhelm a Buenos Aires. Fué nombrado, dos años después, maestro en la recién creada escuela evangélica alemana. Actuó también como organista en los servicios religiosos, y como director del coro. Después de Caseros, fué llamado por el gobierno porteño para administrar una escuela normal. Dos años más tarde ascendió a jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Aires, lo cual provocó la enconada oposición de los círculos católicos. Su conexión con los terratenientes de la zona de Baradero provino de su vinculación matrimonial con la familia Lynch Zavaleta. Más tarde renunció a su cargo oficial para dedicarse por completo a las actividades agropecuarias. Fué también juez de paz y presidente de la Corporación Municipal de Baradero. Su hijo Emilio Frers fué el primer ministro de Agricultura, al instituirse en 1895 dicha cartera nacional.

Como hombre culto que era, Frers seguramente conocía el francés y es así como pudo entenderse con los colonos, e inspirarles la confianza que éstos tanto necesitaban.

Gracias —probablemente— a una persona “influyente” (pensamos, por ejemplo, en Martín de Gainza, o en el mismo Frers) se activaron los trámites para la obtención del pasaporte necesario en esa época para trasladarse de Buenos Aires al interior. Al mismo tiempo fué fletada una barca para su traslado al Baradero, no bien estuviesen extendidos los pasaportes.

Los sucesos transcurren ahora rápidamente. El día 27 de enero entra en funciones la Municipalidad de Baradero. El 28 es otorgado a cada persona el pasaporte “para pasar libremente al Baradero”, con validez de un mes a partir de la fecha (véase fig. 3). Poco después, o tal vez el mismo día 28, los 46 integrantes del grupo se embarcan en el puerto del Riachuelo. Según Frey, el mismo Frers los acompaña a bordo.

El viaje dura unos cinco días. Llegan a Baradero el 3 de febrero (siempre según Frey), fecha del cuarto aniversario de Caseros. La flamante Corporación Municipal está preparada para su recepción, y ya ha realizado los trámites previos. Así se explica que, con una

rapidez asombrosa para la época, al día siguiente pueda reunirse y, en posesión de los documentos de los colonos, pueda inscribir en la primera foja del libro de Acuerdos de esa Municipalidad el difundido texto:

“En el pueblo de Baradero, a 4 de febrero de 1856, reunidos en la sala del Juzgado de Paz los infrascriptos, presidente y miembros de la Municipalidad, teniendo en vista el completo atraso en que se halla esta población en todo el ramo de agricultura; deseando por todos los medios posibles sacarla de este estado de miseria, y poseídos de la convicción íntima, según las maduras discusiones que han tenido sobre este asunto, que el donativo de tierras en el ejido de este pueblo, con calidad de cultivo, sería un estímulo poderoso que atraería la inmigración, abriendo así una nueva era de adelanto con el vigoroso impulso que esta medida daría, fomentando dicho ramo, tan importante a la prosperidad de los pueblos, han acordado proceder en este sentido mientras lo crean conveniente, y al efecto han empezado por hacer estas donaciones a varias familias suizas, por fracciones de doscientas varas de frente y trescientas de fondo en el sitio denominado Rincón de Arrecifes, en la costa del río de este nombre; dejando entre una y otra suerte una calle de veinte varas de ancho, cuyos costados deben poblar de arboleda los agraciados, que son los siguientes: Juan Mer (escrito así por error, siendo un realidad Jaime —o Claudio— Jeanmaire; era el saboyano), Juan Genoud (padre), Ignacio Genoud, Casimiro Genoud, José Cardinaux (padre), José Liaudat (padre), Pedro Liaudat, Juan Luis Chollet, José Cardinaux y Jaime Cardinaux. Para la debida constancia se extiende la presente acta en el libro de acuerdo. Firmado: Lino Piñeiro, Pedro Alonso, Francisco San Martín, Luis Villanueva, presidente.”

Pero esto no era más que el comienzo; faltaba elegir, amojonar y tomar posesión de las pequeñas parcelas asignadas. Ello se fué realizando en los días y semanas siguientes, mientras los colonos vivían provisoriamente en dos casas del pueblo (dato del señor J. Alejandro Barbich) ¹. Los comienzos fueron tan difíciles como los de los santafesinos. Aunque obtuvieron toda la ayuda que podían proporcionarles la Municipalidad y los vecinos del pequeño pueblo —quienes los recibieron, según se dice, casi como “enviados del cielo”—, debían construirse sus ranchos y no recibían alimentos como los de

¹ Según el informe de la Academia Nacional de la Historia mencionado en una nota anterior, ya el 7 de febrero entraron los colonos en posesión de la tierra, comenzando el día 12 el laboreo de la misma.

Esperanza y San Carlos, sólo se les dieron algunas vacas y caballos. En cambio, una vez pasados los primeros meses y efectuada la primera recolección, podían mantenerse con el producto de su venta, favorecida por las comunicaciones favorables de ese lugar provisto de puerto, y por su cercanía con Buenos Aires. Se conservan aún algunos arados de palo con que los primeros colonos "puntearon" su chacra.

El lugar ocupado por las diez primeras parcelas que formaron la llamada "Colonia Suiza" de Baradero, se halla bien señalado en el plano que hemos visto en la Exposición del Centenario, en Baradero, confeccionado por D. Ambrosio Liaudat. Se hallaba al sur del río Baradero. "Rincón de Arrecifes" era su nombre tradicional. Sobre las tierras altas, que forman como una punta hacia el Oeste, se extendían hacia lo largo, de E. a O., dichas diez parcelas de 200 varas de frente por 300 de fondo cada una (unas 3,40 Ha.). El plano señala, además, una planta de piña, que todavía se conserva, plantada por la familia Liaudat el año de su instalación; el molino levantado por Jaime Jeanmaire y su hijo Esteban a un costado de su parcela para moler el trigo de los demás colonos (trasladado en 1865 a un lugar cercano a la confluencia de los ríos citados); el "Puente de los Suizos", que cruzaba el río Arrecifes, sobre el que iba un camino que unía Buenos Aires con Rosario, y el "Rincón de los Suizos", situado sobre la barranca en la punta occidental, especie de posesión conjunta bajo cuyos árboles los colonos solían reunirse y descansar.

Vemos que, tanto por formar un núcleo cerrado, situado a un par de kilómetros del pueblo, como por la pequeñez de las parcelas y las dificultades propias de todo comienzo, las diez primeras familias debieron mantener una fuerte solidaridad, trabajando bajo un tácito cooperativismo, sin el cual no hubieran podido subsistir. Ello fué favorecido por el hecho de provenir todos del mismo "pago" helvético, hallándose varios emparentados y conociéndose seguramente desde mucho antes de emigrar. Esa solidaridad —el "uno para todos, todos para uno"—, que ya impidió su disgregación en los difíciles días de Buenos Aires, los llevó, en Baradero, al triunfo.

Consecuente con su propósito de favorecer el cultivo del suelo, la Municipalidad decidió no percibir el *canon* que según la ley rivadaviana todavía vigente en la letra hubiera correspondido. Como ya lo dice el acta que hemos transcripto, dichas parcelas fueron donadas. Cuando, tras las cartas favorables escritas por los suizos a sus allegados, arribaron al año siguiente ocho familias más para engrosar

la "Colonia Suiza", se estipuló con ellos las mismas condiciones. Así es como, en un informe dirigido años después al intendente de la ciudad hermana de Esperanza, tras citar el acta del 4 de febrero de 1856, se dice: "El 14 de mayo de 1857 se acordaron tierras en las mismas condiciones a otras ocho personas atraídas por cartas de los primeros colonos favorecidos, y el Concejo Municipal en la misma fecha declaraba que ésta sería la última donación de tierras dadas a inmigrantes cultivadores, y que en lo sucesivo los que vinieran tendrían que alquilar los terrenos, como lo hicieron cuatro familias más, llegadas en 1858 y las que podrían ser propietarias de la tierra 12 años después de la ocupación." Martín de Gainza fué quien, como presidente de la Corporación Municipal, firmó aquella segunda donación de tierras comunales. Germán Frers formaba ahora también parte de dicha Corporación. Los apellidos que aparecen formando este segundo grupo son los de Peter, Savoy, Boullard, Genoud (dos), Cardinaux, Bonay y Auzeil (hay algunas variantes en sus grafías).

La evolución posterior dió parcial justificación al nombre de "colonia agrícola", que suele darse a este pequeño *núcleo de labradores* establecido en el ejido de un poblado de entonces 240 años de antigüedad. El trabajo intensivo de los colonos les proporcionó, tras pocos años, capital para ampliar su reducida posesión inmobiliaria; mientras tanto llegaron nuevos inmigrantes, primando entre éstos los suizos de habla alemana. En abril de 1864 llegó también un contingente de la colonia San José en Entre Ríos, compuesto sobre todo por valesanos. Según una memoria del mismo año 1864, existían entonces 374 chacras y 222 quintas, y 284 propiedades tenían cercos de ñandubay o de alambre (cuyo uso se había introducido pocos años antes), mientras que otras conservaban el viejo sistema de las zanjas para su delimitación. Había 56 casas "de azotea", siendo el resto ranchos de ladrillos o de barro, con techo de paja.

Por ese tiempo fué fundada en la colonia una escuela, "más grande y más elegante que la de la ciudad" (*Beck*), donde enseñaba un maestro alemán, pero la asistencia era bastante limitada e irregular.

El cultivo más importante era el de la papa, cuyas cosechas, a diferencia de otros lugares del Litoral, tenían casi siempre el éxito asegurado, gracias a la especial característica humífera del suelo. Según Beck, dicho cultivo enriqueció a las primeras familias, ya que se vendía entonces a *25 pesos papel la arroba*¹, pudiéndose efectuar dos

¹ 25 pesos papel equivalían a 1 peso fuerte (patacón), el que a su vez equivalía a unos 5 francos suizos. La arroba pesaba entonces 11,5 kg.

recolecciones al año. A su lado, también se cultivaba maíz, trigo, batatas y diversos productos de huerta. La pequeñez de las parcelas —reducidas para los colonos que llegaron después de los primeros, a lotes de 200 por 200 varas (2,25 Ha.)— impidió el desarrollo de la ganadería. Más tarde, al extenderse su radio de acción, tomó incremento la industria lechera. Baradero fué el centro de introducción de la raza bovina friburguesa.

En 1865 Guillermo Perkins escribía: “En Baradero puede verse lo que puede alcanzar la *perseverancia germánica* (nosotros diríamos, más exactamente, alpina), hoy como siempre, en todas partes del mundo. Rezamos a Dios, que pronto se llene toda la República de tales hombres, que trabajan de tal forma la tierra.” Como a los colonos de mayor éxito, cita Perkins los nombres de Schaer, Hegi, Schaetz, Schachbaum, Hombert y Mattig.

La vida económico-social de Baradero se nos manifiesta gráficamente en un “Plano de los terrenos ocupados por los colonos suizos en el ejido del pueblo de Baradero, levantado por orden del Superior Gobierno —1868— por Germán Kuhr” (perteneciente hoy al señor Lorenzo J. Bozzo), y que hemos podido ver asimismo en la citada Exposición del Centenario. Vemos allí la zona de chacras y parcelas que rodea, por el Oeste y el Sur, al pueblo de Baradero. Dicha zona constituye un amplio cuadrado, que representa en pequeño el crisol de razas en que se estaba convirtiendo la Argentina; hallamos apellidos como Dufour, Junot, Schär, Habegger, Ambord, Siegenthaler, al lado ya de Machiavello, Cedari y aun de Calixto Gómez, Ignacio Díaz, Ignacio Pereyra... Pero, rodeando a todo el complejo de divisiones pequeñas, observamos otras mucho más grandes. Cual un fuerte “cinto de seguridad”, el viejo latifundio se halla representado, al Sur, por D. Victorino Camaño, y al Este, por “los herederos de Nicolás Martínez” (con límite cuestionado). La subdivisión de la tierra para su laboreo intensivo púdose hacer, pues, en un principio sólo en la tierra de propiedad municipal, y sólo poco a poco fué extendiéndose a los alrededores, cuando los enriquecidos colonos comenzaron a comprar parcelas de las estancias vecinas. Como también en Santa Fe, el valor de la tierra aumentó rápidamente, lo cual dió origen a la consabida especulación. Pero a diferencia de aquella provincia, el impulso dado por los suizos para la intensificación agrícola, y sobre todo para la obtención en propiedad de la tierra por parte de quien la trabaja, no pudo llegar a ser de tanta trascendencia en esta área bonaerense. Baradero, cuyos colonos y enfiteutas obtu-

vieron en octubre de 1870 la posesión de las tierras fiscales ocupadas (contra un pago de 300 pesos por cuadra cuadrada), quedó como núcleo agrícola modelo, pero no pudo llegar a ser "madre de colonias" como lo fué, en otro ambiente geográfico, su fraterna rival Esperanza. En cambio, conservó por más tiempo y con mayor fuerza su simpático carácter helvético. En 1869 la población suiza de Baradero alcanzaba casi al 60 %, como puede verse en el cuadro adjunto, en el que se señalan también las cifras de 1877 y 1887.

NACIONALIDADES	1869	1877 (*)	1887
Suizos	954	699	963
Vascos	180		
Italianos	130	352	592
Franceses	70	123	292
Españoles	60	195	339
Alemanes	28	59	73
Argentinos	201	459	5.493
<i>Total</i>	1.623 (Sólo la colonia; en la ciudad había unos 1.200 habi- tantes)	1.887 (Sólo la colonia)	7.352 (Incluidas ciudad y colonia)

* Estadística de la Sociedad Agrícola del Baradero, de enero de 1877: 3.402 cuadras cultivadas, con una población de 311 familias y 1.896 habitantes (sólo la zona rural).

Del creciente progreso material de Baradero da idea, por ejemplo, la producción de papas, que en 1869 fué de 184.510 arrobas (80.640 en 1867; su precio había bajado por entonces a 8 pesos la arroba); la de maíz (45.840 fanegas; 6.990 en 1867) o la de arvejas (4.980 arrobas; 200 en 1867).

Pero dejemos ahora a los laboriosos baraderenses, y volvamos la vista al abigarrado conjunto humano que en Suiza, como en el sur de Alemania y en el este y norte de Francia, espera impaciente la partida a la Tierra Prometida por el "patriarca" Aarón Castellanos.

CAPITULO IV

LA "ABUELA DE COLONIAS": ESPERANZA. VIAJE DE LOS COLONOS FUNDADORES.

El gran mérito de Castellanos fué, sin duda, hacer conocer en los países del centro europeo a la Argentina como lugar de emigración en gran escala. No le interesaban inmigrantes provenientes de más al sur de los Cevennes y de los Alpes; prescindiendo de Inglaterra y de Escandinavia, quedaba el conjunto formado por Francia centro-septentrional, Suiza, los estados alemanes, Bélgica y Holanda. Esta última quedó prácticamente descartada, probablemente por las dificultades idiomáticas.

Los problemas económico-sociales de toda esta área europea eran similares, y la emigración constituía un flujo continuo y creciente que las Agencias sabían aprovechar y canalizar (ver Introducción). Ya hemos mencionado los factores que permitieron, después de más de un año de lucha publicitaria, el éxito de Castellanos en el paso primero y más difícil de su ambicioso proyecto colonizador: el contrato de las doscientas familias. A aquellos factores objetivos se agrega el muy subjetivo de suscitar en los "candidatos" la idea de que irían a una especie de paraíso terrenal, en donde sus heredades ya los estaban esperando —representadas en la primera hoja del contrato por una casa de estilo europeo rodeada de arroyos cruzados por puentes, palmeras y montañas—, y donde bastaba hundir el arado para obtener al año siguiente pingües ganancias. Estas ilusiones se repitieron, como veremos, con todas las empresas de colonización posteriores. Es verdad que Castellanos (que por su parte tampoco imaginaba las dificultades con que se encontrarían a su llegada) no dejó de advertirles que tal vez se habrían de topar con indios en la zona

de su instalación. Los colonos no se intimidaron, nos dice Castellanos; pero muchos cuidaron de traer consigo sus buenos rifles, que supieron emplear después en cacerías, persecuciones a los indígenas, y hasta en revoluciones.

La contratación de las 200 familias —integradas por más de 1.400 personas, incluyendo párvulos— fué considerada por Castellanos como un triunfo personal, y como una garantía del éxito ulterior de sus proyectos. Porque bastaría que los primeros escribieran a sus relaciones en sus respectivos países, dando cuenta de la veracidad de las manifestaciones de Castellanos sobre la Argentina, para que éstos también partieran hacia la provincia de Santa Fe. Asimismo, fué con esa condición, de que la corriente emigratoria al Plata abierta por el salteño no quedara paralizada (y tener así una base firme para su negocio), que las agencias de emigración apoyaron a Castellanos. Las instrucciones dadas por éste a los agentes eran precisas: sólo debían admitir familias con las condiciones de “no ser ninguna indigente, y de acreditada moralidad, robustez y trabajo”. Pero, como dice Perkins, Castellanos “hizo lo que pudo en este sentido; mas es preciso reconocer que tanto en Europa como en otras partes del mundo, los certificados se adquieren con facilidad, tanto por los buenos como por los malos. Sin embargo, la clase de familias traídas por el señor Castellanos, por ser de gente pobre, es notable por la buena conducta que ha observado, con muy pocas excepciones”. Como continúa el mismo autor, se trataba de gente “pobre e ignorante”, de las que pocos eran labradores experimentados. Parece ser que en algunos casos se trataba de gente expedida por las comunas para no tener que correr con su sostén; es decir, todavía pervivía la vieja y reprobable práctica. Pero se trataba, en su casi totalidad, de gente honesta y, aunque en general algo ruda, bien intencionada, con sincero deseo de mejorar su vida.

No bien concluído el acuerdo con Castellanos, Vanderest obtuvo por medio de la Comuna de Dunkerke la autorización del gobierno francés para la utilización de un gran cuartel o caserna para el alojamiento de los futuros colonos desde su llegada a dicho puerto hasta la partida de los barcos respectivos. Según Castellanos, había allí lugar para mil personas, y camas y mesas para quinientas que fueron especialmente instaladas.

Schuster revive acertadamente la partida de los futuros esperancinos: “Después de mucho dudar y vacilar se firma un buen día el contrato con el agente. Sigue el remate de todo el cachivache so-

brante. El resto —arados, pecheras, azadas, palas, vestimentas, provisiones, etc.— quedó confiado al carro de algún amigo servicial. Encima de este abigarrado entrevero tomó asiento toda la compañía, vestidos con sus galas regionales.” Tristeza y entusiasmo caracterizaban, mezclados, la partida del solar paterno.

Por causas no bien conocidas, la partida del primer contingente de inmigrantes no se realizó entre el 20 de septiembre y el 5 de octubre de 1855, como lo anunciara el empresario a sus representantes: inconvenientes técnicos o financieros, retraso en el reclutamiento de los colonos, pudieron impedirlo. Mientras tanto iban llegando a Dunkerke, sobre todo franceses y suizos franceses y algunos suizos alemanes.

Por entonces se produce un episodio digno de ser reproducido con las palabras del mismo Aarón Castellanos: “Tuve el placer de llegar allí en momentos que comían en un inmenso salón cerca de cuatrocientos que componían la primera expedición. En verdad que fué para mí uno de los momentos de mayor emoción que en toda mi vida he experimentado, cuando el señor Vanderest anunció a tan buena gente mi presencia y simultáneamente se pusieron de pie esas dos largas hileras de personas de ambos sexos y edades, y empezaron a dejar sus asientos para acercarse a saludarme. Con sentidas palabras se esmeraban en manifestar su gratitud hacia quien los había movido de sus hogares para transportarlos a tan distante y desconocido país para ellos, pero que de cuya hospitalidad y bienestar tanto se prometían para su porvenir. Costó trabajo hacer volver a sus asientos a los que lo habían dejado, hasta que me senté a la mesa junto con ellos.”

El 9 de noviembre parte, por fin, el primer buque, el “Kyle Bristol”. Al parecer, se trató de agrupar a las remesas según idiomas; pero ello nunca pudo tener carácter absoluto. Únicamente en los dos buques salidos el mes siguiente (“Mármora” y “Linda”) hubo una clara mayoría de habla alemana. En el velero citado viajaban 147 personas adultas. La partida del segundo buque de este primer contingente (“Lord Raglan”) se retrasó hasta el 28 del mismo mes. En dicho día los colonos enviaron a Vanderest una carta expresando “nuestro sincero agradecimiento a las autoridades y a todos los habitantes de la ciudad de Dunkerke, por el modo con que hemos sido recibidos y tratados por ellos durante nuestra corta permanencia, así como por su amenidad en las relaciones que hemos tenido con ellos”, etc. Esta carta nos resulta algo sospechosa. Es casi seguro que

sus conceptos son algo exagerados, teniendo en cuenta la afirmación del delegado bernés Sommer-Geiser, de que el lugar de embarque tuvo que ser trasladado a Amberes por insuficiencias del abastecimiento en Durkerke. Tal como conocemos a esta clase de inmigrantes, es muy difícil que la iniciativa para su redacción partiera de ellos mismos.

El periódico "L'Autorité" califica al "Lord Raglan" como "uno de los más hermosos buques que hayan entrado al puerto de Durkerke"; según el mismo artículo, se embarcaron en el mismo 206 adultos (incluidos seis pasajeros "de cámara" o de primera), y 68 niños. El grupo se componía de "suizos de los cantones del Valais, de Vaud, de Argovia, de Berna, de Zürich y de Ginebra; de saboyanos, de alemanes de las provincias renanas y de Baviera, así como familias francesas del departamento del Jura". Casi un mes después, el 20 de diciembre, se embarcaron los pasajeros del "Mármora", que por un violento temporal recién pudo levar anclas el día 22. No conocemos el día de partida del "Linda", pero seguramente fué por la misma época.

* * *

Interesante y aleccionadora resulta la vida a bordo de uno de estos veleros transatlánticos de mediados del siglo pasado. Para dar una idea realista de la misma, transcribimos algunos párrafos del relato de un bernés que efectuó dicho viaje algunos años después del tiempo que estamos comentando, para dirigirse a la colonia de San Carlos. Este relato se halla en un antiguo folleto anónimo escrito en alemán (ver Apéndice VII).

"La vista del puerto y del océano era nueva para todos nosotros. Era difícil alcanzar la tranquilidad dentro del precipitado ir y venir de la masa de emigrantes que, venidos de todos los puntos cardinales, buscaban su fortuna en Australia, en Norte y Sud América, y que se esforzaban por contrarrestar por anticipado en tierra las privaciones del largo viaje marítimo. La introducción del equipaje, la distribución de los alimentos y de las camas tomó bastante tiempo y trabajo... Mientras un barco a vapor remolcaba al nuestro hacia alta mar, todos los pasajeros estaban sobre cubierta, para dirigir la última mirada a la tierra firme de Europa, y a la patria allá lejos. Por fuerte que fuera en la mayoría la esperanza en la suerte futura, no dejaron por ello de asomar las lágrimas en esta última mirada.

Un viaje por el océano, aun cuando sea afortunado, no es —sobre todo para emigrantes— un viaje de placer. Los fastidios y males que deben sobre-

llevarse son en parte *inmerecidos* y en parte *merecidos*. Entre los primeros cuento al inevitable *mareo*, que ataca a casi todos por períodos más o menos largos, y que les ahoga por completo el sentimiento de la alegría y del placer de vivir; es cierto que también lo hace a uno indiferente e insensible con respecto a otros inconvenientes. Nosotros sufrimos mucho del mismo a lo largo de casi todo el viaje, por lo que llegué al final delgado y muy debilitado. La segunda molestia es la *instalación*, insuficiente y carente de toda comodidad, el estar apiñada gente de todas las edades y sexos, y de toda condición espiritual y moral, a menudo de la más baja. Estas son cosas que el emigrante no puede cambiar y que debe aceptar con paciencia. Pero en lo que se refiere al *aburrimiento*, éste no es del todo inmerecido. En el eterno contorno de agua y cielo, el mismo hace su aparición allí donde un día se parece al otro como un huevo a otro, incluso el domingo a los demás días. Trabajo que acorte el tiempo sobre el barco es imposible, o se reduce a cocinar la comida, coser y tejer por parte de las mujeres. No deja de ser triste que aun haya tantas personas que no sean capaces de aprovechar el tiempo leyendo o conversando de cosas que vayan más allá del estado del tiempo. Durante la travesía he visto a muchos jugar a las cartas, pero leer, prácticamente a nadie; he oído muchas cosas feas y muchos juramentos, pero pocas conversaciones instructivas y edificantes. Otra plaga que hace más pesado aun un viaje ultramarino, y de la que son decididamente culpables los mismos pasajeros, es la gran falta de aseo de una gran parte de los mismos. Claro que la escasa agua dulce asignada a cada uno no favorece demasiado la limpieza; pero ésta falta a muchos aun en directa proximidad del agua. A ello se agrega el carácter rudo y peleador de algunos. Sin duda, los emigrantes podrían aliviarse mucho su viaje si todos fueran razonables. En realidad sucede lo mismo en todo el mundo; los hombres podrían ahorrarse mucha pena y dolor si no se perjudicaran mutuamente con vicios y faltas. Sólo que en un barco es más difícil salirles del paso a aquellos cuya compañía significa una tortura. De todo lo dicho resulta comprensible si casi todos los que componen un buque de emigrantes añoran el momento de salir de esa cocina de brujas; si prefieren cualquier cosa antes de estar allí toda la vida.

La mayoría de los lectores conocerá más o menos la instalación de un barco de emigrantes. Habrá de conocer aquellas camas formadas por un saco de paja y una manta de lana, semejantes a los depósitos de manzanas (*Apfelhürden*), colocadas contra las paredes en dos pisos en el entrepuente. En nuestro barco, tanto se habían mezquinado las maderas de sostén, que el saco de paja de los que se hallaban acostados arriba tocaba casi las narices de los que estaban abajo. Puede imaginarse la magnificencia reinante en un espacio tan reducido, en donde duermen juntas de 100 a 200 personas, sin contar con esos pequeños entes malignos que llevaban a algunos a arrojar al mar su saco de paja, prefiriendo dormir sobre la madera para escapar a su tormento...

Durante la primera parte del viaje se nos proveía de pan y carne fresca, lo cual impedía el mareo. Pero pasado esto, la carne tornóse maloliente, el pan mohoso. Había que dárselo a los peces. Luego vino la alimentación marina, carne salada y galleta. Tardamos mucho en acostumbrarnos a ella. Por varios días preferíamos tomar simplemente té o café. Es un verdadero alivio el que los pasajeros de un barco de emigrantes puedan al menos entretenerse en cocinar los alimentos, ya que no tienen otra ocupación. Aunque precisamente la cocina de uno de estos buques es una verdadera cocina de brujas, ya que da lugar a la mayoría de los incidentes y las riñas. Dice el proverbio que si en una cocina hay más de una mujer, hay una que está de más. ¡Cuántos grupos deben hacer uso de la misma cada día! Un día armóse incluso una trifulca entre valesanos y alemanes, que sólo terminó con la intervención del capitán. Sería muy de desear que cada vez se cocinara para todos los pasajeros del entrepuente juntos, en forma que todos se turnaran para este menester.

La alternancia entre el mar agitado, el temporal y la completa calma no nos faltó. Cada cambio de tiempo suscitaba también un cambio semejante en los pasajeros. Al llegar la tempestad, aquellos que se la pasaban holgazaneando o tendidos hasta que les dolían las costillas, entraban también necesariamente en movimiento. Aquellos que un momento antes todavía reñían y echaban maldiciones, rezaban súbitamente el rosario tan sería y ruidosamente que a uno le dolían los oídos casi tanto como con las maldiciones. Los peces que seguían a nuestro barco nos resultaron un buen entretenimiento; constituían al menos una prueba de que no éramos los únicos seres vivientes en esta soledad. Les arrojábamos restos de comida y tratábamos de apresarlos. Lo logramos sólo con un tiburón, que luego comimos. Una criatura de diez semanas murió en la travesía, siendo entregada a las diez de la noche a la líquida sepultura. Un solo barco nos cruzó en todo nuestro camino. El acostumbrado bautismo de Neptuno en el paso del Ecuador no fué realizado en nuestro barco; el capitán lo prohibió, probablemente en prevención del escándalo...

Hacia ya diez semanas que estábamos a bordo cuando el azul oscuro del mar comenzó a tornarse verde amarillento, primer signo de que la tierra firme se estaba aproximando: estábamos próximos a la desembocadura del río de la Plata. Los marineros prepararon el ancla y las cadenas. Volvimos por primera vez a ver tierra. ¡Qué júbilo! Días después nuestro barco echó anclas en la rada de Buenos Aires. Aparecieron botes para ofrecernos en venta cigarros y tabaco, pan y carne fresca, que constituyeron golosinas para quienes durante diez semanas debieron conformarse con la alimentación marinera."

* * *

¿Qué sucedía en Santa Fe mientras tanto? Castellanos se hallaba en constante comunicación con su apoderado Iturraspe, así como con

otras personalidades argentinas, como el entonces ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación, doctor Juan María Gutiérrez. Éste se hallaba muy interesado en la marcha de sus gestiones. Al recibir la carta de Castellanos del 7 de junio, la Comisión encargada de la recepción de los colonos encabezada por Iturraspe —en la que también se hallaba el congresal de 1853, Pedro Ferré—, envía al gobierno de la provincia un aviso oficial de la próxima partida de las doscientas familias emigrantes (10 de agosto de 1855). Se hallaba entonces al frente del gobierno D. José María Cullen. La figura de este hombre, culto y progresista como su antecesor Crespo, nos resulta, sin embargo, algo enigmática. Los elogios que universalmente se le han hecho quedan puestos en tela de juicio en lo que respecta a su actitud frente a los esfuerzos colonizadores de Aarón Castellanos.

Sólo desde este momento entraba en vigor el compromiso contraído por Castellanos con el gobierno santafesino. Es verdad que ya al partir a Europa, cuando “nadie, absolutamente nadie, creía en este país, que trajera las colonias”, le declaraba a Crespo: “que si yo no moría, las colonias habían de venir, costase lo que me costase, no de vascos ni de italianos, que ya conocían medianamente el Río de la Plata, sino de la vasta Alemania, Suiza y el Norte de Francia, que son los que en su mayor parte han contribuido a la grandeza de los Estados Unidos. Esta palabra empeñada, tenía más valor para mí que el contrato mismo.” Vemos confirmada, una vez más, la caracterización de Castellanos expresada así por nuestro gran poeta José Pedroni: “Dueño de un verbo encendido, de una voluntad firme e incansable, de un optimismo apasionado, supo vencer todas las resistencias, todas las dificultades que le salieron al paso, y lo hizo con la fe propia de los iluminados. Si fué grande como empresario audaz, no lo fué menos como profeta.”

También desde ese momento quedaba el gobernador comprometido a cumplir con el convenio del 15 de junio de 1853. Pero he aquí que, frente al éxito de Castellanos, los ánimos comienzan a vacilar. ¿Nos sorprendemos hoy, cuando a cien años de entonces en ciertos círculos afortunadamente pequeños todavía existen sentimientos xenófobos, de que se comenzara a pensar que “la aglomeración de extranjeros no convenía”, y que “no convenían las colonias”?

Muy ilustrativos resultan los episodios relatados por Castellanos y reproducidos por Cervera, referentes a “la grito del paisanaje” al enterarse de todo lo que se les daba a los extranjeros, y a ellos, “que habían servido a la patria tantos años”, nada. Otros informes priva-

dos revelaban que el traslado de la ubicación estipulada por el artículo 6º del Contrato, concretada en Cayastá, se efectuó por una orden del propio Gobierno nacional. Es muy probable que la situación político-económica de la Confederación —que llevaría a la sanción de la ley de Derechos Diferenciales— trajese a relucir nuevamente viejos prejuicios. Sin embargo, todo el desembolso que debía efectuar el gobierno para la instalación de la colonia, consistía en las cuatro leguas de terreno fiscal destinado a la misma, el cual se hallaba entonces prácticamente en manos de los indios. Los adelantos para semillas, construcciones y alimentación de los colonos serían restituidos más tarde. Por otra parte, ya había sido autorizada la venta de una estancia comprada por Crespo, y que había aumentado grandemente de valor, para destinar su producto exclusivamente a la instalación de la colonia. Pero los 38.000 pesos fuertes que se recabó por dicha estancia y por otros terrenos fiscales en Rosario, fueron “gastados en cosas más urgentes”, como declaró Cullen a Castellanos al regresar éste a Santa Fe. Según documentos oficiales, entre septiembre de 1855 y mayo de 1856, el gobierno invirtió 31.393 pesos para los gastos de división, amojonamiento y construcción de las viviendas de los colonos, que debían ser hechas de madera, abundante en la zona. No obstante, Castellanos nos dice que al llegar a dicho lugar se encontró con que casi ninguno de los ranchos había sido construido. Esperemos que los historiadores aclaren algún día este asunto.

Lo cierto es que diez días después de la comunicación de Iturraspe, el gobierno nombra una comisión presidida por el hacendado de origen británico Ricardo Foster, con la tarea de elegir la ubicación de la colonia y dirigir los trabajos previos para su instalación. El 1º de septiembre esta comisión notifica al gobierno que su elección ha recaído en el lugar del Cantón Reyes o Piquete, es decir, en el actual emplazamiento de Esperanza, a 7 leguas al N. O. de Santa Fe. Dicho “cantón” era un puesto militar de avanzada contra los indios, lo que significaba que la colonia se hallaría “en el desierto, tierra adentro de Santa Fe y en cuyo intermedio no había una sola población, que es decir, los ponían de trincheras contra los indios”; “mediando entre esta ciudad y aquel terreno, el caudaloso Salado, y entre este río y el lugar elegido, grandes bañados” (*Castellanos*). La rapidez con que fué decidido dicho emplazamiento (el día 28 de agosto, según la nota citada), confirmado algunos días después en otra nota del 5 de septiembre en la que anuncian la inminencia del amojonamiento de las concesiones, hace pensar fundadamente que la

decisión del cambio del emplazamiento de la colonia había sido tomada ya con anterioridad. No se pensó en los términos del Contrato, ni en el perjuicio económico que podía significar para la misma provincia el aislamiento de la colonia al otro lado del Salado. Es claro que —no tanto por aversión al “gringo” como probablemente por razones políticas— se quiso así mantenerlos lejos.

El 26 de noviembre el agrimensor Augusto Reant declara “haber terminado la división y amojonamiento” del rectángulo de 75 por 60 cuadras (aproximadamente 9.750 por 7.800 metros), destinado a la primera verdadera colonia dedicada a la explotación amplia y sistemática de productos agrícolas fundada en la República Argentina. El mencionado cantón militar llamado de Iriondo (o de Reyes, según el nombre de su comandante), quedó incluido en el extremo Norte de la colonia, en la concesión N^o 1 del lado Este o francés.

El campo donde iba a levantarse la colonia no era tierra fiscal, sino que hubo de ser comprado por el gobierno de Santa Fe. Ello es otra irregularidad de la que se quejaría Castellanos con razón, puesto que contribuyó a los gastos que, con su primitivo proyecto, no hubieran sido necesarios.

Los amigos de Castellanos no habían permanecido inactivos. El día 8 de junio de 1855 comunicábase desde Liverpool a Iturraspe que en el curso de la semana siguiente saldría de ese puerto un vapor destinado al tráfico fluvial por el Paraná, y que fuera, al parecer, especialmente encargado por la Sociedad de Colonos en vista del transporte de los inmigrantes desde el Río de la Plata hasta la ciudad de Santa Fe. Los vapores eran entonces pequeños y se hallaban también provistos de velas. Este buque, que recibió el nombre de “Asunción”, fué el primero con máquina de balancín que prestó sus servicios en el Litoral, y podía llegar en dos o tres días desde Martín García hasta Santa Fe en jornadas favorables. El mismo Iturraspe se preparó para recibir a los colonos frente a Buenos Aires, para aprovisionarlos y organizar su transbordo. Así, pues, al llegar el domingo 20 de enero de 1856 el “Lord Raglan” —que en veloz carrera había pasado al “Kyle Bristol”, demorado en Montevideo—, todo se hallaba preparado en ese sentido. El 23 hizo su aparición en la rada este último, e inmediatamente se debió realizar el transbordo de su centenar y medio de almas al “Asunción”, en donde ya se hallaban los 268 pasajeros del “Lord Raglan”¹. El mismo día partió di-

¹ Según el P. Grenon (I, p. 69), este flamante buque naufragó a su regreso a Europa.

cho buque a todo vapor, llevando apiladas más de 400 personas con su bagaje. Hay informes periodísticos y epistolares de que al día siguiente ya pasaba por Rosario, y que el 25 de enero anclaba en el puerto de Santa Fe. De ser verdaderos dichos datos, el "Asunción" habría realmente batido un "récord" que muy raramente se cumplía por entonces. Debemos suponer que hubo una fuerte "sudestada", que como es sabido empuja las aguas del Río de la Plata hacia el interior, neutralizando la fuerte corriente del Paraná hasta más de 150 kilómetros de su desembocadura.

En sus cartas los colonos alaban unánimemente la cordial acogida que recibieron de la población de Santa Fe, y de la forma en que fueron aprovisionados. Jakob Huber, de Hausen, nos da en su segunda carta (ver Apéndice I) un precioso dato cronológico: después de estar, tal vez uno o dos días, en Santa Fe, fueron trasladados a una "casa de campo" (otros la llaman "caserna": era una estanzuela que había pertenecido al ex gobernador general Pascual Echagüe, y que servía para alojamiento de los oficiales durante los ejercicios que se solían realizar los domingos), en donde permanecieron *hasta el 9 de febrero*, día en que fueron transportados al lugar de la colonia. Dicha "caserna", que durante unas dos semanas sirvió de alojamiento provisorio a este primer contingente esperancino, se hallaba cerca de la laguna Guadalupe. No todos se trasladaron, empero, a la colonia el mismo día; así al menos lo dejan entrever las fechas recordadas por otros colonos, que oscilan entre el 3 y el 13 del mismo mes. Dice Roberto Zehnder en sus apuntes —bastante inexactos en cuanto a las fechas— que él formó parte del primer grupo de 150 personas que llegaron, traídos por carretas, hasta el lugar ansiado. Sin poder resistir a la curiosidad, él y algunos otros suizos (Juan B. Keller, Ulrico Rey, Adolfo Kees y Lucas Meyer) se adelantaron al convoy que había pernoctado del lado Este del Salado, "siendo sorprendidos por el toque de clarín desde el cantón Iriondo, cuyo jefe era el capitán Reyes, el que nos recibió con cariño, dándonos de almorzar. Allí esperamos las carretas, que llegaron a las diez de la mañana."

Si, como todo parece indicarlo, el "Asunción" trajo de una sola vez los pasajeros de ambos veleros transatlánticos, las suposiciones de Cervera acerca de hallarse ya muchos colonos en Esperanza antes del contingente recién mencionado son erróneas. La colonia que por entonces empezó a llamarse "de la Esperanza" comenzó, pues, a ser poblada *en la primera quincena de febrero de 1856*.

Pero ya hemos dicho que, no obstante haber sido dividida y amonada por el agrimensor, la colonia no se hallaba en condiciones de recibir a 200 familias agricultoras. Casi ningún rancho se hallaba construido; no se hallaban preparadas las seis barricas de harina por familia, ni las "semillas de algodón, tabaco, trigo, maíz, papas y maní para sembrar 10 cuadras", ni las "12 cabezas de ganado", que según el art. 10 del Contrato el gobierno debía proporcionar. En realidad, en el medio y en los tiempos que corrían, lo sorprendente hubiera sido lo contrario.

Es así como el 10 de febrero la Comisión de la Sociedad de Colonos presidida por Iturraspe dirige una protesta al gobierno de Santa Fe, "quien, a pesar de sus reiteradas promesas a la comisión, ella veía con el mayor sentimiento que nada había preparado", como se lee en su texto. Pide que el gobierno se encargue, al menos, de la manutención de los colonos hasta que éstos estuviesen en condiciones de comenzar sus labores. Pocos días después el gobierno contesta "que no acepta en manera alguna el deber que se le atribuye de sostener la alimentación de los colonos, antes de ocupar éstos el lugar destinado a la colonia", y que esa cuestión la arreglaría directamente con Castellanos. Pero accede a ello *por ahora*. Queda disuelta entonces dicha comisión, siendo sustituida por una del mismo gobierno.

Las cuestiones con Buenos Aires, que obligaron incluso a Cullen a delegar el mando —según Cervera el mismo día de la llegada del "Asunción" a Santa Fe— para ponerse al frente de las tropas que debían rechazar una incursión bonaerense a territorio santafesino, explican en parte el descuido inicial de este curioso contingente de alpinos llegados a ese —para ellos— curioso ambiente provinciano.

Hay que reconocer que, solucionados esos problemas urgentes, el gobierno dedicó no pocos esfuerzos al bien de los colonos. Dice Jakob Huber que vivieron casi un mes en la colonia a costas del gobierno, y que al mismo tiempo podían ganar algún dinero en trabajos que, sabemos, consistían en su propia instalación y construcción de los ranchos. A medida que éstos se iban terminando, los ponían en posesión de sus respectivas concesiones, y desde ese momento el gobierno sólo estaba comprometido a entregarles la harina.

Mientras tanto, arribaba a Martín García la segunda remesa de colonos, que había partido de Dunkerke en la segunda mitad de

diciembre de 1855 a bordo de los veleros "Mármora" y "Linda"; llegaron a fines de febrero con unos dos días de diferencia. El primero traía 240 personas, en su mayor parte de habla alemana, y poco menos el segundo. Ambos grupos fueron transbordados al "Tala", otro buque que hacía el tráfico fluvial. Allí, apiñados, hubieron de estar durante 12 días, antes de llegar a Santa Fe. Una pasajera recuerda:

"El vapor resultó ser peor que el velero. Tan escaso era el espacio que hasta debieron ser arrojadas al agua las bolsas de paja. Estábamos literalmente como sardinas. Además, el barco quedaba a menudo varado. Entonces había que llevar cada vez todas las cosas de mayor peso a la popa. Sobre todo en la noche ello originaba la mayor confusión. Por supuesto, ello contribuyó grandemente al retraso del viaje... En las vecindades de San Nicolás murieron dos niñas de dieciocho y dieciséis años, únicas hijas de una familia suiza de habla francesa. El barco debió echar anclas, y en la costa se realizó la inhumación en una tumba común. También cayó por la borda un hijo de la familia alemana M., y no se lo pudo volver a encontrar."

El 11 de marzo a medianoche llegaron, por fin, a Santa Fe; esta fecha fué durante mucho tiempo recordada por los colonos de este grupo. Tampoco faltaron desgracias en el desembarco, como ya había sucedido en el "Asunción". Aprovechados con grandes cestos de pan, y después de ser hospitalizados unos 30 enfermos del viaje (los colonos recuerdan agradecidos a su directora, la señora de Iturraspe), también este contingente fué trasladado a la estanzuela Guadalupe. Allí permanecieron cerca de un mes antes de llegar a Esperanza. No es imposible que algunos se instalaran antes, y ello explicaría la fecha de 26 de marzo que a veces se señalaba como de "fundación de Esperanza". Ella podría corresponder a la llegada de Carlos Marty, primer administrador de la colonia. (En un decreto municipal de 1906 se señala el 26 de marzo como día de "la constitución de las autoridades de la Colonia".)

Sobre las fechas del tercer contingente nos instruye la carta de Louis Mettan (o Mettau) del 10 de julio de 1857 (v. Apéndice III). Unos 340 inmigrantes se embarcaron en Amberes en el buque "Clotilde" el 21 de febrero de 1856, llegando a la rada de Buenos Aires a últimos de abril. (Pocos días antes también Aarón Castellanos había llegado a Buenos Aires). Cuatro días después partieron en el "Asunción" hacia Santa Fe. El vapor empleó esta vez seis jornadas en dicho trayecto, pues llegaron el 10 de mayo, fe-

cha confirmada por informaciones periódicas. El 20 del mismo mes, finalmente, se dirigieron a la colonia.

La última remesa llegó en el velero "Packet", que salió del mismo puerto belga de Amberes el 12 de marzo y llegó con relativa rapidez el 11 de mayo a Buenos Aires. Iban en él 138 adultos y 76 niños que, trasbordados, llegaron a Santa Fe hacia el 24 del mismo mes. Es probable, pues, que después de las acostumbradas estadías en la estanzuela Guadalupe, hayan llegado a principios de junio a Esperanza (el 8, según H. Lee: v. Apéndice II). El mismo Castellanos habría llegado junto con este contingente a Santa Fe.

Acompañando a los colonos, viajó también en el "Packet" Jakob Sommer-Geiser, quien había sido designado por el gobierno del Cantón de Berna (del cual provenía parte apreciable de los colonos) como Comisario para vigilar las condiciones en que se desenvolvía el viaje de los emigrantes, y estudiar las regiones que éstos debían colonizar, así como las posibilidades para una futura colonización suiza¹. Sommer-Geiser permaneció en la provincia de Santa Fe de mayo a noviembre de 1856, y a su regreso presentó un informe amplio y detallado, publicado al año siguiente como libro. Éste contiene multitud de datos sobre el viaje ultramarino, sobre el país argentino y su historia, sobre Castellanos y sus proyectos, y, en fin, sobre la colonia Esperanza en su primer año de tambaleante vida. Es un libro realista y bien inspirado. Del mismo entresacamos al azar algunos datos:

Dimensiones del "Packet": largo 30 metros, ancho 6 metros, altura 4 metros. Altura total del entrepuente (alojamiento de los emigrantes): 1,86 m.

Escenas del viaje (para ejemplificar el hacinamiento y la ignorancia de la gente): Sobre cubierta se hallan las grandes ollas en donde se está cocinando la sopa. Algo más arriba se encuentra una madre peinando a su hijo, y "lo que cae de su cabello" contribuye a dar sabor a la sopa...

Unas niñas se hallan apoyadas contra la baranda. Se produce

¹ El hecho de encontrarse el decreto pertinente (fecha 26 de febrero de 1856) registrado tanto bajo el rubro de "Emigración" como bajo el de "Pauperismo" (*Armenwesen*), revela la tendencia, por un lado, de no dejar ir a los emigrantes sin protección alguna y, por otro, de considerar que la emigración sea el remedio indicado para combatir o neutralizar el pauperismo de aquel tiempo. (Véase *Zbinden*, p. 32, 1931).

un súbito movimiento del buque, y una ola las empapa de arriba abajo...

Situación de la Argentina: Advierte acerca del carácter todavía teórico y "sobre el papel" de la organización del país. Es general el personalismo y el nepotismo, de lo cual el mismo Urquiza no se exceptúa; a pesar de sus excelentes intenciones, él mismo no deja de ser un caudillo. No es fácil la subsistencia de posibles colonias suizas en este país; por ello debe tenderse a la mayor centralización posible al formarse esta clase de colonias. Debe, además, cuidarse su aspecto espiritual, cosa que se ha olvidado en Esperanza. Señala la baja condición del clero; cita a un religioso que se negó a ir por una vez a Esperanza porque durante ese tiempo "perdería demasiadas misas" en Santa Fe.

También presenta el autor un proyecto propio para la instalación de colonias, cambiando la distribución uniforme de las parcelas, para favorecer una mayor cohesión social. Este proyecto sirvió de base, en parte, al que elaborarían Beck y Herzog para su colonia de San Carlos.

En el curso de cuatro meses (fines de enero a fines de mayo) arribaron, pues, a tierras santafesinas las 200 familias (aproximadamente) contratadas por Castellanos. Algunas, rezagadas, vendrían más tarde, y otras nuevas lo harían además para rellenar los claros dejados por los inevitables oportunistas o los excesivamente decepcionados, que regresaron o buscaron su suerte en otra parte.

He aquí, para finalizar este capítulo, un cuadro compuesto a base de datos dispersos y a veces contradictorios, que reflejan con la mayor exactitud posible las respectivas fechas de viaje y llegada a la flamante colonia.

BUQUE	PUERTO DE SALIDA	FECHA DE SALIDA	FECHA DE LLEGADA A BUENOS AIRES	CANTIDAD DE PASAJEROS	TRANSBORDO AL BUQUE	FECHA DE SALIDA DE BUENOS AIRES	FECHA DE LLEGADA A SANTA FE	LLEGADA A ESPERANZA
Kyle Bristol	Dunkerke	9.XI.1855	23.I.1856	147 ("El Orden")	Asunción (?)	23.I.1856 (?)	25.I.1856 (?) ¹	Primera mitad de febrero
Lord Raglan	Dunkerke	28.XI.1855	20.I.1856 ("El Orden")	206 adultos 68 niños ("El Orden")	Asunción	23.I.1856	25.I.1856 (J. M. Gutiérrez)	Primera mitad de febrero (el 9 seg. J. Huber)
Mármora	Dunkerke	(20) 22.XII.1855	28.II.1856 ("El Orden")	240 ("El Orden")	Tala	29.II.1856	11.III.1856	Alrededor del 10 de abril
Linda	Dunkerke (?)	XII.1855	26.II.1856 ("El Orden")	Aprox. 180				
Clotilde	Amberes	21.II.1856 (L. Mettan)	30.IV.1856 (L. Mettan)	340 (L. Mettan)	Asunción ("La Confederación")	4.V.1856	10.V.1856	Alrededor del 20 de mayo (L. Mettan)
Packet	Amberes	12.III.1856	11.V.1856	138 adultos 76 niños (Sommer-Geiser)	(?)	(?)	24-25.V.1856	Primera quincena de junio (el 8 seg. H. Lee)

¹ El 3.II.1856 según R. Zehnder.

CAPITULO V

INSTALACIÓN Y PRIMEROS AÑOS DE LA COLONIA ESPERANZA.

Ya hemos dicho que Esperanza fué emplazada en la zona de fronteras. Una de las consecuencias de las guerras civiles entre unitarios y federales fué la de dar campo libre al avance de los indios. En esta región llegaron a cortar la antigua línea de defensa, que iba de E. a O. a algunas decenas de kilómetros al norte de la ciudad de Santa Fe. Así, todo el *Hinterland* santafesino hasta el río Tercero fué teatro de sus robos, como lo expresa un informe del año 1833 de don José de Arenales. Éste recomienda vivamente “asegurar permanentemente esta importante campaña, cuyos productos, por su intermediación al Paraná, crearían muy pronto fortunas considerables, capaces no sólo de indemnizar los desvelos y afanes de sus propietarios, sino también de costear sin notable gravamen la conservación de la frontera”.

Veinte años después no se ha hecho nada positivo en este sentido, y el enérgico gobernador Crespo decreta en mayo de 1854 la organización de una “División expedicionaria sobre los indios del norte de la provincia”, formada por 700 hombres. Es lógico pensar que su preocupación por el “problema indígena” haya contribuido a su aceptación del proyecto colonizador de Aarón Castellanos, como un medio más eficaz para su resolución, como en realidad lo fué.

Al llegar los colonos, fueron puestos bajo la protección del “Cantón de Reyes”, perteneciente a la línea de fortines provinciales. Es verdad que el mismo tenía una efectividad escasa, y los gauchos que lo integraban iban a constituir más bien una rémora para el desenvolvimiento de la colonia.

¡Cómo se entusiasmaron los colonos al ver la excelente tierra, llana, con un apreciable manto de humus, y sin una sola piedra! Tuvieron que reconocer que, en lo que atañe a la descripción física del país, Castellanos había tenido razón. Pero se hallaban muy mortificados por la falta de cumplimiento de algunas cláusulas por parte del gobierno, sobre todo lo que se refiere al lugar de emplazamiento. No pudiendo aún comenzar los trabajos agrícolas —por otra parte, más de la mitad no eran agricultores de profesión— algunos se dedicaron a extraer madera de los bosquecillos que lindaban con la colonia al norte; con la misma se solía fabricar carbón de leña.

Mayor fué la mortificación de Castellanos al encontrar que sus optimistas previsiones distaban mucho de la realidad. Nos refiere que, al llegar a Santa Fe, el gobierno se hallaba ausente, y que “los colonos se encontraban desesperados vagando por las calles sin saber lo que les pasaba, porque no habían encontrado nada preparado para empezar sus trabajos agrícolas”. En la poco grata entrevista que tuvo con Cullen en Paraná, éste, tras alegar que “no había tenido dinero para hacer esos gastos”, le espetó que el gobierno de la provincia no se consideraba obligado a cumplir un contrato *leonino* firmado por su antecesor (se refería al tercio de las cosechas, y sobre todo a las 32 leguas de tierra que debía recibir). Éste es el comienzo del proceso de “eliminación” de Castellanos, que no hemos de detallar (véase para ello su opúsculo de 1877, p. 41 y ss.). Prometió empero el gobernador, hacer todo lo posible para ayudar a los colonos. Comenzó, en efecto, a ocuparse personalmente de ellos, transportar su bagaje a la colonia (más de 700 toneladas), proporcionarles el material para la construcción de los ranchos (sobre todo a los contingentes llegados en mayo), etc. Empero, tenemos razones para pensar que al lado de su interés real —que de ningún modo negamos—, había otro oculto. No habla mucho a su favor el hecho de haber esperado el comienzo del alejamiento de Castellanos para actuar “como un padre para los colonos”, como éstos lo expresan ingenuamente. Al pedir aquél que el Gobierno Nacional hiciera efectiva la garantía del Contrato (18 de junio de 1856), Cullen hizo gestiones para que el mismo Gobierno se hiciera cargo de la colonia. Castellanos acepta, con la condición de que se cumpla “religiosamente” el contrato a los colonos y que él recibiera las 32 leguas de tierras que se habían estipulado en el Contrato, para cuando se instalase la primera de sus cinco colo-

nias. Se convino en darle la suma de 110.000 pesos fuertes, equivalentes a 550.000 francos, importe de los pasajes adelantados a los colonos más indemnización.

El salteño relata la escena de su entrevista con los miembros del Gobierno Nacional, en que Urquiza ordena a Cullen que se amplíe el número de bueyes, de 2 a 4, y de caballos, de uno a dos; que quede condonado el 10 % de interés anual por las sumas adelantadas por los pasajes, y que el tercio de las cosechas quede reducido a $\frac{1}{4}$, "y que aun esto, sólo serviría para hacerles un puente en el Salado y fundar escuelas" (2 de julio del mismo año). ¡Cuál no sería la alegría de los colonos al recibir un chasque especialmente enviado, que se adelantaba unas horas al mismo gobernador para hacerles saber la nueva! Todas las cartas remitidas por ese tiempo a Suiza la reflejan. Cullen recibió las gozosas ovaciones de los sufridos colonos, quienes le atribuían todo el mérito, y él no se opuso a ello. Es probable, repetimos, que esta actitud revele un resabio caudillesco; quién sabe si no pensó en los colonos como un apoyo a su posición algo tambaleante en el gobierno.

Porque, en efecto, durante los diez días en que permaneció en la colonia, descuidando sus negocios y dejando "en plantón" a Castellanos, amargado y enfermo, se produjo un movimiento entre la población criolla de Santa Fe, a raíz de la llegada a la ciudad del brigadier don Juan Pablo López (hermano del célebre caudillo Estanislao López). Cuando por fin regresó Cullen, se halló con López proclamado de hecho gobernador. Aquél se vió obligado a presentar su renuncia. La infancia de nuestra colonia transcurría, así, en medio de estos disturbios que conmovían a la joven nación privada de su cabeza (Buenos Aires).

Castellanos había traído desde Buenos Aires a un vasco, Genaro de Yañis, y a un francés, ex oficial de la marina de guerra de su patria, Adolfo Gabarret, para que se hicieran cargo de la administración de la colonia. Éstos fueron confirmados por el Gobierno Nacional, poco después de la renuncia de Cullen.

Poco antes, la Asamblea Constituyente de la Provincia había sancionado una ley creando el Juzgado de Paz de Esperanza, cargo para el que fué designado provisoriamente, a propuesta de los administradores, el colono suizo Luis Federico Carrel. Para cada mitad lingüística de la colonia correspondía un suplente, siendo designados Luis Maret para los "franceses" y Adolfo Kees para los "alemanes". Otro suceso importante en esta primera etapa, y que

revela preocupación por cumplir el contrato con Castellanos (al menos en lo que tocaba a los beneficios inmediatos), es el decreto del gobernador Cullen del 23 de junio por el que se nombraba una comisión especial para verificar la venta de los terrenos pertenecientes al fisco existentes en la franja situada entre las dos secciones de la Colonia, destinada a edificar el futuro pueblo. Dicha comisión fué presidida por don Ricardo Foster.

Pero, en el aspecto económico, la colonia languidecía. Lo reflejan las comunicaciones de la Administración del 7 de agosto, y de Castellanos al ministro del Interior, doctor Santiago Derqui, del 9 de septiembre de 1856. Había llegado el invierno. La mayor parte de las familias estaba sin harina, y sólo 70 habían recibido su correspondiente yunta de bueyes. Se hallaban sin semillas y sin medios de arar. Comienzan a verse los efectos del carácter pobre e ignorante de gran parte de los inmigrados, como no podía menos de ser. Les faltaba, además, la experiencia, al encontrarse en un país completamente nuevo, y para peor, en un desierto. Faltaba sobre todo, como dice Perkins, alguien que pudiese enseñarles y dirigirlos. Las vacas eran ariscas, y solían escaparse para regresar a la "querencia", en donde a menudo aprovechaban para contramarcas y así adueñarse nuevamente de ellas. Los mismos colonos relatan en sus cartas o en sus recuerdos el trabajo que les daba enganchar los bueyes.

Pero, a pesar de las deserciones que desde la llegada a Santa Fe se fueron produciendo, y que disminuyeron en más de 300 personas el número de 1.112 adultos, 321 menores y 54 en estado de lactancia (total 1.487 personas) con las cuales Castellanos afirma haber efectuado contrato de colonización¹, los colonos en su mayoría permanecieron firmes y no se disgregaron. La honradez y energía de esta gente salvó a Esperanza, dice Castellanos.

Es en estos meses de agosto y septiembre de 1856 que Ricardo Foster, el activo colaborador en la colonización de Santa Fe, dirige el primer censo de la colonia, donde se detallan las familias establecidas, cantidad de personas que forman a cada una y las parcelas concedidas. He aquí el cuadro, resumido:

¹ Según las cifras reproducidas en el cuadro al final del capítulo anterior, un total de aproximadamente 1.395 personas habrían llegado al Río de la Plata entre enero y mayo de 1856, destinadas a "la colonia del señor Castellanos".

	HOMBRES	MUJERES	NIÑOS	NIÑAS	TOTAL
Sección Este	254	157	64	78	553
Sección Oeste	246	193	97	73	609
Total	500	350	161	151	1.162

La nómina de las familias fundadoras es la siguiente (hay pequeñas variantes; seguimos la lista ordenada alfabéticamente por Schuster [II, pp. 202-203], con los nombres en su idioma original):

Albrecht, Jakob; Allar, Katharine; Amable, Louis; Arger, Kaspar; Arn, Eduard; Aufranc, Jean David.

Baker, August; Bec, Karl; Béguelin, Auguste; Bender, Christoph; Bour-nisaint, Charles Barthélemy; Bourquin, Frédéric Louis; Braun, Daniel; Briand, Louis; Buffet, Jean Marie; Bürki, Hans; Burnat, Joseph.

Carrel, Louis Frédéric; Cerf, Charles; Challemain, Baptiste; Chapelet, Jules; Chapelet, Louis; Chapuis, Jean; Châtelain, Pierre; Chollet, Abraham; Choquet, Auguste; Constantin, Constance; Coquel, León; Cordonnier, Pierre; Cosandier, Justus.

Dayer, George; Debloc, Honoré; Debruyne, Ambroise; Deaillet, Marie Josefine; Defaye, Joseph; Deforel, Charles; Dehrn, Mathis; Delobel, Jean Baptiste; Deppler, Jakob; Detième, Pierre Joseph; Dobler, Jakob; Dörning, Konrad; Dreiss, Balthasar; Dumont, Polycarp.

Ebert, Jakob; Elz, Jakob; Erni, Hans Josef; Esser, Daniel; Esser, Michel.

Falkenmeyer, Juan; Favre, Josef; Feller, Hans; Feron, Jules; Fladung, Christian; Fleuret, André; Foos, Heinrich; Foos, Karl; Foos, Wilhelm; Fritschy, Celestine; Froment, Jules.

Godient, Jean; Galliot, Josef; Gallet, François; Galiot, Charles; Gaspoz, Pierre; Gasser, Peter; Gauchat, Amadé; Gay, Antoine; Geyer, Fritz; Genolet, Josef; Gietz, Wendel; Goye, Louis; Grenon, Jean; Grivet, Pierre; Guillemar, Nicolas; Gut, Heinrich.

Hauser, Dominik; Hecklein, Karl; Heil, Wilhelm; Heine, Martin; Hilbi, Josef; Hipp, Philipp; Hubeli, Hans; Huber, Jakob; Hunziker, Jacob; Hunziker, Rudolf.

Imbach, Hans; Insinger, Heinrich.

Jacobi, Jakob; Jaquin, Henri; Jeandrevin, Henri Louis; Jeannot, David Vincent; Jennerich, Valentin.

Kaiser, Franz; Kaiser, Konrad; Kappeler, Hans; Karts, Hans; Kaufmann, Kaspar; Kees, Adolf; Keller, Baptiste; Kern, Peter; Kieffer, Hans; Kestler, Peter; Kiner, Heinrich; Knippenberg, Heinrich; Kröning, Georg.

Lang, Jean Baptiste; Lhœ (Lee), Heinrich; Lemaire, Guislain; Lemaire, Lucien; Lorey, Guillaume; Letocart, Louis.

Mahieu, Edouard; Mallard, Pierre; Maret, Louis; Marti, Markus; Martin, Alfred; Mathieu, Nicolas; Mehring, Heinrich; Mergen, Anton; Metan (Metan, Mettau ?), Louis; Meurset, Jean Henri; Meyer, Lukas; Meyer, Rudolf; Michel, Michel; Michelot (Micheloud), Silvain; Miedan, Antoine; Miserez, François Xavier; Monnier, Samuel; Morat, Louis; Moritz, Hans; Mottier, Jean; Müller, Hilarius; Müller, Peter.

Nagel, Heinrich; Neder, Melchior; Neder, Nicolas; Nehr, Franz; Nihoul, Desiré; Nussbaum, Karl.

Oberts, Jean; Ostertag, Bernhard.

Pacolat, Maurice; Perret, Louis; Pfeiffer, Adolf; Pochon, Nicolas; Presser, Wilhelm; Prevôt, François.

Quellet, Henri.

Racine, Jean Pierre; Ramb, Jean; Reidel, Philipp; Reinhardt, Anton; Reinheimer, Katharine; Rey, Ulrich; Ribi, Hans; Ringelstein, Philipp; Rohrmann, Paul; Rolland, André; Romann, Gabriel; Rossel, Jules; Rossier, Charles; Rossler, Theodor; Roullier, Jean Joseph; Rousseau, François; Rudaz, Barthélemy; Ruckauf, Heinrich.

Sager, Kaspar; Sauthier, Antoine; Scherer, Franz; Scherer, Hans; Schneider, Andres; Schneider, Niklaus; Schneider, Xavier; Schnell, Christoph; Schreier, Hans; Schuck, Hans; Schuck, Valentin; Schultheiss, Wilhelm; Schweizer, Adam; Senn, Heinrich; Seppey, Alexis; Seppey, Jean Joseph; Spiess, Hans; Sprüngli, Heinrich; Stenz, Andres; Stirnemann, Kaspar; Strasser, Jakob; Sunier, Frédéric.

Thäler, Franz.

Udrisar, Jean Maurice; Uhl, Josef; Ursprung, Hans.

Vanstrate, Louis; Verhaeghe, Armand; Vionnet, Gaspard; Vogt, Jakob; Vuille, Emile; Vuillou, Léon.

Wagner, Anton; Wagner, Bernhard; Walter, Ignaz; Weber, Philipp; Weidman, Jakob; Wepfer, Christian; Wernly, Jakob.

Zehnder, Robert; Zell, Hans; Zimmermann, Peter; Zingerling, Sebastian; Zubler, Jakob.

Finalmente, reproducimos el cuadro de Zbinden, simplificado, en el que se detallan las nacionalidades, así como las procedencias por cantones de los suizos fundadores de Esperanza.

PAÍS DE ORIGEN	MITAD ESTE	MITAD OESTE
Francia	26 (2 con 2 concesiones)	—
Saboya ¹	4 (1 con 2 concesiones)	—
Bélgica	3	—
Alemania	—	56 (1 con 2 concesiones)
Tirol (Austria)	—	2
Suiza	62 (2 con 2 concesiones)	38
<i>Total</i>	95	96 ²
SUIZA	Valais	3
	Aargau (Argovia)	23
	Berna	4
	Zürich	6
	Neuchâtel	—
	Vaud	—
	Luzern (Lucerna)	2
	Thurgau (Turgovia)	—
<i>Total</i>	62	38
<i>Total Suiza: 100 familias. (Otros países: 91)</i>		

¹ Recuérdese que recién en 1860 pasó a formar parte de Francia.

² Quedaban tres concesiones sin ocupar.

Del total de 191 familias colonizadoras según este registro, los suizos constituían la mayoría absoluta, con 100 familias, es decir, el

52 %. Los alemanes formaban el 29,3 %, y los franceses el 13,6 por ciento.

Las variantes mencionadas pueden verse, por ejemplo, en una referencia reproducida por el P. Grenon (I, pp. 126-128), según la cual habría un total de:

28	familias francesas
6	„ belgas-luxemburguesas
54	„ alemanas, y
102	„ suizas, lo cual ascendería la proporción de

estos últimos al 53,7 %. La distribución por cantones sería la siguiente: Valais 42, Berna 41, Argovia 9 (!), Neuchâtel 4, Vaud 3, Friburgo 2, Basilea 1. Estos datos provienen de época posterior. Queda sin explicar la gran diferencia en las cifras de Argovia y Berna.

El cuadro de Zbinden nos revela que, si la separación de alemanes y franceses era absoluta, entre los suizos dicha división lingüística reconocía muchas excepciones. Vemos así a gente de Zürich y Turgovia, y algunas de Berna y del alto Valais en la sección este o “francesa”. No podía ser de otra manera. Los suizos fueron, también en este rincón sudamericano, los mediadores entre los grupos divergentes, los abanderados de la conciliación en aras de un ideal superior de paz y trabajo. En realidad, no fueron las divisiones nacionales las que llegaron a provocar disensiones (el nacionalismo europeo se agudizó recién después de 1870), sino las religiosas. Grenon (I, pp. 131-134) proporciona también una nómina de 201 familias fundadoras, de las cuales 69 son católicas de habla francesa, 55 católicas de habla alemana (total, 124), y 77 protestantes de ambas lenguas. Éstos constituían, pues, una fuerte minoría del 38,3 %.

En 1864 la proporción continuaba siendo de aproximadamente $\frac{1}{3}$ de protestantes y $\frac{2}{3}$ de católicos, aunque éstos a su vez podían ser diferenciados en moderados e intolerantes. Pero estas disensiones —que más adelante tomaron cariz semi-político en la oposición entre católicos y liberales—, llenas de episodios lamentables, productos de la escasa cultura que primaba en general, pertenecen ya a la historia misma de Esperanza, en la que no nos corresponde ahondar.

* * *

Las concesiones se adjudicaron por sorteo; igualmente, al pare-

cer, las dos mitades en que se dividió la colonia. Cada una de estas mitades comprendía 7 por 15 concesiones de 5 por 4 cuadras cada una (20 cuadras = $33 \frac{2}{3}$ Ha = 93 *jucharten* suizas); había, pues, 105 concesiones en cada sector, de las cuales cinco quedaban reservadas para el Estado. La larga franja central tenía el ancho de una concesión, o sea, 4 cuadras (unos 500 metros), y es en su parte central donde se ubicó poco después la plaza pública, y a su alrededor el pueblo. A ello se debe la curiosa tendencia alargada que se manifiesta aún hoy en la pujante ciudad de Esperanza.

Se tendió también a que las casas se agruparan en las esquinas comunes de cada cuatro concesiones, para mejor proveer a su defensa. Sin embargo, no se tomó ello en forma muy estricta. En realidad, el peligro indígena nunca llegó a ser muy serio en Esperanza; bastó un encuentro con los diestros tiradores helvéticos para que apenas si se atreviera ya a acercarse alguno con fines de robo. Es que, como decía Beck, al revés de lo que sucedía en las grandes estancias, donde hay mucho ganado y pocos hombres, en las colonias agrícolas había poco ganado y muchos hombres, o en otras palabras, muchos guardianes y poco que robar. En cambio, quedaba el peligro de los "gauchos malos" y de los indios reducidos o semicivilizados, a menudo utilizados como soldados en las fronteras. Por mucho tiempo los colonos debieron defenderse por su cuenta contra los robos y asesinatos de estos productos de la era colonial que recién terminaba.

El subsidio de \$ 21.000 otorgado a los colonos por el Gobierno Nacional en junio de 1856 fué un importante paso en la consolidación de la colonia. Desgraciadamente, cuando los más laboriosos lograron realizar la primera siembra de algunos de los variados productos que indicaba el contrato, hicieron su aparición los dos grandes enemigos de la agricultura argentina: la sequía y la langosta. Durante *tres años consecutivos* este último flagelo devoró gran parte de las cosechas. Podemos observar, en la carta de Barthélemy Rudaz (Apéndice IV), la actitud de resignación que ello provocó en los sufridos colonos. El primer año obtuvieron una regular cosecha de maíz; pero los cuatro años siguientes "fueron tan desgraciados, que muchas familias dejaban sus concesiones y buscaban la vida en los pueblos" (*Perkins*). Se incrementó entonces la explotación de los montes, iniciada por los primeros colonos llegados.

Otros inconvenientes naturales fueron los animales silvestres, los insectos, y también los incendios. Relátase que un colono, aun no

familiarizado con el poder del pampero, quiso eliminar con fuego a los "pajonales" que cubrían su concesión. El viento propagó las llamas a las concesiones vecinas, alcanzando allí hasta a los ranchos construídos con madera, barro y paja, que quedaron destruídos. Podemos imaginar que muchas de las actividades, de los inconvenientes materiales y morales, y de los sentimientos expresados por el relator anónimo de San Carlos ya citado (v. Apéndice VII), fueron experimentados idénticamente por los colonos de Esperanza en sus primeros años.

Las cartas escritas por algunos colonos a sus familiares callan por lo general todas esas cosas, pero ello se debe seguramente a la selección algo interesada de las mismas para su publicación, efectuada con fines de propaganda. Conocemos cuatro series de cartas de colonos de Esperanza, dadas a conocer entre 1856 y 1858. En el primero de dichos años apareció una en alemán y otra en francés; esta última fué publicada por el Consulado de la Confederación Argentina en Suiza, y lleva las legalizaciones del director de la colonia, C. Marty, del gobernador Cullen, del encargado de negocios en París, J. B. Alberdi, etc. Incluye una carta escrita el 15 de julio de 1856 —pocos días antes de la caída de aquel gobernador— por los colonos valesanos al Consejo de Estado de Suiza y al gobierno del cantón de Valais, detallándole las mejoras obtenidas en el contrato por la intervención del Gobierno Nacional. Los otros folletos publican cartas en francés y en alemán, y fueron impresos en Basilea a instancias de la casa Beck y Herzog, que las utilizó para atraer colonos para su propia colonia a fundarse algo más al sur de Esperanza. La 4ª colección incluye una larga carta de un médico suizo, en la que relata su viaje por la Argentina y sus impresiones sobre el país, fechada en Santa Fe, en septiembre de 1857. Otro folleto de la misma época da cuenta de las primeras labores agrícolas y de su rendimiento "en las colonias de los señores Beck y Herzog, cerca de Santa Fe, en la Argentina" (Basilea, 1857). He aquí algunos datos tomados como ejemplo: las naranjas costaban en esa época de 4 a 6 "piastras" (pesos bolivianos usuales por entonces en Santa Fe, casi equivalentes al peso fuerte) el 1.000. La carne, 6 reales las 25 libras, o sea 15 centavos la libra, etc.

FIGURA 6.—Acta de instalación del primer Concejo Municipal de Esperanza (26 de mayo de 1861).

Procès Verbal

Acte d'installation Du Conseil Municipal De la Colonie

A la Colonie Espérance le 26 Mai mil huit cent soixante & un le Juge De Paix a réuni les Conseillers Municipaux nommés Dans les élections Du Douze De ce mois. Sçavoir Messieurs Georges Dayer, Édouard Mahieu, Louis Perret, D^r Louis Carrel et Louis Wandtstadt. Et Adolphe Hees Joseph, Bauers, Johann Jacob, Jacob Weissmann, Trontz, Scheurer, pour leur annoncer qu'en exécution Du décret rendu le seize De ce mois dont il a donné communication séance tenante il allait procéder à l'installation Du Conseil Municipal De la Colonie, La survenue de l'absence par un discours qui a été reproduit à la suite Du présent procès verbal, ensuite de cet, les Conseillers Municipaux ont entre ses mains prêté serment Dans la forme légale. Après avoir rempli cette formalité le Juge De Paix soussigné a déclaré installé de fait le Conseil Municipal De la Colonie avec tous les privilèges et attributions qui de terminent la loi qui régit la matière. Et ainsi tenant le Conseil a nommé à l'unanimité le Sieur Maurice Fochier qualifié De Secrétaire interprète Du dit Conseil Municipal.

Ainsi fait & signé le présent procès verbal à la Colonie Espérance le jour mois & an que dessus

George Dayer
Johann Jacob
J. Bauers

Guillaume Minier

Edouard

L. Hees

Adolphe Espérance

Le Juge Paix
M. Labrousse

L. Wandtstadt

fin: L. Carrel
Louis Perret

Constituye un hecho interesante el de existir al principio, provisoriamente, autoridades especiales en cada una de las dos secciones en que se dividía la colonia. Consiguientemente, las actas del Juzgado de Paz se hallaban redactadas en francés para la una y en alemán para la otra; las secciones tenían también sus comisarios de policía especiales. Dichas actas reflejan algo del espíritu agriado y poco fraternal que había hecho presa de muchos colonos. Existen quejas y acusaciones entre ellos, incluso por robo; asimismo, cargos contra la comisión organizadora de la colonia, y otra serie de dificultades.

En noviembre de 1856 presentóse a las autoridades provinciales un proyecto de reglamento orgánico (o de Policía) de la colonia Esperanza, *redactado en francés*. Constaba de 19 artículos y lo firmaba F. L. Carrel (el juez de paz) y G. Perret, escribano. Fué aceptado, excepto un punto relativo a ciertos gastos. Su texto puede verse en Cervera, 1906 (pp. 58-59), y Grenon (I, pp. 160-162).

En septiembre del año siguiente se nombró juez de paz a Federico Bosch, y como suplentes a Francisco Rukauf (sección alemana) y Carlos Deforel (sección francesa), aunque también actuaron como jueces Adolfo Kees y Rodolfo Mayer. Desde febrero de 1858 es juez de paz Adolfo Gabarret, quien con su mayor cultura supo ganarse el aprecio de los colonos. A fines de 1857 hubo otro gesto de generosidad del Gobierno, al eximir a los colonos de lo que adeudaban en concepto de alimentos, transporte, etc., y más tarde, también de los adelantos en los pasajes.

Sólo cinco años después de la fundación de Esperanza, ésta consolidó definitivamente su existencia legal con la creación de la Municipalidad, como lo preveía ya el contrato de colonización de 1853 (art. 13º). El entonces gobernador Pascual Rosas llamó, en un decreto fechado el 5 de mayo de 1861, al vecindario de la colonia para una Asamblea Comunal a reunirse una semana después, con el objeto de proceder a la elección entre los mismos de diez que habrían de constituir el Concejo Municipal. Aprobado por el gobierno, el Concejo se instaló el 26 de mayo, presidido por el juez de paz Gabarret. Éste pronunció en la ocasión un notable discurso en francés, ponderando las ventajas del régimen municipal, y señalando los deberes de los concejales. En una especie de *gentlemen agreement*, que fué conservado mientras duró dicha estructura de la Colonia, cinco concejales y un suplente provenían de la parte de habla francesa, y cinco y un suplente de la de habla alemana. He

aquí los nombres de los que integraron este primer Concejo Municipal de Esperanza: Jorge Dayer, Eduardo Mahieu, Luis Perret, Luis F. Carrel, Luis Vanstrate, Adolfo Kees (éste fué poco después elegido vicepresidente), Joseph Maurer, Johann Jacob, Santiago Weidmann y Francisco Schürer. Por unanimidad fué designado Mauricio Jost como *Secretario intérprete* del mismo (v. fig. 6).

Como lo hizo notar Gabarret en su discurso, este progreso no fué posible hasta terminar el largo ciclo de calamidades de que había sido víctima la colonia. "Gracias sean dadas a la Divina Providencia—dice—, que después de tan duras pruebas soportadas con rara constancia por los colonos, por la que merecen la estima pública así como la del Gobierno, se haya operado un cambio favorable en la situación de la Colonia, que me deja en la agradable persuasión, bien que sus ingresos sean aún muy restringidos, de que se la puede hacer participar desde hoy en los beneficios de una institución municipal." El discurso de Gabarret es una sabia lección de democracia municipal, que refleja la formación republicana de su autor, así como, en cierto modo, la de aquellos a quienes iba dirigido. Sin duda, sus conceptos no eran nuevos a los oídos de los consejeros, helvéticos en su mayoría.

* * *

Un problema que dió que hacer a los colonos fué el del Campo Comunal, la franja de 4 leguas cuadradas destinada por el Contrato de 1853 a pastoreo (art. 9º). Dicho problema se agudizó cuando, al valorizarse las tierras adyacentes a la colonia, los estancieros quisieron tomar posesión efectiva de las mismas. Dichas tierras les pertenecían *legalmente*, pero siempre fueron consideradas como suyas por los colonos en virtud del documento no menos *legal* concertado entre Castellanos y Crespo. Además, a medida que se araban porciones cada vez más grandes de las concesiones, los animales ya no tenían lugar para pastorear, y si antes lo hacían libremente en dichos terrenos, la actitud de los estancieros ahora se lo impedía. Por fin, después de numerosas gestiones del Concejo Municipal, el gobierno se dignó conceder 1 y ½ legua cuadrada en las bandas N. y O. de la colonia (11 de agosto de 1866). Si los colonos insistieron tanto en esto, es, sin duda, en parte por su preferencia por la alimentación láctea, lo cual se deriva de su origen alpino¹; la propia institución

¹ Algunos viajeros se sorprendían de que su comida se basara fundamentalmente en *pan* y *leche* (véase Perkins, en Grenon, III, p. 46).

del campo comunal reconoce su raíz alpina en el *Allmend*, que en Suiza significa precisamente eso. Es posible que el conocimiento de esta práctica a raíz de su larga estadía en Europa, haya inducido a Castellanos a estipular su creación para cada una de sus proyectadas cinco colonias.

Según el Contrato colonizador, en el mismo año de la instalación de la Municipalidad (1861) debieron entregarse las concesiones en propiedad definitiva a sus ocupantes (art. 7º), ya que habían transcurrido los 5 años desde su instalación en las mismas. Empero, el gobierno había continuado la manutención de los colonos hasta febrero de 1857, y había contado las obligaciones respecto al pago de los pasajes (transferidas al gobierno) sólo desde octubre de ese mismo año. Por esas razones recién en los últimos días de 1862 comenzó a otorgar los títulos de propiedad a los colonos. Ello no sucedió sin protestas de los mismos por la demora; además, se negaron a pagar los impuestos para el Municipio por no tener sus títulos de propiedad, cosa hasta cierto punto justificable. Es verdad que también posteriormente fueron muy reacios a pagarlos, lo cual dificultó grandemente la acción de la incipiente Municipalidad.

Así, pues, Abraham Luque, el mismo escribano público que casi diez años antes había redactado el Contrato entre Aarón Castellanos y el gobierno de Santa Fe, se dirigió a Esperanza para cumplir el decreto del gobierno declarando ante el juez de paz Eduardo Mahieu (sucesor de Gabarret) "a don Carlos Galiot legítimo propietario de la concesión número uno, sección Este, que actualmente ocupa en el cantón Iriondo, agregándose al protocolo el contrato y decreto mencionados para su debida constancia. En fe de ello y para que sirva al agraciado de suficiente título de propiedad, le expido el presente en la Colonia Esperanza a 29 de diciembre de 1862." Así se continuó hasta la concesión N° 200.

Instante histórico éste. El país, acabado de unirse definitivamente al iniciar con la presidencia de Mitre su pleno ciclo constitucional, entregaba por primera vez en propiedad una porción de su tierra *a la familia que directamente la trabaja*, sin preguntar por su raza, nacionalidad, idioma o convicción religiosa sino sólo por su honestidad y laboriosidad. Es el comienzo de una larga lucha por la *valorización de la tierra y la paralela dignificación del hombre*, y el hecho de que hayan sido suizos la mayor parte de los agraciados, es a la vez un timbre de honor para el pueblo helvético y un sello de amistad para ambos países.

La vida cultural resintióse fuertemente en estos primeros años de la Colonia Esperanza. Tímidamente comenzóse con las actividades religiosas y escolares. Ya hemos citado a Sommer-Geiser en su dato acerca de la poca voluntad de los clérigos santafesinos para atender a la Colonia. Sólo en octubre de 1857 se celebró la primera misa. Dice al respecto el P. Grenon: "Estaba de paso un Padre Franciscano y dijo misa aquel día. Fué misa de campaña o al aire libre, porque no había capilla ni oratorio. Era un día de invasión de la langosta voladora; ¡tanta había, que los árboles se doblaban como para romperse las ramas! Al contemplar esta plaga se vino en buscar un Santo Protector y se vió que más al caso era el Santo del día, que era Santa Teresa. Se comprometieron los concurrentes a celebrar aquel día como de fiesta. Así lo celebraron durante varios años. Más tarde, después de tener la patrona titular de Esperanza, se declara por segunda patrona de la Colonia a Santa Teresa."

En 1860 entró a actuar como primer párroco de Esperanza el Pbro. orador Mauricio Aime, nativo del Piamonte, quien inició gestiones para la construcción de un templo católico. Éste comienza a edificarse en 1862, sobre la base de varias generosas donaciones. El 25 de diciembre de 1863 el Concejo Municipal declara que "la Colonia debiendo ponerse bajo el patronazgo de un santo, el Concejo Municipal, reunido en este día, por voto secreto, designa como Patrona a la Santísima Virgen María en el Día de su Nacimiento, que se celebra el 8 de septiembre de cada año. Así, pues, ese día deberá ser reconocido como fiesta patronal de la Colonia." Éste es el origen de dicha fecha tomada luego erróneamente como "de la fundación de Esperanza". En 1867, después de haber actuado párrocos franciscanos y otros oriundos de Italia, llegó el Padre alemán Hermann Auweiler, de quien guardan los católicos buenos recuerdos. Fundó varias escuelas parroquiales, que entraron en la liza con los establecimientos anteriores.

La primera escuela de Esperanza fué fundada por Johann Kaspar Helbling hacia 1861; al año siguiente se constituyó bajo su dirección la Escuela Municipal. Al mismo tiempo se aceptó a Carlos Barlathay como maestro católico para la sección francesa, con la condición de que no se le paguen emolumentos "para evitar celos de los habitantes de la Sección Oeste para quienes no hay Institutor". Helbling sabía, según Grenon, los idiomas alemán, francés, inglés y castellano, condiciones ideales para el medio en que le tocó actuar. No obstante, la asistencia dejaba mucho que desear. He aquí una

cita del año 1863 que podría aplicarse también a las colonias posteriores:

"Esta gente a pesar de algunas pequeñas costumbres viciosas, es industriosa: las mujeres sobre todo; y admira ver a una niña de diez a quince años montada como un hombre sobre un caballo, mostrar toda la destreza de un verdadero gaucho, arreando ganado por el campo.

"Pero si por un lado se instruyen en las costumbres del trabajo de los gauchos, por el otro adquieren sus vicios. *Es casi imposible persuadir a esta gente de la necesidad de mandar sus hijos a la escuela*, y su educación religiosa está igualmente descuidada.

"El Gobierno hizo lo que pudo para adelantar la educación de la Colonia, poniendo un maestro hábil que conocía perfectamente los tres idiomas, español, francés y alemán. *Pero bajo el frívolo pretexto de que no querían que sus hijos aprendiesen el español*, lo que era un sine qua non del Gobierno, los alemanes se retiraron. El verdadero motivo era, que no siendo gente para saber apreciar la educación, creían que más cuenta les hacía aprovecharse del trabajo de sus hijos en casa.

"Así hay cuatro escuelas en teoría en esta Colonia, pero en realidad se puede decir que no hay ninguna, pues ninguna funciona. Puede ser que durante el invierno, cuando las faenas del campo dejen más tiempo y espacio, los colonos se mostrarán más dóciles a las buenas intenciones del Gobierno" (*Perkins*).

Otros detalles nos da el viajero inglés Hutchinson, que visitó Esperanza por la misma época:

"*Como la libertad de cultos fué una de las condiciones establecidas al fundar esta colonia*, hay aquí un templo de protestantes y un ministro, como también un cementerio para los mismos. Un caballero suizo, el Reverendo Mr. Staiger, es el clérigo protestante de la colonia. Puede calcularse en una quinta parte de la población los que profesan esta creencia ¹.

"El señor Juan Gaspar Helbling, señor alemán que habla inglés perfectamente, tiene una escuela, en la que generalmente hay de 90 a 100 alumnos. Ni el gobierno provincial, ni el nacional, ni la municipalidad, contribuyen con nada al sostén de esta escuela, la que educa tanto a católicos como a protestantes, perteneciendo el

¹ Este dato es erróneo: las demás fuentes (*Perkins*, *Beck*, *Grenon*) coinciden en un tercio.

maestro a la primera religión. Los padres le pagan al maestro dos reales mensuales por cada uno de sus hijos. Su plan de educación es enseñar a sus discípulos por un sistema progresivo desde la edad de 5 a la de 12 años...

"Mr. Helbling ha organizado también una clase de canto entre los jóvenes alemanes, los que entonan armoniosamente melodías referentes a la madre patria sobre las costas del Río Salado."

En agosto de 1864 el pastor metodista Goodfellow, de Buenos Aires, colocó la piedra fundamental de la capilla protestante. Se hallaba, como hoy, sobre la plaza, frente a la católica. Los pastores evangélicos de la Colonia fueron Felipe Staiger, para la sección "alemana" (fué enviado por la *Missionshaus* de Basilea), y Eugenio Sauvain, para la sección de habla francesa; ambos llegaron en 1857. El primero permaneció hasta 1871, y el segundo hasta 1862, en que pasó a San Carlos. No llegó a haber en Esperanza —como tampoco en el resto del país— una verdadera acción "suiza" en materia religiosa; tras algunos años de apoyo en la iglesia Metodista, el protestantismo esperancino de habla alemana quedó después de 1870 en manos de la iglesia Luterana, rama de la Iglesia Nacional Prusiana.

Acerca de la tradición musical introducida por los suizos, nos ilustra el simpático gesto de los colonos frente a una comisión inspeccionadora del gobierno de Santa Fe, que fué a la Colonia en octubre de 1856. Dice Castellanos que "les salió al encuentro un gran número de preciosas niñas entonando himnos religiosos, y el *God save the Queen*..." ¡Conmovedora escena: los pequeños "gringos" entonando cándidamente el "Heil dir, Helvetia" (himno suizo, que por coincidir en su melodía con el inglés, hizo creer a los visitantes que se trataba del "God save the Queen") para saludar a los representantes de la patria de sus futuros hijos! En 1864 decía un cronista que la misa la cantaban siete colonos. "No tienen órgano ni instrumento alguno con que acompañarse; y sin embargo los coros estaban bien cantados y las voces eran excelentes." Agrega luego que "en el hotel hemos tenido hasta música de canto". Como lo acabamos de ver en la cita de Hutchinson, el meritorio maestro Helbling organizó un coro juvenil de habla alemana. En 1870 estos esfuerzos cristalizaron en la constitución de un *Gesangverein* o Sociedad de Canto.

A este primer período de la colonia Esperanza corresponde tam-

bién otra importante expresión deportivo-social de origen helvético: el Tiro Suizo; su fundación data del año 1866.

Volviendo a la actividad económica, señalemos en esta rápida reseña que en abril de 1859 el gobierno otorgó permiso al valesano Martín Gaspoz para instalar un molino harinero sobre el arroyo Cululú, movido por el agua. Más tarde instalóse también uno de viento. Ello significa el comienzo de la actividad industrial de Esperanza, que tanto se desarrollaría en época posterior.

No hay datos sobre la producción durante los primeros años de la colonia. Recién del año 1861, segundo año próspero, conocemos algunas cifras proporcionadas por Hutchinson. Así las sintetiza Cervera: "Tenía la colonia entonces una población de 1.095 adultos y 417 menores. El terreno ocupado y cultivado era de 1.936 cuerdas cuadradas, habiéndose sembrado 5.838 almudes de trigo y 512 de cebada. La cosecha de 1861-1862 produjo: 4.715 fanegas de trigo; 615 de cebada; 3.061 de maíz; 61 de maní; 710 de papas. Además existían prontos para ser trasplantados 291.800 vástagos de vid; y durante el año se cultivaron también 574 almudes de batatas y 1.142 de porotos, y existían plantados en las casas de la colonia 27.890 árboles frutales. Había 33 casas de azotea y 437 ranchos; sus habitantes poseían caballos, bueyes, vacas lecheras, ovejas y porcinos." En 1864, según el cronista mencionado, la principal industria de los colonos es la mantequilla, cuya producción se incrementaba día a día, por la creciente demanda en las ciudades.

Según recuento efectuado en noviembre de 1864, la población de Esperanza ascendía entonces a 1.560 habitantes, distribuidos en más de 300 familias.

Hasta 1864 las comunicaciones con Santa Fe eran muy precarias. Cuentan los primeros colonos que al principio tenían que ir *a pie*; luego, a caballo; por fin, en 1864 ordenábase abrir un camino de 40 varas de ancho que debía comunicar Santa Fe con Esperanza, pasando por el lugar del río Salado llamado Paso de Mihura (éste se solía atravesar con chatas); el mismo año la Legislatura aprobaba el contrato con el bernés Carlos Henry para establecer la primera diligencia de Esperanza a Santa Fe, ampliándose al año siguiente hasta San Gerónimo y San Carlos. Dos veces por semana hacía dicho recorrido. También se necesitaron largas gestiones para la construcción del tan necesario puente sobre el Salado. En octubre de 1864 se efectuó un contrato entre el gobierno de Santa Fe y los señores Christian Clausen y Carlos Müller, por el que éstos se comprometían

a construir un puente “con buen material” en los alrededores del paso Mihura, concediéndoles derecho de peaje por el término de 15 años. Pero años después hallamos nuevas gestiones para el mismo objeto; recién en 1868 el puente es habilitado al tránsito. Con ello desaparecía, por fin, el aislamiento relativo en que una reacción conservadora, anti-extranjera, los había colocado trece años antes.

En este mismo año 1868 se originó una terrible epidemia de cólera que frenó por un tiempo la inmigración y el progreso de Esperanza. Otra crisis, ésta de carácter político-religioso, se produjo al implantar el progresista gobernador Nicasio Oroño el matrimonio civil (1867) —se quiso con ello tener en cuenta los derechos de los colonos no católicos—. Superados estos episodios, podemos dar por finalizada esta breve revista de los primeros años de Esperanza con la mención de la visita efectuada a la Colonia por el presidente Sarmiento en 1870. Ello fué como un espaldarazo para la definitiva ascensión de la que merece recibir el título de “cuna de la colonización argentina”. Esperanza se encaminaba entonces con fuerza creciente hacia su actual condición de centro industrial y comercial de la amplia zona de colonias que se había formado a su alrededor. La población no había aumentado excesivamente hasta entonces; según estadísticas de 1870, registrábanse 1.992 personas, con 375 familias. Contábase aún una proporción de 55 % de suizos, y un 30 % de alemanes, aproximadamente. (En 1871, dicha cantidad se redujo a 1.856 personas: 744 suizos, 712 alemanes, 144 franceses, etc. Se advierte el proceso de traslado de los suizos a “nuevos horizontes”, y el aumento en la proporción de alemanes.)

Para continuar nuestra reseña, debemos ahora regresar al año fundador, 1856.

CAPITULO VI

LA COLONIA SAN JOSÉ (ENTRE RÍOS).

Cuando el *pioneer* Aarón Castellanos decidió aceptar la transferencia de la primera colonia santafesina al Gobierno Nacional, no pensó por ello abandonar sus proyectos colonizadores. Lo peor que podría hacerse, según él, sería interrumpir la corriente inmigratoria centro-europea iniciada con tantas dificultades. Se había comprometido con Vanderest y con Beck y Herzog, que contaban con ello para la estabilización de sus actividades como agencias de emigración.

Es con dicha mira que la propia Casa Beck y Herzog decidió emprender por su cuenta labores de colonización, y ello estando aún Castellanos en Europa, como veremos.

Posteriormente a la partida del último contingente esperancino, Vanderest logró reclutar un grupo de 200 personas deseosas de emigrar a la Argentina. Aunque anuncióse la inminente partida de Dunkerke de estos emigrantes "costeados por sí mismos y sin compromiso alguno con ninguna compañía de colonización", como lo expresa un informe del ministro Derqui (quien dice que el gobierno de Santa Fe ya había tomado medidas para su recepción en Rosario), no sabemos qué se hizo de ellos.

Desgraciadamente Castellanos vió paralizada su labor por la evidente falta de favor del Gobierno. Éste inclinaba sus preferencias hacia la inmigración individual, no organizada. Dándose cuenta de que el sostén de Esperanza le resultaría una carga ("un aguijón que por el error de un momento, ambos Gobiernos se lo habían forjado", según su fundador), intentó persuadir a Castellanos para que se pusiera al frente de la misma. Éste se negó cortés pero firmemente, en una extensa carta fechada el 9 de septiembre de 1856,

en la que exponía todos sus trabajos anteriores, y señalaba que “ya la cosa no está íntegra”, y que el Gobierno Nacional no podía echarse atrás. Puede leerse en su opúsculo repetidas veces mencionado acerca de sus ulteriores gestiones, y el abandono que hubo de hacer de sus proyectos, tanto colonizadores como del ferrocarril, el cual le fué arrebatado más tarde por otros. Recién el 9 de noviembre de 1857, tras una ley del Congreso, firmóse un convenio entre Derqui y Castellanos ratificando lo concertado el año anterior, dando por terminado el contrato del 15 de junio de 1853, e indemnizando al segundo con la suma total de 551.300 francos. Con ello quedaba también, de hecho, anulada la cesión de 32 leguas de tierra, de la que debía ser beneficiario.

Como dice Schuster, Castellanos tuvo en su país la suerte de los Profetas. Si sus aspiraciones se hubieran cumplido, hoy tendría la Argentina varios millones más de habitantes. Su visión un tanto simplista y unilateral de los problemas de la inmigración y la colonización, y su creencia de poder sacar provecho propio de una empresa que era la primera de ese género en un medio como lo era la provincia de Santa Fe de mediados del siglo, no merecía ciertamente la denigración de que incluso llegó a ser objeto.

* * *

Nos relata Castellanos que los informes favorables sobre la buena disposición en acoger inmigración planificada “despertó en el ánimo de los señores Beck y Herzog la idea de procurar ellos también un contrato de colonias en Santa Fe bajo la base de una cesión de tierras. Se me consultó sobre el particular y no trepidé en asegurarles que para todos había en nuestras fértiles y despobladísimas llanuras: que sin más reato por parte del Gobierno que dar tierras, indudablemente sería acogida su solicitud”. La experiencia ganada con Esperanza les habría de servir para su propia colonia. Por otra parte, ello sería un medio para asegurar la continuación del débil hilo emigratorio por ellos iniciado hacia el Río de la Plata, y que se haría indispensable tras el forzado abandono de la lid por parte de Castellanos. Uno de sus agentes, el señor Carlos Wybert, fué nombrado para efectuar las gestiones preliminares con el gobierno santafesino. Lo acompañó como intérprete Alejandro de Belmard, quien ya había colaborado con Castellanos en dicha función. Presentados por éste al doctor Alberdi, recibieron del mismo cartas de recomendación

para el Gobierno Nacional. Viajaron en el mismo buque con que Castellanos regresó a su patria, el que arribó a Buenos Aires el 20 de abril de 1856; desde Río de Janeiro los acompañó Enrique Vollenweider, a la sazón jefe de una casa comercial. Amablemente recibidos a fines de mayo por los integrantes del Gobierno en Paraná, lo fueron luego también por Cullen. Para sorpresa de Castellanos, quien por otro lado veía "saboteada" su obra, Wybert logró al fin celebrar un convenio según el cual la Casa Beck y Herzog recibiría 20 leguas cuadradas de tierra perteneciente a la Provincia, más al sur de la colonia Esperanza. Ante el éxito de esta gestión, uno de los socios de dicha Agencia de emigración decidió trasladarse personalmente a la Argentina para participar activamente en su realización.

Así es como vemos desembarcar en Buenos Aires, el 14 de marzo de 1857, al dinámico Carlos Beck con su esposa, la fina escritora Lina Beck-Bernard (alsaciana de origen), y sus hijos. Después de algunas semanas de permanencia en la ciudad porteña, se trasladaron a Santa Fe, en donde ella residiría cinco años y él siete. Allí Beck adquirió un molino harinero. "Ese establecimiento industrial estaba vinculado a los adelantos agrícolas de la provincia promovidos por la colonia Esperanza, y más tarde fué trasladado a San Carlos (septiembre de 1861)" (*Gori*). En este molino trabajaban inmigrantes suizos y alemanes. Beck también proveía de semillas a los agricultores de Esperanza. Cultos y dotados de personalidad, así como de capacidad de adaptación, los esposos Beck-Bernard entablaron relaciones con todos los personajes de la época: los Cullen, Iriondo, Echagüe, etc.

Con este ambiente favorable se explican las ventajas obtenidas por Beck para sus proyectos. Por de pronto, obtuvo una concesión en cada una de las dos secciones de Esperanza, para cuya explotación contrató a las familias de Stessens y Colliard. También obtiene un campo llamado "Las Ninfas", que asimismo hace explotar a nombre de la compañía.

* * *

A poco de su instalación en Santa Fe, recibió Beck la noticia de la inminente llegada a Buenos Aires de un gran número de familias, primer contingente de las contratadas por John Lelong. Con él habían acordado Beck y Herzog y Vanderest como un medio de proseguir la corriente colonizadora a estas tierras. Ignorantes de la nega-

tiva de Corrientes para su admisión (v. cap. II), viéronse de pronto ante el urgente problema de hallar plaza para estas familias. Beck púsose inmediatamente en campaña para ello; negativa Santa Fe, intentó obtener la ayuda del Gobierno Nacional. Tras una primera entrevista fracasada con Urquiza, obtuvo por consejo de Castellanos (que entonces se hallaba en Paraná esperando la solución de sus asuntos), la mediación del doctor Benjamín Victorica, yerno del general. El gran caudillo, hasta entonces reacio a dejar invadir a su provincia por los "gringos", supo comprender que estaba en juego el prestigio del país y el suyo propio; su actitud trocóse en generosa, y hallándose el Gobierno sin medios para ello, mandó instalar a los colonos en sus propias tierras. Se otorgaba a cada familia 20 cuadras de terreno, dinero para establecerse y empezar sus trabajos, y alimentos para un año.

Satisfecho y aliviado, Beck se dirigió a Buenos Aires, en donde ya estaban los inmigrantes, para organizar su traslado a Entre Ríos. No todos se dirigieron, empero, a esta provincia, ya que una parte fué destinada a la de Santa Fe, en donde entraron seguramente al servicio de Beck y Herzog.

A principios de junio de 1857 los colonos desembarcaron en los campos de Ibicuy, al sur del departamento Gualaguay, en donde se proyectó al principio su instalación. Al agrimensor francés Carlos Sourigues, Comandante de Gualaguay y profesor en el histórico Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, fué encomendada la tarea de delimitación de la nueva Colonia.

El lugar evidencióse pronto desfavorable para las tareas agrícolas. Una creciente extraordinaria del Paraná dió que penar a los inmigrantes. Así, recibieron orden de ser trasladados a la costa del río Uruguay, en el lugar llamado Calera de Espiro, poco al norte de Concepción del Uruguay (que era por entonces la capital de la provincia, y en donde se hallaba la residencia de Urquiza, llamada Palacio San José). Poco hacia el interior habría de instalarse ese año la Colonia "San José", y sobre el mismo río, la hoy floreciente ciudad de Colón, en 1861.

A fines de junio de 1857 se embarcaron en la goleta "Rey David" y en el patacho "Facio". Encargado de su conducción fué el suizo Carlos Marty, representante de Beck y Herzog, el mismo que en los primeros meses había actuado como director de la colonia Esperanza, y de quien los colonos guardaban agradecido recuerdo (v. Apéndice IV). También se encargó de su manutención. El transporte del

equipaje se hizo separadamente días después en varios lanchones. Arribaron a la Calera de Espiro el 1º de julio; cuéntase que el primero en saltar a tierra fué un componente de las varias familias Delaloye que integraban la expedición.

"La falta de preparativos, originada por la urgencia con que se iniciaron los trabajos, hizo que la colonia San José sufriera los inconvenientes de la primera hora más que ninguna otra. Es de imaginar los apuros de sus organizadores en los días que sucedieron a la llegada del contingente, ya que debían dar ubicación y proveer de alimentos a más de medio millar de personas que arribaban a lugares extraños, con un desconocimiento total del ambiente, de las personas y de los elementos que se les presentaban para su aprovechamiento. . .

"Para los recién llegados no habrán sido menos las dificultades, y tal vez el desánimo haya cundido en esas horas difíciles del comienzo. El ambiente para ellos hostil ha de haber contrastado con las ilusas esperanzas que se forjan en la mente al emprender un largo trayecto en busca de horizontes más promisoros. «¿Dónde están los naranjos prometidos?», habría exclamado un viejo alemán, escudriñando con avidez entre la maraña y pidiendo el retorno frente al derrumbe de sus ilusiones" (*Macchi*).

Los recién llegados tuvieron que esperar pacientemente varias semanas hasta que Sourigues, que había elegido el emplazamiento de la colonia, terminara de delimitar los terrenos. Dice Alejo Peyret: "Formaron un nuevo campamento, y efectivamente no puede darse otro nombre a la población que improvisaron. . . Se arreglaron del mejor modo que pudieron en la selva de espinillos, ñandubays, quebrachillos y talas que cubrían entonces la barranca y la meseta donde se extiende actualmente la pintoresca ciudad de Colón.

"El encargado de la calera era un viejo vasco, tartamudo, que tuvo que abandonar el rancho de quinchá en que vivía a las mujeres embarazadas que iban a salir de cuidado.

"La caza era abundante en la selva y en el campo, donde los avestruces y los venados pastoreaban fraternalmente con las vacas y las yeguas. Los carpinchos y las nutrias pululaban en los arroyos; los patos en las lagunas, las perdices en los pajonales, bandadas de palomas y de cotorras oscurecían el cielo, sin contar los tordos, los terutereros, los flamencos, las bandurrias y un sinnúmero de otras aves; de manera que los colonos, todos buenos tiradores, tenían como divertirse y añadir manjares succulentos a la ración de carne que se les distribuía."

El trazado de la colonia se hizo de E. a O., pero después de comenzada la instalación de las familias se la extendió de S. a N., hasta el arroyo Perucho Verna. Parece que en un principio se distribuyó a los colonos según su división lingüística.

El 2 de agosto las primeras familias tomaron posesión de sus parcelas, pero continuó durante todo ese mes la instalación de las demás. El activo agrimensor había amojonado 160 lotes de 16 cuadradas cada uno (algo más de 26 Ha), de lo cual quedaba ocupada aproximadamente la mitad. "Grande debe haber sido el ajetreo en aquellos días en que aparte de las ocupaciones del traslado, estaban las de instalación. Había que construir en primer término la casa habitación y al efecto aprovecharon muchos la riqueza calcárea de la zona costera. Aun se conservan en pie algunas de aquellas habitaciones de los primitivos pobladores de la colonia como símbolo del esfuerzo y la constancia de los forjadores de la riqueza regional. En ellas se puede observar el basamento y gran parte de sus paredes, construídas en piedra." (*Macchi*).

Como reclutados por la agencia Beck y Herzog, la gran mayoría de los fundadores de la colonia San José eran suizos. De un total de 111 jefes de familia instalados en 1857, 93 provenían de diversos cantones de Suiza (sobre todo Valais y Berna), o sea el 83,7 %; 16 eran saboyanos, y 2 alemanes del sur. Eran católicos en su gran mayoría: 100 familias (el 90 %), y protestantes las 11 restantes. El contingente que arribó en julio (los días 1º, 15 y 17) estaba formado por 104 familias, con un total de unas 530 personas. A principios de octubre llegaron 7 más, integradas por 52 individuos, probablemente desprendidos de un grupo de 20 familias también pertenecientes a las contratadas por Lelong, y que desconocedores de la nueva situación se dirigieron a Corrientes. Rechazados de allí, el encargado de la conducción, Adolfo Reboul, solicitó su admisión en San José, cosa que le fué concedida, pues Urquiza había decidido fomentar la colonización en su provincia. Sin embargo, sólo las mencionadas siete grandes familias llegaron a la nueva colonia, instalándose el resto del grupo en la colonia de Las Conchas (v. cap. II). Según los registros de la colonia, el total de 580 personas quedaba distribuido en 409 mayores de 10 años y 118 menores (dentro de las familias), más 53 colonos sin familia.

He aquí los apellidos de los fundadores de San José (según

Macchi, 1949, Apéndice N° 2; el número señala la cantidad de familias del mismo apellido):

- a) *Padres de familia*: Addy, Albrecht, Amos, Andreggen, Applanalp, Arletta (2), Artalaz.
Balet, Bastian, Berclaz, Benay, Betrisson, Blatter, Biederbost (2), Brela, Bodemann, Boinard, Bonvin, Bonzon, Boujon, Bressard, Buffet, Buhlman.
Clavien, Comte (2), Crepy (2).
Decaillet, Decurgez, Delaloye (3), Demarning, Dupraz.
Follonier (4), Favre.
Gabiou, Ganguillet, Gay, Godin, Grojean, Guhl.
Haver (2), Hefliger, Heimen, Heinzen.
Imhoff (2), Imoberdorf.
Laurent, Lazeroni, Lehner, Locher, Lowener.
Maitre, Marbach, Marty, Maxit, Meyer, Micheloud (4), Moix, Morrend, Mudry, Müller.
Paccot, Paria, Poirrier, Pott, Pasquier, Pralong.
Quinodoz.
Rebord, Richard, Rion, Roth, Rosier, Rudaz, Ruthimann.
Schnyder, Schopp, Schurrmann, Siegen, Siegrist, Simonetta.
Thenisch.
Udrissard.
Valbert, Vannet, Villemin, Villimann, Vouigner.
Wenger, Werler, Wetzl.
- b) *Colonos individuales*: Antille.
Balay, Beck (Víctor), Berclaz (2), Benay, Bennet, Bernay, Bremm, Bretey, Bochaton, Bonday, Bonzon, Booz (2), Boujon, Brown (2), Brunner.
Caillet, Comment, Crépy.
Charruet.
Delerse.
Fischer, Favre, Frossard.
Grand.
Jourdan.
Klovsen.
Lang.
Maniglet, Maury (2), Meyer (2), Millier, Michly, Morrin, Müller.
Ortlinger.
Petit (2), Pralong (2).
Quarroz, Quisot.
Rizzi, Roth, Roullier.
Torrent.
Zermatten.

Cada familia colonizadora suscribió con el general Justo José de Urquiza un contrato, cuyo documento original se halla escrito en francés y en castellano. Los puntos más importantes son los siguientes:

Cada familia recibía del general Urquiza: a) 16 cuadradas de terreno; b) "Cien pesos que serán entregados a la administración y empleados por ella para comprar por cuenta de la familia y de un mutuo convenio objetos de primera necesidad, así como las semillas; c) cuatro bueyes de labranza, dos caballos, dos vacas lecheras con su cría; d) la madera y la leña que necesitará la familia; e) la mantención de dicha familia durante un año a datar de su llegada a la colonia, a razón de diez libras de carne y tres libras de fariña por día para cinco personas de diez años para arriba" (art. 1º). Se abría una cuenta corriente para todos estos adelantos, debiendo ellos pagar el 1 ½ % mensual en concepto de intereses. Todos los productos obtenidos por los colonos les pertenecían sin restricción alguna (art. 8º). Se establecía la obligación de parte del colono de permanecer en la colonia mientras durase el contrato, trabajando su lote de terreno y acatando los reglamentos (art. 7º). "Ninguna familia podía enajenar su lote de terreno antes de haberlo pagado, a no ser al precio corriente y a una familia que cargue con la deuda del vendedor y que debía ser aceptada por la administración. Y aun después de la completa cancelación de la deuda, la venta podía efectuarse tan sólo si el comprador presentaba a la administración las garantías suficientes en el sentido de que el terreno sería explotado en forma conveniente" (*Schopflocher*) (art. 11). El artículo 13 es de interés: "Un individuo varón de cada familia, de más de 15 años de edad, deberá someterse al impuesto personal de concurrir a los trabajos que decretará la administración para el interés general de la colonia, advirtiéndole, sin embargo, que un solo individuo no podrá requerirse para más de veinte días de servicio anuales." El art. 14 prevé la constitución de un consejo de colonos. Éste "tendrá la facultad de presentar a la administración sus observaciones sobre los reglamentos introducidos o para introducirse, así como sus propuestas para medidas de utilidad pública de cualquier naturaleza que sean. Cuando hubiese queja o disenso, esta comisión podrá apelar de la administración a la misma persona de S.E. el señor General Urquiza". Quedaba vedado a los colonos "tomar parte en movimiento político alguno", y no debían cumplir servicio militar;

únicamente, podían organizar una “milicia para seguridad de la colonia” (art. 16). Quedaba prohibido a los colonos la venta de licores o vinos, y la instalación de cualquier negocio debía someterse previamente al permiso de la administración. Ésta se reservaba el derecho de expulsar de la colonia a los individuos o familias inútiles o perjudiciales por «su pereza o su mala comportación» (artículo 21). Los afectados podían apelar al general Urquiza.

La colonia San José debe su existencia y éxito, además de a Urquiza (quien cobró gran afecto a la empresa, visitaba a menudo a la colonia, “retaba” a los remisos y premiaba a los más destacados), a Sourigues, y a Alejo Peyret, quien se hizo cargo de la administración a fines de 1857, ejerciéndola durante muchos años. Había llegado al país en 1852, emigrado de su patria tras el golpe de estado de Napoleón III, como Amadeo Jacques y otros franceses republicanos que cumplieron una acción destacada en la Argentina. Ya en Europa se había ocupado de los problemas sociales y de la colonización agrícola. Desde 1855 fué también profesor en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Su pensamiento en tales materias ejerció gran influencia en la provincia de Entre Ríos.

Durante su primer año la colonia sufrió la misma suerte que Esperanza: fué víctima de la langosta y la sequía, con lo cual quedó malograda la primera cosecha de maíz, así como los demás cultivos iniciados. El 10 de junio de 1858, acercándose el plazo de vencimiento de la manutención de los colonos, y frente a la situación crítica de los mismos, Peyret escribía a Urquiza pidiéndole una prórroga. Agregaba, como para inspirar confianza en el éxito final, que “los colonos se han mostrado muy agradecidos, y están generalmente bien dispuestos. Casi todos han construído ya buenos ranchos, de los cuales una docena son de piedra y otros de ladrillo. Dentro de poco tiempo no se reconocerá este paraje”. Urquiza accedió a prorrogar hasta diciembre de ese año dicha manutención (que se reducía a carne y galleta), o sea hasta la primera cosecha de trigo. El Consejo Municipal dirigió al Presidente de la Confederación una sentida carta de agradecimiento; la firmaban Francisco Comte, Claudio Bréla, Cristián Heinzen, Antonio Pralong y José Bastian; éstos constituían, pues, el primer Consejo Municipal de San José. Afortunadamente, dicha cosecha resultó muy buena, con lo cual la colonia comenzó a estabilizar definitivamente su vida.

Bajo la eficaz guía de Alejo Peyret, San José se constituyó en la primera colonia de Entre Ríos. Se practicaron, con variado éxi-

to, diversos cultivos, de los que tomaron importancia los frutales: el tiempo, y su propio trabajo, dieron así la contestación a la desilusionada pregunta por los naranjos de aquel inmigrante. Bajo la égida de los principios del contrato de colonización, se desarrolló un espíritu democrático y cooperativista, cuya influencia llegó hasta nuestros días. El hecho de ser suizos sus pobladores, dió cuerpo y respaldo a aquellas previsiones teóricas.

* * *

Intensificada poco a poco la inmigración espontánea al Río de la Plata, llegaron a mediados de 1859 varios grupos a la colonia San José. Se componían en total de 25 familias, integradas por unas 110 personas. Se trataba en su casi totalidad de suizos de habla francesa.

Queriendo ampliar la actividad colonizadora, Urquiza envió a principios de 1859 al capellán de su residencia, el presbítero Lorenzo Cot, a Europa para activar la inmigración a su provincia. Cot había nacido en la población valesana Chambons de Fenestrelles, y conocía por lo tanto el medio en que le tocaría actuar. Llegado a Suiza, realizó varios viajes, entrevistando a familiares de los colonos y entregándoles cartas de los mismos. Habló también con las autoridades del cantón Valais y con el obispo. Sus resultados fueron tan convincentes, que el Consejero de Estado Antón de Riedmatten dijo "que casi a él mismo le venía gana de irse allá". El socio de Carlos Beck, Aquiles Herzog, preocupado por la competencia que para su recién fundada colonia de San Carlos podría significar la acción de Cot, pidióle "que no dañase la empresa que tiene en la provincia de Santa Fe". Tranquilizólo aquél, pero al enterarse de la existencia de un folleto editado ese mismo año anónimamente en Berna cuya inspiración atribuye a Beck y Herzog, y que considera difamatorio de la Confederación Argentina y desfavorable a la colonia San José, decide reaccionar. Publica entonces un opúsculo titulado "Noticias sobre la colonia San José", en francés y alemán, haciéndolo insertar también en algunos diarios de París. En realidad el folleto aludido, titulado "Die Auswanderung nach der Argentinischen Republik" (La emigración hacia la República Argentina), y cuyo autor sabemos es el periodista Johann Allemann —quince años antes de su propio traslado a este país—, tiene palabras mesuradas y realistas, y la airada actitud de Cot nos parece más un pretexto para apoyar su acción. Su opúsculo fina-

lizaba con una serie de "Proposiciones", que reproducían algunas de las especificaciones del contrato. Pero, agregó una por su cuenta que falseaba el pensamiento de Urquiza y de la misma Constitución Nacional, y que mostraba el sectarismo del clero en la Argentina de esa época: de hecho, sólo quedaban admitidos *católicos practicantes* en la colonia San José. Enterado Urquiza, demostró su disconformidad encargando a Peyret que escribiera una serie de artículos rectificando el asunto, y reafirmando la laboriosidad y la honestidad como únicos requisitos para ser bienvenido en la joven nación. Editado como folleto en francés, éste alcanzó difusión en Europa (1860).

Este episodio, uno de los tantos por los que la Argentina se fue fogueando en su tradición de fecundo liberalismo, no afectó mayormente a los sencillos paisanos del católico Valais, de los que un buen número partió a fines de 1859 en compañía del presbítero a la "colonia prometida". Es que continuaba la crisis en Suiza, agravada por el regreso del último gran contingente de tropas mercenarias, al ser anexado el reino de Nápoles al que entonces comenzó a llamarse de Italia.

La primera expedición salió de Burdeos el 20 de septiembre; la componían 28 familias suizas, 3 saboyanas, y 3 alemanas; en total, 179 personas. Llegaron el 8 de diciembre a San José. En Montevideo estas expediciones eran trasbordadas a embarcaciones menores, que los llevaban a las costas del río Uruguay. Constituían la segunda expedición 149 personas, que llegaron el 13 de enero de 1860. Eran casi todos saboyanos. La tercera y cuarta totalizaron 410 personas, partiendo de Génova la última, en la que viajaba Cot. Sus integrantes eran todos piemonteses de apellido francés. Llegaron a la colonia en marzo y abril de 1860. Con todo ello la población de la misma ascendió a unas 1.500 almas. "Los componentes no eran exclusivamente agricultores, sino que figuraban de diversos otros oficios, siendo de notar el arribo de un encuadernador y tres o cuatro maestros de escuela" (*Macchi*).

Entre junio de 1860 y octubre de 1861 siguieron ocho expediciones más o menos grandes, enviadas como las otras por el armador Colombier, de Burdeos. Eran asimismo consecuencia de las gestiones de Cot, excepto una que traía a 46 piemonteses venidos espontáneamente. A partir de la sexta expedición, y gracias a la categórica rectificación ordenada por Urquiza, reaparecen los protestantes, aunque siempre en gran minoría. Se exceptúa la novena

expedición, en donde 39 de las 46 familias son protestantes. Los pocos suizos de habla alemana instalados en San José son, en general, de esta última confesión. Las doce expediciones citadas totalizaron 1.315 personas, y la población total de la colonia ascendía a fines de 1861 a 1.956 habitantes. La mayoría absoluta continuaba en manos de los suizos, aunque los seguían de cerca los saboyanos; más atrás, los piamonteses.

A despecho de muchos inconvenientes y deserciones (como la del grupo que se trasladó en 1864 a Baradero), la colonia San José se vió constantemente aumentada en población y prosperidad económica. Entre los problemas sociales de los primeros años, se hallaba el de los matrimonios mixtos por su confesión, y el de la educación. Los proyectos para solucionar el primero no pasaron de tales, pero constituyen un antecedente para la creación del matrimonio civil en el país. (Ya se mencionó la ley de matrimonio civil implantada con tanto esfuerzo en 1867 por Nicasio Oroño en la provincia de Santa Fe, en donde se planteó análogo dilema en sus colonias pobladas en su mayoría por suizos). En cuanto a la educación, la misma fué resuelta por iniciativa de los mismos colonos que, preocupados por la falta de instrucción de sus hijos, comenzaron a construir un edificio destinado a escuela. Urquiza prometió el apoyo oficial, siempre que se enseñase en castellano, o que al menos "este idioma sea un ramo de enseñanza preferente". En abril de 1861 comenzó a funcionar la escuela, teniendo al maestro piamontés Pablo Lantelme como preceptor. Se fué completando la provisión de las necesidades de la colonia con la creación de la comisaría y del juzgado de paz (1862); para este último cargo fué designado Alejo Peyret. Finalmente, fué creada la Municipalidad por decreto del 11 de agosto de 1863: era la primera que respondía a la nueva constitución provincial de 1860.

La existencia de la colonia San José llamó a la vida a la ciudad y puerto de Colón, que constituyó su núcleo urbano y dió una salida directa a sus productos. Peyret fué, también aquí, quien insistió sobre esta necesidad. Su trazado se encomienda a Sourigues, quien termina su labor en junio de 1861; finalmente, en mayo de 1862 la Villa Colón queda oficialmente fundada. Su poblamiento se efectúa en los años subsiguientes, trasladándose allí también muchos colonos de San José.

Según Carlos Beck, en 1869 la población de la colonia la cons-

tituían 336 familias con 1.820 personas. La proporción era la siguiente:

Suizos	155 familias
Franceses (saboyanos)	109 „
Italianos (piamonteses)	61 „
Alemanes	4 „
Espanoles y americanos	7 „

Sólo veinte familias eran protestantes. El mismo autor alaba el aspecto de la colonia, en la que la mayoría de las casas están construídas en piedra o ladrillos, y “más frecuentemente que en otras colonias, según la costumbre de su país de origen”. “Todas las propiedades —agrega— se hallan limitadas por cercos de china-china, la cual es una mata espinosa del país que se presta muy bien para esta función. Aunque podrían ser algo más densos y fuertes, tienen de cualquier modo, con los caminos intermedios, muy buen aspecto.” Señala también que la pequeñez de las concesiones conspira contra el monto de su producción; pero ya los colonos han comenzado a adquirir terrenos de los estancieros vecinos.

Finalizaremos este capítulo con palabras de quien ha ahondado más en el estudio de la fundación de la colonia San José. El aporte de los suizos al progreso agrícola de Entre Ríos queda allí justamente valorado:

“Gracias al tesón, la constancia y el patriotismo de su fundador, aunado a las sabias disposiciones que reglaron su desenvolvimiento y a las condiciones de laboriosidad de sus integrantes, la colonia San José y una vasta zona de la provincia ofrece hoy un aspecto halagador. Porque la acción desplegada por los colonizadores extranjeros que irrumpieron en nuestro suelo, no se circunscribió únicamente a la zona de la colonia. Ella fué llevada a una vasta región de la provincia y su influencia benéfica se ha traducido en las múltiples colonias que se hallan diseminadas” (*Macchi*).

CAPITULO VII

SAN GERÓNIMO NORTE. PRELIMINARES DE LA FUNDACIÓN DE SAN CARLOS.

Entre las iniciativas civilizadoras del gobernador Estanislao López (v. cap. I), se halla la instalación de una reducción de unos 500 indios abipones en un lugar llamado "El Sauce", situado al oeste de la ciudad de Santa Fe sobre la misma frontera (1824). Padres franciscanos se encargaron de su dirección espiritual, y erigieron una capilla. Estaban al mando de un comandante nombrado por el gobierno. Así se originó el pueblo de San Gerónimo del Sauce, llamado así por haber traído los indígenas una imagen en quebracho de su patrono San Gerónimo. Sus habitantes se dedicaban algo a la ganadería, debiendo hacer de avanzada contra sus congéneres "salvajes".

En la misma zona don Ricardo Foster, a quien ya hemos conocido como activo colaborador del gobierno santafesino, poseía en 1858 grandes extensiones de tierra (era yerno de un estanciero). Mientras tanto, la propaganda iniciada por Aarón Castellanos y continuada por Beck y Herzog en Suiza, comenzaba a multiplicar sus efectos. Tras las seis expediciones para el poblamiento inicial de Esperanza, a las que se agregan algunas otras familias llegadas en 1857 (que también se consideran como "fundadoras"), y las de Lelong de este último año, hallamos un número creciente de inmigrantes llegados independientemente —como ya lo fueron los de Baradero—. Al año siguiente cuatro o cinco familias oriundas del alto Valais (es decir, de la parte de habla alemana) llegan a Esperanza, en donde no hallaron más tierras que ocupar. Foster decidió entonces otorgárselas en una de sus posesiones situada al sur de

la colonia Esperanza, y que había adquirido al gobierno provincial en permuta de otros terrenos.

Así se originó, pues, la colonia "San Gerónimo", llamada más tarde "Norte" en oposición a la "Sud" del grupo fundado por el Ferrocarril Central Argentino (v. cap. X). Los nombres de estos primeros colonos, según apuntes extraídos de la Municipalidad de San Gerónimo, son los de Bartolomé Blatter, Ignacio Falchini, Ignacio Heimann, Luis Hug y Pedro Perrig. El 15 de agosto es la fecha tradicional de su llegada. Según los mencionados apuntes, llegaron en carretas, acompañados por un baqueano, trayendo algunas herramientas de Europa. "Establecieronse a unos 5 Km al sur de donde hoy se halla la plaza. Las cinco familias se ubicaron en un solo lugar, para así estar prevenidas de los ataques de los indios; los guías se retiraron dejándolos en este estado sin casa ni ranchos. Con los ponchos que traían formaron las primeras tolderas; en esa forma debían empezar sus primeros trabajos como colonos. Careciendo de animales domésticos se vieron en la necesidad de amansar algunos vacunos completamente ariscos. Para alimento el gobierno les mandaba cada mes un caballo. El agua tenían que ir a buscarla al Sauce, distante unos 10 Km del lugar del campamento." Ya podemos imaginar la penosa sensación que significaba para estos montañeses el dirigirse a los indios para pedir agua... Afortunadamente el Comandante de la reducción, llamado el Cacique Denis, se mostró benévolo a los inmigrantes, conservando siempre fama de protector de los colonos (a pesar del entredicho con los de San Carlos que le costó la vida, como veremos).

Estos difíciles comienzos fueron superados sobre todo por la llegada de nuevos contingentes del Valais, contratados por Lorenzo Rodermann, que actuó como agente de Foster para la población de la "Colonia Valesana", como por muchos años se la acostumbraba llamar. Como aquél, también Jakob Hauser realizó personalmente propaganda en Suiza. El gobierno no parece haber intervenido para nada en la fundación de esta colonia; en cambio, las vinculaciones de Foster con el mismo le allanó sin duda grandemente el camino, dando incluso carácter "oficial" a las gestiones de Rodermann.

En 1860 llegaron a San Gerónimo unas 30 familias que, como las primeras, recibieron parcelas gratuitamente, así como útiles de labranza. He aquí algunos de sus apellidos: Imhoff, Stoffel, Salzmann, Walcker, Schallbetter, Jossen, Aucherdt, Eggel, Schiner,

Albrecht, Paumater. En 1863 habría llegado un tercer contingente con una decena de familias, y en 1865 un cuarto; fueron traídos por el juez de paz Zurbriggen. En este último año formóse el núcleo del pueblo con la erección de la primera iglesia (se conserva hoy al lado de la nueva); poco después llegó como párroco el P. Tewes, alemán.

Varios de los colonos de Rodermann poseían cierto capital; esto, y las facilidades dadas por Foster y por el Gobierno, favorecieron la pronta prosperidad de la colonia, que se acentuó durante la guerra del Paraguay (1865-1870), al elevarse los precios de los productos de granja. A diferencia de otras colonias, los de la "Colonia Valesana" se dedicaron preferentemente a la ganadería e industria lechera, continuando con la tradición de su cantón. No hay que olvidar que queso y manteca eran productos prácticamente desconocidos en la Argentina de entonces —a excepción de los círculos extranjeros de Buenos Aires—. A pesar de ello, hasta 1872 poco se hizo en cuanto a mejoramiento o embellecimiento de sus condiciones materiales.

En sus relaciones con los indígenas del Sauce, los colonos no parecen haber tenido más cuestiones de lo "normal"; en cuanto a verdaderos ataques de los nómades, éstos no llegaron a producirse. La protección del cacique Denis contribuyó sin duda a ello. Los observadores de la época y otros indicios coinciden en que "a pesar de que le fueron ahorradas las pesadas pruebas de los años de fundación, quedó San Gerónimo por muchos años la más atrasada de las colonias (suizas)" (*F. Huber*). Recordemos a nuestro cronista anónimo de San Carlos (Apéndice VII), quien dice que ya en el barco los valesanos eran "rudos y peleadores"; ello se manifiesta también en la expedición armada, integrada principalmente por gente de San Gerónimo, dirigida contra el liberal Nicasio Oroño por su "impía" acción de decretar el matrimonio civil en la provincia (1867). El particularismo de los valesanos se muestra en su deliberada oposición, unos años después, al paso de la vía férrea por su pueblo. Fueron, en realidad, quienes pudieron realizar con mayor éxito el ideal que siempre acariciaban los emigrantes helvéticos, de formar una "colonia suiza", en donde se preservaran con pureza dialecto, costumbres y espíritu. ¡Pero les faltaba el *Matterhorn*!... Y no se dieron cuenta de que al alejarse de este símbolo de su agreste terruño a un país nuevo, distinto, recién en los comienzos de su ser, dicho ideal, aunque desde su punto de vista bien

intencionado, se tornaba utópico, manifestándose en estancamiento o en retroceso cultural y material. Ello se produce por la inadaptación al medio, por la falta de contacto con el medio, y sobre todo por la falta de acción consciente y positiva sobre el medio, más que nada si se trata de un medio que aun necesita ser formado como lo era el nuestro. La preservación de la tradición, natural y meritoria, sólo tiene sentido *si da algo de sí*, y no se queda como actitud egoísta, orgullosa o huraña. Felizmente, pocas veces llegó a darse este caso extremo.

La colonia San Gerónimo Norte contaba en 1872 con 958 habitantes, de los cuales 855 eran suizos (casi el 90 %), 69 alemanes, 16 argentinos, y algunos franceses e italianos. La formaban 196 concesiones de 20 cuadras cuadradas cada una. En 1868 se crearon el Juzgado de Paz y la Comisaría de San Gerónimo, estando ambos a cargo del juez Ignacio Heimann. La epidemia de cólera de ese mismo año ataca a la colonia como también al pueblo del Sauce; dícese que el coronel Denis trajo de Santa Fe un médico para combatir la enfermedad. Algún tiempo después, un desgraciado y poco dilucidado episodio puso fin a la vida de este pintoresco “indio protector de los colonos”, vestido de uniforme europeo y con nombre francés. Dícese que el comandante fué acribillado a balazos en la propia iglesia de San Gerónimo del Sauce por vecinos de San Carlos Norte, al suponersele complicado en un crimen cometido por un indígena en dicha localidad. Agrega dicha noticia (reproducida por Grenon) que, “como el cacique Denis era de espíritu jovial y de procedimientos justicieros, se había granjeado la simpatía de todos y era persona muy apreciada; por esa circunstancia especial su cadáver fué sepultado en la propia capilla”. Schuster, por su parte, sólo menciona el apresamiento del cacique en una expedición punitiva contra los indígenas comandada por los suizos (fines de 1869). Según su versión —proveniente de recuerdos lejanos de los protagonistas— los colonos de San Carlos estaban enemistados con aquél, como lo estaba también el mismo gobierno. Un “contraataque” de los indios fué prontamente interferido por tropas de este último, quien a su vez castigó con la cárcel —por pocos días— a los cabecillas extranjeros por su exaltada acción punitiva.

Digamos, finalmente, que en 1875 se formó el primer Concejo Municipal electivo de San Gerónimo Norte, bajo la presidencia de don José A. Magen. Este cuerpo municipal fué, por varios años,

con toda probabilidad el único organismo oficial argentino *integrado exclusivamente por suizos*.

* * *

En el mismo año 1858 de la fundación de la "Colonia Valesana" se realizó la de la colonia "San Carlos", aunque su poblamiento corresponde en su mayor parte al año siguiente. Ya hemos relatado los pasos preliminares dados primeramente por Wybert y luego por el mismo Beck para la creación de esta segunda gran colonia agrícola santafesina, y tercero de los núcleos de población helvética en dicha provincia. Con ella termina el primero y heroico período de tres años (1856-1859) en que quedan establecidas las cinco más antiguas e importantes Colonias Suizas de la República Argentina: Baradero en Buenos Aires; Esperanza, San Gerónimo y San Carlos en Santa Fe, y San José en Entre Ríos. Éstas tienen el honor de ser a la vez —si prescindimos de la de Las Conchas en Entre Ríos— *los más antiguos establecimientos de colonización agrícola de la Argentina constitucional*.

Tras el paréntesis originado por el episodio de la expedición de Lelong, Carlos Beck pudo dedicarse de lleno a su proyecto colonizador. El 20 de mayo de 1857 había elevado al gobierno de Santa Fe (encabezado por el brigadier Juan Pablo López y su ministro el doctor Juan Francisco Seguí) la propuesta para la creación de una colonia. En ella "se revela claramente que estos hombres no sólo tenían el incentivo de la especulación privada, sino que vislumbraban el bien que produciría al país la multiplicación de estos centros agrícolas en todas las zonas apropiadas" (*Gschwind*). Carlos Beck-Bernard se estaba convirtiendo en el legítimo sucesor de Aarón Castellanos.

El 25 de noviembre de ese año firmóse el contrato definitivo entre la firma Beck y Herzog y el gobierno de Santa Fe, por el cual éste cedía una extensión de *aproximadamente 20 leguas cuadradas*, dentro de la cual aquéllos crearían establecimientos colonizadores. La cesión no era, pues, un regalo, sino que tenía la mira de hacer a cada colono dueño de su parcela tras el tiempo que establecería la empresa. Ésta les otorgaría la posesión y cumpliría los trámites para perfeccionar sus títulos. He aquí algunos de los artículos de dicho contrato:

"Artículo 3º. — A los dos años contados desde la fecha del título de propiedad expedido a favor de los señores Beck y Herzog, deberá

existir en los terrenos donados una colonia de cincuenta familias por lo menos, y en el término de tres años más estarán introducidas en todo doscientas cincuenta familias, por lo menos, salvo los impedimentos de fuerza mayor.

"Artículo 4º — Las familias a que se refiere el anterior artículo no bajarán de tres personas cada una y serán laboriosas y morales, escogidas escrupulosamente en Europa.

"Artículo 5º — Los señores Beck y Herzog no podrán en ningún caso enajenar el todo o una parte de los terrenos cuya propiedad se les concede, sino con el único objeto y bajo la explícita condición de poblarla con colonias extranjeras, siendo entendido que las estancias no se comprenderán en los establecimientos industriales de que se habla en este artículo."

La ubicación de este territorio puede verse en el "plano catastral" que se incluía en el contrato de colonización suscrito con cada familia labradora; era una amplia faja extendida de Norte a Sud, lindando al Norte con los campos de la que poco después sería colonia San Gerónimo (véase fig. 7). La escritura definitiva de propiedad lleva la fecha 24 de febrero de 1858.

En 1877 D. Simón de Iriondo relataba lo siguiente: "Viniendo ahora 20 años de Córdoba, atravesando el desierto, me sorprendió encontrar en él un grupo de hombres entre los que el mejor parado era uno que se defendía contra una copiosa lluvia con un gran paraguas punzó. Era Beck, que andaba explorando en busca del mejor terreno para sembrar su fortuna..."

A base de los detallados informes y sugerencias de Beck, comenzó en Basilea la actividad tendiente a la creación y al sostenimiento de la Colonia, y al reclutamiento y transporte de los emigrantes que quisiesen establecerse en la misma. En la primera mitad de junio de 1858 la Casa Beck y Herzog enviaba a numerosos ciudadanos de Basilea y también de alguna otra ciudad un "Proyecto para la fundación de Colonias Suizas en la República Argentina". Este importante documento (véase fig. 9), que hemos podido consultar en la Biblioteca Nacional de Berna, comienza con una exposición de los antecedentes para dicho proyecto. Dice que, hasta hace pocos años, casi toda emigración de los países centroeuropeos se dirigía hacia los Estados Unidos, pero que ahora había disminuído por varias razones, entre las que se citan el encarecimiento de los terrenos (que obliga a los colonos a dirigirse cada vez más hacia el Oeste), el mal clima de muchas zonas, y "su lamentable situación social". El colono suizo

necesita: 1) clima no muy diferente del de su patria, en donde pueda cultivarse el trigo; 2) terrenos favorables, susceptibles de ser arados; 3) lugar donde pueda efectuar labores ganaderas según su costumbre; y 4) posibilidad de vivir con un cierto número de compatriotas.

La República Argentina, prosigue el "Proyecto", se muestra ampliamente favorable para ello, tanto por el clima, el suelo barato y sin árboles, los ríos, etc. "Sería fácil fundar en ciertas zonas una segunda Suiza." La actitud del Gobierno es favorable; en cuanto a los indios del Chaco, éstos no son peligrosos. La población es hospitalaria. Sobre la base de todos estos informes alentadores, es que la Casa Beck y Herzog tomó contacto con Aarón Castellanos y colaboró en la fundación de la colonia Esperanza. La Casa contrató los servicios de Heinrich Vollenweider, agrónomo, y el mismo señor Beck se halla actualmente en Santa Fe, en donde logró la ubicación de unos 700 inmigrantes que habían sido enviados por empresarios irresponsables. "Podemos afirmar que ninguna Casa ha realizado lo que la nuestra en esta cuestión tan importante de la emigración." Las pequeñas revoluciones que aquejan a aquel país, no tienen ninguna importancia vistas de cerca: se trata de exageraciones de los periódicos. Si continúa la corriente inmigratoria, estas pendencias de los escasos nativos desaparecerán por completo. Los gobiernos provinciales, que reciben con alegría a la inmigración, sobre todo a la *suiiza*, no desean, sin embargo, efectuar erogaciones pecuniarias para su instalación. Ello está bien, ya que ningún gobierno que haya subvencionado a la inmigración alcanzó hasta ahora su objetivo; la dirección ha estado a cargo de gente poco práctica, y muchos elementos inservibles han sido atraídos. Es necesaria una severa selección de los colonos.

El terreno elegido para la proyectada colonia se halla cerca de las ciudades de Santa Fe, Paraná y Coronda, que serán buen mercado para sus productos. (Debe tenerse en cuenta que hasta poco antes, la Argentina debía importar gran parte de sus comestibles de Norte América!) Más adelante lo será Rosario, que crece de día en día.

Nuestra Casa —hace notar el documento— posee, además de la experiencia de una década en la expedición de emigrantes, medios para la colocación de los mismos, a cuyo servicio se halla "el cuidado paternal del señor Carlos Beck y sus capaces colaboradores". Una

empresa como la proyectada exige, empero, más medios financieros que los que dispone la Casa, y por ello se les propone el presente Proyecto de creación de una Sociedad por Acciones para la fundación de *una segunda colonia suiza* en la provincia de Santa Fe.

He aquí la organización de dicha Colonia:

La integrarán 264 lotes de 20 cuadras (aproximadamente $93 \frac{2}{3}$ *jucharten*) cada uno; total: 24.728 *jucharten* = aproximadamente $3 \frac{7}{8}$ leguas cuadradas. He aquí su distribución: a) 125 lotes destinados a otras tantas familias, compuestas por lo menos por cuatro personas cada una, que hayan suscrito el contrato de colonización; b) 131 lotes reservados para su posterior utilización o venta, aprovechando el aumento de su valor; c) 8 lotes en el centro de la colonia: 3 para edificaciones posteriores, o a ser utilizadas para establecimientos industriales, o pastoreo, etc. Tres lotes se destinarán a una granja modelo, que incluirá: a) el alojamiento del administrador y de su personal, y al principio también del sacerdote y del maestro; b) un galpón; c) un gran rancho, con capacidad mínima de 100 personas; d) un pozo o aljibe. Un lote quedará para pastoreo. Todos ellos serán limitados por un cerco vegetal. Finalmente, un lote se destinará para la iglesia, la escuela y otros edificios de utilidad pública.

Constituida la Sociedad, el administrador de la Colonia se dirigirá al lugar de la misma, acompañado por unos 12 labradores, para realizar los trabajos previos. El sacerdote corresponderá a la confesión religiosa de la mayoría; los cultos se realizarán al principio en el local de la administración; la Sociedad adelantará los fondos para las construcciones públicas. A los colonos se les proporcionará lo siguiente: a) adelantos en ganado, semillas, habitación y manutención hasta la primera cosecha; b) la fracción de terreno estipulada; c) protección para evitar estafas, etc.; d) mantenimiento del orden y preservación de los derechos de cada uno; e) ayuda moral y material (*mit Rat und Tat*); f) asistencia paternal, para el caso de enfermedad, huérfanos y viudas; vigilancia de la instrucción escolar, y serio fomento de los intereses espirituales; g) liberación del servicio militar, según convenio con la República Argentina; h) efectuadas las cinco primeras cosechas por la totalidad de las 125 familias, se instituirá un premio para las 10 mejores, consistente en un lote de terreno de 20 cuadras.

El "Proyecto" finaliza con un llamado a los futuros accionistas, haciendo resaltar el carácter a la vez filantrópico y con vistas a un

buen rendimiento financiero de la empresa. Siguen los cálculos de los gastos, así como de las entradas probables¹.

Hemos resumido en su totalidad este documento, no sólo por su interés, sino porque todas sus previsiones se cumplieron (excepto, claro está, los cálculos sobre los beneficios). Algunos puntos requieren un comentario. Ante todo, la idea (¿esgrimida tal vez para halagar el nacionalismo de los accionistas?) de fundar colonias que fueran una verdadera "segunda Suiza", es decir, núcleos cerrados, poblados casi exclusivamente por personas de esa nacionalidad, y más concretamente, por suizos de habla alemana. (Es con esa perspectiva, también, que los emigrantes partían hacia estas tierras.) Acertadas son las observaciones sobre el medio que necesita el colono suizo para prosperar. Afirmación interesante es la de que los desórdenes y revoluciones de estas regiones perderán en importancia y razón de ser a medida que aumente la inmigración europea. A diferencia de Castellanos, que empleó en la empresa sus propios medios (terminando por salvar apenas los gastos), Beck y Herzog auspician la formación de una Sociedad que respaldaría la labor colonizadora, y de la que ellos serían los gerentes. El "leonino" tercio de las cosechas restado a los colonos se emplearía sobre todo para abonar los dividendos de los accionistas. Vemos en el Proyecto que la subdivisión e instalación de la colonia San Carlos ya había sido planeada minuciosamente por Beck, quien se había asegurado los servicios de Vollenweider como administrador de la misma. El colocar a un agrónomo en tal puesto, el instalar una Granja Modelo para instruir y orientar a los colonos en las labores agrícolas, el contemplar las actividades espirituales (contrato de un pastor y de un maestro de escuela) y de asistencia social (protección a los desvalidos, hospital; construcciones públicas), y, sobre todo, el reservar más de la mitad de las concesiones, previendo tanto su aumento de valor como la necesidad de expansión de los colonos (a quienes se otorgaría preferencia en la adquisición del respectivo lote adyacente), son otras tantas diferencias con el proyecto fundador de Espe-

¹ Gasto medio para la instalación de cada familia: 3.000 francos como máximo, o sea 375.000 francos para las 125 familias: tres cuartos del capital social, fijado en 500.000 francos. Rendimiento mínimo de las cinco primeras cosechas, por familia: 5.325 pesos; rendimiento bruto total: 1.756.125 francos, calculado en 5 francos el valor de la "piastra". Probable rendimiento mínimo, neto: 720.000 francos, de lo cual el 10 % queda fijado para el señor Vollenweider —francos 80.000— y el 60 % a los accionistas —francos 432.000—, o sea, aproximadamente, el 86 % en dividendos.

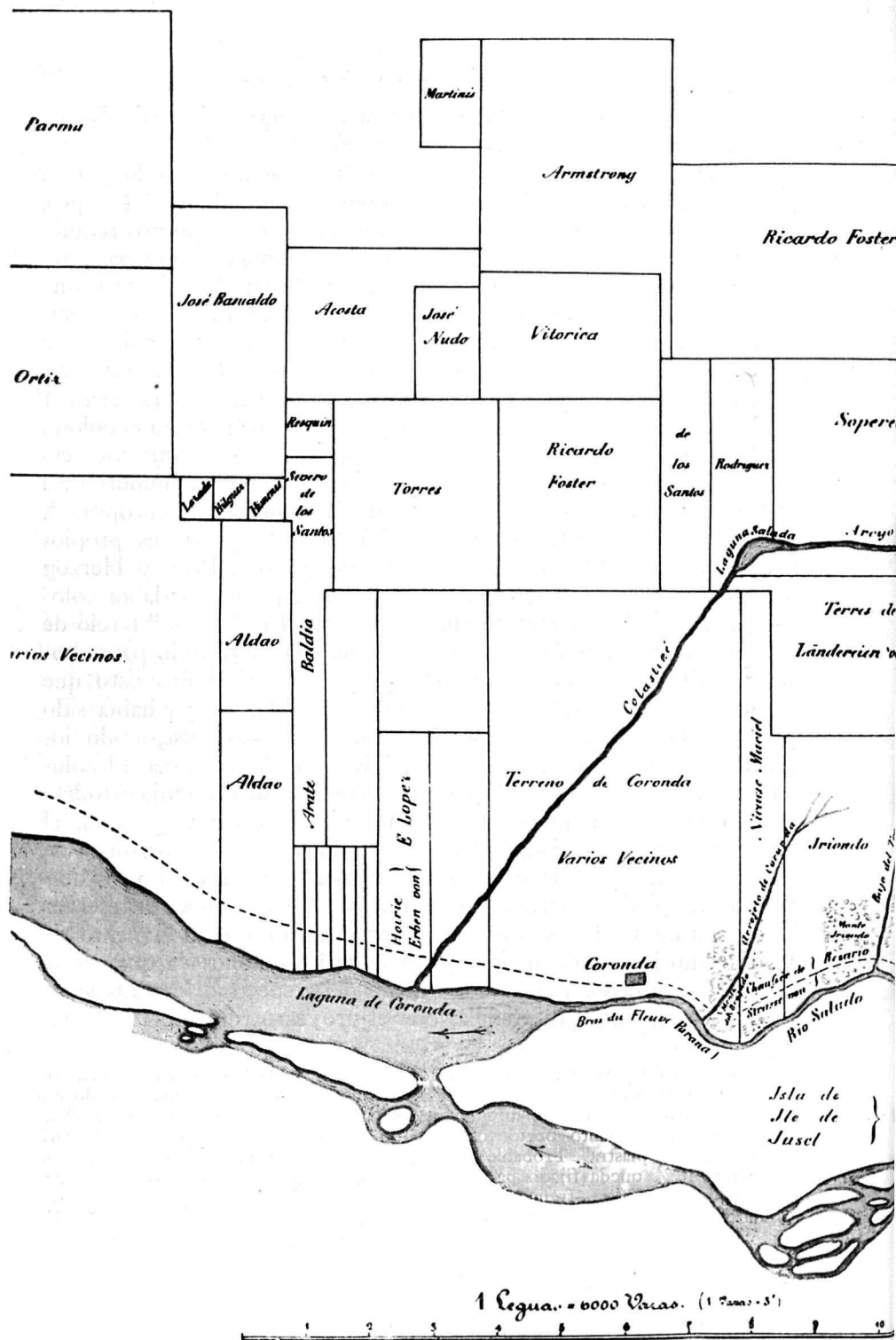
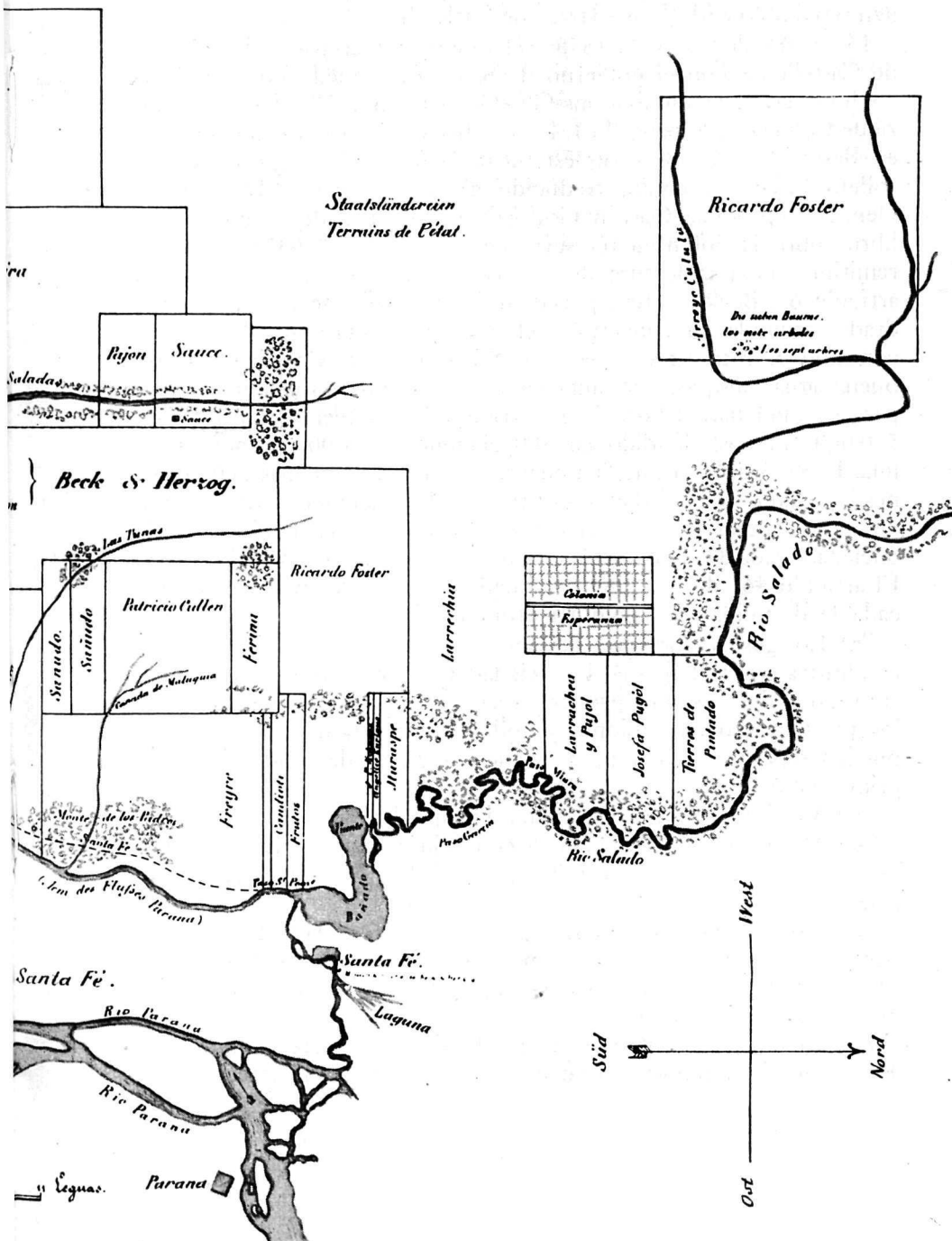


FIGURA 7.—Plano catastral de los alrededores de Santa Fe, agregado al "Proyecto" y a

(Rio de la Plata)



los contratos de colonización (1858), donde se indican los terrenos cedidos a Beck y Herzog.

ranza, diferencias altamente favorables obtenidas gracias a la experiencia ganada con aquella primera colonia y que supo valorar el genio práctico e idealista a la vez de Carlos Beck.

El día 15 de junio de 1858 —el quinto aniversario del Contrato de Castellanos con el gobierno de Santa Fe— quedó constituida la “Schweizerische Colonisations-Gesellschaft Santa Fe” (Sociedad Suiza de Colonización Santa Fe). Firma: Beck, Herzog & Cía., con sede en Basilea, aprobándose sus estatutos. Éstos fueron impresos en un folleto cuyo contenido, traducido al castellano por D. Enrique Denner, reproduce Gastón Gori en el Apéndice de su interesante libro sobre la colonización suiza en San Carlos (1947). Allí nos remitimos para la lectura de sus 64 artículos. De acuerdo con el artículo 6º, Beck y Herzog cedían, de la franja de 20 leguas cuadradas recibida en concesión del gobierno santafesino, “un trozo continuo de más o menos 4 leguas cuadradas (a la Sociedad), con buena agua, bosque y comunicaciones en cuanto sea posible, y apto para su inmediato laboreo”. El artículo 7º establecía el capital en 500.000 francos, dividido en 500 acciones de 1.000 francos cada una. El 8º establecía que “en cuanto hayan sido firmadas 200 acciones, quedará la Sociedad constituida”. Las acciones “devengarán un interés anual de 5 % pagadero en Basilea en el domicilio de la Sociedad, cada 31 de diciembre; por primera vez en 1858” (art. 11). El artículo 46º decía: “Del producido de las porciones de cosecha, cada 31 de julio, o de cualquier otra entrada, se sacará:

”a) Los gastos corrientes del año anterior como: salarios para los empleados que trabajan en la Sociedad (pastor, maestro, escribiente, empleados del hospital, peones, etc.), gastos de viaje para colocar los productos de la Colonia y todos los gastos que se repiten o pueden repetirse cada año; así como los gastos de fundación en el primer año;

”b) Los intereses de las acciones de capital 5 %;

”c) Del resto percibe: 1) 6 % el administrador a quien se le garantizan en este concepto 1.000 pesos; 2) 5 % para el fondo de reserva;

”d) Lo que entonces queda es ganancia neta, de la cual: 1) 25 % para los gerentes (por su gestión y por la cesión de terrenos); 2) 75 % para los accionistas. Sin embargo, de este último renglón hay que reintegrar primero las acciones de capital.”

El artículo 61º contempla la posibilidad de la creación de una nueva colonia, administrativamente independiente de la anterior.

Los primeros pasos estaban dados. Alentadores eran los respaldos de la empresa: financiero de Suiza, moral y material de la provincia de Santa Fe, personal de Beck, Vollenweider y Wybert, y, en la base de todo, el aporte humano de los inmigrantes helvéticos. Muchos apellidos de lo más selecto de la ciudadanía de Basilea hallamos posteriormente en la lista de accionistas de la "Sociedad Suiza de Colonización Santa Fe". No cabe duda que el interés pecunario ejerció en ellos por lo menos tanto atractivo como el filantrópico, ambos invocados por sus promotores. De cualquier modo, todos tenemos una deuda de gratitud para con ellos por haber hecho posible este nuevo pilar del progreso agrícola argentino.

CAPITULO VIII

FUNDACIÓN DE SAN CARLOS

(CONTINUACIÓN)

Mientras en Suiza Aquiles Herzog y sus colaboradores organizaban la Sociedad de Colonización y llevaban adelante la propaganda en favor de la emigración a la Argentina (en 1858 fué editada la cuarta serie de cartas de colonos esperancinos), aquí continuaban los trabajos preliminares para la instalación de la nueva colonia. El 5 de junio de 1858 efectuóse con Carlos Wybert el contrato —redactado en alemán— para realizar la demarcación de las concesiones en el lugar elegido, así como de toda la fracción de 20 leguas cedidas por el Gobierno. Como era usual, se marcaban las divisiones con mojones de madera. “Participaban en los trabajos de demarcación y construcciones, José Burnat, Luis Ghelyn, Jacobo Udrizard, Santiago Dobler, F. Gfeller, y en la instalación de la granja modelo, la familia de Miguel Kappeller y la de Santiago Rudolf: de manera que fueron las dos primeras en el orden de las familias fundadoras. Se estableció también en 1858 el conde Tessières de Bois Bertrand” (*Gori*). Desgraciadamente, las mediciones de Wybert hubieron de comprobar que las 20 leguas cedidas teóricamente se reducían de hecho a 8, al parecer por culpa del agrónomo oficial Isola. Ello provocó al año siguiente una reclamación por parte de Beck.

El 18 de agosto, no bien enterados de la constitución de la Sociedad, Enrique Vollenweider y el pequeño grupo de inmigrantes citado llegaban a esta solitaria llanura para comenzar la construcción del edificio de la Administración, del gran rancho para el alojamiento provisorio de los colonos, el primer pozo, la granja Modelo y otras obras. Un mes después, Carlos Beck daba por fun-

dada la Colonia, al comenzarse la roturación del campo por alguno de aquellos colonos adelantados al contingente principal (27 de septiembre de 1858). Poco después se sembró maíz.

En otro error, además del de la mensura recién mencionada, cayó Beck al planear la colonia. Creía que los bosques existentes en los costados norte y este se hallarían dentro de sus campos, lo cual no era así. Como lo señala Gori, "el error encareció la adquisición y acarreo de leña, pues los vecinos exigían el pago por cortarla en sus campos. Y en una época en que tanto se dependía de los troncos para muchos trabajos, el inconveniente vino a sumarse a la larga serie de dificultades". Los colonos se quejarían de la lejanía en que debían buscar la madera (v. apéndices V y VII).

En la segunda mitad de 1858, la casa Beck y Herzog se preparó para el envío de los primeros contingentes colonizadores a la colonia San Carlos, denominada así después de haberse proyectado llamarla "Nueva Basilea". Quedaron entonces redactadas las condiciones generales del contrato con cada colono, y el reglamento de la colonia. Su texto se halla transcripto, en alemán, en el libro de Schuster (II, pp. 210-214), y en traducción castellana en el de Gori citado (pp. 39-45), por lo que no lo volveremos a hacer aquí. Destacaremos sólo los puntos más interesantes. El Contrato de Colonización comenzaba con un cuadro destinado a la anotación de los datos personales del colono y de los que componían su familia (o *grupo familiar* formado por colonos de distintas familias, pero asociados al efecto de la posesión y explotación de un lote o concesión). Se exigía de los mismos, por empezar, además de certificados de moralidad y de salud, otro de *aptitudes para trabajos de agricultura* y, además, la provisión de ropa suficiente, batería de cocina, instrumentos para arar y arneses. (Todo ello no se había hecho con los de Esperanza). La empresa les entregaba, además del terreno y de los *materiales* para su propia construcción del rancho, 2 bueyes, 2 caballos, 2 vacas con sus terneros, semillas (maíz, maní, batatas, trigo, legumbres), y los víveres hasta la primera cosecha. Cada familia colonizadora debía comprometerse a cultivar por lo menos 20 *jucharten* (7 Ha.) en el curso del primer año, y por lo menos 50 al final del quinto año, "sin lo cual perderá su derecho a la propiedad del terreno". No bien se hallaren 50 familias en la colonia, la Empresa se comprometía a "establecer el Servicio Divino por lo menos una vez por semana, y hacer que se dicten clases en la escuela por lo me-

nos tres veces por semana. Los gastos serán soportados en partes iguales por la administración y los colonos". En tres meses, como máximo, debían éstos finalizar la construcción de su rancho. Cada colono debía ajustarse a un minucioso *reglamento* que es un verdadero modelo de previsión, y revolucionario en su concepción y en varios de sus puntos, con respecto al ambiente sudamericano en que surgió la colonia de San Carlos. He aquí algunos de sus artículos:

1º Cada colono debe obediencia a la administración de la colonia y al tribunal.

2º Por cada infracción se expone a una multa en dinero, prisión, o también hasta a la expulsión de la colonia.

3º El tribunal se compone del administrador, como presidente, dos jueces elegidos por los colonos y un secretario, elegido por el tribunal.

6º El robo será castigado con una multa de cuatro veces el valor del objeto robado y una prisión de ocho a cuarenta días; en caso de reincidencia, podrá ocasionar la expulsión de la colonia. (El 7º se refiere a las riñas.)

8º Si falta la consagración del casamiento por iglesia, el casamiento civil está prescripto. Se realiza éste delante del tribunal y de dos testigos elegidos por las dos partes.

9º La situación respectiva de todos aquellos que viven juntos debe ser ordenada, de lo contrario habrá una multa de 5 a 20 pesos.

El 10º contempla la protección de los huérfanos, que quedan bajo una Comisión de Huérfanos (hasta los 21 años de edad). Según el art. 11º, también las viudas se hallan bajo la tutela de esta comisión, "y tienen derecho a la mitad de los bienes dejados por el difunto marido; la otra mitad pertenece a los hijos."

13º Bajo pena de una multa de 1 a 5 pesos los padres tienen la obligación de enviar sus niños de 6 a 12 años a la escuela, inmediatamente que ella se establezca en la colonia.

14º Los colonos nombrarán una Comisión de Iglesia compuesta de seis miembros, que se encargará del culto y de la instrucción; el director de la colonia (en estos momentos el señor Beck) es el presidente.

15º El domingo debe ser celebrado estrictamente, y toda violación debe ser castigada. En casos particulares el consistorio puede permitir excepciones.

17º Cada colono debe advertir a la administración por lo menos tres o cinco días antes de recoger su cosecha (excepto las legumbres). Cada caso de contravención será castigado con el secuestro y la venta judicial de sus cosechas.

18º Cada artículo exportado de la colonia debe ser especificado e inscripto en el libro de la administración.

19º Cada colono que desee ausentarse por más de tres días debe notificarlo a la administración.

(Los artículos 21 a 23 se refieren a las relaciones entre sirvientes y patrones, entre los cuales debe existir un contrato.)

24º Los lotes deben, en lo posible, quedar íntegros y no divididos entre terceros; en caso de grandes desinteligencias o discordias la división puede, a pedido de los interesados, hacerse por el tribunal.

25º Cada colono que se mezcle en asuntos políticos que pudieran tener lugar entre los indígenas (= gentes del país), y por los cuales la tranquilidad y buen éxito de la colonia podría verse alterada, pierde sus derechos a la colonia y se expone a ser expulsado.

28º Bajo pena de multa cada nacimiento debe ser denunciado al presidente del tribunal en el término de 24 horas, con indicación del nombre de los padres, hora de nacimiento y sexo del niño.

29º Las mismas formalidades deben ser llenadas en caso de deceso.

31º Cada cadáver debe, después de 36 horas, ser sepultado en un cementerio reservado por la administración en el centro de la colonia.

33º Todo individuo que se ocupe de asuntos equívocos o que no pueda justificar sus medios de vida, debe ser excluido de la colonia.

34º Para ejecución de trabajos públicos en beneficio de la colonia, cada colono de 15 a 55 años puede ser ocupado por la administración hasta veinte días cada año.

35º La compra y venta de armas será controlada por la administración.

El contrato se extendía cuadruplicado, firmado por todos los miembros de la familia y por Beck, Herzog y Cía. Los primeros recibían una copia, otra quedaba en poder de la gerencia en Basilea, y las otras dos iban para la gerencia en Santa Fe y la Administración de la colonia, respectivamente. El consulado argentino debía legalizar las firmas.

El comentario exhaustivo del contrato, y especialmente del reglamento de la colonia, nos llevaría demasiado lejos. Señalemos sólo que, al lado de las obligaciones materiales de los colonos con respecto a la empresa, necesarias para la existencia misma de la colonia, vemos implantado "un principio ordenador y educador que impresiona favorablemente" (*Schuster*). Mientras Castellanos creía que no había más que poner al inmigrante en un campo, darle un rancho y algún elemento de trabajo, para que todo anduviera a las mil maravillas, Beck sabe que aquél necesita, sobre todo en sus primeros años, una guía firme y paternal. De ahí la implantación de un reglamento minucioso, que atribuía a la Dirección de la colonia una verdadera facultad de policía. La colonia San Car-

los fué así, en sus primeros tiempos, una especie de *imperium in imperio*, en donde la única alusión a su exterior se halla en el transcripto art. 25º, y en el art. 4º, en donde se dice que “los juicios se realizan por mayoría de votos del presidente y de dos jueces, que deben juzgar de acuerdo a las leyes existentes en el país”. La inexistencia de éstas es suplida por algunas disposiciones del reglamento, así por ejemplo la prescripción del matrimonio civil —nueve años antes del efímero intento de Oroño, y 27 años antes de su sanción nacional. Interesantes son las prescripciones éticas y para la autodefensa de la colonia (arts. 9, 33), educacionales y religiosas (en donde podríamos ver la influencia de las fuertes convicciones religiosas de Carlos Beck y de su esposa) (arts. 13, 14, 15), sobre control de movimientos (art. 19) y de operaciones comerciales (arts. 17, 18, 20, 32, 35), trabajos para la comunidad (art. 34), que nos hace recordar disposiciones análogas en la colonia San José (y ambas, en algo, al Imperio Incaico...), etc., etc.

A fines de 1858 y principios de 1859 la colonia estaba en condiciones de ser ocupada. Mientras en Basilea se reclutaba a los colonos, se firmaban los contratos y se concertaba la travesía desde El Havre (por lo general con la firma J. Barbe), Beck se preocupaba por reclutar también pobladores entre algunos de los que llegaban espontáneamente a Buenos Aires. Decidido a no permitir que nada impidiera el éxito de su empresa, pensó en la conveniencia de desembarcar a los colonos algunas leguas más al sur de Santa Fe, en Coronda o en la estancia de Maciel, por razones de economía y para que ellos no “tengan ocasión de comunicarse con la gente del país, porque hay siempre intrigantes y malévolos que tratan de disuadirlos”, como escribe Beck. Sin embargo, ello no pudo realizarse, y las remesas llegadas en 1859 y 1860 solían ser desembarcadas en el paso de Santo Tomé, cerca de la ciudad de Santa Fe, en donde eran “aduanados y removidos”.

A mediados de febrero de 1859 el primer contingente de familias partió, por fin, de la tierra de sus antepasados. Los sentimientos y peripecias de los mismos pueden observarse en el ya anteriormente citado relator anónimo de San Carlos (Apéndice VII), que nos ilustra muy especialmente el presente capítulo. Habiéndose vuelto tirantes las relaciones entre Buenos Aires y la Confederación, los inmigrantes no fueron hasta Buenos Aires, sino hasta Montevideo, en donde se los trasbordó a una goleta que hacía el tráfico fluvial. El día 11 de mayo llegaron a la colonia en for-

mación. Más de uno se habrá decepcionado al ver sólo una inmensa llanura, sin un árbol, sin una casa, excepto un gran rancho que les serviría de alojamiento provisorio.

Complementando el mencionado relato anónimo —tan pesimista—, aquí van algunos detalles recordados más de 40 años después por Jakob Reutemann, uno de los patriarcas de la colonia:

“Nuestro velero estaba bien equipado para carga, pero no para emigrantes. Destinado a Montevideo, llevaba una partida de vino, y con ésta fuimos instalados en la bodega; sobre sus paredes laterales fueron levantados nuestros equipos de dormir, uno encima de otro en grupos de dos personas. En este mismo espacio fué estibado nuestro bagaje, y por fin también la tripulación de 64 hombres. En El Havre debimos comprar nosotros mismos colchones de paja marina. Como alimentación recibíamos dos veces por semana carne salada, chauchas, arroz, algunas papas, galleta y azúcar. Diariamente se repartía agua. La fruta seca traída de casa constituía una bendición, sobre todo para los niños. Nosotros mismos debíamos cocinar. La cocina, construida de ladrillos, estaba rodeada por tres lados de un muro de un pie de altura, como protección contra el viento. Había lugar para tres cacerolas por vez. La pequeña cocina de hierro de a bordo sólo servía a la tripulación. Durante las tormentas no se nos permitía encender fuego. Cuando había fuerte oleaje las cacerolas se tumbaban, y comodidades no existían...

Al tercer día de nuestra llegada a Montevideo fuimos trasbordados a un pequeño barco. En su interior fué también arrojado el equipaje. Todo quedó revuelto, y luego al sacarlo en el desembarco no sólo hubo peleas, sino que faltaban cosas. Después de dos días de viaje nos hallábamos frente a la rada de Buenos Aires. Pero no se nos permitió bajar a tierra. Únicamente vinieron a buscar a las familias destinadas a Entre Ríos, mientras que nosotros debimos trasbordar otra vez. Quedábamos 23 personas. Aun así, ¡cómo carecíamos también aquí de toda comodidad! Como escalera para la entrada a la bodega de las mujeres y los niños, tuvimos que apilar el equipaje en forma escalonada; antes el único medio de subir y bajar era un simple poste, en el que se habían practicado cinco entalladuras... Al noveno día llegamos a Santa Fe. ...

El viaje hasta San Carlos se realizó en carros y duró 13 horas. El 11 de mayo de 1859, a las 11 de la noche, arribamos. Un gran rancho se hallaba pronto para la recepción de los colonos que iban llegando, y el montón de paja sobre el que dormimos resultaba un lecho maravilloso para nuestras cansadas articulaciones.

Poco tiempo insumió la visita a la colonia efectuada al día siguiente. Fuera de nuestro alojamiento, la administración comprendía sólo tres chozas con techo de paja. Quinientos pasos al norte se hallaba el rancho en donde se había establecido un tirolés con su mujer y un hijo de seis años. En

forma parecida vivía, quinientos pasos hacia el oeste, el conde francés Tessières de Bois Bertrand, con su esposa y un hijo de 15 años. Era un refugiado político, y fué más tarde asesinado en Cayastá. Tenía una criada y dos peones. Estos eran todos los habitantes. ¡Si no, sólo veíamos una pradera desierta! En cambio, había mucha caza. Habríamos andado unas dos horas, cuando nos alcanzó a caballo un peón de la administración, para advertirnos lo fácil que sería perdernos, e inducirnos a regresar. Algo confundido, Ruperto opinaba haber visto efectivamente bastante. Hans era, en cambio, de otro parecer: "Nit, gar nit hest g'seh; nid e mol e Bach mit ere Mehli, wo me cha e Glas Wi tringge, ene dra e Brettersägi und e Birbaum, wo die guete Schäferbire dra wachse!"¹.

Este primer grupo estaba formado por las familias de Fritz Götschi (de Rüttenen, cantón de Solothurn), el citado Jakob Reutemann (de Guntalingen, cantón de Zürich), Jorge Gschwind (de Therwil, Basilea), y los Premaz (del Valais). Con Reutemann vino un hermano del varias veces mencionado Johann Allemann; a los Gschwind se unieron dos alemanes del sur, Meier y Stoll. La familia Ramseyer (de Courtelary, cantón de Berna) vino contratada para trabajar en la granja modelo, aunque después la vemos trabajando una concesión. En el curso del mismo año, llegaron las familias Sigel, Biedermann, Stettler, Houriet y Guinant. De la primera época de la colonia son también nombres como los de Gunninger, Reutlinger, Stelzer, Taverna, Barbero, Rua, Reale, Gardiol, Didier, Bättig, Dayer, Meyer, Rey, Bourdain, Kleinert, Madöry, Spuler, y otros cuyos descendientes todavía hoy pueblan San Carlos y sus alrededores. Hasta fines de 1860 unas 80 concesiones fueron ocupadas por otros tantos grupos familiares.

A mediados de 1859 la colonia de San Carlos, "vulgarmente llamada de Beck" según testimonio citado por Gori, cobró pues existencia concreta. Tiempos difíciles eran esos. La tirantez entre el Gobierno Nacional y la provincia rebelde se agravaba día a día, culminando en octubre de ese año en la batalla de Cepeda, ganada por Urquiza. Con ello se produjo la ansiada unión nacional, frágil aun, que recién se habría de consolidar dos años después, tras un nuevo choque armado (Pavón, septiembre de 1861); el predominio pasaba ahora a ser de Buenos Aires.

¹ "Nada, nada has visto; ni siquiera un arroyo con un molino, en donde se pueda tomar una copa de vino, y por allá un aserradero y un peral, en que crezcan las ricas peras de Schäfer." Hemos preferido dejar intacta esta ilustrativa frase en dialecto suizo.

Aunque, según los registros oficiales, la emigración de Suiza había sufrido una disminución durante 1858, la situación general de su vida económica continuaba en estado crítico. Es verdad que poco a poco la misma tendía a mejorar —las bancarrotas de campesinos, por ejemplo, disminuyeron de 762 en el quinquenio 1851-1855 a 250 en el de 1856-1860— pero ya sabemos que la emigración no obedece siempre a causas puramente económicas. (Éste fué el caso de nuestro relator anónimo de San Carlos, lo cual explicaría su poca capacidad para adaptarse y marchar adelante, al revés de otros colonos que ya nada podían esperar de su patria.) Algún día se escribirá acerca del papel de la *ilusión* en la emigración de Europa a la Argentina.

Que la situación demográfica suiza preocupaba a políticos y pensadores, lo revela un amplio proyecto de colonización suiza en Costa Rica, presentado por el diputado doctor Carl Joos en 1859, renovando una iniciativa esbozada ya tres décadas antes. Recordemos que precisamente aquel año se produjo el regreso de los mercenarios al servicio del rey de Nápoles, derrotado por Garibaldi. Los años subsiguientes veremos llegar a algunos de éstos a las colonias suizas de la Argentina y del Uruguay.

Mientras tanto, comenzaba a intensificarse la propaganda oficial para inmigración al Río de la Plata, aunque, como dijimos, se prefería la inmigración individual a la colectiva organizada. Temíase tal vez, como efecto de esta última, un cambio demasiado abrupto con respecto al orden tradicional, y un peligro en potencia para la situación social imperante. En 1858 el cónsul en Rotterdam de la República Oriental del Uruguay y del Estado de Buenos Aires (mucho mejores eran por lo visto las relaciones entre ellos que con la Confederación), gestionó ante el Gobierno Federal suizo el envío de 20.000 inmigrantes a dichos Estados. Éste no accedió, fiel a su política —en que salvo raras excepciones ha continuado hasta hoy— de no favorecer oficialmente ningún proyecto emigratorio.

* * *

A fines de la década del 1850 hallamos, pues, instaladas las cinco primeras colonias agrícolas suizas en territorio argentino. Sobre la dura vida de los colonos en los primeros tiempos nos da una idea el Apéndice VII. Las privaciones, la propia vivienda criolla del rancho, eran soportadas con paciencia como pasos hacia un futuro

mejor, poco a poco conquistado. También hubieron de adaptarse a una alimentación desacostumbrada. En cuanto a vestimenta, debieron cuidar durante muchos años la que habían traído de Europa. Schuster nos relata, entre otras, la anécdota de dos hermanos oriundos del cantón de Zürich —luego devenidos estancieros— que, poseyendo entre ambos sólo un par de zapatos y un sombrero, se turnaban religiosamente cada domingo para salir al pueblo.

La colonia San Carlos se desarrolló poco a poco hasta convertirse, en poco más de una década, en una colonia agrícola modelo, y sobrepasando como tal a Esperanza, que se orientó más hacia la industria y el comercio. Es verdad que sus primeros años fueron críticos. Ya lo dice la frase final de la memoria correspondiente al año 1863-64, de la Sociedad Suiza de Colonización Santa Fe: "Todas las empresas de esta índole, dice Rascher en su clásico libro sobre Colonización, fueron ruinosas en su primer período; en el segundo, en cambio, se elevaron en su mayoría a provechosos negocios. Nosotros hemos experimentado durante cinco años la verdad de la primera frase; esperemos que la segunda afirmación también se confirme en nuestra empresa."

Otros párrafos del citado informe anual nos darán una idea de la primitiva colonia San Carlos, y de algunos sucesos importantes de ese año de 1864. Comienza diciendo:

"El año comercial fenecido fué favorable al desarrollo de nuestra colonia. La cosecha de maíz fué excelente, y aquellos campos que fueron trabajados bien y con tiempo, produjeron en algunos casos 4 fanegas por *juchart* (= 0,35 Ha.), ó 38-40 pesos (*Piaster*), o sea 16 veces el valor de adquisición de una *juchart* (2 ½ pesos). El trigo, en cambio, sembrado después de mediados de julio, produjo sólo 1 ½ - 2 fanegas por *juchart*. El tiempo fué excepcionalmente favorable en la época de la cosecha; no obstante, varios colonos han sido tan descuidados, que dejaron que se eche a perder gran parte de su cosecha en el campo o en la era...

La población de la colonia ha aumentado por afluencia de Europa y por excedente de los nacimientos sobre las defunciones, de 556 cabezas a 637 (335 de sexo masculino y 282, femenino); el número de familias aumentó de 99 a 119; se celebraron 11 matrimonios; nacieron 28 niños, y se registraron sólo 7 defunciones (2 mayores y 5 niños). El estado sanitario fué excelente. Fueron vendidos 9 lotes y un terreno para edificación; además, se realizaron entre los colonos 11 transferencias. Las existencias de ganado han aumentado asimismo de 3.415 cabezas a 3.961 (3.265 bovinos, 696 caballos); promedio, 33 por familia contra 25 el año anterior.

Se ha puesto ahora más atención en la plantación de árboles, inclusive para la producción de leña; así, la colonia posee hoy 75.950 árboles. A fines de julio había plantadas 3.013 *jucharten* de trigo, 45 de cebada; 29 de arvejas y 5 de batatas...

Como consecuencia de Vtra. decisión del 18 de diciembre de 1863, en el sentido de proceder a la liquidación de la empresa, fueron sucesivamente vendidos el molino, la granja modelo, todo el ganado mayor y parte del ovino; el resto fué dado en arrendamiento...

De las 38 familias cuya obligación con respecto a la cosecha todavía no ha vencido, 3 se han liberado hasta el cierre de los libros, y desde entonces otras 6 más, de modo que 29 familias permanecen tributarias durante el corriente año.

El señor Gessler se retiró el 31 de julio; desde esta fecha el sueldo de los eclesiásticos y maestros, del médico y del juez de paz, corre exclusivamente a cargo de los colonos; el restante personal de servicio ha sido despedido.

El señor Beck estuvo ocupado hasta fines de octubre último en la colonia con la liquidación de las cuentas, y figurará así con sueldo trimestral todavía en el próximo ejercicio. Desde el 1º de noviembre también él se ha retirado, de modo que, fuera de un empleado, sólo queda a nuestro servicio un funcionario, el hasta aquí director de la colonia Vollenweider..."

(Siguen cálculos financieros referentes a la liquidación; con respecto a los colonos y sus perspectivas, se dice lo siguiente:)

"La liquidación de las obligaciones de los colonos podría ser realizada en 4 a 6 años, aun previendo malas cosechas; la venta de las tierras, en cambio, insumirá probablemente unos 10 años, según el monto de la inmigración que llegue de Europa.

En este último aspecto las perspectivas no dejan de ser promisoras. Nuestro anterior director, el señor Beck, ha sido designado por el Gobierno argentino como Agente general para la emigración de Suiza y Alemania hacia ese país, y confía en poder ser útil en ese su nuevo radio de acción a los intereses de la colonia por él fundada.

El hecho cierto que debe hacerse resaltar, al finalizar el primer período de nuestra empresa, es el de que *familias colonizadoras, que han realizado su tarea con aplicación y conciencia, han llegado en San Carlos, no obstante dos años malos, a ser propietarios libres de deudas de un bien inmueble de cerca de 100 jucharten, junto con las necesarias construcciones y un considerable número de cabezas de ganado; un resultado del cual difícilmente podría hallarse semejante en nuestro país (Suiza). Otros factores más generales se han hecho notar desde nuestra última memoria anual.*

Así, las perspectivas de paz y de desarrollo se han consolidado. La Compañía para la construcción del ferrocarril entre Rosario y Córdoba se ha constituido en Inglaterra, y los trabajos están en plena marcha. Esta empresa

ha de contribuir no poco al fomento de la inmigración. Grandes terrenos a lo largo del ferrocarril han sido otorgados a la Compañía para colonización. La afluencia de brazos y capitales extranjeros, sobre todo ingleses, contribuirán poco a poco al aumento de la influencia diplomática de las potencias extranjeras, de modo de hacerse imposibles ya los desórdenes y guerras civiles por los más frívolos motivos.

También han comenzado los trabajos para la navegabilidad del río Salado, que prosiguen con ardor. Si llegara a surgir la navegación a vapor de dicho río, ello daría un gran auge a la ciudad de Santa Fe.

Se halla actualmente a la firma del gobierno santafesino un pedido para una nueva colonia en San Javier [Helvecia], además, el Gobierno Nacional ha designado en Rosario una comisión para promover la inmigración. Sobre las minas de oro en la provincia de San Juan todavía no poseemos mayores datos; de cualquier modo, estos descubrimientos podrían favorecer la inmigración extranjera, sobre todo de Norteamérica, sin por ello exponer a nuestra Colonia a la deserción de sus habitantes."

Quedaría fuera del marco de este trabajo la reproducción de algunas muestras de la valiosa documentación dejada por el fundador de la colonia, Carlos Beck. Allí se hallan contratos de colonización, censos, libros de contabilidad con operaciones y deudas de los colonos, cartas, y apuntes del mismo Beck —efectuados con la minuciosidad helvética— sobre la granja modelo y sobre los trabajos de cada familia, su movimiento demográfico y su comportamiento. Afortunadamente, gran parte de este material ha sido dado a conocer en años recientes por Gastón Gori, sobre todo en sus libros "Colonización Suiza en Argentina" (1947) y "Familias Colonizadoras" (1954). Nos remitimos pues a dichos trabajos, cuyos respectivos prólogos (que muestran gran comprensión histórica al lado de precisión y elegancia literaria) son de gran interés para la historia de San Carlos en sus primeros años.

* * *

En los terrenos de la Granja modelo (que comprendían ocho concesiones en el centro de la colonia) se establecieron, además de los empleados de la Administración, también los alojamientos de los dos primeros pastores Theophil Weigle y Salomón Sauvain (de lengua alemana y francesa, respectivamente), ya que la mayoría de los colonos era protestante. También lo hicieron algunos artesanos, como el herrero Esteban Scholl, y el carpintero Salo-

Tab.

bis zum 31 Juli 1864 auf San Carlos

Los	Erdteppflichtige Familien.		Totalbeträge der den Colonisten zu Vortrag gemachten Vorschüsse	Abgelieferte Erndtedrittel der Colonen in den Geschäftsjahren				
	Namen.	Heimat.		1. Aug. 1839 bis 31. Juli 1860	1. Aug. 1860 bis 31. Juli 1861	1. Aug. 1861 bis 31. Juli 1862	1. Aug. 1862 bis 31. Juli 1863	1. Aug. 1863 bis 31. Juli 1864
40	Bourdain	Wallis	626 75	42 50	165 51	130 25	23 91	201 2
27	Baetzig	Luzern	625 47	39 50	175 00	250 50	30 75	272 0
15	Barbers, Jos.	Piemont	586 68	25 62	152 30	183 22	41 35	195 2
59	Biedermann	Bern	590 51	5 38	110 09	122 —	33 25	—
48	Charles F.	d ^e	597 91	6 —	102 59	128 —	34 69	62 4
29	Dayer J. A.	Wallis	630 19	46 25	137 68	147 88	35 —	202 3
30	Didier Rac.	Savoyen	618 50	42 —	190 93	150 13	76 87	212 2
42	Didier L. L.	d ^e	636 82	47 50	142 78	117 63	54 21	180 —
61	Goetschy J. B.	Baselland	655 97	97 25	321 46	399 63	130 66	316 3
28	Grotter D.	Wallis	725 44	17 50	140 56	142 50	22 47	88 8
50	Gschwind	Baselland	597 82	27 75	196 78	148 25	24 50	188 —
32	Guinand U.	Königsberg	784 25	14 —	65 42	137 38	35 59	—
43	Houiet F. A.	Bern	615 49	73 87	92 34	109 23	42 —	160 0
131	Reinats A.	Wallis	631 93	48 50	90 61	61 50	14 37	47 1
41	Roy J. M.	d ^e	685 75	64 75	142 39	154 50	20 50	126 1
54	Ramsayer	Bern	591 80	37 87	137 14	154 25	74 83	310 1
52	Reutenmann	Schaffhausen	698 69	50 25	214 26	172 13	46 66	199 1
51	Reale C.	Piemont	648 75	54 25	161 21	255 75	30 91	225 1
	Madory	Basel	563 43	31 62	162 60	229 34	73 22	342 1
00	Siegel J.	Württemberg	656 43	3 62	189 66	202 03	70 36	314 4

FIGURA 8. — Lista manuscrita de los colonos de San Carlos

elle

los *eingegangenen Erndtendrittel:*

Nomi. und 5 Zahlen zusammen	Restationen der Vertrags. Vorschüsse	Ueberschüsse der Vertrags. Vorschüsse	Loagekaufte Erndte, drittel.	Epochen an welchen an die Familien aufhören and verpflichtet zu sein	Weizenpflanzungen	
					1863.	1864.
					Zucharten	Zucharten
563 37	63 38	— —		31 Juli 1864	32	40
783 44	— —	157 97		d°	44	30
508 40	— —	11 72		d°	32	40
270 72	319 79	— —		d°	18	32
333 69	204 25	— —		d°	22	18
509 18	61 01	— —		d°	30	30
683 18	— —	64 68		d°	38	40
542 72	94 10	— —		d°	26	30
1165 37	— —	509 40		d°	40	55
411 91	313 53	— —		d°	25	28
335 28	12 54	— —		d°	25	53
252 39	531 86	— —		d°	25	20
427 61	137 88	— —		d°	32	28
262 63	369 30	— —		d°	11	16
509 81	175 94	— —		d°	30	22
715 06	— —	123 26		d°	40	30
683 05	15 64	— —		d°	40	48
728 11	— —	79 36		d°	30	55
839 —	— —	275 57		d°	46	53
840 52	— —	184 09		d°	35	37

25, con los respectivos tercios de cosecha entregados (1864).

món Gosweiler. A su alrededor se fueron instalando otros, al aumentar las actividades sociales y de relación comercial. Como lo señala Gori, en todas estas colonias lo primordial era el conjunto agrícola; los pueblos fueron sólo una consecuencia posterior.

Con la afluencia de nuevos elementos (sobre todo italianos) se fueron formando a partir de la segunda mitad de la década 1860-70 tres divisiones o pueblos: San Carlos Sud, asiento central originario, que quedó como núcleo eminentemente suizo (de habla alemana) y protestante; San Carlos Centro (italianos y argentinos), y San Carlos Norte, el más pequeño, de habla francesa.

Ya se ha visto que, tras decidirse la liquidación de la Sociedad Suiza de Colonización en diciembre de 1863, Beck abandonó la dirección de la colonia el 31 de octubre de 1864, sucediéndole Vollenweider en los trabajos de liquidación de los bienes de la sociedad. Beck sufrió fuertes quebrantos en su fortuna a causa de esta empresa, y su nombramiento por Mitre como Agente de Inmigración para los países de Europa central, y más tarde como cónsul de la Argentina en Suiza, fueron actos de estricta justicia para quien tanto hizo por afirmar el proceso colonizador iniciado, con su colaboración, por Castellanos.

Poco después de su partida, prodújose uno de los tantos conflictos en la colonia a causa de una mala cosecha, de las deudas, y del tercio de la producción que todavía debía pagar la mayoría de las familias. En un arranque de furia, el 1º de abril de 1865 algunos colonos incendiaron la casa de la administración (que había ya proyectado atacar en diciembre de 1863, lo que motivó la sustitución del juez de paz Goetschi por Enrique Diemer); quemáronse en la ocasión muchos papeles, pero, lógicamente, aquéllos no salieron con la suya de librarse de deudas en esa forma. También contribuyó a esta reacción la amenaza de proceso que pendía sobre los colonos católicos por no pagar los gastos de la construcción de la Iglesia, según lo estipulaba el contrato. En la memoria anual de la Sociedad se explican dichos episodios diciendo que "tal vez por influencias climáticas, en cierta época del año se apodera de la población colonial un espíritu irritable y rebelde". En el relator anónimo también hallamos la expresión de este espíritu, que obedecía a muchas causas. Y no cabe duda que el pesado verano santafesino contribuía poderosamente a ello.

Vollenweider renunció a su cargo, pero fué persuadido a continuar al frente de la colonia. Procedióse entonces a la expulsión

de unas 12 familias “holgazanas y envilecidas” (entre las que se hallaban varias suizas), mientras que a las restantes se concedían facilidades. La población era ese año la siguiente: 735 personas (637 el año anterior); número de familias (*Haushaltungen*): 139 (119); número de personas llegadas de afuera: 69. Nacionalidades: suizos 393 (406 el año anterior), alemanes 19, italianos 204 (121), franceses (saboyanos) 95, argentinos 24. El informe dice que “los suizos comprueban con disgusto, que están siendo sobrepujados por los laboriosos y sobrios piamonteses, y se esfuerzan ahora por su parte en hacer venir nuevos contingentes de su país”. Un hecho de trascendentales proyecciones demográficas y sociales se esconde detrás de esa sencilla frase.

Tras aquellas drásticas medidas y el mejoramiento de los precios de los productos agrícolas a raíz de la guerra del Paraguay, a partir de 1866 la colonia se fué consolidando definitivamente. El área cultivada (3.067 *jucharten* en 1864, 5.276 en 1865) continuó aumentando progresivamente. La producción del año 1866 alcanzó a un total de 79.994 pesos (la de trigo, devenido el cultivo principal, ascendió a 47.196 pesos). La población era de 732 personas (372 suizos); su falta de aumento debióse a la expulsión de otras 18 familias, “en su mayoría suizo-alemanas”. Evidentemente, no siempre eran buenos elementos los que llegaban del país helvético. Ese mismo año comenzó un tráfico regular de correo entre San Carlos y Santa Fe. Éstos y otros progresos llevan a decir al satisfecho informante que “a pesar de los disturbios políticos de la República, tanto nuestras colonias como las vecinas marchan hacia una incuestionable prosperidad”.

En 1867 la población tuvo un repunte: 955 personas (374 suizos); en 1868 la misma era de 1.280 habitantes (497 suizos), y en 1870, de unos 2.000 (con 700 suizos). Los nuevos inmigrados podían adquirir parcelas de tierra en la colonia, que se les vendía a plazos; otros se instalaban en los núcleos urbanos cuya formación ya hemos referido.

San Carlos, que no participó en la revuelta de 1867 contra el gobernador Oroño (v. cap. V) fué en cambio teatro del serio conflicto con los indígenas referido en el capítulo anterior (1869). ¡Cuántos episodios novelescos como éste no existen en la historia de la colonización suiza en la Argentina!...

Agreguemos que la tradicional buena puntería de los helvéticos

era cultivada ya desde 1860 en torneos de tiro, lo que originó el Tiro Suizo de San Carlos, tal vez el más antiguo del país.

En 1870 el "inspector" Jäggi-Gyger, por lo general muy crítico con respecto a las colonias de suizos en la Argentina, expresa que "la colonia San Carlos ha surgido hermosa y fuerte de sus luchas; es la más próspera de todas, y se la podría llamar la reina de las colonias argentinas".

CAPITULO IX

COLONIAS POSTERIORES A 1860 (-1875). NUEVA HELVECIA (URUGUAY). INMIGRACIÓN URBANA

Antes de pasar a un ligero examen de la séptima década del siglo XIX, debemos mencionar la *Colonia Urquiza*, que no es otra que la antigua Las Conchas en Entre Ríos, y que comenzó a llamarse de aquel modo hacia 1858. En este año llegó aquel segundo contingente de suizos y saboyanos de Lelong, que se vieron obligados a regresar de Corrientes (v. cap. VI). Recién entonces quedó fundada por ley del Gobierno Nacional la colonia, con su tierra distribuída por familias y amojonada. El 7 de septiembre de 1860 se dispuso la fundación de un centro urbano, denominado Villa Urquiza. Dos años después pueblo y colonia contaban con unos 700 habitantes; desconocemos la proporción exacta de suizos. En realidad, sólo unas 70-80 familias de las 150 que durante toda la década posterior a 1860 poblaban a Villa Urquiza eran extranjeros; el resto era criollo. Ello le quitaba el carácter de verdadera colonia europea. Las concesiones eran muy pequeñas: cada familia sólo tenía 24 *jucharten* (8,5 Ha. aproximadamente), lo cual reducía fuertemente su labor agrícola. Hémos pues, aquí, ante un ejemplo claro de rémora al progreso y al aumento de población provocado por la presencia del latifundio, así como de los inconvenientes de su otro extremo: el minifundio. Sólo posteriormente a 1880 repartió el gobierno nuevos terrenos en las inmediaciones de Villa Urquiza, lo cual vivificó algo la colonia.

En 1872 había 800 habitantes, de los que 351 eran argentinos, 175 alemanes, y sólo 96 suizos (20 familias). Sus cultivos princi-

pales eran el trigo y el tabaco. En 1862 un norteamericano instaló una plantación de algodón; pero, aunque sus resultados fueron halagadores, diversas causas llevaron al abandono de la empresa.

* * *

Entre 1860 y 1865 estancóse un tanto la actividad colonizadora. Demasiado ocupadas estaban las seis "colonias madres" en consolidar su existencia. La emigración de Suiza disminuyó entre los años 1861 y 1863, para repuntar nuevamente y alcanzar en 1865 un nuevo máximo de 5.418 personas que abandonan sus lares. Las estadísticas argentinas —que sólo registran una parte de los entrados al país en estos primeros años— señalan un constante aumento de suizos a partir de 1863, hasta 1873. En este año se llega a 1.628 inmigrantes de esa nacionalidad, cifra máxima para todo el siglo XIX y lo que va del XX.

Por otra parte, los informes de los emisarios Johann Jakob von Tschudi y J. Christian Heusser hacia 1860 aconsejaban prudencia en la creación de nuevas colonias suizas en Sudamérica. Es comprensible que declaraciones de la época referentes al Brasil, como la de una comisión parlamentaria que decía: "*Die Lage der schweizerischen Kolonisten ragt wie ein dunkler Schatten in das friedliche Glück unseres Vaterlandes hinein*" ("La situación de los colonos suizos se levanta como una sombra oscura que turba la dichosa paz de nuestra patria"), suscitara también prevenciones en la opinión pública helvética con respecto a los países del Plata, en donde la condición de los colonos tampoco era rosada.

Echando una ojeada de conjunto sobre la emigración suiza a la Argentina en el quinquenio 1856-60, encontramos que tan sólo tenemos datos más o menos exactos de la inmigración colonizadora, y no de la urbana, que seguramente se mantuvo con un ritmo creciente a partir de 1852. En Buenos Aires, así como en las ciudades del litoral (especialmente Rosario, de rápido crecimiento en esos años), establecieronse jornaleros, artesanos, comerciantes, pequeños industriales (relojeros, etc.), así como muchos que abandonaban las colonias agrícolas. Viceversa, estuvieron inicialmente en las ciudades algunos de los que luego alcanzaron buena posición en las colonias. Tal el caso, por ejemplo, del metalurgo tirolés Luis Taberning y del colonizador suizo Guillermo Lehmann. Como en todas las épocas, los ticineses formaron un

aporte de importancia en la inmigración suiza individual y urbana, sobre todo en las dos ciudades mencionadas¹.

* * *

La emigración colonizadora suiza de los primeros años posteriores a 1860 tuvo en la vecina República Oriental del Uruguay una meta de importancia. Allí se originó la colonia suiza "Nueva Helvecia", que llegó a tener para el Uruguay una trascendencia casi tan grande como Esperanza y San Carlos para la provincia de Santa Fe. La firma bancaria de Basilea Siegrist & Fender, su fundadora, atrajo hacia ella a muchas familias que no pudieron emigrar a los Estados Unidos por causa de la guerra de Secesión que enlutó a dicho país de 1861 a 1865. Los precursores de la actividad colonizadora en el departamento Colonia fueron algunos contingentes de piemonteses septentrionales (de habla francesa) llegados paralelamente a las expediciones de Brougues, Castellanos y Lelong; fundaron en 1856 su primer establecimiento en "La Paz", en terrenos de la Sociedad Agrícola del Rosario. Poco después las rivalidades confesionales (que, como los campesinos de todo el mundo, los colonos tomaban muy a pecho, según hemos visto varias veces) determinaron una separación, formando los adherentes al precursor de la Reforma Pedro Valdo la "Colonia Valdense". Otros núcleos valdenses menores se establecieron en varios puntos de la Argentina.

Como iniciador de la colonización en Nueva Helvecia se señala al bernés Carlos Cunier, quien en octubre de 1858 adquirió unas 262 Ha. al noreste de la actual colonia, con el fin de establecer allí agricultores suizos. Sumando a ello las adquisiciones efectuadas por Siegrist y Fender entre diciembre de 1861 y agosto de 1863, la Colonia Suiza alcanzó una extensión de 6.410 Ha. Respondiendo a la propaganda de Siegrist y Fender, comenzaron a llegar los colonos a fines de 1861, a quienes se otorgaba una parcela de 20 cuadras (41 *jucharten* o 14,6 Ha)². Muchos ya habían comprado su campo de sólo verlo en el plano, por el precio de 1.025 francos, pagadero en cuotas anuales.

¹ Esperamos de próxima publicación una detallada historia de los suizos de habla italiana en la República Argentina, debida al señor Augusto Pedrazzini.

² La "cuadra" uruguaya es menor que la argentina: 0,73 Ha.; de ahí que las concesiones fueran aquí más de la mitad más pequeñas que en las colonias santafesinas.

Otro contingente llegó el 11 de junio de 1862, fecha que fué recordada por muchos como la de la constitución de la colonia. En el año 1863 se habían instalado unas 600 personas (97 familias y 47 individuales), siendo en su mayoría oriundos de los cantones de Berna, Lucerna, Argovia y St. Gallen; también algunos alemanes del sur y tirolese. Las dificultades iniciales de la Colonia Suiza del Uruguay fueron similares a las de sus hermanas en la Argentina (sequías, dificultad de adaptación al nuevo ambiente, abundancia de hombres inaptos para el trabajo agrícola, hostilidad del elemento criollo, etc.). Pero algunos factores eran más favorables que en las colonias de Santa Fe o Entre Ríos: el viaje era menos largo y complicado y los pasajes y fletes resultaban mucho más económicos para los inmigrantes, el contorno geográfico más pintoresco, y más accesibles los centros comerciales para la colocación de los productos. No obstante, hacia 1864 la nueva colonia pasó por una situación crítica, que estuvo a punto de hacer abortar la empresa. El banco Siegrist y Fender se vió en graves dificultades financieras provocadas en gran parte por la liberalidad de sus créditos a los colonos, y por no haber sabido seguir en muchos casos lo que aconsejaba el maestro de escuela Elías Huber, uno de los primeros colonos llegados: "La colonia Rosario-Helvecia será un éxito si los señores Siegrist y Fender cuidan especialmente en la remisión de *colonos ordenados, aplicados y frugales*. Nada de haraganes soñadores, de embaucadores ociosos, de obreros fabriles sin trabajo, de dependientes de comercio, etc., sino gente de campo acostumbrada a tareas rudas, en lo posible familias enteras". Por ejemplo, habían venido unos cuantos ex soldados de la corte napolitana. Estos espíritus inquietos fueron los principales participantes (provenientes de la colonia) en una revolución comandada por el general Venancio Flores contra el gobierno oriental, llamada "Cruzada Libertadora" (1863). El movimiento fracasó, y muchos suizos murieron heroicamente. Su jefe, el comandante Bion, fué apresado y fusilado. El Consejo Comunal de la colonia, que se había opuesto a esta actitud de unos 40-50 de sus habitantes, ratificó su estricta neutralidad en las luchas políticas del país, lo que había sido uno de los principios básicos de su fundación. Este episodio perjudicó al nombre de la colonia, y el mismo Consejo Federal suizo se ocupó del asunto. Pero, afortunadamente, con el abandono de la misma por los elementos menos útiles, y el comienzo de un ciclo de precipitaciones normales, la Colonia Suiza salvó y consolidó su

Project

zur Gründung von Schweizer-Colonien

in der

Argentinischen Republik.

P. P.

Wie Ihnen bekannt, befaßt sich unser Haus schon seit vielen Jahren mit Emigration, welcher Branche wir von jeher die gewissenhafteste Sorgfalt gewidmet haben.

Die Schweizerische Auswanderung hat immer bestanden und wird auch nicht aufhören. Der Schweizer ist im Allgemeinen unternehmend und zieht eine wenn auch mühevollere aber selbständige Existenz einer abhängigen und servilen Stellung vor.

Wir betrachteten es jedoch als in unserer Pflicht, nicht nur die Auswanderer loyal und gut zu befördern und zu verproviantiren, sondern wir sahen die Nothwendigkeit ein, denselben auch mit Rath und That für ihre Zukunft jenseits des Oceans beistehen zu sollen, eine sehr schwierige und oft undankbare aber nicht weniger wünschbare Sache, besonders bei der Menge von leichtsinnigen und unbehülflichen Auswanderern, welche am Aussehungshafen ohne irgend welche moralische noch materielle Hülfe, oft mit zahlreicher Familie ans Land stiegen.

Wir haben uns auch durch nichts abhalten lassen, um Verbesserungen zu erzielen und diese wichtige Aufgabe nach allen Richtungen hin zu studiren.

Bis vor wenigen Jahren zog sich der Strom der Schweizerischen Auswanderung größtentheils nach den Vereinigten Staaten Nordamerika's, in jüngster Zeit hingegen hat derselbe und zwar aus guten Gründen bedeutend abgenommen.

Die hauptsächlichsten davon sind:

- 1) die Vertheuerung der günstig gelegenen Terraine und der Lebensmittel, wodurch die Einwanderer zur Weiterreise nach den westlichen, entlegenen Gegenden gezwungen wurden, welche wegen der bekannten Prellereien der zahl-



FIGURA 9. — Primera página del "Proyecto para la Fundación de Colonias Suizas en la República Argentina" de Beck y Herzog (junio de 1858).

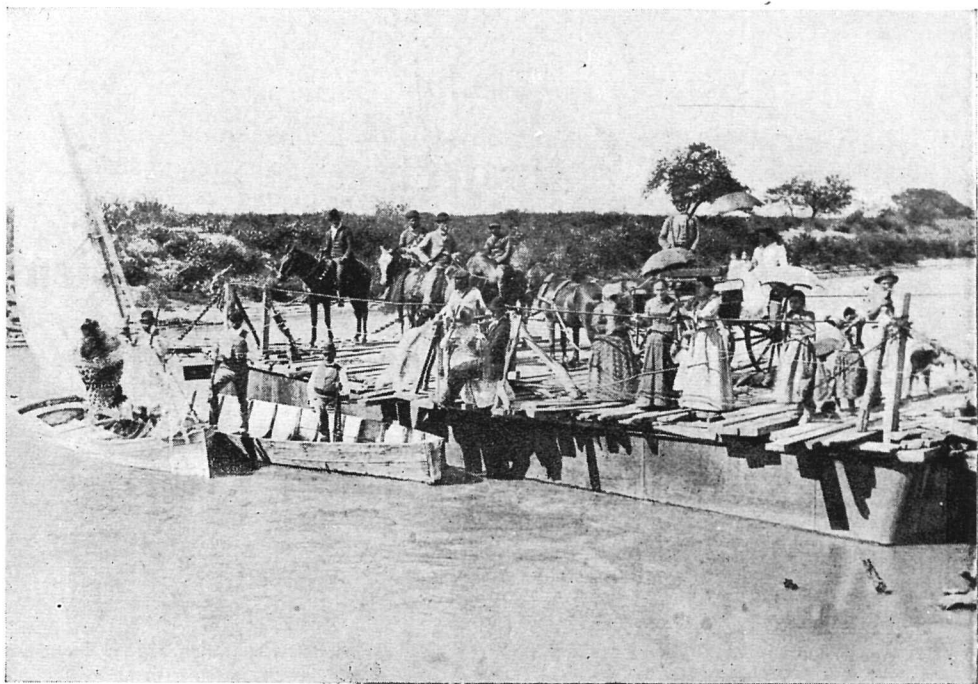


FIGURA 10.—Balsa que hacía el cruce del río Salado.

Año 1º

Suscripción:
En la Provincia de Santa Fe
8 reales bollos.
En las demás Provincias (200
mensual.

Aparecer:
Los Sábados.

EL COLONO DEL OESTE

SEMANARIO

AGRICOLA, INDUSTRIAL, COMERCIAL

Y ARDIENTE DEFENSOR DE LOS INTERESES GENERALES DE LAS COLONIAS.

Numero 15.

AVISO:
Se recitan hasta 2 días antes de
de la salida.
Precios sumamente modicos y
adelantado.

Aparecer:
Los Sábados.

Propietario: Guillermo Lehmann.

ESPERANZA (de Santa Fe), Sábado 15 de Junio de 1878

Redacción: Anónima.

REDACCION

Las vías de Comunicación.

Decíamos en nuestro número del 18 de Mayo último que aplaudíamos el proyecto de un Ferrocarril de Santa Fe á las Colonias del Oeste como aplaudiríamos mañana el proyecto de un Ferrocarril del Rosario á Santa Fe, ó el proyecto de canalización de la Boca del Río Santa Fe, siempre que haya esperanzas que su ejecución siga de cerca á las promesas.

Según habíamos visto nuestros lectores, ha sido presentado ante las H. H. Cámaras legislativas un nuevo proyecto de Ferrocarril, que partiendo del Rosario y atravesando la mayor parte de las Colonias, lo una con Santa Fe.

No conocemos aún las bases del proyecto respectivo, sin embargo nos dicen que la nueva Empresa se compromete construir la vía relativamente mucho más barata que la Empresa Laprade.

Si esto es así y puestas á elegir entre dos proyectos, de los cuales el uno solo nos liga con Santa Fe y el otro con Santa Fe y el Rosario á la vez, no cabe duda en la elección que tendríamos que hacer, prescindiendo de que el último nada pide al colono mientras que el primero requiere su eficaz cooperación, cooperación que con anterioridad un gran sacrificio en un país tan nuevo adopte en vez de estruendo, mas bien debían introducirse capitales afines de poder auxiliar á la agricultura, al comercio

necesario hacer porque ha de ser el tipo principal en las discusiones de las H. H. Cámaras y talvez la única objeción que se haga á la nueva empresa; á saber: si el Ferrocarril al Rosario quitará ó no la vía al Comercio de Santa Fe.

Nosotros no trepidamos un momento para asegurar que el Comercio de Santa Fe no perderá de su importancia sino que ganará, sobre todo si sabe adherirse al movimiento general de progreso.

Al comercio de Santa Fe poco puede importarle si los frutos de las Colonias se embarcan en el Paso Santo Tomé ó en el Ferrocarril, si vive más bien de la introducción que de la exportación; á quien le toca de cerca es al colono y aún este no perderá de su importancia.

Nosotros hemos afirmado ya en otra ocasión el principio en la economía rural que dice: «El progreso de la agricultura está en razón directa con la facilidad de las comunicaciones, así fuera de los descubrimientos de la ciencia y de las medidas legislativas favorables á la causa de la agricultura» y hoy con esta ocasión creemos no equivocarnos si agregamos como deducción lógica de este principio, que la consecuencia de las facilidades de comunicación que nos proporcionará un Ferrocarril que ligue las colonias con los dos puertos del Rosario y Santa Fe, la agricultura, industria y comercio tendrán un desarrollo tal, que por más que la vía al Rosario le quite al Puerto de Santa Fe, aún le quedará más movimiento del que hoy tiene.

fluvial es la más barata de todas, de manera que el colono, aún para la misma vía férrea al Rosario constituirá una saludable competencia.

Tocará naturalmente entonces á Santa Fe la iniciativa para que se realice la canalización de la Boca del Río, y en relación á ello nos ha asegurado una persona muy caracterizada, que no era exacto lo que respecto á la obra del Diamante decía la correspondencia del «Sanftecino», y que canalizando el Río Santa Fe no habría obstáculo para que los buques de ultramar entrasen á ese puerto.

Que se realice pues el Ferrocarril del Rosario á Santa Fe; y que se realice pronto!

He aquí el artículo á que nos referimos:

**Las Colonias del Oeste
y la necesidad de un ferrocarril al Rosario.**

Quien conoce las Colonias de Santa Fe, su producción y su vida comercial, quien ha visto de año en año su desarrollo rápido en los años buenos y no interrumpido durante los malos que acabamos de atravesar, quien en fin está en el caso de poder comparar lo que era la campaña y los alrededores de Santa Fe ahora 25 años y lo que son hoy, no podrá menos de convenir que esta Provincia y especialmente el Departamento de la Capital debe su valor material, su valor productivo, su riqueza aumentada á la inmigración, á la población y cultivos de terrenos hermosos y fértiles que, antes baldíos por los

concepto alguno.—Es este el pensamiento que nos alienta, si nos permitimos hacerlo, observar que el bienestar de las Colonias del Oeste hoy corre un serio peligro, sergas consecuencias no solo atañen á ellas sino á toda la Provincia.—Este peligro consiste en el bajo precio que ya tienen y que en lo sucesivo en mayores proporciones tendrán los productos de estas Colonias.

Para poder curar cualesquier males—preciso buscar sus causas.—El origen de él que pretendemos señalar es evidente.—El buen éxito de la Colonización de Santa Fe ha llamado la atención de las demás Provincias.

Al comprarnos nuestros trigos y harinas, Entre Ríos y Buenos Aires muy pronto resolvieron imitarnos dedicándose á la agricultura, abandonando la vida pastoril en ciertos partidos ó combinando con la primera.

Quisieron también tener Colonias y explotadas por el Excmo. Gobierno Nacional pronto comenzaron los objetos que se proponen al formar las Colonias (Chacarías, en Buenos Aires, Diamante y Libertad en Entre Ríos y aumentando las ya antes existentes en esta última Provincia, conocidas por «Villa Urquiza», «San José» y «Herrandarias».

La Comisión de Inmigración se empeña en dirigir colonos á aquellos puntos y con los adelantos que estos reciben de viveros, instrumentos de agricultura, semillas, animales de labor y tierras de cultivo, no les será difícil procurarse, en poco tiempo una

FIGURA 11.—“El Colono del Oeste”, semanario fundado en Esperanza en 1878 por don Guillermo Lehmann.

existencia. Para fines del año 1868 la mayoría de los colonos había saldado sus deudas con los sucesores de Siegrist y Fender y poseían sus respectivos títulos de propiedad.

Desde 1862 se organizó su vida religiosa, siendo la propia empresa fundadora quien donó el terreno para la construcción de la Iglesia Evangélica. Desde 1866 tuvieron una escuela y desde 1873 un juzgado de paz. Organizaron también una especie de milicia local, análoga a la de la colonia San José en Entre Ríos.

Según un censo efectuado en abril de 1868, la colonia se hallaba integrada por 101 familias: 79 suizas, en su mayoría del dialecto alemán (que en algunas familias se ha conservado hasta hoy día), y 22 alemanas, austríacas y francesas. La población era de 545 personas, que poseían en conjunto algo más de 3.400 Ha. de tierra. Como vemos, en razón del proceso selectivo mencionado, la población disminuyó en vez de aumentar durante los cinco años que precedieron a dicho censo. Pero desde entonces el progreso de la colonia y pueblo de Nueva Helvecia fué constante, sobre todo al comenzarse con la explotación e industria lechera en gran escala, hasta la fecha factor importante de su prosperidad.

Según Jakob Häberli, en 1884 la población de la Colonia Suiza se articulaba en 161 familias de las que 118 (o sea el 67 %) eran suizas, 31 alemanas (19 %), 14 austríacas (8,7 %) y el resto uruguayas, con alguna argentina, italiana y francesa.

Hemos mencionado a esta única gran colonia de suizos en el Uruguay, no sólo por la estrecha vinculación de este país y la Argentina, así como el paralelismo de su proceso fundador, que se escalona orgánicamente en el iniciado en 1856, sino por las muchas relaciones concretas entre las colonias y los colonos de la Argentina y los de "Colonia Suiza", que comienzan ya en el hecho de haber participado Sommer-Geiser en el plan de su fundación, sobre la base de sus experiencias como delegado del gobierno de Berna en Esperanza en 1856. Ya antes de la fundación de Nueva Helvecia, muchos inmigrantes despachados a la Argentina se quedaban en el Uruguay, atraídos por ofrecimientos de estancieros o de la Sociedad Agrícola del Rosario. Algunos de los que abandonaron la colonia en los primeros años se dirigieron a la Argentina. Allí, como acá, surgieron establecimientos o núcleos agrícolas secundarios, nacidos de la estrechez del ámbito colonial para los nuevos llegados o para las nuevas generaciones. Así es cómo muchos

“neohelvéticos” adquirieron campos cada vez más distanciados de la colonia originaria, o se instalaron en la Argentina.

Por la mayor proporción del elemento helvético, por su éxito económico y sana influencia progresista, por su conservación del dialecto y de las tradiciones de la Madre Patria, puede Nueva Helvecia ser considerada con justicia la primera *colonia suiza* de toda Sudamérica¹. Tal vez no sea casualidad, que también el paisaje geográfico y “político” de su país de instalación sean relativamente similares al de Suiza.

Un nuevo proyecto colonizador, la colonia “Nueva Berna”, a erigirse en la zona de Soriano y Fray Bentos (1869), parece haber sido interceptado en provecho de sus propias colonias a lo largo del Ferrocarril Central Argentino por Guillermo Perkins, a la sazón residente en Berna como agente de dicho ferrocarril. Hacia aquí fué entonces canalizada la emigración que, sobre todo del cantón citado, buscaba nuevos horizontes en los países del Plata.

* * *

Prescindiendo de la llamada “colonia Guadalupe” en las afueras de la ciudad de Santa Fe, en donde se establecieron algunas familias alemanas venidas de sus colonias del Brasil en 1864, la actividad colonizadora en la Argentina se reanudó en el año 1865, coincidiendo con el comienzo de la guerra del Paraguay. Esta actividad tiene preferentemente carácter de “expansión agrícola”, como que consiste fundamentalmente en la creación de retoños de las “colonias madres”, sobre todo de Esperanza y San Carlos en la provincia de Santa Fe. En dicho año el doctor Teófilo Romang funda la colonia “Helvecia”, a unos 80 km al noreste de Santa Fe, sobre el río San Javier. El gobierno provincial efectuó para ello una cesión de 4 leguas de tierra. El doctor Romang (escrito originariamente Rohmang, según Guala) era oriundo de Trubschachen en Berna, y había sido uno de los colonizadores de San Carlos en 1860, pasando poco después a Esperanza. Era médico; de fuertes ideas liberales, atacó allí al párroco Aime por ejercicio ilegal de la medi-

¹ A excepción, tal vez, de “Helvetia”, cerca de Campinas, (São Paulo, Brasil), fundada en 1888 y poblada en su casi totalidad por familias del semicantón de Obwalden; Bodmer la califica como “la *colonia suiza pura* más importante en Sudamérica y tal vez en el mundo” (1945, p. 307). Pero se trata de una colonia bastante cerrada, integrada por sólo 1.500 almas, de relativamente escasa trascendencia sobre el medio.

cina, según él, y contribuyendo a su separación. Su temperamento emprendedor lo llevó a buscar una expansión para la actividad de muchos agricultores de aquellas dos colonias, así como de la suya propia. Así fué cómo surgió Helvecia con un plantel de 60 familias, casi todas suizas. Comienza, pues, la era de la colonización interna (o mejor dicho, secundaria), en la que la experiencia adquirida por los inmigrantes en las colonias madres favorece la creación de los nuevos núcleos. Ello no excluye, por supuesto, la continuación del flujo de ultramar, que a partir de estos años toma incluso una intensidad creciente. En 1872 hallamos en Helvecia 125 familias con 800 habitantes (281 suizos, 185 franceses, 131 argentinos, 83 italianos y 65 alemanes), siendo 500 protestantes y 300 católicos. Interesante resulta la aparición creciente de los *argentinos* como integrantes de las colonias, aunque, claro está, la mayoría de ellos deben ser hijos de los colonos extranjeros. También notamos la presencia de los italianos, que a partir de esta época comenzarán poco a poco a alcanzar una gran importancia como protagonistas de la colonización agrícola en las provincias del litoral.

Poco después de Helvecia y en sus cercanías, se fundaron las colonias de Cayastacito (1866) y Cayastá (1867). Ambas surgieron por los esfuerzos del conde francés Tessières de Bois Bertrand, a quien ya vimos como uno de los primeros pobladores de San Carlos. A la segunda se la llamaba Colonia del Conde, siendo Cayastá el núcleo urbano fundado poco antes, en 1865. Sus componentes fueron en su mayoría familias de San Carlos.

Estas tres colonias se asentaron en la zona que había sido prevista originariamente para Esperanza, viniendo así a reparar el error en que, con buena o mala fe, se había caído en su emplazamiento. A la luz del posterior desenvolvimiento de ambos centros podemos, sin embargo, reconocer que a la larga la situación de Esperanza resultó mucho más favorable.

Las colonias de Helvecia y Cayastá, y muchas de las siguientes, nacieron tras haberse creado leyes que autorizaban al gobierno provincial a fundar colonias y a ceder gratuitamente tierras públicas con ese fin (1864-65). Superados estaban, por fin, los problemas que habían impedido la realización de los audaces proyectos de Castellanos. El país reconocía oficialmente y en los hechos la *conveniencia*, más aun, la *necesidad* de la colonización agrícola. Puede decirse que, en la década 1855-1865 es cuando se produce el vuelco fundamental de la Argentina de un país colonial a un país mo-

derno; en que la balanza se inclina decididamente de un país “bárbaro” (en sentido sarmientino, es decir, *ganadero*) a uno “civilizado” (es decir, *agrícola*) ¹.

* * *

La creciente “carrera” colonizadora se concentró, en la década siguiente, en la colonización de los alrededores de las “colonias madres” Esperanza, San Gerónimo y San Carlos. Precisamente entre las tres se halla *Las Tunas*, hecha surgir en 1868 por elementos de aquéllas, bajo la dirección de Vollenweider. Éste se había hecho cargo de la dirección de la Compañía Suiza de Colonización Santa Fe después de la partida de Beck; formó también por su cuenta la firma Vollenweider y Cía. Los primeros pobladores de Las Tunas fueron 242 suizos, sobre todo valesanos. La citada Compañía Suiza de Colonización realizó varias fundaciones en tierra santafesina. Al año siguiente fundó la colonia *Humboldt*, al oeste de Esperanza. El contingente de suizos ascendía en 1871 a los $\frac{4}{5}$, siendo alemanes el resto. De las 232 concesiones (que generalmente continuaban siendo de 20 cuadras cuadradas) se vendieron todas ya en el primer año, a excepción de seis. El precio era de \$ 200 por concesión, pagaderos en cuotas semestrales a 8 % de interés.

En el mismo año un italiano, Lambruschini, parceló 168 concesiones en la inmediata vecindad noroccidental de Esperanza, fundando la colonia “Cavour”. Fué, si prescindimos del efímero intento del coronel Olivieri, la primera “colonia agrícola italiana”, aunque también se establecieron en ella algunos suizos.

También en 1869 se produjo la “emigración” del colono sancarlino Jakob Reutemann y otros de espíritu aventurero y luchador hacia el norte, en donde Vollenweider y Gessler (otro de los colaboradores de Carlos Beck) establecieron a orillas del arroyo Bursiana la colonia “Grütli”. Ya en su denominación vemos que con ella quísose realizar un viejo sueño de muchos de los que emigraban de Suiza: el de formar una pura colonia helvética de habla *schwytzer-tiitsch*. La posibilidad de adquirir tanta extensión de campo como se deseara atrajo a muchos colonos que habían prosperado después de sus dificultades iniciales. Pero el éxito no fué el esperado,

¹ Hablamos desde un punto de vista económico y demográfico. La base jurídica para este vuelco se halla en la Constitución de 1853, que a su vez se apoya en antecedentes de más de cuatro décadas.

lo cual llevó a la admisión de muchos italianos. En esa época, la colonia Grütli se hallaba sobre la frontera con los indios, contra quienes hubieron de luchar en varias ocasiones para asegurar su posesión y su trabajo. Muchas anécdotas a este respecto recordaban todavía los colonos a principio de este siglo, que no es del caso reproducir aquí¹.

Al otro lado del Salado, en la región chaqueña, el gobernador Mariano Cabal organiza en 1868 dos colonias: Emilia, formada por 121 concesiones y San Justo, algo más al noreste. En 1873 el elemento suizo constituía aproximadamente $\frac{1}{3}$ en ambas.

Las colonias Corondina, Francesa y Humboldt Chico nacieron poco antes, en 1867, siendo sus fundadores respectivamente el Gobierno, Couvert, y la Sociedad Suiza de Colonización; la proporción de suizos en ellas era menor. Otras colonias extranjeras que surgieron por esta época —diez años y más después de las iniciadas por los suizos— fueron California, en que curiosamente vinieron a establecerse familias de los Estados Unidos; la colonia "Inglesa" (o Galense), formada en 1868 con familias llegadas del Chubut (en donde tres años antes se había iniciado la importante y penosa colonización de los galeses), y Nueva Italia, fundada en 1871 por el cónsul Luigi Pettich con 15 familias italianas.

Otra interesante colonia, poblada sobre todo por ingleses y valdenses, fué la colonia Alejandra, establecida en el extremo norte de los dominios santafesinos de entonces, sobre el río San Javier y no lejos del Paraná. Fué fundada por la sociedad Thompson, Bonar y Cía., de Londres, en 1870.

El impulso colonizador se estaba convirtiendo en una ola cada vez más potente. Otras colonias agrícolas surgidas en la zona central de Santa Fe en el fructuoso decenio iniciado en 1865, y en donde los suizos tuvieron participación destacada, fueron: Santa María (fundada en 1869 por Santiago Denner para la Sociedad Suiza de Colonización), Sunchales (1869), Franck (por el empresario Mauricio Franck, 1870), San Agustín (gobernador Cabal, 1870), Lubary (1870), Piquete (1870), Oroño (fundada por este ex-

¹ La más famosa es tal vez la persecución y muerte de una decena de indígenas, efectuada en julio de 1879 por Arnold Reutemann y los hermanos David, Johann y Kaspar Lottersberger. Sus cadáveres fueron traídos hasta plena plaza de Esperanza para "vengarse" de las bromas de que eran objeto los "grütlianos" por parte de aquéllos, a causa de sus frecuentes expediciones contra los indios. Los infortunados recibieron allí piadosa sepultura común.

gobernador en campos de su propiedad, en 1872), Pujato (1872), Matilde (1874), Gessler (1875, al sur de San Carlos), etc.

El desarrollo de la colonización en la provincia de Santa Fe puede verse en los siguientes datos, según Carrasco:

En 1856	había una colonia	agrícola,	con	1.040	habitantes
„ 1864	„ 4 colonias	agrícolas,	„	2.779	„
„ 1869	„ 18	„	„	10.027	„
„ 1872	„ 29	„	„	13.679	„
„ 1874	„ 32	„	„	15.510	„
„ 1876	„ 39	„	„	23.595	„

Tras el primer sistema de colonización, empleado en realidad sólo en Esperanza, y que consistía en que el Estado otorgara a los inmigrantes tanto la tierra como los adelantos en manutención, semillas e instrumentos, dos sistemas fueron los generalmente utilizados. Uno era el de la cesión de la tierra por parte del Gobierno, y el suministro de las demás facilidades y adelantos por empresas particulares; el otro era la simple compra de las concesiones por parte de los colonos con facilidades, ya sea a los estancieros que —viendo que estaba en su conveniencia— decidían instalar una colonia agrícola en sus campos, o a la empresa fundadora que a su vez había adquirido el campo del estanciero respectivo.

* * *

En los años a que hemos llegado en nuestra reseña —los años gloriosos de la colonización suiza, en que los colonos de esta nacionalidad y sus hijos constituían *la mayoría* de la población extranjera rural de la República Argentina— la inmigración helvética en este país había superado ampliamente a la de suizos en el Brasil, que como vimos, en 1850 llevaba la delantera. Veinte años después, o sea en 1870, había según Zbinden unas 5.870 personas de nacionalidad suiza en la Argentina; en el mismo año, la población helvética del Brasil era de 2.243. A principios de 1872, el entonces inspector de colonias Guillermo Wilcken registró en las tres provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba 16.678 habitantes de 34 colonias agrícolas, que ocupaban un total de 153 ½ leguas cuadradas. De las 16 nacionalidades representadas, los suizos se hallaban a la cabeza con 5.957 personas, siguiendo los italianos con 4.157 y los argentinos con 2.364; luego los franceses

(1.889), los alemanes (1.483), etc. Por lo tanto, la citada cifra de Zbinden sólo incluye poco más que la población de las colonias; aunque también hay que contar con una cantidad de suizos en el Brasil no registrados. Según un informe del Consulado, existían en ese mismo año de 1872 unos 2.000 suizos sólo en la ciudad de Buenos Aires, calculándose el número total de suizos en la Argentina (con los establecidos en Rosario y en otros puntos) en unos 10.000. En 1876 habrían ascendido a cerca de 15.000, según la misma fuente.

* * *

Ya hemos dicho algo sobre la inmigración urbana suiza en el período posterior a 1852. Que ya en 1861 la misma había alcanzado un número apreciable, y dotada de espíritu de solidaridad, lo señala la fundación en ese año, a instancias del cónsul don Antonio Demarchi, de la Sociedad Filantrópica Suiza en Buenos Aires. Ésta realizó a partir de entonces una esforzada y meritoria labor al servicio de los sectores menos prósperos de la colectividad helvética (sobre todo, por ejemplo, en tiempo de epidemias), así como de muchos inmigrantes carentes de medios y de orientación. Para esta última función también colaboró el consulado suizo en Buenos Aires, cuyo presupuesto anual debió ser aumentado en 1871 de 1.000 a 2.000 francos. Poco después creóse también un consulado en Santa Fe.

Otra sociedad suiza surgida en esta época en Buenos Aires, y de gran trascendencia incluso para el país, fué el Tiro Suizo, fundado en 1872. Ya en 1860 los colonos de San Carlos se habían agrupado para cultivar este deporte tan helvético, y tan útil en el medio en que vivían. En 1862 quedó fundado su Tiro Suizo, considerado como el polígono más antiguo del país. También en San José existió tempranamente un Tiro, mientras que el de Esperanza se fundó, como vimos, en 1866. Siguieron Baradero, Roldán, San Gerónimo, Helvecia, etc. El Tiro Suizo de Buenos Aires tuvo como primer presidente a don Guillermo Matti, "hombre de gran capacidad de aglutinación, de extraordinaria tenacidad y de un patriotismo a toda prueba". Inmediatamente se adquirió el terreno que hasta hace pocos años albergaba al Tiro, en la zona baja y pantanosa del entonces pueblo suburbano de Belgrano. Allí se construyeron las costosas instalaciones que durante más de 75 años fueron teatro de concursos de tiro, y de amables encuentros entre

los suizos de Buenos Aires en fiestas y actos patrióticos. El Tiro Suizo fué el *pioneer* de la práctica argentina del tiro, y desde 1894 el Ejército Argentino utilizó regularmente el polígono de Belgrano.

Por la misma época fundóse la Sociedad de Socorros Mutuos "Helvetia", destinada a la acción social entre sus asociados. En Rosario surgió asimismo, en fecha bastante temprana (1868), una Sociedad Filantrópica Suiza, sostenida al principio en gran parte —como la de Buenos Aires— por los suizos de habla italiana, que constituyeron hasta la década del 1880 el sector predominante de la inmigración helvética en las ciudades.

CAPITULO X

DOS NUEVOS GRUPOS DE COLONIAS SUIZAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE: EL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO Y EL EXTREMO N. E.

Ya el activo Aarón Castellanos había previsto que el lugar denominado Rosario de Santa Fe estaba llamado a ser una importante ciudad, como puerto de salida de una inmensa zona del interior argentino. La ubicación de Rosario es, en efecto, excelente, y hasta el puerto construido en sus barrancas sobre el caudaloso Paraná pueden llegar los buques de ultramar. Por allí se efectuaban las importaciones y exportaciones de la Confederación Argentina, durante los 8 ó 9 años en que se halló de hecho separada de la provincia de Buenos Aires. Al comenzar, con la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868) un período de paz, orden y creciente valorización del país, púdose por fin poner manos a la obra en la tan necesaria construcción de una red ferroviaria. Ella fué encomendada —el estado económico del país no permitía otra cosa— a empresas con capitales extranjeros. En 1864 quedó definitivamente encaminada la construcción de un ferrocarril de Rosario a Córdoba, la principal ciudad mediterránea, hasta entonces sólo accesible con carretas o diligencias. Se encargó de ello la Compañía del Ferrocarril Central Argentino, con asiento en Inglaterra. Como era costumbre tanto en Sud como en Norteamérica, el Gobierno otorgó, además del territorio estrictamente necesario para la construcción de la vía férrea, una amplia faja de terreno de una legua (5 km) de ancho a cada lado de la misma, con la condición de poblarla dentro de un determinado período de tiempo.

En 1866 el ferrocarril de Rosario a Córdoba ya se hallaba bas-

tante avanzado, llegando el riel desde la primera de dichas ciudades hasta Bell Ville; pero recién en 1869 la Compañía realizó las gestiones para la población de la serie de colonias agrícolas proyectadas entre Rosario y el límite de las provincias de Santa Fe y Córdoba. En dicho año fué enviado a Berna Guillermo Perkins, buen conocedor de los problemas de la colonización, como director de los trabajos de reclutamiento de los colonos. Nuevamente eran los laboriosos suizos los preferidos para una colonización en gran escala en las pampas argentinas. Diéronse a conocer una serie de folletos, siendo la empresa apoyada entusiastamente por Carlos Beck, quien desde 1868 era cónsul argentino en Suiza, con asiento en Lausanne.

Las autoridades helvéticas, mostrando hallarse más preocupadas por los problemas de la emigración y por la suerte de sus compatriotas que una o dos décadas antes, realizaron minuciosas averiguaciones acerca de la Compañía del F.C.C.A. y de sus proyectadas colonias, y sobre la situación general de la Argentina. Aunque el Consejo Federal había denegado el pedido presentado por la Sociedad Suiza de Emigración (*Schweizerischer Auswanderungsverein*) de una subvención de Fr. 5.000 para el envío de una delegación que debía estudiar las posibilidades colonizadoras argentinas, accedió a recabar y transmitir informes oficiales a los gobiernos de los cantones y a los particulares interesados en ello. Los estados del Plata, en donde muchos ya tenían parientes o amigos contentos por fin de su suerte, se convertían nuevamente en el centro de la atención emigratoria. A pesar de la lenta aunque paulatina estabilización económica, el número de personas deseosas de emigrar de Suiza o "Auswanderungslustige" no disminuía; por otra parte, continuaba una fuerte depresión en los Estados Unidos como consecuencia, en parte, de la guerra civil.

La Sociedad de Emigración (a cuyo frente se hallaban Johann Allemann y el diputado doctor Wilhelm Joos) envió en 1868 a Friedrich Jäggi-Gyger para informarse personalmente sobre el estado de las colonias suizas en la Argentina. Primer fruto de su viaje fué un opúsculo titulado "Traité et solution de la question d'émigration", dedicado al Presidente Sarmiento. Sus informes, en general, no fueron muy entusiastas, lo que le valió posteriormente una seria divergencia con Guillermo Lehmann, quien —probablemente por razones personales— lo calificó de "delincuente honorario".

Mientras tanto, la propaganda angloargentina dió sus frutos.

Contra la excelente posición de las nuevas colonias, en el inmediato "Hinterland" de Rosario, nadie podía oponer reparos. El mismo cónsul suizo informó: "Hay 90 probabilidades sobre 100 de que una persona trabajadora tendrá éxito."

El primer contingente de colonos partió el 20 de noviembre de 1869 hacia la primera de estas colonias, llamada "Bernstadt". Ésta fué instalada sobre la estación Roldán, a unos 20 kilómetros al oeste de Rosario. Allí llegaron el 1º de marzo de 1870. He aquí una descripción de Beck de la colonia, a dos años de su fundación: "Ha tomado gran impulso en el poco tiempo de su existencia. Debe dársele por ocupada en su totalidad, ya que contaba en octubre de 1871 con unas 350 familias, lo cual presupone un número de alrededor de 2.000 almas. La gran mayoría de los colonos son suizos. La colonia comprende dos leguas cuadradas de tierra, a cada lado del ferrocarril, y una reserva de 125 concesiones. En el centro se construye una ciudad, en donde una serie de señores de Rosario ya ha adquirido terrenos para edificar casas de campo. Allí también se construyen una iglesia católica y una protestante. El Gobierno Nacional ha dado 500 pesos fuertes para cada una. La mayoría de los colonos son protestantes, y tienen ya un pastor y un maestro de escuela, un médico, etc.

"Unas 50 familias habitan ya en la villa. Se está construyendo un molino a vapor; hay además allí varios comerciantes y artesanos.

"Las casas de los colonos han sido proporcionadas por la compañía; se trata de cabañas de madera cubiertas con tejas francesas, mejores que los ranchos comunes, que alcanzan hasta que estén en condiciones de construirse una residencia de su gusto.

"La Compañía vende a los colonos la tierra en lotes de 20 cuadradas, al precio de 400 pesos fuertes, pagaderos en cinco años sin interés. Además proporciona adelantos en ganado, semillas, instrumentos de labranza o alimentos a toda familia que lo solicite, cuyo monto se halla limitado a la suma de 200 pesos fuertes o mil francos. Si no se compra la cabaña de madera, se la puede alquilar pagando 50 francos por año."

La proporción de familias colonizadoras es precisada en un recuento del 1º de mayo de 1872: 117 suizas, 43 francesas (probablemente incluídas algunas suizo-francesas), 16 alemanas, etc. En 1885 las cifras de habitantes eran las siguientes: 643 argentinos, 323 suizos, 233 alemanes y otros; total, 1.535 habitantes.

En la entonces segunda estación desde Rosario, situada en el

cruce de la vía férrea con el río Carcarañá, fué fundada la segunda de este grupo de colonias, que tomó el nombre de dicho río. Comenzó a poblar a fines de 1870 con 15 familias. En 1872 había 89 familias, de las cuales 20 eran suizas. Carcarañá se destacó luego, entre otras, por su industria quesera.

Entre estas dos colonias se formó un nuevo núcleo, denominado San Gerónimo como su hermano del Norte; para diferenciarlo se le agregó el calificativo de "Sud". A diferencia de Carcarañá, en ésta hubo inicialmente mayoría de suizos, y todavía en 1885 un tercio de sus 500 habitantes eran de esa nacionalidad. (Recordemos que los argentinos que aparecen pocos años después de la fundación de las colonias, suelen ser casi exclusivamente los hijos de los inmigrantes.) La cuarta colonia surgida ese año es Cañada de Gómez, en la que, sin embargo, ya se hallaban establecidos anteriormente algunos ingleses y un alemán dedicados a tareas rurales. Sus primeros colonos también fueron ingleses, pero pronto se agregaron italianos y suizos. En dicho lugar se formó el centro urbano, bastante importante, de Cañada de Gómez.

También en Tortugas surgió un núcleo colonial, y posteriormente el proceso fué continuado en la misma provincia y en la de Córdoba, fundándose Armstrong, Leones, Marcos Juárez, etc. Sus pobladores fueron, en su mayoría, italianos.

Los comienzos de estas colonias fueron semejantes a los de las situadas más al norte: debían vivir en alojamientos muy sencillos, soportar sequías y langostas, y los asaltos de los "gauchos malos". Tuvieron también serias divergencias con las autoridades criollas locales, como las que nos ilustra el relato retransmitido por el ingeniero Juan J. Schildknecht, acerca de una "revolución suiza" en San Gerónimo Sud, en el año 1873. Aun veinte años después, hubo verdaderos casos de "justicia de Lynch", como el célebre episodio relatado por el maestro Juan Meyer ("Lynchjustiz in Carcarañá", Buenos Aires, 1894). La instrucción y el cuidado de las casas dejaban bastante que desear, según Juan Alemann, quien visitó estas colonias poco después de su llegada al país en 1874. Pero rápidamente mejoraron las condiciones, con la mayor experiencia de los colonos, buenas cosechas y el mercado creciente de Rosario sobre todo para los productos lácteos, que, como en las demás colonias pobladas por suizos, se convirtieron en importante producción. Además contaron siempre con la buena organización y la guía de la Sociedad del F. C. C. A., dirigida por el dinámico Perkins.

El año 1870 vió surgir asimismo otras colonias agrícolas en el radio rosarino. Señalemos las de Jesús María (cerca de San Lorenzo) y Candelaria; más tarde se crean las de San Urbano (1872), Bustinza (1874) e Iriondo (1876). Sólo la última registra un apreciable contingente de suizos al lado de italianos y alemanes.

* * *

Poco después del grupo de colonias citado, se produjo otro importante movimiento colonizador suizo: el avance hacia el interior del Chaco santafesino. Es verdad que sus *pioneers* fueron los ingleses con *Alejandra*; pero aquéllos fueron más lejos y crearon un núcleo bastante compacto de colonias en el extremo N. E. de dicha provincia. A esa región pantanosa y anegadiza, en plena zona de dominio indígena, se internó en 1873 el inquieto doctor Teófilo Romang, nuevamente en busca de otros horizontes. Algo al sur de Reconquista, pueblo fundado el año anterior por el doctor Diego de la Fuente, establecióse con un puñado de compatriotas de Helvecia, San Carlos y otras “viejas” colonias de suizos. La nueva colonia recibió el nombre de *Romang*. Como a muchos núcleos agrícolas de la República Argentina, se le daba el nombre del fundador, o respectivamente del propietario del campo en el cual se instala la colonia. Dicho lugar se halla sobre la ribera occidental del río San Javier, poco después de su bifurcación del Paraná, y en la zona de confluencia con el arroyo Malabrigo.

La peligrosa ubicación de la colonia llevó a sus fundadores a una instalación completamente distinta de las colonias clásicas: las casas de los colonos se concentraron tras una amplia empalizada de madera, que abundaba en la región. De allí iban los colonos, el “Vetterli” o la carabina al hombro, a trabajar sus campos. En 1876 este “pueblo fortificado” se incendió, tras lo cual los colonos se distribuyeron para un más intensivo cultivo del trigo, maíz, lino, y algo más tarde, maní. Quedaron famosas las grandes expediciones punitivas realizadas contra los *tobas* del Chaco, cuyos reiterados robos eran duramente castigados, por más que no se los trató de exterminar sino de asimilarlos a la civilización de que estos europeos eran portadores. Dióse con frecuencia el caso de que indiecitos recogidos por una familia de colonos aprendieran a la perfección el “schwyzertütsch”. Hay interesantes anécdotas, como la que relata Moritz Alemann de una visita que efectuara a fines del siglo a las

colonias del Chaco santafesino. Llegado al pueblo, un indio de pura sangre se le acerca, le golpea el hombro y exclama: "Mi türi Gottseel, do chunt ja wieder à neue Landsma!"¹.

El más famoso jefe de expediciones contra los indios, de las que llegó a realizar 22, fué el argoviense Samuel Sager. Schuster transcribe un largo relato referente a las peripecias de una expedición efectuada en agosto de 1883, que bien merecería su publicación en castellano. Al lado de numerosos suizos y alemanes (Sager, Stirnemann, Boll, Ramseyer, Guggisberg, Schaller, Frankhauser, Morel...), hallamos también argentinos en leal colaboración con aquéllos (Valdez, Peralta, Cardozo...). A pesar de la campaña del Gobierno comandada por Benjamín Victorica contra los indios del Chaco (1884), los vecinos de Romang tuvieron luchas con ellos hasta alrededor de 1890.

En 1891 el bernés del Jura, Juan Liechti, funda una de las últimas colonias suizas cerradas, llamada "Berna", situada también sobre el arroyo Malabrigo al N. O. de Romang. Y entre 1893-1896, Fritz Sigel obtiene el derecho de colonización en un campo adquirido años antes por los célebres socios sancarlinos Wilhelm Bauer y Hans Sigel (dueños, en su hora, del primer molino a vapor en la Argentina); surgió así la colonia *Ella*, así llamada según el nombre de la hija mayor del fundador. También se la llamó Malabrigo, que es, en realidad, el de la estación ferroviaria correspondiente.

Romang, Ella y Berna forman un amplio triángulo colonizado por la acción suiza o de sus descendientes; constituyeron una especie de "válvula de escape" de los más aventureros y luchadores, representando al mismo tiempo un verdadero "bloque" germano-helvético en pleno Chaco. Su situación apartada explica la conservación del idioma (el dialecto bernés absorbió a los otros), de las tradiciones —inevitablemente mezcladas un tanto a las del medio— y del espíritu suizo, cuando ya en las colonias del resto de la provincia los suizos habían sido relegados en su mayor parte a la minoría.

De algunas colonias situadas a un centenar de kilómetros más al norte de este grupo nos da cuenta el relato de F. Haller, quien llegó al Chaco santafesino en 1884. La colonia *Las Toscas*, fundada en 1880 por el suizo Kaspar Kaufmann —activo "cazador de indios" durante su residencia anterior en la colonia Romang, y que

¹ "¡Santo Dios, aquí llega un nuevo compatriota!" Dialecto bernés.

había estado por mucho tiempo cautivo de los mismos—, contaba por entonces con unas 30 viviendas con aproximadamente 150 habitantes, en su mayor parte suizos e italianos. Como la primitiva Romang, la instalación se hallaba rodeada por una empalizada. En el centro, un “mirador” de unos 20 metros de altura era utilizado para prevenir ataques indígenas, así como para vigilar el ganado. Por entonces la agricultura sólo tenía carácter doméstico; la principal producción era la ganadería.

En la colonia *Florencia*, sobre el río Tapenagá, fundada a fines de 1883 por un inglés que la dirigía desde Buenos Aires, se habían agregado al plantel inicial de trabajadores británicos, algunos suizos y alemanes. Según Haller, había, al tiempo de su visita, 10 ingleses, 12 suizos, 3 alemanes y 3 austríacos, más algunos gauchos. Un núcleo urbano se hallaba en construcción.

La acción civilizadora suiza en el Chaco santafesino es un capítulo de la historia de la colonización argentina, que merece ser conocido y valorizado más ampliamente. Proporciona, además, un claro mentís a la afirmación demasiado categórica de un cónsul suizo en Buenos Aires (en un informe de 1876), en el sentido de que, “por lo general, los suizos no sirven para pioneros”. El fruto social más destacado de la vida de este conjunto de colonias es, sin duda, el alto grado de solidaridad que se desarrolló, no sólo entre los miembros de cada una, sino también con los de las colonias vecinas. Debo al señor Ernesto Nussbaum el relato de un episodio de la lucha contra los indios del Chaco, según el cual, hallándose sitiados los vecinos de Romang, y tras una lucha de dos días de duración en que hasta las mujeres ayudaban a fundir balas, etc., llegaron en su ayuda los colonos de Alejandra, situada a 50 Km. de distancia.

Dicha acción civilizadora fué una brillante preparación de la labor más modesta, pero no menos dura, cumplida en nuestro siglo y hasta hoy día por nuevos inmigrantes suizos más al norte, en el territorio (hoy provincia) del Chaco.

Nº

REPÚBLICA ARGENTINA



EL JUEZ FEDERAL DE LA PROVINCIA DE Santa Fe

Doctor Don Daniel Goytia

Por cuanto: Habiendo acreditado plenamente Don Vicente Jeannot natural de Suiza

hallarse en las condiciones requeridas por la Constitución Nacional en su artículo veinte, he venido en declararlo Ciudadano de la República Argentina con los derechos y deberes que la misma natural e impone

Por tanto: por virtud de las facultades que me acuerda la Ley de la materia cuto: Que después de parar en forma ante mi la observancia de la Constitución de cuyo acto se pondrá constancia al pie de este título se le reconoce, haga y tenga por tal Ciudadano de la República guardándole cumplidamente y haciéndole guardar y cumplir todas las excepciones y prerrogativas que le corresponden. Para todo lo cual lo hago extender la presente de que se tomará razón firmada de mi mano, timbrada con el sello del Juzgado y representada por el Escribano de fección en la ciudad del Rosario a los veintecuatro días del mes de Noviembre del año 1898

Daniel Goytia

Tómese razón

En la misma fecha

Don Vicente Jeannot

Juro, Puro, he cumplido el juramento ordenado por el presente título de lo que certifico.

Manuel Pacheco

FIGURA 12.—Carta de ciudadanía de Vicente Jeannot (1898), uno de los primeros suizos a quienes se otorgó la naturalización.

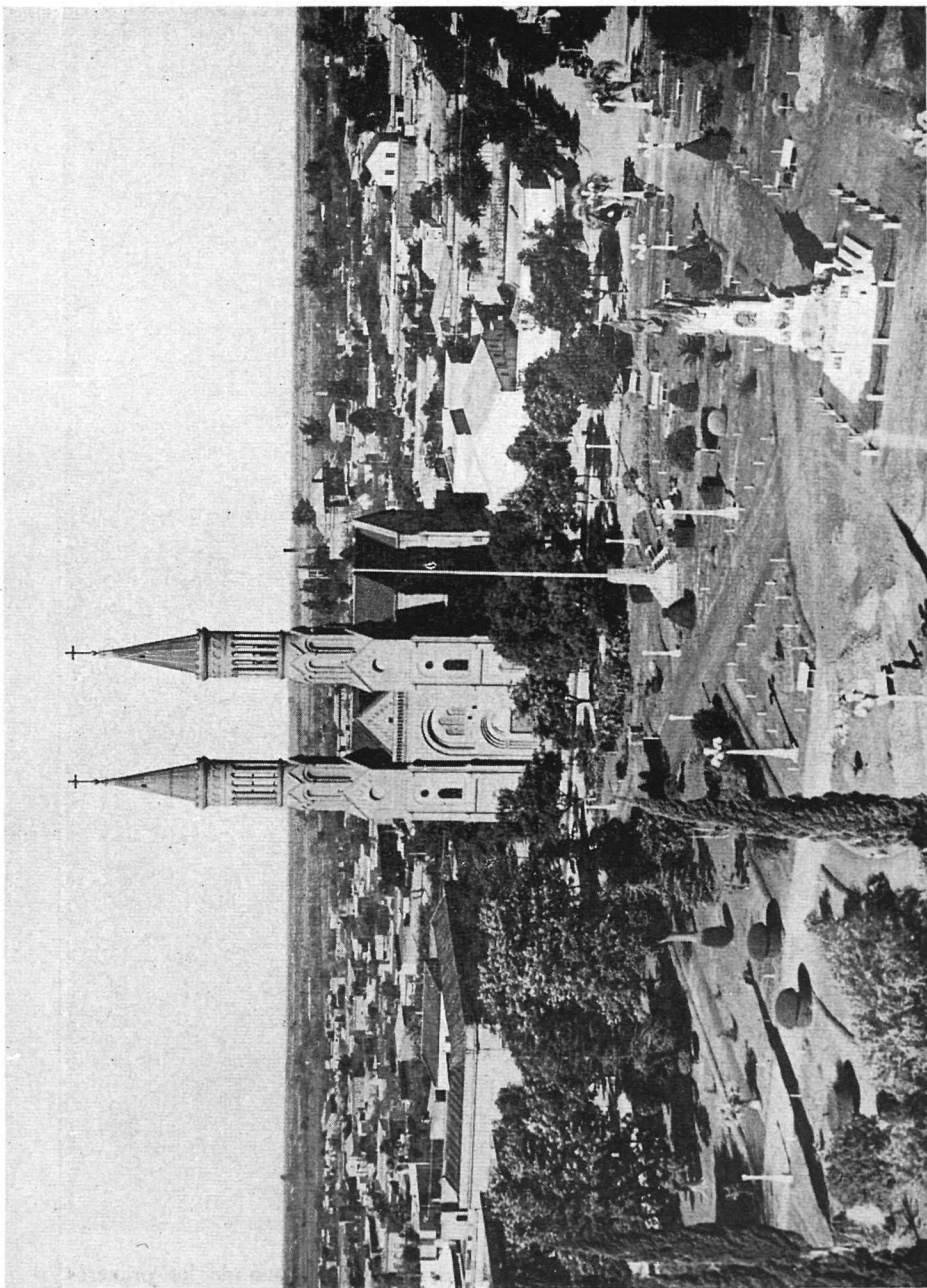


FIGURA 13. — Esperanza en la actualidad.
(Reproducción autorizada de "La Nación", Buenos Aires.)

CAPITULO XI

COLONIZACIÓN SUIZA POSTERIOR A 1875. ESTADO DE LAS COLONIAS AL FINALIZAR EL SIGLO. BREVE REVISTA DE LA INMIGRACIÓN URBANA EN DICHO PERÍODO

El ámbito asignado a este libro, centrado en las fundaciones colonizadoras de mediados del siglo, no permite extendernos sobre los procesos ulteriores relacionados con la inmigración suiza en la Argentina. Daremos, pues, sólo generalidades referentes al ciclo final del primer gran período de la afluencia de gentes helvéticas a este país, y al que hacemos finalizar hacia 1893.

Según las estadísticas argentinas —que recién merecen confianza a partir de 1868 aproximadamente—, el número de suizos entrados al país entre 1876 y 1893, es de 15.813. Dentro de este período se hallan los años de máxima afluencia numérica —paralela a la de otras nacionalidades— que va desde 1883 hasta 1889. En dichos siete años registranse 9.500 suizos entrados, o sea un promedio de 1.357 por año. A partir de 1890, y sobre todo de 1891, la inmigración suiza disminuye notablemente, debido sobre todo a las crisis de que es presa la República Argentina durante aquel año y los subsiguientes. Hasta 1909 no vuelve a sobrepasarse la cifra de 700 por año. Es que, coincidentemente, la década de 1890 marca una estabilización técnico-económica del país helvético que, en líneas generales y sin excluir serios altibajos, persiste hasta hoy. Por ello es que, al lado del excedente natural de la población de menos recursos (y que en nuestro siglo será el protagonista de la colonización de nuevas zonas del vasto territorio argentino: Misiones, el Chaco, el Río Negro, la “Suiza Argentina” o zona del Nahuel Huapí, y Mendoza), entramos allí en el período de la emigración “calificada”, formada

por comerciantes, industriales, banqueros, arquitectos, hoteleros e intelectuales. Es una inmigración, naturalmente, urbana, y que cumple con la doble misión de fecundar técnica, económica y culturalmente al país de traslado (aunque a menudo por un tiempo limitado) y la de ser una avanzada de la Madre Patria, contribuyendo sobre todo al sostén de la vida económica de ésta por medio de las activas vinculaciones comerciales y de otra clase establecidos por aquéllos. En colaboración con los mismos, buen número de empleados y trabajadores manuales ayudan a mantener en alto el nombre helvético como sinónimo de laboriosidad, honradez y responsabilidad.

Tras la gran crisis económica argentina de alrededor de 1875, que hizo sentir sus efectos sobre la inmigración en general, ésta volvió a aumentar paulatinamente hasta la década del ochenta. En octubre de 1876 fué dictada la célebre ley de Inmigración y Colonización, con la que se quiso fomentar y encauzar la valorización del país por medio de la afluencia europea y la colonización agraria, tanto estatal como privada. Creóse así una Dirección de Inmigración, con comisiones dependientes en el interior, quienes se encargarían de la recepción de los inmigrantes, de su traslado (gratuito) al punto de residencia, y de su colocación. También se contemplaban adelantos para su instalación, y los elementos hasta la primera cosecha. "Desgraciadamente el artículo 105 que concedía ciertas ventajas a empresas particulares, fué abusado para que en administraciones sucesivas se sembraran de propietarios especuladores los mejores campos, dificultando la población sistemática requerida. La ley no llegaba a considerar todas las formas de estimular y distribuir con ventajas las tierras fiscales... Era el principio de un proceso, que debía perfeccionarse en la práctica. El organismo rudimentario de la administración no pudo cuidar el detalle" (*Schopflocher*)

En 1872 existían 32 colonias agrícolas en la provincia de Santa Fe, con una población de 15.510 habitantes, una superficie de casi 120.000 cuadras, de las que 37.635 eran cultivadas (más de 62.000 hectáreas). En Entre Ríos todavía no se había desarrollado dicho proceso, habiendo surgido sólo la colonia "Hughes" al lado de las antiguas de San José y Villa Urquiza. Entre 1873 y 1878 agregóse una veintena de colonias en la provincia de Santa Fe, en muchas de las cuales los suizos tuvieron mayor o menor participación. Pero, como ya lo comenzaba a señalar la memoria de la Sociedad Suiza

de Colonización transcrita en el capítulo VIII, y lo expresaba concretamente Karrer en su estudio oficial sobre la emigración de Suiza veinte años después, "el porvenir de las colonias suizas de la República Argentina corre el riesgo de ser comprometido por la afluencia del elemento italiano que llega en gran número desde hace algunos años". Agregaba seguidamente: "Si la inmigración italiana se mantiene en las mismas proporciones, ella terminará necesariamente por adquirir una influencia predominante. La experiencia muestra que la mezcla de las dos poblaciones italiana y suiza, en las viejas colonias como en las nuevas, se torna, en general, en detrimento de los suizos." Un contrapeso eficaz sólo podría hallarse en los alemanes, que tendían a mantenerse separados de los grupos románicos, y a los cuales los suizos podían unirse. "Si se continúan desarrollando, estas dos razas constituirán muy probablemente durante mucho tiempo todavía núcleos inconciliables. En cuanto al resultado final, es tanto menos posible de prever cuanto que la situación política del país se halla aun muy lejos de estar consolidada." Sus predicciones, hasta cierto punto, se han cumplido: las "colonias suizas" han perdido en gran proporción su carácter de tal, pero no a favor de los italianos, españoles o alemanes, sino del propio *pueblo argentino*, que ha recibido así un componente numéricamente pequeño, pero de gran influencia histórica y reconocido valor intrínseco.

A partir de 1878 la creación de colonias por sucesivas subdivisiones del fértil campo santafesino continúa en progresión geométrica. En un solo año, 1882, se crean más de 30 colonias, ¡tantas como en los 16 años posteriores a la fundación de Esperanza! Como acertadamente lo dice Cervera, fueron las primeras fundaciones suizas "el foco de donde irradió el entusiasmo colonizador". Colonos de Esperanza y San Carlos, sobre todo, "iniciaron la fundación de nuevas colonias; los comisionados de Castellanos en Europa llegan a estos países con nuevos proyectos, y es en Esperanza donde Guillermo Lehmann continúa la obra de colonización en la forma iniciada por Aarón Castellanos, fundando numerosas colonias y pueblos, con agricultores traídos de Europa, facilitándoles útiles de labranza y semillas, vendiéndoles las tierras a plazos cómodos, pagaderos con el producto de sus cosechas, fundando también una empresa de inmigración, con pasajes a pagar por los colonos después de la recolección de la primera cosecha adquirida; más tarde se radican las grandes empresas de colonización de Iturraspe, Brühl y

el Banco Colonizador Nacional, cuyo presidente fué el progresista ciudadano argentino don Gregorio Torres, se establecen las Agencias de Pasajes de llamada de Daniel R. Tissieres y por las que llegaron a la provincia cerca de 5.000 familias de agricultores europeos, acordándoles facilidades para el pago de sus pasajes”.

Guillermo Lehmann, recién mencionado, merece una breve consideración. Nacido en Winterthur en 1840, realizó estudios en Zürich, trasladándose a la Argentina a los 22 años de edad. Careciendo de éxito en un negocio de vinos en Buenos Aires, pasó a Esperanza. Amasó allí su primera fortuna con una proveeduría en tiempos de la guerra del Paraguay. Comenzó entonces a participar en la especulación de tierras, en la que, tras el éxito inicial, volvió a perder todo. Pero, hombre activo y también ambicioso, supo comenzar de nuevo, dedicándose, con la experiencia adquirida, a la colonización en gran escala. En 1875 fundó Pilar y en 1876, Nuevo Torino; en 1881, Aurelia, Susana y Rafaela, y en 1882 surgieron bajo su dirección Saguier, Presidente Roca y la que lleva su propio nombre, Lehmann. Varias colonias más surgen por ese tiempo, en cuya fundación desempeñó Guillermo Lehmann participación destacada. Tuvo, al lado de ello, actuación pública, desempeñándose por varios años como juez de paz. Fué luego jefe político de Esperanza, llegando a la presidencia del Concejo Municipal. Bajo su gestión se construyó el Palacio Municipal de Esperanza. Su prestigio fué grande y sus amistades numerosas; pero también tuvo muchos enemigos, a causa de su carácter dominador y excluyente, movido al parecer por fuertes reacciones subjetivas. Dedicóse también al periodismo, fundando en 1878 un semanario que, con el nombre de “El Colono del Oeste”, difundió las leyes y ordenanzas de interés para los agricultores, informaciones de utilidad práctica, así como notas irónicas. Su capacidad y dinamismo, al lado de sus vinculaciones políticas, lo llevaron a recibir el nombramiento de “Encargado Nacional para fomentar la Inmigración Europea a la República Argentina”, que supo utilizar para atraer a muchos inmigrantes con que poblar sus colonias, sobre todo italianos del norte. Los prefería por ser más modestos, menos exigentes y rebeldes que los suizos, sin ser menos trabajadores y honestos. Pero si ello fué un bien para el rápido progreso de la colonización, tal vez no lo fué a la larga para el aumento de la “tecnificación” y el mejoramiento de las condiciones sociales y culturales del agro.

Estando en la cima de su situación personal, Lehmann alcanzó un fin repentino y trágico. Un gran desastre financiero con una destilería instalada en Esperanza, sumado a ciertas temporarias perturbaciones mentales, lo llevaron al suicidio en octubre de 1886, cuando se hallaba en vísperas de un viaje a Europa. Contaba sólo 46 años de edad.

En dicho año (1886) existían ya 98 colonias en la provincia de Santa Fe, y 12 más en formación. El elemento germánico (suizos y alemanes) tenía una mayor o menor participación en alrededor de 46 colonias. En varias de ellas, muchos de los primeros inmigrados jóvenes de treinta años atrás comenzaban a ser abuelos. A pesar de la proporcional disminución de la inmigración suiza y la creciente "argentinización" de las familias (política y estadísticamente, pero pocas veces en la tradición y en el idioma, al menos en la primera generación), un recuento del año 1887 todavía otorgaba a los suizos el segundo lugar entre la población extranjera en el departamento santafesino de Las Colonias: argentinos, 25.000 habitantes; italianos, 22.000; suizos, 5.000; franceses, 3.000; alemanes, 2.500; españoles, 1.000; ingleses, 700; etc.

La fuerte emigración suiza en la década del 80 se explica tanto por una seria crisis ferrocarrilera en Suiza y sus consecuencias (1878), como por un recrudecimiento de las dificultades de los agricultores a causa de la competencia iniciada por los países productores de cereales en gran escala (Rusia y Rumania, en Europa; Estados Unidos, Canadá y Argentina, en América). Es, precisamente, en los últimos años de la década del 70 que la Argentina comienza la exportación de trigo, *de ese trigo sembrado con tantos sacrificios veinte años antes por los primeros colonos suizos, alemanes y franceses, sobre todo en el centro de la provincia de Santa Fe.*

Mientras los diferentes proyectos más o menos utópicos de colonización estatal por parte de la Confederación Helvética caían en el vacío —como había caído la proposición efectuada hacia 1850 por un suizo radicado en París, de la compra por el Gobierno de alguna isla, que a modo de nuevo cantón debía ser colonizada por la población suiza empobrecida—, los emisarios argentinos procuraban, con promesas no siempre llevadas a la práctica, atraer a la población centro-europea. Ello provocó diversas medidas de parte de las autoridades helvéticas, de que nos dan noticia los informes anuales publicados en el Boletín Federal (*Bundes-Blatt*). Para la

protección eficaz de los inmigrantes, fué sancionada la ley del 24 de diciembre de 1880, revisada y ampliada el 22 de marzo de 1888. Con ello quedaban las agencias de emigración bajo un severo control, debiendo dar estricta cuenta de sus operaciones al Gobierno.

Otro factor que favoreció la emigración suiza a la Argentina, fué la desfavorable situación económica de los Estados Unidos, que hizo disminuir la cantidad de inmigrantes de esa nacionalidad, de 11.619 en 1883, a 4.863 en 1886. Por otra parte se habían dictado diversas restricciones a la inmigración en dicho país, sobre todo de elementos indeseables o indigentes. También por entonces comienza la instalación de algunas colonias de suizos en Chile, pero éstas no alcanzaron un número y una importancia muy grande.

Finalmente, la generalización del vapor como medio de transporte más rápido y cómodo de transporte ultramarino —y la propaganda consiguiente de las compañías navieras, que necesitaban del flujo migratorio para el éxito de sus empresas— fueron factores no despreciables para el aumento general de los traslados extracontinentales.

En 1888-89 se produce un conflicto entre las autoridades helvéticas, y un señor Weber, encargado en Basilea de una “oficina de información y propaganda”, establecida por el gobierno argentino, y que realizaba una propaganda que aquéllas consideraron perjudicial y contraria a las leyes suizas. Dicha actividad debió, pues, ser abandonada. En los dos o tres años en que el gobierno argentino se encargaba del adelanto íntegro de los pasajes, la cifra de inmigrantes suizos se elevó levemente hasta llegar a 1.571 en 1889.

Mientras tanto, el proceso colonizador continuaba. La provincia de Buenos Aires abrió por fin también partes más amplias de su vasto territorio a la colonización agrícola. En 1877, tras muchas vicisitudes, llegaron al país grandes contingentes de “rusos alemanes” (antiguos campesinos menonitas establecidos en Rusia bajo Catalina II, y que ahora, perdidos los privilegios de que habían sido objeto por aquélla, buscaban una nueva patria). Parte se estableció en la zona de Olavarría, en donde se formó la colonia “Hinojos”; parte en Entre Ríos, en donde fundaron varias colonias y pueblos. Conservaron, con mayor tenacidad aun que los suizos, alemanes, judíos o galeses, sus costumbres y su viejo dialecto germánico.

Poco después la *Jewish Colonization Association*, sociedad anónima fundada en Londres por el filántropo Barón de Hirsch, organizó el establecimiento de israelitas escapados a una nueva perse-

cución en el imperio de los zares. Surgieron, así, en la última década del siglo diversas colonias agrícolas judías en Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires y La Pampa, continuando el proceso en nuestro siglo.

Hacia 1885 la gran firma bancaria Ernesto Tornquist y Cía. —de origen sueco-alemán— intentó proceder a la colonización de sus extensos campos al pie de la Sierra de la Ventana, a unos 85 Km. al norte de la ciudad de Bahía Blanca. Los primeros en internarse en esa región, entonces todavía inhóspita y desértica, fueron antiguos colonos suizos de Baradero, Roldán-Bernstadt y Carcarañá. Un pedido al Consejo Federal de apoyar oficialmente la emigración hacia la colonia Tornquist terminó por quedar desechado. Los informes eran contradictorios, y el Gobierno suizo optó —siempre prudente— por los que eran desfavorables, no sin protestas de quienes, como Moritz Alemann y Heinrich Baer, se hallaban convencidos del gran porvenir de la zona.

Algunos años antes habían ejercido su actividad por la misma zona meridional de la provincia de Buenos Aires dos hombres de ciencia y de acción: los doctores Johann Christian Heusser y Georges Claraz. El primero había sido "Privat-Dozent" en la Universidad de Zürich, su ciudad natal, encomendándole varios cantones en 1856 la inspección de las tristemente célebres "colonias de medieros" (*Halbpachtkolonien*) del senador Vergueiro en São Paulo. Establecidos en 1863 en las cercanías de Bahía Blanca, plantaron allí viñas cuyo vino alcanzó reconocimiento hasta en Suiza. Durante los años siguientes realizaron numerosos viajes y estudios en dicha zona y en la Patagonia, cuando todavía la señoreaban los indígenas. Claraz, botánico y etnógrafo, coleccionó también una gran cantidad de cráneos indígenas que donó al Museo de Historia Natural de Ginebra. Recuérdese, como obra bienhechora de ambos estudiosos, la introducción de algunas plantas de tamariscos, que al propagarse contribuyeron a fijar el suelo medanoso de la costa patagónica septentrional. En 1883, de regreso en Suiza, el doctor Heusser redactó un meduloso estudio, en el que analiza los factores que dificultan o desnaturalizan la colonización agrícola (la especulación, los intereses del gran capital, entre otros), y defendiendo las posibilidades de colonización de diversas regiones de la provincia de Buenos Aires y la Patagonia Septentrional. Poco después, por la acción de ésta y de otras voces, comenzó la colonización en el valle del Río Negro, llevada a cabo en el Fortín Roca por algunas familias del Holstein alemán (1888); unos años después señalábase allí la presencia de

algunos suizos. Empero, este primer intento en la zona no alcanzó todavía el éxito esperado.

A fines del siglo se señalan algunos suizos colaborando con alemanes en la exploración y explotación patagónica, como Friedrich Karl Tschudi en la zona de Cabo Raso (Chubut), y los tres hermanos Michel. Posterior al año 1900 es la llegada desde Chile de los hermanos Goye y algunos otros perseverantes valesanos, que se establecieron en las cercanías del lago Nahuel Huapí. Se originó así la "Colonia Suiza", dedicada al cultivo del centeno y la avena, a la horticultura y a la ganadería.

Volviendo al norte, mencionemos la colonización efectuada por el cónsul argentino en Ginebra, Fernández, en su estancia "La Matilde", en la zona de Bragado. Ésta fué poblada —con la aprobación del gobierno helvético— por un grupo de especialistas de la industria láctea del valle de Gruyère contratados como arrendatarios (1890). Otro intento de índole semejante realizó el argentino Soto y Calvo en su posesión a lo largo de la vía férrea, en el distrito de Ramallo. Desgraciadamente, la crisis iniciada por entonces afectó la buena marcha de estos establecimientos.

Con ritmo más lento, continuó la "expansión colonial" suiza en la provincia de Santa Fe. Muchas nuevas colonias tuvieron contingentes suizos en su formación, así por ejemplo Progreso (1881), Arteaga (1882), etc. El zuriqués Jakob Baumann, ex colono en Roldán y en San Carlos, fundó por su parte una colonia en Terrasson. Una colonia entrerriana: Mandisoví, fué fundada por el sangalés Michael Rohrer. Quedó poblada en gran parte por familias ruso-alemanas.

Precediendo a la actividad colonizadora que se produjo después de la guerra de 1914-1918, algunos pioneros suizos se establecieron ya a fines del siglo pasado en el "infierno verde" de Misiones. Señálase a Jules Ulysse Martin, industrial de origen suizo, como a uno de los primeros y más importantes impulsores del cultivo de la yerba mate en la región. Otros se establecieron en zonas cercanas del Brasil y del Paraguay. Aquí debe citarse a una de las figuras más simpáticas y activas de todos los "suizos en el extranjero": el profesor Moisés Bertoni. Hijo de un diputado ticinés, llegó en 1884 al Río de la Plata, después de emigrar por razones políticas. El joven naturalista rechaza ofertas del gobierno argentino, y se interna en la selva correntina y misionera. Allí funda una colonia suiza en Yabebiry, cerca de Santa Ana. Pero dicha

región “no satisface la voraz curiosidad científica de nuestro sabio. Además la vida en esa región se le hace imposible, gracias a una pandilla organizada de bandoleros, acaparadores de tierras públicas, a quienes estorba su presencia. Se salva de una muerte segura, en parte gracias al azar, en parte gracias a la energía e inteligencia de su esposa. Así es que cuatro años después, en 1888, el doctor Bertoni abandona con su familia el territorio de Misiones, cruza el Paraná y se establece en la margen paraguaya de éste” (*R. Ritter*). Tras peripecias y duros comienzos, Bertoni realizó desde entonces hasta su muerte, acaecida en 1929, una larga y bienhechora acción científica y colonizadora en el Paraguay, que lo ha convertido a justo título en uno de los héroes civiles del país hermano.

A fines del siglo la inmigración de suizos en la Argentina se había diversificado en muchos aspectos. Tanto por la legislación emigratoria de la patria de origen, como por la política colonizadora del país de recepción, que naturalmente propendía a la mezcla de nacionalidades para acrisolar de ese modo el creciente pueblo argentino, la creación de colonias o agrupaciones más o menos cerradas de inmigrantes de determinado origen extranjero se hizo cada vez más difícil después de 1880. La inmigración suiza se vuelve más y más individual y heterogénea, y por tanto torna más difícil su captación histórica. La crisis revolucionaria de 1893 es, a juicio del que escribe, también una crisis del “helvecismo” y del “antiguo orden” de las colonias suizas. No detallaremos aquí la participación de los inquietos colonos en la fallida revolución de los “cívicos” (partido Radical en formación) en dicho año, ya relatada por varios autores y, recientemente, por el doctor Peter Alemann. La resistencia contra la corrupta administración del gobernador Cafferatta se manifestó en varias etapas: en 1892 produjo con éxito la oposición a un arbitrario impuesto de 10 centavos sobre cada 100 Kg de trigo que se vendiera; al año siguiente, entre agosto y septiembre, los colonos, así como muchos núcleos urbanos (que habían fundado un “Centro Político Extranjero” cuyos órganos dirigentes eran en Esperanza el periódico trilingüe “La Unión”, y en Buenos Aires el “Argentinisches Wochenblatt”, que lanzó una audaz proclama revolucionaria), se unieron a las fuerzas cívicas que pugnaban por renovar en sentido progresista la vida política del país, produciéndose en Santa Fe la célebre intervención de los suizos con sus “Vetterli” certeramente dispa-

dos. El movimiento fracasó, como es sabido, y tras algunas semanas de fuga o prisión, los colonos debieron regresar decepcionados a sus hogares.

En realidad estos episodios, aunque revelan un persistente sentido de solidaridad entre los colonos suizos o sus descendientes, marcan en cierto modo una etapa final en el ciclo iniciado en 1856. Así como el mencionado "Centro Político Extranjero" dejó de existir poco después, quedando la acción política exclusivamente en manos de los argentinos¹, también puede señalarse por entonces el definitivo ocaso de la colonización suiza en el litoral argentino y el paso de su fructífera herencia a manos de sus agradecidos descendientes que, conservando con amor el recuerdo de la tradición helvética, participan de lleno en la vida de la Patria que han ayudado a formar y a consolidar.

* * *

Sólo dos palabras con respecto a la inmigración urbana en el último cuarto del siglo XIX. Como ya se ha insinuado, no es fácil captarla históricamente, puesto que —al contrario de la inmigración campesina de la sexta década— se trata de un flujo continuo, carente del particular relieve y la trascendencia nacional de aquella. Como tantas decenas de miles de inmigrantes de todas las nacionalidades establecidos en las ciudades del litoral argentino entre 1880 y 1900 (y no llegando a constituir el 2 % del total), suizos de todos los cantones fijaron su residencia en las mismas. A la gran mayoría de ticineses que caracterizaba al período anterior, siguió otro en que al lado de éstos surgen también muchos de habla alemana, y en último término, de habla francesa. Carecemos de cifras exactas de la inmigración exclusivamente urbana en este período, pero cabe suponer que hacia fines del siglo el número de éstos llegó a equilibrar al de los establecidos en las colonias.

Por su parte, la ciudad de Esperanza —declarada tal en 1884, con una población de unos 4.000 habitantes—, que todavía en 1874 vió la fundación de la Sociedad Suiza de Socorros Mutuos "Guillermo Tell", ya no fué como la antigua colonia un "reducto hel-

¹ El Centro Político Extranjero bregaba por la naturalización de los extranjeros radicados en el país, para lo cual existían entonces muchas trabas. De ese modo podrían también aquéllos participar activamente en la vida política del país. En tal sentido su acción fué bastante eficaz, ya que poco después de los sucesos referidos muchas de esas trabas fueron suprimidas.

vético". Los suizos de habla germánica fueron superados por los alemanes, existiendo empero entre ambos grupos una gran solidaridad en muchos aspectos (vida musical, iglesia, etc.). Los de habla francesa terminaron por unirse a sus hermanos románicos —italianos, franceses, españoles— contribuyendo todos a formar ese crisol representativo en pequeño de todo el país en su marcha hacia el futuro, que es la gran ciudad provinciana.

Contingentes más pequeños de suizos comenzaron a instalarse, también, en las otras ciudades en continuo crecimiento: Córdoba, Tucumán, Mendoza, así como Mar del Plata y Bahía Blanca. En Mendoza se fundó en 1888 una Sociedad Suiza de Socorros Mutuos y de Beneficencia, sostenida por una cincuentena de conferados de las tres hablas.

No "todas eran rosas" en la inmigración suiza de fines de siglo. Persistía en ciertos casos la deplorable costumbre de algunas comunas de librarse del sostén de individuos indigentes o incapaces enviándolos a América. Existe una enérgica protesta de la Sociedad Filantrópica Suiza al Consejo Federal al respecto, del año 1897, en la que exige un certificado de moralidad para cada uno de los que emigraban. Como vimos, la Sociedad Filantrópica se encargaba del serio esfuerzo que significaba la recepción y acomodación de muchos inmigrantes desorientados o sin recursos. En esas y otras funciones de "ayuda social" tuvo, desde 1895, la emulación de la Sociedad Suiza de Beneficencia, cuyos sostenedores fueron mayormente suizos de habla alemana.

Al lado de sus realizaciones técnicas y económicas, con las que los suizos fueron colocando su granito de arena a la prosperidad de las ciudades argentinas —citemos únicamente al emporio comercial que fué la casa fundada en Rosario por los hermanos Chiesa, o la de los Soldati en Buenos Aires¹—, "el aspecto de la vida social helvética se ha caracterizado siempre, tanto en la madre patria como en el exterior, por la existencia de un número de asociaciones de todo tamaño. La razón principal de este fenómeno", agrega el doctor Pedro Alemann, al que citamos, "radica en la estructura federal de nuestro país, con sus dos religiones y sus varios idiomas y por reunir en sí 22 cantones soberanos". En efecto,

¹ En honor a su ciudad de origen se dió el nombre de *Villa Lugano* a un barrio de la ciudad de Buenos Aires (véase *Schweizer im Ausland*, p. 99). No deberíamos olvidar de citar siquiera el origen suizo de las grandes bodegas mendocinas de Giol y Gargantini.

asociaciones de toda índole se fueron fundando desde 1861 hasta lo que va de nuestro siglo, y algunas (como la anteriormente citada Sociedad de Beneficencia), como resultado de divergencias. Citemos también a la Sociedad de Gimnasia (1885), y a la Sociedad de Damas "Hijas de la Helvecia" (1890).

Es que el suizo, más reactivo que otros al contacto, a la mezcla y a asimilarse a cualquier medio ajeno al suyo, necesita siempre un lugar y una ocasión para encontrarse con sus compatriotas —y si son del mismo cantón, mejor. De ahí que únicamente en forma de grupos colonizadores se hayan volcado sobre el desierto argentino para valorizarlo con su trabajo; de ahí las asociaciones cuyo ambiente —sea el del canto, del tiro, de la ayuda al prójimo menos favorecido, o de la simple "Bernier-Ecke" en el Hotel Continental a principios de este siglo— le recuerde el de la madre patria; de ahí también, la escasa trascendencia *directa*, o digamos mejor *voluntaria* de los suizos sobre el ambiente argentino de aquellas épocas. Distinto hubiera sido el caso, claro está, si Suiza hubiese volcado aquí tantos inmigrantes como lo hizo en los Estados Unidos. Las colonias del Chaco santafesino son un ejemplo del poder de asimilación de los helvéticos. Con varios grupos más como éstos, es probable que grandes sectores del campo argentino hubiesen tomado una fisonomía distinta.

CAPITULO XII

SUIZOS DE ACTUACIÓN PROMINENTE EN LA ARGENTINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Dentro de sus modestas proporciones numéricas, la población suiza en la Argentina ha proporcionado una serie de personalidades destacadas, cuya valoración merecería ser objeto de un estudio más amplio. El espacio y el carácter de esta obra sólo nos permiten una breve mención de las de mayor interés y actuación más importante. Muchos han vivido en las colonias, y su acción se hizo sentir sobre todo en su ámbito; otros, en las ciudades, y otros, residiendo en éstas, han hecho trascender su labor a todo el ámbito argentino.

Ya hemos hablado, para la época colonial, de los jesuitas helvéticos en la "provincia del Paraguay". También, de los dos jóvenes investigadores Johann Rudolf Rengger (1797-1832) y Marcelin Longchamp, oriundos de los cantones de Argovia y Vaud, respectivamente. Fruto de su larga permanencia en los países del Plata —sobre todo el Paraguay— fueron varias obras sobre este país publicadas después de su regreso a Suiza en 1826. Además de los estudios sobre los mamíferos y las aves, su "Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del doctor Francia" concitó gran interés por su acertado análisis de las condiciones en ese entonces exótico país. Desgraciadamente, a los 35 años la muerte tronchó el brillante porvenir científico del doctor Rengger.

Poco después un aventurero, Heinrich Trachsler, vagó durante siete años por diversas regiones de Sudamérica, alcanzando tam-

bién el Uruguay y la Argentina (1828-1835). También él publicó luego una descripción de sus viajes.

De Carlos Beck, el meritorio fundador de la colonia San Carlos, ya hemos hablado detalladamente en el texto. Había nacido en 1819 en Amsterdam, donde residía su padre Gerónimo Beck, de Basilea. "Su cultura múltiple se extendió al orden artístico, literario y científico. Tradujo para los europeos poemas de J. M. Gutiérrez y de Echeverría, ubicando a nuestros escritores clásicos con certeza. Conservó hasta su muerte su fama de pianista" (*Gori*). Este autor destaca "la magnitud de su obra de colonizador, su apreciación de los problemas sociales y agrarios que se creaban en las colonias y, por último, su cuidado de unir los intereses de su empresa a los objetivos de nuestra política inmigratoria". Mientras que el afán especulativo dejó demasiado rastro en la personalidad de Castellanos, en la de Beck aquel afán se pierde por completo. "Su labor, teniendo no obstante una finalidad lucrativa, está signada por otros caracteres: su preocupación por el bien común concluyó por avasallar la vigilancia de su propio patrimonio hasta casi agotarlo, y su obra quedó revestida de una mayor grandeza. Vivió la creación de colonias, y esto le da a su personalidad progresista los mejores y más claros elementos para su definición. Su dominio de cinco idiomas —nos quedan pruebas de que escribía cuatro— lo vinculó a todos los hombres que en su época, en nuestro país, se interesaron por las colonias; lo comunicó directamente con los inmigrantes que traía y establecía en las tierras de labranza." (*Gori*). Nombrado, como vimos, Agente de Inmigración a su regreso a Suiza (1864), se le confió cuatro años después el cargo de cónsul de la Argentina en Suiza, no obstante su nacionalidad helvética. Desde allí continuó su acción práctica y publicitaria en favor del conocimiento de la República Argentina y de la inmigración a la misma, hasta 1886, en que renunció por motivos de salud. Falleció a avanzada edad en 1900, el mismo año en que la Sociedad Suiza de Colonización creada por su acción, efectuaba la última sesión de su fructífera vida.

También su esposa Lina Beck-Bernard (de origen alsaciano), culta y dotada de una personalidad poco común, merece ser brevemente recordada. Al regresar a Suiza dedicóse a tareas literarias y sociales; su prédica contribuyó, por ejemplo, a la derogación de la pena de muerte en el cantón de Vaud. Los amenos relatos de "Cinco años en la Confederación Argentina" son una va-

liosa contribución al conocimiento de nuestro país durante el período de su estada en el mismo (1857-1862). También publicó una serie de cuentos, titulados "Flores de la Pampa".

Recordemos, asimismo, a las figuras de los colaboradores de Beck en sus esfuerzos en pro de la inmigración agricultora, Enrique Vollenweider, Rodolfo Gessler, Carlos Wybert y, algo después, el activo e ilustrado Santiago Denner (1843-1924), yerno de Vollenweider, que realizó importante obra colonizadora e industrial. No nos olvidemos tampoco de Carlos Marty, primer administrador de la colonia Esperanza y su sostenedor en sus difíciles primeros meses.

Hemos visto en capítulos anteriores, la acción fundadora de colonias de dos suizos prominentes: el doctor Teófilo Romang, oriundo del cantón de Berna, y Guillermo Lehmann, del de Zürich; no nos extenderemos, pues, en su comentario. (Hijo de este último fué Rodolfo Lehmann, quien llegó a ocupar la primera magistratura de la provincia de Santa Fe en 1916). Algo posterior es la acción de Kaspar Kaufmann en el Chaco santafesino; persona muy estimada por sus coetáneos, tocóle en 1885 la misma desgraciada suerte que años antes al colonizador francés conde Tessières de Bois Bertrand: fué alevosamente asesinado por un criollo en estado de ebriedad. Recordemos, en fin, al célebre "cazador de indios" Samuel Sager, caudillo de los colonos septentrionales en su lucha por la subsistencia. A él y a sus bravos compañeros se debe el juicio laudatorio aparecido en 1923 en la revista "Echo Suisse" acerca de la colonia Romang al celebrarse su cincuentenario: "Es un monumento elevado a la gloria de Suiza sobre la tierra extranjera; aquellos que la han erigido, al precio de los sufrimientos que sabemos, tienen derecho a nuestro respeto y a nuestra admiración. Su obra sintetiza magníficamente todas las virtudes de la raza."

Una serie de virtuosos médicos, maestros y clérigos actuaron en las colonias santafesinas. Entre los primeros, el primer lugar corresponde al doctor Theodat Troxler, nacido en Beromünster (Lucerna) en 1819, y fallecido a avanzada edad en 1911 en San Carlos. Su padre era el gran filósofo Paul Ignaz Troxler, que ocupó altos cargos en la Universidad de Berna. El pensamiento profundo y humanitario de éste parece haberse encarnado en su hijo, quien, llegado a San Carlos en 1872, realizó por largos años su bienhechora acción entre sus compatriotas del centro de la provincia. Re-

cordáronse por mucho tiempo sus interpretaciones, al lado de Peter Dürst y otros, del "Guillermo Tell" de Schiller, representado ocasionalmente por los colonos. También el doctor Romang ejerció su profesión médica. A fines del siglo actúan los doctores Scherrer y K. Eckerlin, Geisseler, Zust, von Rothen, Schelkly (que fué presidente del Centro Político Extranjero), Welchli (primer presidente de la Sociedad Suiza de Beneficencia), etc., tanto en el interior como en las ciudades. Y, aunque no era médico, se recuerda con gratitud la labor de curación y prevención efectuada desinteresadamente en la triste emergencia de la gran epidemia de cólera en Esperanza y sus alrededores por don Amado Aufranc, empleando el método de Raspail. También fué juez de paz. Aunque médicos, la acción de los doctores François Machon y Adolf N. Schuster se ha destacado sobre todo, en el primero, por sus viajes científicos a la Patagonia y al territorio de Misiones (es el primero que describe detalladamente las cataratas del Iguazú); en el segundo, por su labor educadora entre los colonos de fin y principio de siglo, por su labor narrativa y poética, y por su magnífica obra en dos tomos sobre la Argentina, publicada en 1913. Falleció en Aregua (Paraguay), en 1933.

Entre los maestros que actuaron en escuelas de habla alemana (los alemanes tuvieron la iniciativa en la creación de las mismas) se destacan Peter Dürst (1849-1913) y Hans Meyer. El primero actuó en Esperanza, San Carlos, Diamante, y desde 1891 hasta su muerte en Roldán; el segundo, en Carcarañá. Dürst tuvo una interesante vida aventurera, en la que hubo de realizar toda clase de trabajos. Dotado de espíritu artístico, organizó y dirigió varios coros, y realizó trabajos literarios, como algunas novelas y su "Autobiografía"; compuso también deliciosas poesías. De H. Meyer es célebre su relato "Linchamiento en Carcarañá" (1894).

Entre los pastores, recordemos los nombres de Felipe Staiger y Eugenio Sauvain, que actuaron en los primeros años de Esperanza (el segundo posteriormente en San Carlos), y Teófilo Weigle, primer pastor protestante de habla alemana en San Carlos. Su acción y la de sus sucesores se movió dentro de los cánones tradicionales de su confesión cristiana.

Un papel importante ha realizado la familia Alemann en la labor periodística. El fundador de la "dinastía", Johann Allemann (nacido en 1826 en el pueblo bernés de Farnern), ha sido mencionado en diversas ocasiones en el texto como buen conocedor

de los problemas emigratorios suizos y de la colonización en la Argentina. Por fin, tras largas y en parte infructuosas luchas político-periodísticas, aceptó una invitación del presidente Domingo Faustino Sarmiento para trasladarse a este país, lo cual efectúa en 1874 en compañía de su hijo mayor Moritz. Pasó a Santa Fe, en donde su persona era ya conocida por muchos colonos, y fundó allí el "Argentinische Bote", destinado a la información y orientación de aquéllos. Diversas dificultades lo hicieron desistir de la empresa al año siguiente. Era, recordémoslo, la época de la gran crisis económica. De nuevo en Buenos Aires, se dedicó a tareas periodísticas, hasta fundar un nuevo semanario, destinado asimismo sobre todo a los colonos e inmigrantes de habla alemana, el "Argentinisches Wochenblatt". El primer número apareció el 2 de marzo de 1878. Poco antes, Juan Alemann —que cambió así legalmente la ortografía de su apellido— había publicado "Bilder aus der Argentinischen Republik", interesante descripción de sus viajes y que ayudó al conocimiento de muchos aspectos de la República Argentina en los ambientes europeos. El "Wochenblatt" es una rica fuente de datos referentes a la colonización suiza y alemana, a la vida y los problemas del ambiente rural de entonces, sin excluir los aspectos económicos, políticos y culturales del país todo.

La cátedra de ideología liberal y democrática representada por ese periódico fué consolidada y ampliada por su hermano, el "Argentinisches Tageblatt", fundado por Juan Alemann en 1889. Su firme orientación, a menudo incomprendida sobre todo por los sectores germanos inclinados al nacionalismo, es en realidad reflejo del espíritu helvético, recto, fraternal y antiimperialista. A través de vicisitudes de toda clase que fortificaron su vida, ambos órganos continuaron su existencia hasta hoy. Su infatigable fundador falleció en la colonia Berna en octubre de 1893, poco después de la "prueba de fuego" que significó para sus periódicos la revolución de dicho año.

Continuó su obra Moritz Alemann (1858-1908), quien, con su hermano Theodor (1863-1925), colaboró activamente en la empresa de su padre. Ambos también se dedicaron al estudio de las posibilidades colonizadoras de las extensiones argentinas.

Entre los suizos originarios del Ticino —que como ya se ha dicho, serán objeto de una monografía especial, debida al señor A. Pedrazzini— citemos como ejemplo prominente a varios representan-

tes de la familia Demarchi. Ya hemos visto uno establecido en la época de Rivadavia. Otro fué cónsul suizo en Buenos Aires, nombrado en 1858. Había sido director del Museo de Historia Natural de la provincia de Buenos Aires (1850). Es quien propició la fundación de la Sociedad Filantrópica Suiza. Su hijo Alfredo Silvestre, nacido en Buenos Aires en 1857, fué ingeniero. Participó activamente en las revoluciones de 1890 y de 1893 en la provincia de Buenos Aires. Posteriormente fué vicegobernador de esta provincia y ministro de Agricultura nacional. Luigi Demarchi (nacido en 1866), pintor, vivió un tiempo en la Argentina. Silvestre Antonio, mayor del ejército argentino (1867-1913; era sobrino del cónsul), tuvo varios cargos honoríficos. La actuación de su hermano Antonio ya corresponde, en cambio, a nuestro siglo.

Mencionemos finalmente, como aporte suizo del mayor interés, al grupo de hombres de ciencia que trabajaron en las últimas décadas del siglo en pro del desarrollo técnico y cultural de la Argentina.

Ocupa el primer lugar, sin duda, el paleontólogo Santiago Roth (1850-1924). A los 16 años de edad, y a los 10 años de la instalación de los primeros colonos, llegó con su familia a Baradero. Dotado de un innato sentido de la colección de objetos naturales, recorrió desde temprano las llanuras del norte de la provincia de Buenos Aires, lo que continuó al establecerse como talabartero en Pergamino. Logró reunir varias importantes colecciones de fósiles y venderlas a los museos de Copenhague (1878, 1883), Ginebra (1880) y más tarde Zürich. A los 30 años viajó a Suiza, en donde realizó en pocos meses la preparación científica que le faltaba. En el ínterin, su inteligente esposa y colaboradora Elisabeth Schütz enseñaba en una escuela privada a los hijos de los colonos de Baradero. Establecidos luego en San Nicolás, realizó desde allí profundos estudios sobre la formación pampeana, cuyos resultados revolucionaron las opiniones hasta allí admitidas. En 1885 y en 1892 realizó largas expediciones a la Patagonia, la segunda acompañando a su amigo el doctor Machon. Algo antes había efectuado dos importantes descubrimientos antropológicos: en 1881 el llamado "cráneo de Fontezuelas", hallado bajo la caparazón de un gliptodonte, y el "esqueleto de Baradero" (Cañada Honda), los que fueron para él una prueba de la contemporaneidad del hombre americano con los animales extinguidos de comienzos del Cuaternario. Tras una segunda permanencia en Europa (1887-1890), llególe la hora

del merecido triunfo: en 1895 el doctor Francisco P. Moreno, fundador del Museo de La Plata, lo llamaba para dirigir su sección paleontológica. Su gran experiencia y capacidad de trabajo fueron un factor decisivo para que aquel museo alcanzara la elevada categoría mundial que conocemos. Las expediciones y las publicaciones científicas se sucedieron a partir de entonces. Roth colaboró con Moreno, Hauthal, E. Frey y tantos otros en las arduas tareas de la Comisión de Límites con Chile (1897-1899, 1902), en las que alcanzó el conocimiento de la "Suiza Argentina" del Nahuel Huapí, en donde establecieron posteriormente descendientes suyos. El año 1900 la Universidad de Zürich le confirió el título de doctor *honoris causa*. Tras larga labor, que lo llevó también a las provincias centrales y nortenas (en donde realizó fructíferos estudios hidrológicos), Santiago Roth murió en La Plata en agosto de 1924.

Otros nombres que a fines del siglo y comienzos del actual ocuparon honroso lugar en la valorización científica de la Argentina son los de los doctores Heusser y Claraz, y el naturalista y etnógrafo doctor Machon, ya citados; los geólogos doctores Leo Wehrli y Karl Burckhardt; el ingeniero E. Saner, constructor del ramal a Neuquén del Ferrocarril del Sud; y el ingeniero Emilio Frey, hijo del destacado vecino de Baradero don Emilio Frey, de Zürich¹. El ingeniero Frey es uno de los más notables exploradores geográficos de la Patagonia; elegido muy joven por el Perito Moreno como colaborador suyo después de ser recomendado por el doctor Roth, descubrió alrededor de 70 lagos en toda la región de los Andes Patagónicos. En 1899 redescubrió el legendario camino y paso "de los Vuriloche", que comunica con Chile al sur del monte Tornador, y que había caído en el olvido tras las sublevaciones indígenas que pusieron fin a la labor misionera de los jesuitas en los siglos XVII y XVIII. Frey fué luego el primer director del Parque Nacional de Nahuel Huapí.

Colaborador del Perito Moreno fué asimismo Louis de Boccard (1866-1956), llegado al país en 1889. Fué naturalista en el Museo de La Plata, profesor en la Facultad de Agronomía y Veterinaria y esforzado explorador. Tuvo cargos diplomáticos, dedicándose pos-

¹ Éste fué caracterizado por Schuster (II, p. 103) como "un hábil negociante y un hombre sociable dotado de humor; modelo tanto de suizo como de argentino, consejero y defensor de todos, era el Padre de la colonia". Falleció en septiembre de 1908.

teriormente a tareas rurales. El cartógrafo Delachaux actuó por su parte en los trabajos de la Comisión de Límites con Chile.

Aunque radicados en el Paraguay, también se extendió a las zonas argentinas adyacentes la acción científica de los profesores Moisés Bertoni (1857-1929) y Emilio Hassler (1860-1937); este último, llegado al Paraguay por la misma época que Bertoni, realizó una larga y valiosa labor de colección y descripción botánica, dada a conocer en colaboración con su discípulo ginebrino Robert Chodat, en sus "*Plantae Hasslerianae*" (1898-1907).

Finalmente, mencionemos a un pionero de la ciencia arqueológica argentina, en la persona del pintor y dibujante suizo Adolfo Methfessel. Nacido en el cantón de Berna en 1834, llegó al país en 1860. Pintó escenas de la Guerra del Paraguay, así como temas campestres y costumbristas. Como explorador viajero del Museo de La Plata, emprendió, entre 1887 y 1889, una serie de investigaciones en la provincia de Catamarca, excavando en diversos yacimientos —entre otros, la ciudad fortificada de Loma Rica— y enriqueciendo las colecciones del Museo entonces en formación. En 1892 acompañó al sabio Juan B. Ambrosetti en un viaje a las selvas misioneras, en donde dibujó interesantes escenas de la vida de los indígenas *caingüá*. Falleció, vuelto a Suiza, en la mayor pobreza.

CONCLUSIÓN

Según las estadísticas argentinas, 24.844 suizos entraron al país en el período 1857-1900. Si agregamos la cifra de 2.500 que, según nuestros cálculos, debieron entrar entre 1856 y 1861, y que no han sido registrados, ya que desembarcaron en la Confederación, entonces separada de Buenos Aires, más algunos que también en años posteriores no fueron objeto de recuento, llegaríamos a un número aproximado de 28.000 inmigrantes suizos en dicho período.¹ El censo general de 1914 coloca numéricamente a la inmigración helvética en el 9º lugar en el lapso 1857-1914, después de italianos (de los que habían entrado 2.247.000, aunque también salido muchos, como en las restantes nacionalidades), españoles (1.420.000), franceses (211.000), rusos, balcánicos, austríacos, alemanes e ingleses. Ya se ha dicho que aproximadamente $\frac{3}{4}$ partes de toda la inmigración suiza al continente sudamericano en aquel lapso se dirigió a la Argentina, tanto por razones climáticas, económicas, culturales y raciales, como por la atracción ejercida por los primeros inmigrantes sobre sus parientes y conocidos en Europa, una vez abierta la corriente por Aarón Castellanos y Carlos Beck.

Pero lo que nos interesa, desde el punto de vista histórico, va más allá de las simples cifras. Se trata de valorizar la contribución de los suizos al desarrollo de la Nación Argentina, al menos en el escaso medio siglo que abarca nuestro estudio. En parte ello se

¹ Según el Anuario "La Razón" de 1939, entre 1857 y 1937 entraron 43.160 suizos (2ª y 3ª clase), cifra que, según lo dicho, habría que aumentar a unos 46.000. Salieron en el mismo período 18.488, lo que daría un saldo neto de aproximadamente 27.500 suizos establecidos en la República Argentina en el transcurso de aquellas ocho décadas. Hoy día se calcula en unos 15.000 el número de suizos residentes en el país.

ha expuesto o insinuado en el transcurso de los capítulos anteriores. Quede resumido en los siguientes puntos:

1) Los suizos, que en grupos relativamente grandes entraron al país entre 1856 y 1861 (junto con una minoría de alemanes, saboyanos, franceses y piamonteses), fueron los pioneros de la *inmigración pobladora de las desiertas llanuras argentinas*, y la "punta de lanza" de toda la gran inmigración rural y urbana de las décadas posteriores.

2) Fueron los pioneros de la *agricultura intensiva y extensiva*, tanto de cereales como de muchos productos de huerta, incluso la papa. A su acción se debe, sobre todo, que en 1878 el presidente Avellaneda pudiese anunciar con la satisfacción más profunda la exportación de las primeras partidas de cereales a Europa. Veinte años antes debíase importar trigo de Norteamérica y la papa costaba 25 pesos (papel) la arroba. A su impulso colonizador se debe, pues, la iniciación del movimiento económico y antropogeográfico que alcanzó, en 1875, a la existencia de 340.000 Ha. cultivadas en el país; 2.460.000 Ha. en 1888; 4.892.000 Ha. en 1895, y 6.427.000 Ha. en el año 1900.

3) Fueron los pioneros y los impulsores de la *industria láctea intensiva*, según su tradición alpina y debido en parte a la reducida extensión de las concesiones. A ellos se debe, por ejemplo, en gran medida, el gusto por la manteca que adquirieron los habitantes de las ciudades por entonces en proceso de crecimiento.

4) La contribución social tal vez más importante: los suizos fueron los pioneros de la *subdivisión de la propiedad rural*, proceso iniciado por el Estado con sus tierras cedidas, y continuado luego voluntariamente por muchos terratenientes particulares. Esta trascendental *reforma agraria*, natural e incruenta, es uno de los grandes cambios históricos que, tras Caseros y la Constitución de 1853, superan al período colonial-rosista. La tierra subdividida es, además, de quien directamente la trabaja. Alejo Peyret, ya en 1889, caracterizó acertadamente este proceso, valorándolo también en su importancia para la ascensión de los europeos que aquí se instalan: "Mejor que sus hermanas de las demás provincias, o antes que ellas, si se quiere, la provincia de Santa Fe comprendió el alcance de la Constitución promulgada en su Cabildo en 1853, y trató de darle un comentario práctico.

"Un tercio de siglo ha transcurrido desde entonces, y ahí están los resultados.

“Los latifundios, los desiertos poblados por excepción, han desaparecido para dar lugar a la subdivisión de la propiedad, y allí están millares de propietarios, soberanos cada uno de su pedazo de tierra, libres como el pampero que viene a azotar su frente, los cuales hubiesen vegetado eternamente en el vasallaje de las sociedades europeas, porque hasta ahora los derechos del hombre y del



FIGURA 14.—Escudo de la ciudad de Esperanza.

ciudadano, proclamados por tantas revoluciones, se reducen a puras abstracciones, y no han podido penetrar todavía en la esfera de la realidad práctica.”

Como consecuencia, se sientan las bases para una “democracia económica”, sostenida por lo que se ha llamado la pequeña y media “burguesía agraria”, importante clase económico-social que surgió como consecuencia de la inmigración colonizadora, tras haber ven-

cido sus duras dificultades iniciales y tras haber superado la “proletarización” temporaria a que la obligaban los contratos y el medio adverso.

5) Los suizos son los pioneros del *cooperativismo*. Aunque la primera cooperativa agraria santafesina se fundó en 1909 en Humboldt (con antecedentes, unos años antes, en Pigüé, Lucienville, y algunos otros lugares de las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos), sus raíces y prácticas concretas se hallan en la propia vida de las colonias y núcleos agrícolas (como lo hemos hecho notar, por ejemplo, para Baradero), en donde los colonos se hallan en estado de dependencia mutua. Nadie mejor que los suizos para ello, con su viejo y siempre nuevo lema: “Uno para todos, todos para uno.”

6) Impulsaron el *régimen municipal*, que no era nuevo en tierras rioplatenses, pero que necesitaba del remozamiento y consolidación que pudieron darle los colonos centroeuropeos. Éstos lo traían de sus países, cantones y comunas, y ningún lugar mejor que una colonia agrícola con su núcleo urbano para poner en práctica este régimen. Recordemos que en Baradero la instalación de la primera Corporación Municipal se efectúa casi al mismo tiempo que el arribo de las diez primeras familias colonizadoras, precediendo en algunas semanas a la propia Municipalidad de Buenos Aires. Esperanza fué una de las primeras comunas creadas en la provincia de Santa Fe, así como lo fué la Municipalidad de la colonia San José en Entre Ríos.

En forma más general, el carácter díscolo y amante de la libertad de los suizos —que los llevó a participar en revoluciones— pudo contribuir, en algo, a desarrollar el espíritu liberal y democrático de la Nación Argentina.

7) A influencias suizas se debe, tal vez, el *campo comunal*, ideado ya por Aarón Castellanos en la delineación de sus proyectadas colonias. De cualquier modo, fueron los suizos quienes más bregaron por su definitivo otorgamiento. Pero, en realidad, se trata del caso aislado de Esperanza; en San Carlos ello fué sustituido, en cambio, por la idea fecunda de la “granja modelo”.

8) Los suizos fueron los pioneros del *tiro al blanco*. Cultivado desde 1860 en algunas colonias, desde 1872 en Buenos Aires y desde 1894 en Rosario, el “tiro suizo” fué asimilado con agradecido afán por los círculos militares del país, quienes no sólo utilizaron —hasta la definitiva constitución de los Tiros Federales, en muchos casos sobre la directa base de los “suizos”— los “stands” de aquéllos, sino que

contrataron con frecuencia a instructores suizos para el perfeccionamiento técnico del Ejército argentino.

9) Conjuntamente con británicos y alemanes, los suizos impulsaron la práctica de los deportes, sobre todo la gimnasia, así como el cultivo de la música. Recordemos las sociedades de canto fundadas tanto en las ciudades, como en las colonias (1870, Esperanza; 1876, San Carlos: "Harmonie").

10) Parte de los inmigrantes suizos contribuyeron a la superación de la unilateralidad —manifestada a menudo en forma de estancamiento en muchos aspectos de la vida colectiva—, que significaba el excesivo predominio de una sola confesión religiosa en el territorio argentino. El hecho de ser protestantes una buena parte de los mismos, favoreció y dió razón para poner en práctica derechos que hoy consideramos inalienablemente humanos: libertad de conciencia y de culto, posibilidad del matrimonio civil y de la enseñanza laica.

11) Fuera de todas estas aportaciones originales, queda "el granito de arena" puesto por los suizos —desde el modesto campesino o trabajador manual, hasta el brillante hombre de negocios o de ciencia— en la labor diaria, honesta, perseverante, exacta y duradera, que sumada a la de los restantes habitantes contribuyeron durante el siglo XIX a crear, promesa para el futuro americano y del mundo, a la Nación Argentina.

APENDICE DOCUMENTAL

I

EXTRACTO DE LA SEGUNDA CARTA DEL SEÑOR JACOB
HUBER, NATURAL DE HAUSEN

Colonia Esperanza, el 18 de julio de 1856.

En lo que respecta al viaje desde Basilea hasta Dunkerke, podemos con todo estar muy conformes, ya que la Casa Beck & Herzog ha hecho más de lo que en realidad podíamos haber esperado. De Santa Fe pasamos a una casa de campo, en donde debimos permanecer hasta el 9 de febrero; luego fuimos transportados a la Colonia, en donde vivimos hasta el 4 de marzo a costas del Gobierno [provincial], lo cual no excluía que pudiésemos ganar dinero, que eran 6 reales por día (8 reales son 5 francos)¹. El 4 de marzo obtuvimos nuestra colonia [concesión], debiendo pues mantenernos nosotros mismos (excepto la harina) desde ese día. Encontramos aquí todo tal como nos fuera descrito, o mucho mejor aun, y recibimos no sólo lo que nos correspondía según el contrato, sino mucho más, ya que en vez de cederle un tercio de la cosecha durante 5 años al señor Castellanos, habremos de darle al Gobierno sólo un cuarto. Porque el señor Castellanos ya no tiene más nada que ver con nosotros, sino sólo el Gobierno a cuyo frente se halla el Gobernador. Además, no tenemos que pagar intereses, que en este país son de 10 %, y recibimos dos toros más de los que ya tenemos. Esta gran ventaja se la debemos exclusivamente al señor Gobernador, quien es personalmente accionista y se porta con nosotros como un padre. No os puedo elogiar bastante a este hombre, cómo vela por nuestra mejor situación; en fin, es más que un padre para nosotros.

Este campo, que tiene 800 pasos de largo y 600 pasos de ancho, es como el Tiseh. Hasta dos o tres pies es buena tierra de huerta, fácil de arar. Yo diría que acá crece todo lo que se siembra. Hasta donde da la vista,

¹ El peso boliviano, en uso en la provincia de Santa Fe, que los colonos suelen llamar piastra, estaba dividido en ocho reales. Su valor era por entonces, aproximadamente, el mismo del peso fuerte, o sea cinco francos suizos.

todo es llano. El clima es señaladamente bueno. Enfermedades no hay ninguna. Desde que estoy aquí no nos faltó nunca nada; tampoco estuvimos nunca en Europa tan sanos como aquí. Hasta ahora hemos recibido dos caballos, dos bueyes, seis vacas, un ternero y un toro de cría del Gobierno. Seis caballos nos hemos comprado; asimismo, tenemos un almacén y "boliche" (*Laden und Wirthschaft*), con lo que ganamos bastante dinero. Tenemos sólo un cuarto de hora hasta el bosque, donde en cualquier momento podemos extraer toda la cantidad de madera que queremos. Madera larga hay poca, pero es buena, puro acacia y boj. Los toros son más grandes que allá, los caballos son igual de hermosos o más. Dió mucho trabajo hacerlos tirar, pero ahora la cosa anda bien. Si alguno de nuestra región quiere venir acá, no podemos menos que recomendarlo, pero deben acordar con la Casa Beck & Herzog, ya que esta casa se ocupa muy bien de sus colonos. El señor August Gundlach, que lleva esta carta hasta Europa, ha cuidado de nosotros, tal como un padre de sus hijos. Asimismo, infórmense las personas que quieran venir acá de los señores Beck y Herzog, acerca de los implementos de trabajo que deben traer consigo.

(*Briefauszüge aus Santa Fe*, I, pp. 19-20).

II

EXTRACTO DE UNA CARTA DEL SEÑOR HEINRICH LEE, NATURAL DE GLATTFELDEN

Colonia en Santa Fe, el 15 de julio de 1856

El 25 de mayo arribamos a Santa Fe; el 26, a hora temprana, llegamos en carruaje a una casa grande (*Kaserne*), a una hora de distancia de la ciudad aproximadamente, donde fuimos muy bien abastecidos por el Gobierno. Allí estuvimos 12 días, siendo luego transportados en carretas a nuestra colonia. El 18 de junio (*Brachmonat*) recibimos nuestras casas; están construídas sólo en madera y juncos, pero muy cómodas. El campo que recibimos es una hermosa pradera, completamente llana, y no hay ni una piedra, ni siquiera del tamaño de una avellana. También recibimos dos caballos, siete vacas con sus terneros, un toro de cría, en vez de dos obtuvimos cuatro bueyes de tiro, y seis barriles de harina. Llegamos aquí en el invierno, pero nieve no hay, sólo una fuerte escarcha; porque cuando entre vosotros es verano, es aquí invierno, y día cuando entre vosotros es de noche. De animales salvajes no hay aquí el menor rastro; no hay aquí más que grandes manadas de ciervos.

(*Briefauszüge*, I, p. 17).

III

EXTRACTO DE UNA CARTA DEL SEÑOR LOUIS METTAN¹,
DE ESPERANZA*Colonia de Esperanza, el 10 de julio de 1857.*

Me alegré mucho de recibir noticias vuestras; no es que me haya de ningún modo olvidado de ustedes, a pesar de no haberles escrito, pero como aun no sabíamos cómo habíamos de ser tratados, y cómo habría de resultar la cosecha en esta bella colonia, tomo ahora la pluma para informaros de la situación y del estado en que hoy día nos encontramos, y de cómo hemos hecho nuestro feliz viaje por tierra y por mar, o sea hasta Amberes, donde nos embarcamos el 21 de febrero de 1856. Llegamos al puerto de Buenos Aires el último día de abril a mediodía; permanecemos cuatro días en la rada para esperar al barco de vapor que nos conduciría hasta Santa Fe. Llegamos a Santa Fe el 10 de mayo a las dos de la tarde, estando todos de buena salud; no bien llegados, vino a conocernos el Gobernador —el Gobernador es el Gobierno de Santa Fe—; yo afirmo que la alimentación durante la travesía estuvo conforme con nuestros contratos; estuvimos 78 días a bordo desde Amberes hasta Santa Fe, y no tuvimos ninguna tormenta de mar, diciéndonos el capitán de nuestro buque que era el 24º viaje marítimo que él hacía y que nunca había tenido un tiempo tan favorable como esta vez; éramos en total 340 colonos sobre el mismo barco. Pasados diez días partimos para la colonia con todo nuestro equipaje, transportados por carretas, que son tiradas por cuatro o seis bueyes. Ahora diré lo que he recibido, según mi contrato; he recibido mis seis barriles de harina, dos caballos, dos bueyes, mis siete vacas y el toro y las semillas necesarias para hacer trabajar la tierra; mi concesión es de una medida de 900 medidas de tierra cuadrada, medidas de 10 "ollas" (*pots*) de vuestro país, toda de una sola pieza; la casa está en un extremo; esta tierra carece de piedras y de matorrales: no se encuentra una vara ni para matar un mosquito. Esta tierra es de un rendimiento inconcebible, como uno no puede darse una idea, porque no hago más que darla vuelta con el arado y luego planto el maíz, sin poner estiércol; siembro todos los granos que uno pueda imaginarse sin estiércol porque esta tierra es muy grasosa; este año yo he tenido por lo menos doscientas medidas de maíz, una veintena de medidas de batatas, papas no muchas porque nos han dado muy poco; hemos recibido sólo 21 libras por concesión porque son caras; pero espero tener mucho para el año que viene, así puedo daros de comer cuando lleguéis. Este año he sembrado 30 medidas de terreno

¹ El texto escribe, probablemente por error, "Mettau".

con trigo; espero plantar este año maíz en más de cien medidas de terreno, y arvejas de varias calidades. En cuanto a las cosechas, recogemos dos veces al año; la cosecha de las arvejas, dos veces; la de papas, dos veces; el maíz, dos veces; todo viene con gran rendimiento. Los caballos no son caros; puede obtenerse un buen caballo por 12 piezas¹, y aun por 6 y 8 a 10 piezas; los asnos por 3 a 4 piezas, bien grandes con sus pollinos; los precios de los bueyes oscilan de 20 a 25 y aun a 30 piezas, bueyes de trabajo; precio de las vacas, 18 a 20 piezas de cinco francos la piastra; buenas vacas lecheras, porque la leche de las vacas de América es la mitad más grasosa que allá. El país es muy sano; el agua es muy buena, toda agua del país; ahora os digo que estamos alejados de Santa Fe —pequeña y bella ciudad— no más de unas seis leguas; os aseguro ahora que Ambrosio se halla divinamente bien en la colonia, hay trabajo en cantidad para los herreros, y por el momento no hay ninguno; el hierro cuesta en Santa Fe de 40 a 50 centavos la libra, y hay distintas calidades de hierro; el mismo precio vale para el acero; hay también mucho carbón, y no cuesta más que ir al bosque a cortar la leña y cocerla; la leña no cuesta nada; cada uno es libre de hacer todo el carbón que quiera; desde mi casa hasta el bosque hay tres cuartos de hora. La madera no es muy bella, pero es dura; los bosques son completamente llanos como nuestras concesiones; en cuanto a las bestias feroces, no existen, no conozco ninguna, en cambio hay muchos animales que pueden cazarse: palomas, patos, cigüeñas, corzos o ciervos, avestruces y muchos otros de los que no sé el nombre, y también loros; queridos hermanos, en esta carta os digo que si tenéis el coraje de venir aquí me haréis un gran placer. En caso de venir, traed toda vuestra batería de cocina, panera, vajilla, tinas, mantequera para fabricar manteca, dos pecheras de caballos, un buen carro, así como todos los implementos de herrero: fuelle, yunque, martillos, tenazas, así como todos los otros objetos que corresponden al oficio de herrero; te aconsejo además de traer rastrillos de madera, garlopas y sierras a una y dos manos, una criba para ahechar el trigo, un colador para la ropa, un recipiente para transportar la leche, carritos para leche, una pintura para hacer el queso; traed además toda clase de semillas para jardín, y de flores, y 50 céntimos de ocre color chocolate. Tendréis el cuidado de hacer vuestros bultos chatos, y bien protegidos con hierro, pero no cerrados con candado, porque los candados saltan; es necesario cerrarlos con llaves; tendréis también el cuidado de preparar una sola maleta que llevaréis con vosotros en el barco, donde pondréis un poco de ropa para cambiaros de cuando en cuando; llevad también un buen queso duro bien salado y jamón, que irá en la misma maleta que tendréis con vosotros en el barco, junto con algunas botellas de vinagre, un poco de aceite fino de oliva para el caso de que tengáis cólicos, y Chamoville de

¹ Significa, probablemente, "pesos".

hisopo, todo mezclado, que beberéis cuando tengáis sed en el barco; trae todos los muebles de tierra y toda clase de semillas de árboles frutales. Como Adela me había preguntado a mi partida si podría traer su sombrero, diré que sí, que puede traerlo porque cada uno va de acuerdo con la moda de su país; traed también los sombreros anchos para el verano. Termino mi carta, diciéndoos que no puedo agradecer suficientemente a Dios. Ten buen cuidado, en caso de venir, de no contratar con otras personas que no sean agentes que trabajan para la Casa de Basilea o sea Beck y Herzog. El salario para los servicios domésticos es de cuatrocientos a seiscientos francos por año; para los peones, de trescientos a cuatrocientos francos; para los obreros masculinos, como ser carpinteros, carreteros, herreros, panaderos, zapateros, de 20 a 25 piastras, con alimentación; el año pasado colocamos a nuestra Filomena como niñera, y recibió cien francos por un año como salario; me hubiera gustado que continué este año también, me hubieran dado ciento cincuenta francos dándole vestido, pero la necesito en la casa, donde tenemos mucho trabajo; allí podrá ganar más.

Pochon Nicolas ganó quinientos francos en un año y así muchos otros. Si Charles Coladin puede venir, yo le procuraré una muy buena colocación.

(*Extraits de correspondances*, III, pp. 13-17).

IV

EXTRACTO DE UNA CARTA DE BARTHELEMI RUDAZ, DE ESPERANZA, DEL 8 DE MAYO DE 1858

Aprovecho la ocasión de la partida del señor Carlos Marty, de nación bernesa, que va a Suiza. Ha de ir probablemente al Valais; si tenéis la ocasión de verlo y de hablarle, os rogamos de tener la amabilidad de ofrecerle una botella de buen vino; él fué, cuando la llegada de los primeros colonos, el director y el presidente de la colonia, y tenía gran cuidado para con todas las cosas; es un hombre digno de respeto, y el Gobierno le tiene una total confianza. Vosotros me acusaréis sin duda de negligencia por haber tardado tanto en transmitirles nuestras noticias, pero en fin, tuve varios motivos: yo debía sin duda ver un poco todas las cosas, examinar bien exactamente todas las ventajas como también los inconvenientes que se encuentran en este país.

Si las langostas nos han asustado, no por ello, sin embargo, nos han llevado a arrepentirnos de haber dejado el Valais; reconocemos que la facilidad de vivir es mucho mayor que en el Valais; por otra parte, no ignoramos que hay un proverbio bastante generalizado que dice: "no hay

rosas sin espinas", pero no es menos verdad que esto es un paraíso terrenal en comparación de Europa; el clima es uno de los mejores del mundo, lo cual es uno de los puntos más esenciales; tampoco hay que atormetarse de ningún modo día y noche por regar con abono los prados, cortar y recoger heno para invernar cien vacas, tanto como dos, sin temor de que falte el heno antes del retoñar de la primavera: podemos decir que nuestras granjas están siempre llenas.

En cuanto a la tierra, qué mejor puede decirse que plantar el arado, sembrar el maíz al vuelo, pasar la rastra, y ver crecer y elevarse al maíz hermoso sin otro trabajo hasta que llegue la cosecha. Nos hemos enterado de que algunos individuos han enviado cartas desfavorables a Europa, es decir, con censuras a este país; nosotros no nos sorprendemos, ya que tenemos en la colonia algunos de éstos que se quejan del país, pero daos bien cuenta de que no se trata más que de esta gente que creía que no tendrían necesidad de encorvarse para trabajar las tierras y que los cerdos asados andaban por el campo con el tenedor y el cuchillo en el lomo, y que las palomas y las codornices caían en un plato listas para ser comidas; sin duda que esta gente ha sido engañada en su ilusión. En cuanto a los perezosos, harán mucho mejor si pasan su miserable vida en el país del cual provienen; por lo menos así no perjudicarían a las familias buenas y valerosas que podrían venir a América a hacer una pequeña fortuna y vivir con desahogo. Es cierto y bien seguro que con la mitad menos de trabajo se recoge la mitad, y a los que nos quieren creer, les pedimos que al menos no vengán a lamentarse. Debo deciros además que si las langostas vienen, ello no es más que con un intervalo de cinco a siete años, y cuando vienen dos años seguidos, ello es con un intervalo de siete a ocho años, y cuando hayamos llegado más adelante, ya uno no estará más tan afligido por ello; lo que nos obliga a creer en estos intervalos es el hecho de que ellas no habían vuelto a aparecer desde el año 50... No hay gobierno en el mundo tan dispuesto a ayudar y sostener a los colonos como el de Santa Fe.

Termino mi carta dándoos un breve detalle de lo que hace a nuestra animación doméstica: tenemos dos bueyes de labor, dos vacas, una ternera simple, un toro y un caballo, 40 pollos, dos cerdos simples, un perro y un gato. Si uno se pasea por la colonia, ello es siempre a caballo; es muy raro ver a un hombre pasear a pie, ni aun a las mujeres; es decir, que todos los paseos, tanto de niñas como de muchachos, se hacen a caballo; se sorprendería uno mucho en el Valais si viera a las niñas yendo a todo galope.

Yo estoy a 15 minutos de Silve Micheloud; gozan todos de una perfecta salud. Tened la bondad de saludar a todos nuestros parientes y de decirles a todos que nosotros no cambiaríamos nuestra situación por la de aquellos que se creen ricos en el Valais.

(*Extraits de correspondances*, IV, pp. 22-25).

V

DE UNA CARTA DE FRIEDRICH GÖTSCHY AL SEÑOR JOS. GUNZIGER EN SOLOTHURN

Colonia San Carlos, 14 de julio de 1859.

El que persevera, recibe su premio. (*Was lange währt, kommt endlich gut.*)

El suelo es enteramente como fué descrito, en cambio el clima es distinto, al menos en invierno hace frío y todos los días sopla un fuerte viento. En lo que se refiere a la madera, estamos un poco mal. Madera de combustión hay bastante, pero hay que traerla desde una distancia de dos horas por lo menos; por suerte no cuesta nada. Hemos comenzado a construir nuestra cabaña, pero todavía no está terminada, tenemos que hacer todavía los ladrillos para cerrar las paredes, porque no las queremos cerrar con tierra como hacen los demás. Una cocina hemos construido con un fogón y chimenea, según el modo europeo; en toda la colonia ni en Esperanza no hay una parecida. El pozo lo hemos cavado en tres días; tiene 33 ½ pies de profundidad; tenemos agua clara y buena. Estamos realmente ocupados con madera de corral para nuestras labores domésticas. El corral ("*Koral*") es una especie de redil para poner dentro los animales de noche. Ya hemos fabricado una porción, haciéndola lo más delgada posible; fué lo más bien con los desacostumbrados bueyes. De ganado hemos recibido: 4 bueyes, 2 vacas con terneros y dos caballos. Nosotros compramos, además, 2 caballos por 22 piastras [pesos]; una piastra son 5,25 francos. Hoy los enganchamos por primera vez al carro, lo cual dió bastante trabajo (*sie haben das Ding spanisch angeschaut*).

Además compramos 2 vacas y un ternerito, las tres (sic) en estado de avanzada preñez, por 59 piastras. No bien el pasto comience a crecer compraremos más vacas como también caballos y bueyes. Alimentos nos entregan cada semana 42 libras de harina, 15 libras de maíz, 2 libras de *gassonade* o azúcar, que parece arena, 4 libras de arroz o porotos, todas las semanas 50 libras de carne, por semana 6 libras de sal; por mes una libra de té o 4 libras de café.

(*Briefe aus der Colonie San Carlos, I.*)

VI

FRAGMENTOS DIVERSOS

a) DE ESPERANZA

La tierra que hemos recibido tiene en medida suiza 112 *jucharten* [fanegas de tierra], y es tan buena como la mejor tierra de jardín de entre vosotros, y todo es tan llano y seco, que ningún punto es más de un pie más alto que el otro; así, puede uno andar a 10 horas de distancia sin encontrar ni una colina, ni mucho menos, montañas... En una palabra, no hay ninguna razón para no pensar que en el breve término de cinco años uno pueda amasar una linda fortuna.

(Jakob Meyer, de Glattfelden, 13 de junio 1856).

Dos pies de tierra negra, luego 40 pies de arcilla, se topa luego arena viscosa, y entonces llega el agua que alimenta a los pozos que hemos cavado. No hay piedra ni nada semejante. Tampoco hay que roturar o desmontar nada. Todo es una bella pradera, donde sólo hay que arar; en fin, una vez que esta tierra esté cultivada, será un verdadero paraíso.

(Jakob Huber, de Hausen a/A, 15 de julio (*Heumonat*) de 1856).

b) DE SAN CARLOS

Ahora ya planté 8 *jucharten* de maíz y una de batatas, y he de plantar aún más... Ni pensar en nostalgias; preferiría ser mendigo aquí que terrateniente en Suiza.

(Fritz Madöri, 22 de septiembre 1859).

Casi me dan ganas de gritar de alegría, cuando se nos anuncia: "sois libres de toda obligación, y en cinco años tendréis 100 *jucharten* de tierra y tal vez 20 ó 30 cabezas de ganado". Ahora tenemos 17 de éstas. ¿No es verdad que esto es mejor que en Guntalingen?

Sra. A. Reutemann, 16 de enero (*Wintermonat*) de 1860)¹.

¹ El texto dice "1859", seguramente por error.

VII

VIAJE DE UN EMIGRANTE SUIZO A SANTA FE, Y REGRESO.
ESCRITO POR ÉL MISMO PARA ENSEÑANZA Y ADVERTENCIA
A LOS DEMÁS. — AARAU, 1865. VI + 28 pp.

(RESUMEN Y EXTRACTOS)

Prólogo del editor (E. Albrecht). Comienza diciendo que últimamente se está tratando de dirigir la emigración hacia Sudamérica, y que mucha gente se muestra interesada en ella. Ello es un error; la colonización en Sudamérica es algo completamente artificial, al revés de lo que sucede con los Estados Unidos. En el Brasil, los colonos degeneran por el clima. "La gran mayoría de la población de toda Sudamérica está formada por descendientes salvajes o sólo semicivilizados de la raza latino-española, provistos de toda la altanería, la flema y la santurronería que la caracteriza" (p. V). Los suizos, puestos en ese ambiente, tienen dos alternativas: permanecer solitarios y abandonados, o dejarse absorber por la raza. "Un establecimiento suizo de ese tipo se asemejará, tras pocos años, a una ruina, de la que la inundación que la arrasó habrá dejado pocos y tristes restos" (íd.). El título de "república" que se dan todos esos países es sólo un manto que cubre a las dos hermanas Despotismo y Desenfreno. Para empresas de esta índole, únicamente es aceptable el modelo de los antiguos griegos.

El autor refiere primeramente los motivos que lo impulsaron a trasladarse a la Argentina: el ansia de viajar (que a su juicio es innato), cierta desconformidad con su ambiente, y la oposición de sus padres a que se casara con una mujer que no era de su pueblo. Entonces cayeron a sus manos los folletos con las cartas de los primeros colonos de San Carlos, y el libro de Sommer-Geiser sobre su viaje a Esperanza, que lo fascinaron. Aunque admite que sólo "vió en ellos lo que él quería ver", considera que no son un reflejo fiel de la realidad. Sommer-Geiser, cómodamente instalado en su camarote de primera, no supo ponerse en el lugar de los colonos. Y las cartas tan elogiosas, leídas entre líneas, revelan otra cosa. Ejemplos:

"Un colono de San Carlos escribe a su casa en el cantón de Berna (*Briefe*, III, p. 6) que sus familiares traigan consigo: cubiertos y enseres de cocina, una cacerola grande, una bañera, un colador de alambre, un hacha ancha, una soga de 150 pies de largo, una ventana, ya que allí no hay vidrio ni madera, una tina para lavar, un balde, una artesa de horno, una porción de fósforos, dos o tres blocks de papel para escribir, papel

de cartas, plumas de acero, un frasco de tinta, lacre, obleas, mangos de pico y de azada. Otro (página 38) pide que le manden: un carro con escalera, dos pecheras de caballo, un arado, un cántaro para destilar alcohol (*Brennhaven*), tres cadenas, sogas, hilos, un serrucho, hachas, palas, guadañas, picos, azadas, un molino de viento, un rallador, rastrillo, horquillas, mangos de pala, accesorios de guadaña (*Sensenworbe*), cerrojos, piedra de afilar, etc. El lector con ganas de emigrar no se da cuenta de lo terriblemente elemental que debe ser la vida, en donde no se consiguen dichos artículos, o en donde salen más caros que enviarlos desde Suiza; no se da cuenta que el campesino y el hombre tiene allí de todo, menos de aquello que le es indispensable; no se da cuenta que una sola de estas cartas, bien entendida, tira por el suelo todas las alabanzas de las demás..." (p. 5).

Alentado por uno de su mismo pueblo, quien le promete asociarlo para una de las concesiones de San Carlos (92 *jucharten*), decide partir, no sin antes casarse con su prometida. Consigue que el padre le dé 800 francos de su parte de la herencia. Acuerdan con Beck & Herzog en Basilea. El 15 de abril de 1860 salen de esta ciudad, después de verse obligado a pedir otros 450 francos.

"De Basilea a Santa Fe.—El 15 de abril pasadas las 10 de la mañana, salió el tren ocupado por emigrantes. No tengo mucho que decir acerca del viaje hasta Le Havre. La mayor parte de los emigrantes procuraban aturdir el dolor de la partida por un abundante goce del vino; se encuentran de buen humor, los vagones repletos resuenan de canciones, de charlas y risas estridentes, acaso también del llanto de las criaturas —ésta es la escena—. En este ambiente ruidoso es difícil concentrarse en sí mismo y asimilar con tranquilidad las escenas del paisaje fugitivo. El 16 por la mañana llegamos a París... Al anochecer el viaje prosiguió, y el 17 a las 6 de la mañana arribamos a Le Havre. La vista del puerto y del océano era nuevo para todos nosotros. Era difícil alcanzar la tranquilidad dentro del precipitado ir y venir de la masa de emigrantes que, venidos de todos los puntos cardinales, buscaban su fortuna en Australia, en Norte y en Sud América, y que se esforzaban por contrarrestar por anticipado en tierra las privaciones del largo viaje marítimo. La introducción del equipaje, la distribución de los alimentos y de las camas tomó bastante tiempo y trabajo. El día 21 nos embarcamos, la mayoría soberanamente hartos de la estadía en Le Havre. Mientras un barco a vapor remolcaba al nuestro hacia alta mar, todos los pasajeros estaban sobre cubierta, para dirigir la última mirada a la tierra firme de Europa, y a la patria allá lejos. Por fuerte que fuera en la mayoría la esperanza en la suerte futura, no dejaron por ello de asomar las lágrimas en esta última mirada.

Un viaje por el océano, aun cuando sea afortunado, no es —sobre todo para emigrantes— un viaje de placer. Los fastidios y males que deben sobrellevarse son en parte *innecesarios*, y en parte *merecidos*. Entre los primeros cuento al inevitable *mareo*, que ataca a casi todos por períodos más o menos largos, y que les ahoga por completo el sentimiento de la alegría y del placer de vivir; es cierto que también lo hace a uno indiferente e insensible con respecto a otros inconvenientes. Nosotros sufrimos mucho del mismo a lo largo de casi todo el viaje, por lo que llegué al final delgado y muy debilitado. La segunda molestia es la *instalación*, insuficiente y carente de toda comodidad, el estar apiñada gente de todas las edades y sexos, y de toda condición espiritual y moral, a menudo de la más baja. Estas son cosas que el emigrante no puede cambiar, y que debe aceptar con paciencia. Pero en lo que se refiere al *aburrimiento*, éste no es del todo innecesario. En el eterno contorno de agua y cielo, el mismo hace su aparición allí donde un día se parece al otro como un huevo a otro, incluso el domingo a los demás días. Trabajo que acorte el tiempo sobre el barco es imposible, o se reduce a cocinar la comida, coser y tejer por parte de las mujeres. No deja de ser triste que aun haya tantas personas que no sean capaces de emplear el tiempo leyendo o conversando de cosas que vayan allá del tiempo. Durante la travesía he visto a muchos jugar a las cartas, pero leer, prácticamente a nadie; he oído muchas cosas feas y muchos juramentos, pero pocas conversaciones instructivas y edificantes. Otra plaga que hace más pesado aun un viaje ultramarino, y de la que son decididamente culpables los mismos pasajeros, es la gran falta de aseo de una gran parte de los mismos. Claro que la escasa agua dulce asignada a cada uno no favorece demasiado la limpieza; pero ésta falta a muchos aun en directa proximidad del agua. A ello se agrega el carácter rudo y peleador de algunos. Sin duda, los emigrantes podrían aliviarse mucho su viaje si todos fueran razonables. En realidad sucede lo mismo en todo el mundo; los hombres podrían ahorrarse mucha pena y dolor si no se perjudicaran mutuamente con vicios y faltas. Sólo que en un barco es más difícil salirles del paso a aquellos cuya compañía significa una tortura. De todo lo dicho resulta comprensible si casi todos los que componen un buque de emigrantes añoran el momento de salir de esa cocina de brujas; si prefieren cualquier cosa antes de estar allí toda la vida...

La mayoría de los lectores conocerán más o menos la instalación de un barco de emigrantes. Habrán de conocer aquellas camas formadas por un saco de paja y una manta de lana, semejantes a los depósitos de manzanas (*Apfelbürden*), colocadas contra las paredes en dos pisos en el entrepuente. En nuestro barco, tanto se habían mezquinado las maderas de sostén, que el saco de paja de los que se hallaban acostados arriba tocaba casi las narices de los que estaban abajo. Puede imaginarse la magnificencia reinante en un espacio tan reducido en donde duermen juntas de 100 a 200 personas, sin contar con esos pequeños entes malignos que llevaban a algunos a arrojar

al mar el saco de paja, prefiriendo dormir sobre la madera para escapar a su tormento. Contábanse en nuestro barco 170 pasajeros de entrepuente: algunos franceses, algunos alemanes, y el resto suizos de los cantones de Zug, Zürich, Argovia, Basilea, Neuchâtel y Valais. Los valesanos formaban las dos terceras partes, y eran una compañía de gente ruda, petulante y desaseada. Nos causaron muchas molestias en el viaje, y originaron la mayoría de las pendenencias. Los marineros los estimaban en más que a los otros, ya por el hecho de que hablaran en francés. Un valesano era el que repartía las raciones de carne y agua, teniendo así la posibilidad de perjudicarnos a los de habla alemana, aunque sólo fuera para mortificarnos...

Durante la primera parte del viaje se nos proveía de pan y carne fresca, lo cual impedía el mareo. Pero pasado esto, la carne tornóse maloliente, el pan mohoso. Había que dárselo a los peces. Luego vino la alimentación marina, carne salada y galleta. Tardamos mucho en acostumbrarnos a ella. Por varios días preferíamos tomar simplemente té o café. Es un verdadero alivio el que los pasajeros de un barco de emigrantes puedan al menos entretenerse en cocinar los alimentos, ya que no tienen otra ocupación. Aunque precisamente la cocina de uno de estos buques es una verdadera cocina de brujas, ya que da lugar a la mayoría de los incidentes y las riñas. Dice el proverbio que si en una cocina hay más de una mujer, hay una que está de más. ¡Cuántos grupos deben hacer uso de la misma cada día! Un día armóse, incluso, una trifulca entre valesanos y alemanes, que sólo terminó con la intervención del capitán. Sería muy de desear que cada vez se cocinara para todos los pasajeros del entrepuente juntos, en forma que todos se turnaran para este menester.

La alternancia entre el mar agitado, el temporal y la completa calma no nos faltó. Cada cambio de tiempo suscitaba también un cambio semejante en los pasajeros. Al llegar la tempestad, aquellos que se la pasaban holgazaneando o tendidos hasta que les dolían las costillas, entraban también necesariamente en movimiento. Aquellos que un momento antes todavía reñían y echaban maldiciones, rezaban súbitamente el rosario tan seria y ruidosamente, que a uno le dolían los oídos casi tanto como con las maldiciones. Los peces que seguían a nuestro barco nos resultaron un buen entretenimiento; constituían al menos una prueba de que no éramos los únicos seres vivientes en esta soledad. Les arrojábamos restos de comida, y tratábamos de apresarlos. Lo logramos sólo con un tiburón, que luego comimos. Una criatura de diez semanas murió en la travesía, siendo entregada a las 10 de la noche a la líquida sepultura. Un solo barco nos cruzó en todo nuestro camino. El acostumbrado bautismo de Neptuno en el paso del Ecuador no fué realizado en nuestro barco; el capitán lo prohibió, probablemente en prevención del escándalo...

Hacía ya diez semanas que estábamos sobre el mar, cuando el azul oscuro del mar comenzó a tornarse verde amarillento, primer signo de que la tierra firme se estaba aproximando: estábamos próximos de la desembo-

cadura del Río de la Plata. Los marineros prepararon el ancla y las cadenas. El 25 de junio volvimos por primera vez a ver tierra. ¡Qué júbilo! El 28 nuestro barco echó anclas en la rada de Buenos Aires. Aparecieron botes para ofrecernos en venta cigarros y tabaco, pan y carne fresca, que constituyeron golosinas para quienes durante diez semanas debieron conformarse con la alimentación marinera. Los emigrantes destinados a Buenos Aires fueron desembarcados; también el capitán bajó a tierra. Mientras tanto, los que quedaban debieron sufrir mucho de la brutalidad de los marineros, que ahora se hallaban sin vigilancia; sus atrevimientos y pretensiones debieron, en parte, ser rechazados con mano armada. El 30 de junio se realizó nuestro trasbordo a dos barcos de tráfico fluvial. En uno fué colocado el equipaje, y en el otro, los pasajeros; yendo tan repleto, que uno casi no podía moverse. No nos fué permitido bajar a tierra. Si bien costeábamos el viaje con nuestros propios medios, éramos transportados como mercadería y se nos trataba como a siervos.

El 3 de julio comenzó el viaje fluvial. En Basilea nos habían dicho que en dos o tres días se hacía dicho trayecto; nosotros tardamos ¡15 días! Los barcos suelen avanzar allí sólo de día y en las noches claras, a causa de las muchas curvas, los bancos y las islas. En unas ocasiones se producía una calma chicha, por la que no podíamos avanzar ni un palmo; en otras, el barco tocaba un banco. En este caso debían descender todos los hombres para aliviarlo o para tirar de él con sogas desde la costa. Repetidas veces debieron cargarse provisiones. La vista del paisaje costero nos trajo la primera desilusión. Esperábamos un paraíso, y resulta ser un campo vulgar y silvestre, y ni siquiera esto. Exceptuando algunas casas blanqueadas en San Pedro, San Nicolás y Rosario, sólo veíamos pocas y miserables chozas, y lo que menos nos gustaba era el que apenas si veíamos trazas de que el campo fuera cultivado. Pasando Santa Fe penetramos en el río Salado, fondeando algo más arriba por última vez en Paso Santo el 19 de julio. Desde allí debíamos trasladarnos en carruaje hasta nuestro lugar de destino, San Carlos. Compatriotas emigrados anteriormente habían venido allí a encontrarnos. Lo que ya sospechábamos nos lo confirmaron ellos con su apariencia y sus palabras. Nos borraron del todo la niebla de los ojos. En Paso Santo acampamos por una noche. Al día siguiente llegaron algunos colonos con carretas para conducir el equipaje y las herramientas, y con carros tirados por caballos para las mujeres y los niños. Estos, para quienes fui designado como acompañante, alcanzaron San Carlos al anochecer del 20 de julio; los demás, un día después." (pp. 7-14).

Relata luego la llegada a la colonia, y la desilusión que se apodera de todos, con el llanto y la protesta de las mujeres.

"La primera noche la pasamos en un galpón destinado al maíz y a los arreos. Al día siguiente trabamos conocimiento con el *rancho* que tanto

nos habían alabado, que debería estar listo para el alojamiento provisorio de los colonos. Este rancho era un cobertizo situado a 500 pasos de las chozas de los colonos, techado con juncos [paja brava], hacia un lado medio abierto. Esa fué nuestra vivienda en tiempo de invierno. Como lo estipulaba el contrato, por la mañana del primer día recibimos nuestros víveres. Estos eran cocinados en común por todos sobre un fuego en medio del galpón.” (p. 15).

El primer día se pasea por la colonia y habla con los que ya se hallan instalados. En general, no están satisfechos, y bastante deprimidos; su único consuelo es confiar en que con el tiempo todo mejorará. El autor se sorprende de encontrar en situación tan precaria a aquellos que han escrito cartas tan entusiastas y elogiosas a Suiza. Otros han abandonado la colonia, como el jactancioso tirolés Kappeller, quien lo hizo tras cometer una serie de fechorías.

El y su socio reciben una concesión de 20 cuadras o 33 Ha., como todas las que se otorgan a cada familia, real o “fabricada”, formada por cuatro personas. Comenzaron entonces una serie de trabajos previos a la explotación del campo.

“El *primer trabajo* fué el de cavar un pozo de agua de 36 pies de profundidad. Nos favoreció el hecho de poseer el suelo una gran firmeza, ya que no hay allí piedras para emparedar de ningún tamaño. La capa superior está formada por tierra negra de varios pies de espesor, sigue luego arcilla amarilla compacta, y a los 33 pies, arena.

El *segundo trabajo* fué la construcción de un redil (establo) para el ganado, que según el contrato nos habría de ser entregado. Por un privilegio especial, podíamos buscar la madera necesaria a sólo 6 horas de distancia, en el campo de un rico estanciero. Claro que la madera era bastante mala. Los sostenes para nuestra cabaña también los traíamos de allá. La nave para el techo la debíamos traer de más lejos aún. Había que alquilar caballos para ir hasta allí. Por entonces monté por primera vez a caballo, por supuesto no sin ser arrojado del mismo. Además de elementos de trabajo y de cocina, y provisiones para tres días, llevábamos también armas. En el trayecto no había agua potable. A pesar de que nos turnábamos en hacer guardia, y de que teníamos a los caballos atados en inmediata cercanía, una vez nos fueron robados dos de los mismos, que afortunadamente más tarde volvimos a recuperar. La madera y la paja la acarreábamos entonces con bueyes, que nos prestaban los vecinos.

Cuando terminamos el corral, recibimos cuatro bueyes. Debí sufrir muchos sacudones hasta que éstos estuvieron amansados y civilizados. Martín [el socio, cuyas actitudes ya desde el barco comenzaron a hacerle desconfiar] parecía seguir considerándome como su criado, ya que hacía caer sobre

mí la mayor parte del trabajo. Seis semanas después siguieron dos vacas, y después de mucho insistir, dos más con terneros. Una era tan salvaje, que entre dos a caballo teníamos gran trabajo para atraparla. En vez de los caballos estipulados, tomamos una suma equivalente de dinero y compramos algunos.

Otro trabajo fué la confección de ladrillos. La tierra para los mismos era extraída en el cercanías de un pantano; la amasábamos con los caballos o con los propios pies, la colocábamos en moldes y la dejábamos secar al sol. Con el mismo material se construyen las paredes de las viviendas. Mientras tanto aramos también diez *jucharten* de campo, sembrándolo con maíz, maní, batatas, chauchas y caña de azúcar. En el campo, ya anteriormente labrado, de un vecino, plantamos una huerta. Las semillas germinaron rápidamente, pero los brotes se echaron a perder por la acción de los bichos, el viento y la sequía." (pp. 17-18).

Ya definitivamente malquistado con su socio, el autor decide abandonar la colonia, ya que según él es imposible para un colono dejar de hundirse cada vez más en deudas y llegar algún día a una situación holgada. ¿Por qué? He aquí la razón:

"Es verdad, y lo prueban los hechos, que una granja de San Carlos, aun tras una buena cosecha, deducido el tercio que se debe entregar a la Administración y los gastos en efectivo para sembrar y trillar, deja al colono poco más que fatiga, trabajo y deudas. Es verdad que sus necesidades son menores que en su país de origen; pero, en cambio, las cosas más indispensables, instrumentos de trabajo, artefactos de toda clase, la ropa, el jabón, son extremadamente caros. Lechos y vestimentas decentes son, al fin y al cabo, tan indispensables allá como acá, sobre todo cuando sopla el viento Sur (nuestro *Bise*), que traspasa hasta los huesos; especialmente si se tiene en cuenta que allí no hay instalaciones de calefacción ni habitaciones que conservan el calor, y que la leña debe usarse con parsimonia. Feliz de aquel que tiene trabajo y puede hacer deudas; de otro modo se ha de encontrar probablemente en una situación muy triste. La liquidación de las deudas contraídas debe hacerse con el producto de las cosechas. Pero, puesto que el colono está obligado según el contrato a cultivar desde el primer día una determinada cantidad de *jucharten*, entonces este trabajo será hecho o muy a la ligera, o con grandes gastos en salarios, y el producto no será ni de lejos el que se suele esperar en Suiza. Sería mucho mejor si se les permitiera a los colonos preparar el cultivo de su campo con mayor tranquilidad. Si por la sequía o por una visita de las langostas llega a producirse una mala cosecha, el tercio a entregarse será menor, pero los gastos para vestimenta, etc., serán los mismos. Otro inconveniente se deriva del hecho de la inexistencia de graneros, debiéndose efectuar en seguida la trilla, y tratar de vender el cereal a cualquier precio. El comprador en Santa Fe

sabe que, habiendo llegado uno con su carga hasta allí, desde 16 horas de distancia, no va a llevársela de vuelta. En fin, la mayoría de los colonos recién se libran de las deudas por la muerte. Se trabaja con gusto si se tiene la perspectiva de llegar adelante; pero en donde a pesar del trabajo y de las privaciones uno se hunde cada vez más, allí se le va el ánimo aun al más activo. El desaliento y la falta de esperanza es decididamente el sentimiento que predomina entre los colonos de San Carlos. No constituye ello una reproche para los empresarios, ni menos para el señor Beck; ellos han cumplido en general sus obligaciones contractuales para con nosotros. Sólo queremos decir que hay circunstancias contra las cuales aun los mejores hombres luchan en vano. Los empresarios tampoco podrían cambiar la situación aun cuando hiciesen sacrificios céntuples. La tarea que han emprendido no tiene ninguna posibilidad de éxito." (pp. 20-21).

Después de realizar algunos trabajos por cuenta de otros, entra en diciembre del mismo año al servicio de Carlos Beck en Santa Fe; la esposa en el servicio doméstico (con 40 francos mensuales), y él en el molino de propiedad de aquél. En mayo del año siguiente nace su primer hijo en una estancia del señor Beck. Deciden regresar a Suiza, para lo cual se trasladan a Buenos Aires por vía fluvial, habiendo ya estallado la guerra civil. Allí entran a trabajar en la cervecería de Bühler, la mayor en ese entonces. Describe el ritmo de trabajo en dicho establecimiento:

"A las cuatro de la mañana se llamaba al trabajo por medio de una campana colgada en el patio. El patrón en persona se hallaba por lo general ya allí y controlaba severamente la disciplina. Retardo significaba despido. A las 6 se tomaba café negro con azúcar y pan; a las 9 era el desayuno, consistente en carne y pan, y a las 4 de la tarde el almuerzo: sopa, carne, siempre asado, ninguna verdura, excepto tallarines. Luego trabajo hasta las 9 de la noche. Para la sed siempre teníamos a disposición un barrilito con cerveza algo inferior. Los domingos también se trabajaba hasta mediodía. Así resulta que, desde nuestra partida de Suiza, nunca visitamos una iglesia, excepto para el bautismo de nuestro niño en Buenos Aires, y ello recién al atardecer, después del culto." (p. 23).

Ahorrados los medios para el pasaje, emprenden por fin el viaje de regreso en agosto de 1862 (¿1863?). Tras muchas peripecias (que ya comienzan en la barca que los lleva de la costa hasta el buque, la que tarda tres horas para ello, debiendo los pasajeros ser subidos en sogas a causa del oleaje), en un viaje de casi cinco meses de duración, llegan por fin a Marsella, desde donde toman el tren que los llevará a la ansiada patria, de la que el autor declara no querer desprenderse más.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

Bibliografía general: Bodmer, 1945; Dickmann, 1946; Dreifuss, 1903; Ferenczi, 1930; Hürlimann, 1918; Karrer, 1886; Liniger, 1948; Lobsiger, 1946; Müller, 1937; Schwarz, 1931.

- p. 13. Citas de Ratzel: 1899 (1914), pp. 191 y 126, respectivamente.
Cifra de europeos instalados en América: Lobsiger, 1946, p. 1. Según Dickmann, 59 millones de emigrantes salieron de Europa entre 1846 y 1932, de los cuales 54.000.000 desembarcaron en el continente americano (1946, p. 20). Emigración de Suiza: Lobsiger da la cifra de 383.728 personas. La de Müller (1937) es algo mayor.
- p. 14. Momentos migratorios europeos: Seguimos fundamentalmente a Ferenczi, 1930.
Cita del Conde del Pulgar: seg. de Chambrier, 1939 a, p. 115; el subrayado es nuestro.
Folleto de 1934: véase ilustración, en Müller, 1937.

CAPÍTULO I

Bibliografía general: De Chambrier, 1939 b; Karrer, 1886; Liniger, 1948; Lütge, Hoffmann y Körner, 1955; Müller, 1937; Schopflocher, 1955; Schwarz, 1931; Sierra, 1944; Zbinden, 1931.

- p. 21. Cita de Zbinden: 1931, p. 18.
Misioneros suizos: Zbinden, 1931, pp. 19-22; Sierra, 1944, pp. 391 y 398-400; Gouzy, 1931, pp. 60-62.
- p. 24. Citas de Schopflocher: 1955, pp. 13-14 y 16, respectivamente.
- p. 25. Idem, pp. 17 y 22.
- p. 27. Cita de Castellanos: 1877 (1948), pp. 21-22.
- p. 28. Cita de Zbinden: 1931, pp. 24-25.
Cita de Karrer: 1886, p. 78.
Cifra de suizos en Sudamérica en 1850: Zbinden, 1931, p. 13.
- pp. 29 y 30. Citas del "Facundo": pp. 17-23.
- pp. 30. Cita de Cervera: 1906, p. 7.

Cita de Beck-Bernard: 1872, pp. 53-54. Para completar estas descripciones coetáneas, reproducimos dos de las vívidas estampas de la Argentina de esos años que nos ha legado *Lina Beck-Bernard*, la inteligente esposa del autor recién citado. Corresponden al año 1857, y la vida aun no había cambiado mucho exteriormente desde la caída de Rosas, producida cinco años antes. Constituyen una muestra del ambiente al que arribaron los primeros contingentes de colonos suizos y de las costumbres a las que éstos en parte tuvieron que amoldarse y a las que a su vez contribuyeron a modificar.

La primera se refiere al puerto de Buenos Aires: "Ofrece un aspecto de singular animación. El agua del río es poco profunda y el fondo muy desigual; por eso los navíos se ven obligados a fondear a cierta distancia de la costa y descargar sus mercaderías en barcos más pequeños que no pueden tampoco llegar a tierra; unas carretas muy altas, tiradas por grandes bueyes, se internan en el río y van a recoger las cargas de las embarcaciones. Por lo demás, el panorama [visto desde el río] en sí no tiene nada de notable; la costa es baja y árida; un gran edificio nuevo, la Aduana, y algunas cúpulas bastante altas se destacan entre la masa confusa de los edificios. Un malecón de madera, muy largo, que llaman el muelle, se avanza en el río frente a la Aduana y resulta muy útil por la escasa profundidad del agua. Desde el balcón de nuestro hotel abarcamos un panorama muy extenso sobre el puerto y la rada; al fondo de ésta, todo un bosque de mástiles cierra el horizonte. En el puerto van y vienen una multitud de carretas en todas direcciones; las ruedas, al girar, esparcen una lluvia de gotas que brillan al sol como chispas iridiscentes. En la parte delantera de la carreta se sienta, muy derecho y arrogante, el *picador*, armado de su larga caña con que aguijonea a los bueyes. De vez en cuando, debido a los pozos ocultos bajo el agua, la carreta desaparece casi por entero, inopinadamente, con sus bueyes que levantan por encima de las ondas sus anchas cabezas de largos cuernos" (1864 [1935], pp. 76-77, 60-61).

La vida en la ciudad de Santa Fe, en cuyo *Hinterland* se desarrollarían las principales colonias agrícolas, es descripta del siguiente modo:

"La casa que ocupamos es muy amplia y dispuesta al modo oriental, como lo son las casas antiguas de este país, que conserva los usos y costumbres de Andalucía. Tiene pocas aberturas al exterior y más puertas que ventanas. La entrada principal o zaguán conduce al primer patio, a cuyo alrededor se abren las puertas y ventanas de nuestras habitaciones. Un hermoso parral, formado de cuatro cepas, una de las cuales tiene el grueso de un árbol mediano, da sombra muy grata sobre las baldosas rojas del patio. Por que aquí no se usa la piedra como en Buenos Aires. Los techos son de azotea.

Encima de la puerta de entrada hay, como en muchas casas de Oriente, una pieza única, llamada *altillo*, con un balcón a la calle que llaman *mirador*. Desde el mirador la vista es en extremo atrayente. Dominamos la Plaza Mayor, con sus dos grandes iglesias, y el Cabildo o Ayuntamiento, vasto edificio de terrazas con galerías y pórticos abiertos. Las calles, rectas, dejan ver, a trechos, los naranjales, limoneros y durazneros de las huertas. Hermosas palmeras agitan sus elegantes penachos por encima de los naranjos. Puede verse también el convento de San Francisco, el de Santo Domingo,

cuya inmensa iglesia inacabada levanta muy alto sus lienzos de pared modernos, pero ya derruídos en parte. Hacia el Oeste, el río Salado o Juramento ciñe la ciudad con sus aguas de un azul pálido. Más allá del río se confunde con el horizonte la línea verde y ondulada de los bosques. Es el Chaco, con sus inmensas soledades, sus selvas, sus pampas y sus indios. Mirando hacia el oriente vemos los barcos del puerto de Santa Fe y las islas, cubiertas de vegetación, que separan al puerto del río Paraná. En lontananza, las barrancas de Entre Ríos y la ciudad de Paraná con sus caseríos blancos entre jardines y bosquecillos. En lo alto del Cabildo flamea la bandera azul y blanca de la Confederación Argentina. La atmósfera transparente, la luz admirable y el cielo de un azul espléndido, dan a los objetos un aspecto lúcido y dorado, destacándolos con relieves incomparables.

Las escenas en los patios de las casas vecinas forman la parte más original de nuestro cuadro. De un aljibe, que ocupa el centro de un patio, sacan agua y llenan sus tinajas algunas mozas pardas y mulatas. Llevan en la cabeza un chal de colores muy vivos, con el que se arrebozan graciosamente. Otras pisan maíz en grandes morteros hechos en troncos de algarrobos. Este maíz lo destinan a la mazamorra, plato favorito de la región, que cocinan en una olla puesta sobre dos ladrillos. La olla, con una o dos cacerolas de cobre, un cuchillo y algunas conchas de nácar, que hacen de cucharones, componen todo el ajuar culinario.

La cocina misma está constituida a menudo por un cobertizo de cañas o palmas, sostenido por macizos pilares. Una cocina cerrada, con puertas y ventanas, es lujo inusitado y no ofrece mucho atractivo con sus paredes ahumadas y cubiertas de hollín. En el patio más próximo varios niños juegan bajo sus naranjos y hacen caer las frutas doradas que cuelgan de las ramas en profusión. Algo más lejos, una criolla muy elegante ha colgado su espejito de un pilar y alisa y adereza sus abundantes cabellos con gracia muy española. Algunas mujeres viejas, sentadas bajo un corredor, lían hojas de tabaco sobre sus rodillas, hacen con ellas enormes cigarros y se ponen a fumar. A pocos pasos, una indiecita, sentada en cuclillas, pone a hervir agua en una pava y tiene en su mano, preparado, un mate de plata. Espera que hierva el agua para cebarlo y servirlo luego a las fumadoras. Bajo el mismo corredor, algunas jovencitas bordan y hacen encajes" (*Ibid.*, pp. 92-95).

- p. 31. Cita de J. de Chambrier: 1939 b, pp. 65-66.

CAPÍTULO II

Bibliografía general: Badano, 1953 (cita a un trabajo de César B. Pérez Colman sobre Las Conchas, aparecido en "Memorias del Museo de Entre Ríos", N° 23, Paraná, 1945); Castellanos, 1877; Cervera, 1906; Macchi, 1949; Razoni, 1945, III; Schopflocher, 1955.

- p. 34. Cita de Brougues (de un escrito posterior): en Macchi, 1949.
 p. 35. 74 familias establecidas en San Juan: según Cervera, 1906, p. 10.
 Cita de Beck: 1872, p. 54.
 p. 36. Citas de Cervera: 1906, pp. 11 y 12, respectivamente.

- p. 37. Beck sobre Lelong: 1872, p. 56.
- p. 39. Cita de Castellanos: 1877 (1948), p. 22.
- p. 41. Cita del informe del vicealmirante Othan al Almirantazgo inglés: Castellanos, *ibid.*, p. 23.
Citas de Castellanos: *ibid.*, pp. 24, 26 y 26-27, respectivamente.
- p. 43. Reproducen el contrato entre el gobierno de Santa Fe y Aarón Castellanos: Cervera, 1906; Schuster, 1913, II (en alemán); Miatello, 1939; Grenon, I (1939); Razori, 1945, III, y *Digesto Municipal de Esperanza* (1955).
- p. 44. Citas de Castellanos: 1877 (1948), pp. 29, 32 y 33, respectivamente.
- p. 45. Citas de Castellanos: *ibid.*, pp. 34 y 37.

CAPÍTULO III

- Bibliografía general:* Beck, 1872; Castellanos, 1877; Cervera, 1906; Comisión Conmemorativa del Centenario de Esperanza: informes de prensa números 2, 3, y 4 (1956); Frey, 1907; Huber, 1931; Instituto Agrario Argentino, 1939; Schopflocher, 1955; Schuster, 1913, II; Willi, 1931; Zbinden, 1931. Además, datos verbales (inéditos) del señor J. Alejandro Barbich.
- p. 47. Castellanos se refiere extensamente a sus trabajos en Europa en pp. 114-130 de su opúsculo de 1877 (1948). El título que da allí a su folleto de 1855 es el de "Ligeros apuntes sobre el Río de la Plata" (p. 126). Dato interesante es el de que los enemigos más "implacables" de la emigración a la Argentina "eran los agentes del Brasil, que trabajaban por llevar los emigrantes a aquel Imperio" (p. 124). Pero entonces "el señor Vanderest, con su vasta instrucción y talento distinguido de escritor, empezó a publicar una por una, por sus fechas, las expediciones de emigrantes que habían venido al Brasil desde tiempos atrás, que todas habían sucumbido y algunas de ellas sin quedar un solo vivo, devorados por aquel clima abrasador y mal sano" (pp. 124-125). Dándose por vencidos, los representantes brasileños terminaron ofreciéndole trabajar para la colonización en el Brasil, lo cual Castellanos no aceptó (v. op. cit., pp. 41 y 75).
 - p. 48. Citas de la "Circular" del 30 de mayo de 1855: Comisión del Centenario de Esperanza, Informe de Prensa N° 3.
Nombramiento de Vanderest como cónsul de la Confederación Argentina en Dunkerke: Grenon, I (1939), p. 153.
Nota 1: Cita de Castellanos: "Por los repetidos anuncios que recibía, y por lo que yo mismo estaba palpando, no trepidé en dar el aviso a Santa Fe para recibir las doscientas familias en el plazo estipulado, acompañando algunos folletos, así como al señor ministro Gutiérrez también; no obstante que sólo tenía menos de una tercera parte de los contratos."
 - p. 49. El opúsculo detractor: "Die Auswanderung nach Santa Fe im argentinischen Staatenbunde" (v. Bibliografía). La contestación: "Die Argentinische Republik und die Kolonie von Herrn Castellanos" (id.).
 - p. 50. Carta de Balcarce al coronel Barmann, incluida en la Circular de Vanderest: véase Informe de Prensa N° 3, citado. Se escribe allí erróneamente "Verveyses" en vez de Veveyse.

- p. 51. Fecha de embarco de las familias friburguesas (y citas posteriores): Frey, 1907. Director-propietario del diario "El Tribuno" era el señor Manuel C. Carrica. Debo al señor José Enrique Chiappara el dato de que el autor de dicho artículo anónimo fué el caracterizado vecino de Baradero don Emilio Frey (v. p. 179, nota 1).
- p. 52. Proceso de 1807, y exportación de cereales entre 1834 y 1838: datos del señor Barbich.
- p. 54. Sobre Germán Frers, véase Lütge, Hoffmann y Körner, 1955, p. 143. Remitimos a la figura 3 para el texto de los pasaportes citados, y lo escrito en el dorso, que atestigua que los viajeros "se presentaron" el mismo día 28 de enero en el puerto.
- p. 55. El texto de la concesión de terrenos a las diez familias se halla reproducido en varios lugares: Frey, 1907 (fragmentario); Instituto Agrario Argentino, "Reseñas", 1939; Schopflocher, 1935; "La Nación", 29.I.1956. El de Cervera (1906, p. 15) es fragmentario y erróneo. Por otra parte, su afirmación, hecha en base a simples indicios, de que "los agricultores sueltos llevados al Baradero pertenecían a la expedición de Castellanos", y que habrían venido en la primera remesa llegada a la rada de Buenos Aires entre el 20 y el 23 de enero de 1856, es igualmente errónea.
- p. 56. Informe acerca de la segunda remesa de colonos: citado en Cervera, 1906, pp. 15-16.
- p. 57. Citas de Beck: 1872, pp. 99 y 98, respectivamente.
- p. 58. Cita de Perkins: seg. Lütge, etc., 1955, p. 205.
- p. 59. Datos del cuadro: de Beck (1872, p. 100), y Zbinden (1931, p. 35), entre otros.
Datos sobre producción: Beck, 1872, p. 101.

CAPÍTULO IV

- Bibliografía general:* Allemann, 1859; *Brief-Auszüge aus Santa Fe*; Castellanos, 1877; Cervera, 1906; Comisión del Centenario de Esperanza, Informes de Prensa N^{os}. 2 y 4; Grattarola, 1945; Grenon, I; Instituto Agrario Argentino, 1947; Peyret, 1889; Schopflocher, 1955; Schuster, 1913, II; Sommer-Geiser, 1857; Zbinden, 1931.
- p. 61. Sobre su actividad "ilusionadora" dice el mismo Castellanos: "Los trabajos que emprendí en Europa eran para conmover el ánimo de todo emigrante, y de los que no lo fuesen también, enjendrando hasta deseos de venir a un país, á cuya fertilidad asombrosa añadía la de tener inmensos bosques vírjenes de maderas esquisitas, con ríos navegables en la extensión de quinientas leguas, con llanuras donde todo es vejetacion..." (*op. cit.*, p. 39).
Puede verse una reproducción de la primera hoja de un contrato de colonización en Schuster, II, p. 192.
 - p. 62. Citas de Castellanos: *op. cit.*, pp. 46, nota; 117 y 118. Es interesante lo que consigna la mencionada nota de la p. 46.
Cita de Perkins: seg. Grenon, III (1947), p. 15.
Cita de Schuster: 1913, II, p. 196.

- p. 63. Cita de Castellanos: *op. cit.*, pp. 73-74.
 Carta de los emigrantes a Vanderest: véase Informe de Prensa N° 2 (reproducción del diario "El Orden" de Buenos Aires, que a su vez reproduce un artículo de "L'Autorité" de Dunkerke).
- p. 67. Cita de Castellanos: *op. cit.*, p. 117.
 Carta de Pedroni: carta particular al autor, del 10 de febrero de 1956.
 Castellanos: *op. cit.*, pp. 37-38; Cervera, 1906, pp. 32-33.
- p. 68. Entrevista de Castellanos con Cullen: Castellanos, *op. cit.*, p. 42.
 Trabajos previos para la instalación de Esperanza: Cervera, 1906, pp. 39-42. Véase también Grenon, I.
 Cita de Castellanos: *op. cit.*, pp. 46 y 65.
- p. 69. "Gringo": queremos hacer notar que este epíteto para el extranjero todavía no se hallaba en uso en la época que comentamos; lo empleamos como simple recurso literario.
 La comunicación desde Liverpool es mencionada por José Iturraspe en una carta dirigida al señor Benjamín Villafañe. Véase Informe de Prensa N° 4.
 Llegada de las primeras remesas a Buenos Aires: Dice Castellanos (*op. cit.*, p. 46, nota) que quiso "ser pródigo a fin de que nada carecieran y tenerlas contentas. A su arribo al puerto de Buenos Aires, tuvieron víveres frescos en abundancia que mi apoderado les daba en los cinco días de estadía que tuvo cada buque para trasbordarlos a Santa Fe. A mi llegada a Buenos Aires [abril de 1856] compré doscientas palas, ciento veinticinco arados americanos, de diferentes marcas, gran cantidad de ropa hecha para hombre, y géneros para mujeres y niños, por si llegaban a necesitar en el tiempo que tardaran en recoger sus primeras cosechas. Todo lo embarqué para Santa Fe inmediatamente". No sabemos si todo este material pasó efectivamente a manos de los colonos. Acerca de las fechas de llegada y partida para Santa Fe, véanse los informes periodísticos reproducidos en los Informes de Prensa Nos. 2 y 3. También Cervera, 1906, pp. 44-47. En p. 45, nota 2, se halla el dato sobre la fecha de llegada a Santa Fe. Según Aarón Castellanos, los primeros colonos "llegaron a Santa Fe a fin de Enero de 1856" (*op. cit.*, p. 99).
- p. 70. Sobre la llegada de los colonos a Santa Fe nos ilustra pintorescamente este párrafo de Carlos Beck-Bernard (1865; reproducido en Informe de Prensa N° 6): "...y las doscientas familias llegaron a Santa Fe casi todas a la vez. La población de esta ciudad tranquila y dormida estaba poco acostumbrada a ver a un extranjero llegar a su recinto; para ella el contrato votado por sus representantes y firmado por su gobernador, no pasaba de una utopía, de un homenaje tributado por la fama a algunos escritores y oradores que procuraban popularizar la idea de la colonización, pero siendo en el fondo una idea que jamás llegaría a realizarse. Grande fué pues la sorpresa cuando se vió entrar en el puerto unas goletas erizadas de cabezas, y cuando ratos después la playa se llenó de hombres, de mujeres y de niños, en blusas, con gorras valesanas, cuyos modales y andar algo pesados contrastaban con las costumbres flexibles y corteses del país. La llegada de los primeros colonos ha quedado impresa en el recuerdo como un suceso notable..."

Fechas de traslado a la colonia: 3 de febrero de 1856, según una mención vaga y no fundamentada de C. del Esla (1956); asimismo, dicha fecha recordada por R. Zehnder como la de llegada a Santa Fe, podría ser confusión con la de la llegada al lugar de la colonia. 13 de febrero: según un dato de P. J. Guala, esta fecha era recordada por la señora Seppey de Gay como de la llegada a Esperanza. Las fechas concretas más seguras son, pues, el 9 (J. Huber) y el 13 de febrero (señora S. de Gay).

Cita de Zehnder: en Cervera, 1906, p. 47.

- p. 71. Protesta de la Sociedad de Colonos: véase Castellanos, *op. cit.*, pp. 83-84. Contestación del gobierno provincial, *ibid.*, p. 84. Cuestiones con Buenos Aires: Cervera, *cit.*, pp. 45-46.
- p. 72. Los recuerdos de esta fundadora anónima se hallan transcritos en Schuster, II, pp. 197-201. Cita, de p. 200.
- p. 73. Número de emigrantes en el "Packet": Sommer-Geiser, 1857. Citas de Sommer-Geiser, *op. cit.*: pp. 13 y ss.; 101-103; 121; 149-150.

CAPÍTULO V

Bibliografía general: Beck, 1865; *Brief-Auszüge aus Santa Fé*; Castellanos, 1877; Cervera, 1906; Chiesa, 1914; "El Cosmopolita" y "El Ferrocarril" (véase Bibliografía); Gabarret, *Discours*; Grattarola, 1945; Grenon, I-IV (1939-1948); Huber, 1931; Hutchinson, 1866; Instituto Agrario Argentino, *Re-seña*, 1947; Miatello, 1939; Moussy, 1860-64; *Digesto Municipal* de Esperanza, 1955; Perkins, 1864; Peyret, 1889; Schuster, II, 1913; Sommer-Geiser, 1857; Wilcken, 1873; Zbinden, 1931; Zeballos, 1881.

- p. 77. Cita de Arenales: Grenon, I, p. 28.
- p. 78. Cita de Castellanos: 1877 (1948), p. 41.
- p. 79. Entrevista con el Gobierno Nacional: *ibid.*, pp. 49-50. Para nuestra opinión sobre Cullen seguimos a Castellanos en sus memorias y lo que de ellas se desprende.
- p. 80. Exposición al ministro del Interior del 9 de septiembre: se halla reproducida en *ibid.*, pp. 62-71.
- p. 81. Cuadro: según Cervera, 1906, p. 51. Grenon (I, pp. 116-122) presenta una "nómina, según el censo de Foster". Otra "nómina de los fundadores", con el número de las respectivas concesiones, se halla en *ibid.*, pp. 106-116.
- p. 83. Cuadro de Zbinden: 1931, pp. 32-33.
- p. 84. Concesiones en 1864: véase Perkins, en Grenon, III, pp. 24 y 30.
- p. 85. Puede verse un plano de las concesiones de Esperanza en Grenon, I, p. 107. Cita de Beck: 1872, p. 67. Cita de Perkins: en Grenon, III, p. 21. Incendio: Schuster, II, p. 205.
- p. 86. Folleto de 1857: "Ueber den Landbau und Ertrag..."
- p. 89. Sobre el campo comunal, véase también: Castellanos, *op. cit.*, pp. 92-93; Perkins, *op. cit.*, pp. 12-13.
- p. 91. Cita de Grenon: I, p. 179. Declaración del Concejo Municipal: véase "Digesto Municipal", p. 26.

- Cita referente a Barlathay: *ibid.*, p. 23.
- p. 92. Cita de Perkins: en Grenon, III, pp. 34-35; de Hutchinson: *ibid.*, pp. 60-61. Los subrayados son nuestros.
- Cita de Castellanos: *op. cit.*, p. 72.
- p. 93. Cita sobre el canto: "El Ferrocarril", 25-26 de julio de 1864.
- p. 94. Cita de Cervera: 1906, p. 70.

CAPÍTULO VI

- Bibliografía general:* Allemann, 1859; Beck, 1872; Castellanos, 1877; Gori, 1947 a, Macchi, 1949; Peyret, 1889; Razori, III, 1945; Schopflocher, 1955.
- p. 97. Emigrantes de Vanderest: véase Memoria elevada por Derqui al Congreso Nacional el 24 de mayo de 1856 (en Informe de Prensa N° 5); Cervera, p. 61.
- Cita de Castellanos: *op. cit.*, p. 77; carta del 9 de septiembre de 1856: *ibid.*, pp. 62-71.
- p. 98. Cita de Castellanos: *ibid.*, pp. 171-172.
- p. 99. Cita de Gastón Gori: 1947 a, p. 25.
- p. 100. Sobre las gestiones para la admisión de los colonos en Entre Ríos, véase Castellanos, *op. cit.*, pp. 173-175.
- p. 101. Cita de Macchi: 1949, p. 49.
- Cita de Peyret: según Macchi, *ibid.*, p. 50.
- p. 102. Cita de Macchi: *ibid.*, p. 50.
- p. 104. El contrato de colonización con Urquiza se halla reproducido en Macchi, Apéndice N° 3, pp. 117-119.
- Cita de Schopflocher: 1955, pp. 40-41.
- p. 105. Carta de Peyret: reproducida en Macchi, 1949, p. 120; carta del Consejo Municipal a Urquiza: *ibid.*, p. 121.
- p. 107. Cita de Macchi (a quien seguimos para todos estos datos): 1949, p. 88.
- p. 108. Pobladores en 1869; Beck, 1872, p. 106; citas: *ibid.*, p. 104.
- p. 109. Cita de Macchi: 1949, p. 107.

CAPÍTULO VII

- Bibliografía general:* Allemann, 1859; Beck, 1865, 1872; Gori, 1947 a; Gschwind, 1932, 1933; Huber, 1931; *San Jerónimo Norte* (Fundación de); Schuster, II, 1913; *Schweizerische Colonisations-Gesellschaft Santa Fé* (Proyecto zur Gründung..., Memorias y Estatutos); Zbinden, 1931.
- p. 112. Cita: de los apuntes "Fundación de San Jerónimo Norte", por la señora Carmen Kuchen de Beltramino.
- p. 113. Cita de Huber: 1931, p. 287.
- p. 114. Sobre el Cacique Denis y la expedición de los sancarlinos: véase Grenon, III, pp. 199-201; Schuster, II, pp. 239-241.
- p. 115. Cita de Gschwind: 1932, p. 12.
- Citas del contrato entre Beck y Herzog y el gobierno de Santa Fe: en

- Gori, 1947 a, pp. 15-16.
p. 116. Anécdota de Iriondo: *ibid.*, p. 27.

CAPÍTULO VIII

- Bibliografía general:* Allemann, 1859; Beck, 1865, 1872; *Briefe aus der Colonie San Carlos*; Chiesa, 1914; Gori, 1947 a, 1947 b, 1954, 1955; Gschwind, 1932, 1933¹; Huber, 1930-31, 1931; Perkins, 1864; Peyret, 1887; *Reise eines schweizerischen Auswanderers...* (véase Apéndice VII); Schuster, II, 1913; *Schweizerische Colonisations-Gesellschaft Santa Fé* (Memorias y contratos); Zbinden, 1928, 1931.
- p. 125. Citas de Gori: 1947 a, pp. 28 y 29.
p. 126. Sobre "Nueva Basilea": véase Gschwind, 1933, p. 32.
p. 128. Cita de Schuster: II, 1913, p. 214.
p. 129. Cita de Beck: en Gori, 1947 a, p. 33.
pp. 130-131. El relato de Reutemann se halla en Schuster, II, pp. 217-219. Fué publicado primeramente en el "Argentinisches Tageblatt" del 2 de septiembre de 1903.
p. 131. Véase la lista completa de los colonizadores de San Carlos llegados hasta 1860, inclusive, en Gori, 1947 a, pp. 109-111.
p. 132. Bancarrotas de campesinos: en Zbinden, 1931, p. 27.
Antecedentes de los proyectos colonizadores del doctor Joos: Waibel, J. J., *Plan zu einer neuen Aktien-Gesellschaft für schweizerische Ansiedlung in der Provinz Costa Rica, Staat Neu-Granada, Central Amerika*. Basilea, 1832. Sobre el proyecto Joos, véase Karrer, 1886, pp. 54-58.
Gestión del cónsul del Uruguay y Buenos Aires: Bundes-Blatt, 1859 (citado por Zbinden, 1931, p. 38).
p. 133. Anécdota de Schuster: II, pp. 226-227.
p. 140. Cita de Jäggi-Gyger: en Huber, 1931, p. 286.

CAPÍTULO IX

- Bibliografía general:* *Amerikanische Briefe aus der Kolonie Helvetia in Uruguay* (Wirth, 1944 a); Beck, 1872; Berger, 1930; Bodmer, 1945; Chiesa, 1914; Gori, 1948; Häberli 1911; Karrer, 1886; Schuster, II, 1913; *Sociedad Filantrópica Suíza*: Bosquejo histórico (1911); *Sociedad Tiro Suizo de Buenos Aires*: 75 aniversario (1947); Sommer-Geiser, 1861 a, 1861 b; Wildi, 1950; Wirth, 1944 a, 1944 b; Zbinden, 1931.
- p. 142. J. J. von Tschudi: Informes oficiales al Consejo Federal de Suiza, 1860-1861. Posteriormente publicó *Reisen durch Südamerika*, en varios tomos.

¹ Ya en 1932, J. J. Gschwind anunciaba una "Historia de la Colonia San Carlos"; en 1940 se la daba como "de próxima publicación", conteniendo 30 capítulos, 500 páginas y 200 ilustraciones, y abarcando desde 1858 hasta 1908 (dato comunicado por el señor J. de Chambrier). No obstante, por lo que sabemos dicha obra aun no ha sido publicada.

- J. Chr. Heusser: *Die Schweizer auf den Kolonien in St. Paulo in Brasilien. Bericht...* an die Direktion der Polizei des Kantons Zürich. Zurich, 1857.
Cita de la comisión parlamentaria: en Karrer, 1886, p. 59.
- p. 144. Carta de Elías Huber: en Wirth, 1944 a, p. 64.
- p. 145. Censo de 1868: efectuado por el consulado suizo en Montevideo, apareció en el *Bundes-Blatt*, 1868. Reproducido en Zbinden, 1931, p. 125.
- p. 150. Cuadro de Carrasco: reproducido en Grenon, II, p. 15.
Cifra de Zbinden: 1931, p. 41 (en p. 42 dice 5.960). Datos siguientes, de Karrer, 1886, p. 81 c, reproducidos también por Zbinden, p. 42.
- p. 151. Sobre los Tiros Suizos: F. Huber (1931, p. 297) cita un gran *Schützenfest* (Fiesta del Tiro) realizado en Esperanza en el año 1874, en donde participaron tiradores de San Carlos, San Gerónimo, Humboldt, Grütli, Franck, Santa Fe y Rosario, todos con sus respectivas banderas.
Cita: de *Sociedad Tiro Suizo de Buenos Aires* (1947).

CAPÍTULO X

- Bibliografía general:* J. Alemann, 1877; Beck, 1872; Bodmer, 1945; Chiesa, 1914; Haller, 1908; Huber, 1931; Schuster, II, 1913; Weihmüller, 1932; Zbinden, 1928, 1931.
- p. 155. Informe del cónsul: en Zbinden, 1931, p. 50.
Cita de Beck: 1872, pp. 112-113.
- p. 157. Anécdota de M. Alemann: en Schuster, II, 223.
- p. 158. Relato de la expedición de 1883: *ibid.*, pp. 245-255.
Descripciones de Haller: 1908, p. 8 y ss. (Las Toscas); p. 15 y ss. (Florenzia).
- p. 159. Juicio del cónsul: en Karrer, 1886, p. 81 c.

CAPÍTULO XI

- Bibliografía general:* M. Alemann, 1886; P. Alemann, 1945, 1956 a; *Berichte des Bundesrates* (*Bundes-Blatt*), 1886-1892; Chiesa, 1914; Grenon, I-III; Heusser, 1885; Huber, 1931; Peyret, 1889; Schopflocher, 1955; Schuster, I y II, 1913; Wanderer y Clausen, 1908; Zbinden, 1928, 1931.
- p. 161. Estadísticas: Zbinden reproduce (1931, pp. 204-205) las cifras anuales, según los registros argentinos y suizos, desde 1857 a 1930.
- p. 162. Ley de Inmigración y Colonización: Karrer (1886, pp. 306-312) le dedica un amplio comentario.
Cita de Schopflocher: 1955, pp. 72-73.
- p. 163. Cita de Karrer: 1886, p. 81 b.
Cita de Cervera: 1906, p. 69.
- p. 164. Sobre Guillermo Lehmann: Grenon, II, pp. 195-199; "Argentinisches Wochenblatt", 16 de octubre de 1886.
Recuento de 1887: según Grenon, II, pp. 22-24.

- p. 166. Inmigrantes suizos en los Estados Unidos: Zbinden, 1931, p. 57.
- p. 167. Sobre Heusser y Claraz: Schuster, I, pp. 460 y 207; Lütge, etc., 1955, p. 257. Véase Heusser, 1885.
- p. 168. Sobre Moisés Bertoni: Ritter, 1931; Saager, 1941; *Schweizer im Ausland*, (1931), p. 102, entre otros.
- p. 169. Cita de Ritter: 1931, p. 374.
Sobre la participación de los suizos en la revolución de 1893: Wanderer y Clausen, 1908; Schuster, II, pp. 267-269; P. Alemann, 1956 a; R. Alemann, 1953, pp. 23-24.
- p. 171. Protesta de la Sociedad Filantrópica Suiza, y cita: P. Alemann, 1945.

CAPÍTULO XII

- p. 173. Sobre Rengger y Longchamp, v. e. o. Gouzy, 1931, pp. 62-64; Zbinden, 1931, pp. 176-178.
H. Trachsler, *Reise, Schicksal und tragikomische Abenteuer eines Schweizers während eines Aufenthaltes in den verschiedenen Provinzen Südamerikas*, 1828-1835. 2 tomos. Zurich, 1839. Véase Zbinden, 1931, p. 178.
- p. 174. Sobre Carlos Beck-Bernard: Gschwind, 1932; Gori, 1947 a, 1954, 1955 (citas: 1954, p. 16, nota; *ibíd.*, pp. 16 y 17).
Sobre Lina Beck-Bernard, véase Gschwind, 1955; también prólogo del doctor José Luis Busaniche a su traducción de "Cinco años en la Confederación Argentina" (Buenos Aires, 1935).
- p. 175. Sobre Santiago Denner: Grenon, II, pp. 163-165.
Sobre Teófilo Romang: Guala, 1950 c.
Cita de "Echo Suisse": Zbinden, 1931, p. 49, nota 3.
Sobre Theodat Troxler: Schuster, II, p. 237; Zbinden, 1928, p. 14.
- p. 176. Sobre A. Aufranc: Guala, 1951.
Sobre Peter Dürst hay citas en Schuster, II; Lütge, etc., 1955, entre otros. Véase sus "Erlebnisse und Erfahrungen" (ed. Deutscher Lehrerverein), 1913. Otros maestros suizos que actuaron en las colonias fueron Briggen (General Roca, Río Negro), Walker (Marcos Juárez), Lötscher (San Gerónimo Sur), Emil Meyer, Thomann, Zwicky (San Carlos).
Sobre Juan, Moritz y Theodor Alemann: R. Alemann, 1953; Schuster, II, pp. 182-183.
- p. 178. Sobre los Demarchi: *Dictionnaire Historique et Biographique de la Suisse*, t. II (Neuchâtel, 1924), p. 653. Debo al señor de Chambrier la gentileza de su transcripción.
Sobre Santiago Roth: G. Weigelt, 1951. (Véase también Revista del Museo de La Plata, t. XXX, 1927; "Physis", t. VII, 1925).
- p. 180. Sobre Methfessel: menciones en Milcíades A. Vignati, *Aportes iconográficos a usos y costumbres de los indios Caingúá* (Anales del Museo de La Plata, 1953, pp. 7 y 8; A. Rex González, *Las ruinas de Loma Rica y alrededores*, en "Natura", t. I, N° 1 (1954), pp. 77-78; y José León Pagano, *Historia del Arte Argentino*.

CONCLUSIÓN

- p. 181. La de 28.000 inmigrantes suizos para el período 1856-1900 es una *cifra mínima*, siendo la probable cifra verdadera de 30.000 o más. Ello puede deducirse ya del hecho de que la estadística argentina registraba 2.616 suizos entrados entre 1857-1871, mientras que a principios de 1872, Wilcken contaba 5.857 suizos *en las solas provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos*. Si, como parece probable, vivían en 1872 unos 10.000 suizos en toda la república, habría entonces unos 7.000 inmigrantes más de lo registrado. Ello daría, pues, alrededor de *32.000 suizos entrados al país en el período 1856-1900, inclusive*.
- Cifras del censo de 1914: *cit.* según Dickmann, 1946, p. 158.
- p. 182. En 1875 la Argentina deja definitivamente de importar trigo (Schopflocher, 1955, p. 71); el 13 de abril de 1878 hallamos en el "Argentinisches Wochenblatt" una noticia sobre exportación de trigo de Rosario; en 1879, los colonos santafesinos invitan al presidente Avellaneda para visitar las colonias agrícolas y participar de los festejos, lo cual efectúa a fines de ese año, acompañado del gobernador doctor Iriondo. En su mensaje al Congreso, de mayo de 1880, expresó lo siguiente:
- "Los colonos de Santa Fe, entregándose a grandes regocijos, dieron en noviembre pasado una fiesta, que llamaron la fiesta del trabajo, y en la que estuve presente. Festejaban la introducción de cereales en Europa. Y después de tantos años de ausencia, el pan formado por el trigo de sus cosechas, aparecía, por fin, en los lugares de sus nacimientos, penetrando en las cabañas para aliviar el hambre de sus compatriotas, de sus amigos, tal vez de sus hermanos. Quedaba así nuevamente demostrado que el inmigrante, ausentándose para las regiones más lejanas, no rompe ningún vínculo, ni el de la patria, ni el de la sangre; que la vida humana y el trabajo son solidarios en la redondez de la tierra y que la inmigración es útil para el país que la envía y para el país que la recibe." (Reproducido en Gschwind, 1933, p. 34, y en Informe de rensa [Comis. Conm. Esperanza] N° 6.)
- Cifras de tierra cultivada: según Asociación Argentina de Productores Agrícolas, *La Agricultura Argentina*. Necesidades actuales para el aumento de la producción. Buenos Aires, 1955 (folleto), p. 4.
- Cita de Peyret: 1889, t. I, p. 196 (reproducido en Grenon, I, p. 102; también Informe de Prensa N° 6). Véase P. Alemann, 1956 b.

BIBLIOGRAFIA

NOTA: Se detallan todos los libros, artículos o documentos relacionados con el tema del presente trabajo, sin que la lista pretenda ser exhaustiva, ni que todos ellos hayan sido citados. También se incluyen otras obras mencionadas en el curso del mismo. No se incluyen obras generales sobre emigración europea, ni sobre inmigración a la Argentina, salvo pocos casos. Tampoco —excluida alguna excepción, como se verá— las descripciones generales del país o las obras históricas de conjunto sobre la Argentina.

- [ALEMANN, Johann:] 1859, *Die auswanderung nach der Argentinischen Republik in Südamerika*. Von einem Mitglied der bernischen Gemeinnützigen Gesellschaft. Berna. (También en francés.)
- 1865, *Ratgeber für Auswanderer nach Argentinien in Südamerika*. Berna.
- ALEMANN, Juan: 1877, *Bilder aus der Argentinischen Republik*. Buenos Aires.
- 1882, *Neueste Mitteilungen über die Argentinische Republik*. Biel. (También en francés.)
- ALEMANN, Moritz: 1886, *Die Kolonie Tornquist im Distrikt Babia Blanca als Ansiedlungspunkt für schweizerische und deutsche familien*. Ackerbau. Berna.
- 1908., *Die Schweizer am La Plata*. (Conferencia.) Berna.
- ALEMANN, Peter: 1945, *30 años de existencia de la Sociedad Suiza de Beneficencia*. Un aporte a la historia de la colectividad suiza de Buenos Aires. En "Sociedad Suiza de Beneficencia" (Cincuentenario), 13 pp. Buenos Aires.
- 1956, a, *Eine "Revolution der Schweizer" in Argentinien*. En "Argentinisches Tageblatt", Nº 21.557, 20 de febrero de 1956.
- 1956 b, *Nach hundert Jahren: Beitrag der Schweizer zur Entwicklung Argentinien*. En "Le Courrier Suisse", Nº 2.645, 11 de marzo de 1956.
- ALEMANN, Roberto T.: 1953, *75 Jahre "Argentinisches Wochenblatt"*, En "Argentinisches Wochenblatt", Jubiläums-Ausgabe, 2 de marzo de 1953, pp. 11-35.
- ALSINA, Juan A.: 1898, *La inmigración europea en la República Argentina*. Buenos Aires.
- Amerikanische Briefe aus der Kolonie Helvetia in Uruguay*. Juni, 1862. Basilea. (Traducción castellana: véase WIRTH, 1944, a.)
- Antliche Nachweisung für Auswanderer... der Argentinischen Republik in Buenos Aires*. 2ª ed. Berna, 1871.

- Archives de l'État de Berne: *Auswanderung* N° 24, Vermischte Akten 1846-58; Rapport de Sommer-Geiser.
- Auswanderer, lest diese Zeilen, bevor ihr wandert.* 16 pp. Buenos Aires, 1884.
- Auswanderung nach der Argentinischen Republik. Kolonie Alexandra.* Londres (-Ginebra), 1872.
- AUBONE, Guillermo R.: 1955, *La acción agrícola de Sarmiento*. En "La Nación", 4 de septiembre de 1955.
- BADANO, Víctor M.: 1953, *Una colonia fundada por Urquiza hace 100 años*. En "El Litoral", 4 de octubre de 1953.
- X BECK-BERNARD, Carl: 1865, *La République Argentine*. Lausanne, 1865.
- 1868, *Die Argentinische Republik als Auswanderungsziel*. Ein kleines Handbuch für Auswanderer und Kolonisten. Berna.
- 1872, *Die Argentinische Republik*. Ein Handbuch für Auswanderer und Kolonisten. Berna (Buchdruckerei von J. Allemann).
- + BECK-BERNARD, Lina: 1864, *Le Rio Paraná. Cinq années de séjour dans la République Argentine*. Paris. (Traducción castellana por José Luis Busaniche: *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*. Editorial El Ateneo. Buenos Aires, 1935. De aquí son las citas.)
- [1878], *Fleurs des Pampas. Scènes et souvenirs du Désert argentin*. Paris, Neuchâtel, Genève.
- X BENER, Gustav Paul: 1936, *Landwirtschaftliche Kolonisation in Süd-Amerika*. (Dissertation). Chur.
- BERGER, Juan Werner: 1930, *Colonia Suiza a través de 70 años*. Montevideo.
- Berichte des Bundesrates über seine Geschäftsführung* (Schweizerische Bundesblatt), 1848 en adelante. Varios números.
- + BODMER, Walter: 1945, *Immigration et colonisation suisses en Amérique du Sud*. En "Acta Tropica", vol II, N° 4, pp. 289-329. Basilea.
- X *Brief-Auszüge aus Santa Fé*, Erstes Heft, Basilea, 1856. (I).
- II: *Extraits de correspondances des colons de la colonie "Esperanza" [sic], à Santa Fé*. 2^{ème} collection. Public. por el Consulado de la Confederación Argentina en Suiza [1856].
- III: Idem, bilingüe, 3^{ème} collect., noviembre, 1857.
- IV: Idem, bilingüe, 4^{ème} collect., febrero, 1858.
- X *Briefe aus der Colonie San Carlos bei Santa Fé*, gegründet von der Schweizerischen Colonisations-Gesellschaft Santa Fe, Beck, Herzog und Comp. in Basel. 1., 2. und 3. Heft [1859-...]. Basilea. (4^{ème} collection, en francés; ca. 1860).
- CARRASCO, G.: 1882, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe*.
- + CASTELLANOS, Aarón: 1855, *Kurze Betrachtungen über den Rio de la Plata*. 80 pp. Basilea. (Hay también versión francesa.)
- 1877, *Colonización en Santa Fe y Entre Ríos y el Ferro-Carril de Rosario a Córdoba*. Rosario. Reproducido en el tomo IV de "La ciudad de Esperanza", del P. Grenon (1948); de aquí son las citas.
- X CERVERA, Manuel M.: 1906, *Colonización Argentina: Fundación de Esperanza*. Bo-ceto histórico. Ed. Municipalidad de Esperanza. 1856-1906.
- + CHAMBRIER, Jacques de: 1939 a, *Emigrants d'autrefois. Soldats suisses en Espagne et*

en Argentine. En "Le Mois Suisse", año I, N° 5, pp. 111-117. Montreux, agosto de 1939.

— 1939, b, *Emigrants Suisses en Amérique du Sud depuis le XIX^{ème} siècle*. En "Le Mois Suisse", año I, N° 9, pp. 62-78. Montreux, diciembre de 1939.

CHIESA, Basilio: 1914, *Album Gráfico Suizo-Argentino*. Buenos Aires.

COMETTA MANZONI, B.: 1938, *Suizos en la República Argentina*. En "Almanaco Ticinese", p. 109. Buenos Aires, 1938,

COMISIÓN CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO DE ESPERANZA: *Informes de Prensa*. N° 1: Concepción, fundación y población de la Colonia (21 de diciembre de 1955).

N° 2: Transcripciones del periódico "El Orden"; Bibliografía (30 de enero de 1956).

N° 3: Transcripciones de los periódicos "El Nacional" y "El Nacional Argentino" (con la "Circular" de Vanderest). (15 de febrero de 1956.)

N° 4: Transcripciones de "El Nacional Argentino", incluyendo cartas de A. Castellanos (15 de marzo de 1956).

N° 5: Diversos textos (16 de abril de 1956).

N° 6: Diversos juicios sobre Esperanza (15 de mayo de 1956).

DENGLER, Adolf: 1849, *Soll ich auswandern?* Zürich.

DICKMANN, Enrique: 1946, *Población e inmigración*. Buenos Aires.

† Die Argentinische Republik und die Kolonie von Herrn Castellanos in der Provinz Santa Fé. Erwiderung auf die von der Expedition des "Colonisten" in Lichtensteig veröffentlichten Entstellung derselben. Basilea, 1855. [Ed. p. Hauenstein, Beck & Herzog.]

Die Argentinische Republik. Nachweisungen für Auswanderer. Von Antwerpen nach Buenos Aires mittelst Dampfschiffe der Gesellschaft des Norddeutschen Lloyd in Bremen. 16 pp. Berna, 1878.

* Die Auswanderung nach Santa Fé im argentinischen Staatenbunde. Eine kurze, aber getreue Darstellung der Verhältnisse dieses Landes und der Aussichten, welche dem schweiz. Ansiedler dort warten. Ed. J. M. Wälle. Liechtensteig, 1855.

Die Kolonien in Argentinien (La Plata). Von einem dortigen Ansiedler. S. A. aus der Allgemeinen Auswanderungs-Zeitung. Rudolstadt, 1862.

Die überseeische Auswanderung aus der Schweiz, nach den Mitteilungen der Schweizerischen Auswanderungsagenturen zusammengestellt vom eidg. Auswanderungsamt. (Anual: "Schweizerisches Bundes-Blatt"). Berna.

DINGELSTADT, Victor: 1909, *The Swiss abroad*. Reprod. de "The Scottish Geographical Magazine", March 1909, pp. 126-137. Edinburgh.

DREIFÜSS, J.: 1889, *Wie man anderswo über die Auswanderung nach Argentinien denkt*. En "Basler Nachrichten", 2 de mayo de 1889. Basilea.

† — 1890, *Ueber Argentinien*. Gegen die Propaganda zu Gunsten der Auswanderung nach Argentinien. *Ibid.*, N° 220, 15 de agosto de 1890.

† — 1903, *Die Einwanderungspolitik der Vereinigten Staaten von Amerika und ihre Beziehung zur Auswanderung aus der Schweiz*. (Conferencia.) Separata de "Schweiz. Blätter für Wirtschafts- und Socialpolitik", Heft, 15, 17 y 19, año XI. Berna.

El camino de Esperanza. Artículo reproducido del "Noticioso del Club Social Aarón Castellanos" en "Helvetia", pp. 12-14. Noviembre-diciembre de 1955.

"El Campo", 8 de septiembre de 1936. Esperanza.

"El Colono", 7 de septiembre de 1939. Esperanza.

— 7 de septiembre de 1950.

"El Colono del Oeste", año II, N° 87, 9 de noviembre de 1879. Esperanza.

"El Cosmopolita", varios números (entre el 3 de febrero y el 17 de octubre de 1865): crónicas reproducidas en el "Boletín de la Sociedad Rural de Las Colonias", año II, N° 20 (octubre de 1950), bajo el título *Contribuyendo a la historia de Esperanza*".

"El Ferrocarril", N° 411, 25-26 de julio de 1864, Rosario; crónica reproducida en el boletín citado, año II, N° 19, septiembre de 1950, bajo el título *Espigando en el tiempo*.

"El Momento", 9 de septiembre de 1939. Esperanza.

ESLA, Constantino del: 1956, *Esperanza*. En "La Nación", 29 de enero de 1956.

Extraits de correspondances des colons de la colonie "Esperanza"...: véase *Brief-Auszüge aus Santa Fé*.

FERENCZI, Imre: 1930, *Kontinentale Wanderungen und die Annäherung der Völker*. Ein geschichtlicher Ueberblick. (Kieler Vorträge, Heft, 32). Jena.

[FREY, Emilio]: 1907, *Baradero, primera colonia agrícola de extranjeros en la República Argentina*. En "El Tribuno", año I, N° 56, 3 de febrero de 1907. Baradero.

GABARRET, Adolphe: *Discours prononcé par M. le Juge de Paix A. G. dans l'acte d'installation du Conseil Municipal* (Esperanza, 1861). Copia mecanografiada, extraída de los Archivos de la Municipalidad de Esperanza.

✧ GARCÍA, J.: *Las Colonias de Santa Fe en 1881*. "Bol. del Instituto Geográfico Argentino", t. II, N° 7. Buenos Aires.

✧ GFELLER, Jules: 1888, *Étude économique sur la République Argentine au point de vue spécial des intérêts suisses*. En "Schweiz. Zeitschrift für Statistik", t. XXIV, pp. 56-101. Berna.

✧ GORI, Gastón [pseud.]: 1947 a, *Colonización suiza en Argentina. Colonizadores de San Carlos hasta 1860*. Santa Fe.

✧ — 1947, b, *El indio, el criollo, el gringo, en las colonias del Oeste santafesino*. En "Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales", año II, N° 2, agosto de 1947, pp. 87-108. Santa Fe.

✧ — 1948, *Colonización. Estudio histórico y social de la Colonia Humboldt*. Santa Fe.

— 1951, *Fundación de la Colonia Esperanza: 8 de septiembre de 1855*. En "Noticioso del Club Social Aarón Castellanos", año 3, N° 30, septiembre de 1951. Esperanza.

✧ — 1954, *Familias colonizadoras. Los apuntes de Carlos Beck Bernard, 1859-61*. Santa Fe.

— 1955, *Los apuntes de Carlos Beck Bernard*. En "El Litoral", 30 de enero de 1955. Santa Fe. (Escrito erróneamente "Los asuntos...").

GÇUZY, René: 1931, *Schweizer als Forschungsreisenden, Globetrotters und Abenteuerer*. En "Schweizer im Ausland", pp. 56-78. Ginebra.

GRATTAROLA, LÁZARO B.: 1945, *Fundación de la ciudad de Esperanza*. (Conferencia). Santa Fe.

GREGER, José: 1882, *Ueber Auswanderung. Die Provinz Buenos Aires in der Argentinischen Republik*. Basilea.

— 1883, *Die Republik Argentinien, oder nach Südamerika, nach Argentinien*. Ein Wegweiser... Basilea.

— 100 Briefe von nach Argentinien Ausgewanderten. Basilea (s.a.).

GRENON, Pedro (P.): 1939-1948, *La ciudad de Esperanza (provincia de Santa Fe)*. Historia documentada e ilustrada, 4 tomos. Córdoba.

T. I. (1939) y II (1945): Historia y vida de Esperanza; episodios, biografías, etc.

T. III (1947) Bibliografía (selección de textos antiguos referentes a Esperanza).

T. IV (1948) Continuación: se reproduce en él el opúsculo de 130 páginas escrito en 1876 por Aarón Castellanos, y publicado al año siguiente en Rosario (véase CASTELLANOS, 1877). De aquí son las citas.

GSCHWIND, Juan Jorge: 1932, *Carlos Beck Bernard. Su contribución al progreso de la colonización agrícola argentina*. (Conferencia). Rosario, 1952. (Reproducido en "Universidad", t. VII, 1945).

— 1933, *En el 75º aniversario de la fundación de la colonia San Carlos, 1858-1933*. (Discurso y conferencia). San Carlos Centro.

— 1935, *La obra literaria y social de Lina Beck Bernard*. Rosario.

GUALA, Pío Jacinto: 1950 a, *Una carta* (publicada en el "Boletín de la Sociedad Rural de Las Colonias", año II, Nº 19, septiembre de 1950 (p. 5).

— 1950 b, *La primera manteca consumida en Santa Fe procedía de Esperanza*. *Ibid.*, A. II, Nº 20, octubre de 1950 (p. 4).

— 1950 c, *Contribuyendo a la historia de la colonización. El primer colonizador salido de Esperanza fué el doctor Teófilo Rohmang*. *Ibid.*, A. II, Nº 22, diciembre de 1950 (p. 2).

— 1951, *Contribuyendo a la historia de la colonización. Don Amado Aufranc, todo un hombre*. *Ibid.*, A. III, Nº 25, marzo de 1951 (p. 2).

GUEVARA, Jean C. de: 1914, *L'immigration italienne dans la République Argentine*. Fribourg.

HÄBERLI, Jakob: 1911, *Die Schweizerkolonie Neu-Helvetia in Uruguay*. Ein Gedenkblatt zum 50. Jahrestag ihrer Gründung. 40 pp. Buenos Aires.

HALLER, Fritz: 1908, *Drei Jahre in Süd-Amerika, 1884-1887*. Erlebnisse eines Berners in der Argentinischen Republik. 128 pp. Berna (1ª ed., 1890).

HÄNGGI, Johann, 1852, *Der schweizerische Auswanderer nach Amerika*. (Ueber die "sicherste und wohltheilste"... Art... nach Amerika zu gelangen .., etc.) Solothurn.

HEER DE BEAUGÉ, Isabel: 1945, *Peter Zimmermann. El drama de un fundador de Esperanza*. (Novela.) Santa Fe.

HEUSSER, Johann Christian: 1885, *Drei Aufsätze betreffend die europäische Auswanderung nach den argentinischen Provinzen Buenos Aires, Santa Fé und Entreríos*. Zürich.

HUBER, Fritz: 1926, *Aus der Geschichte des Gesangsvereins "Harmonie" in San Carlos Sud*. 1876-1926. IV + 48 pp. Buenos Aires.

- 1930-31, *Die Gründung der Schweizerkolonie San Carlos Sud*. En "Ech Suisse", diciembre 1930 y enero 1931.
- 1931, *Schweizer Bauernkolonien in Argentinien*. En "Schweizer im Ausland", pp 282-297. Ginebra.

○ HÜRLIMANN, Walter: 1918, *Die Schweizerische Auswanderung und ihre Gesetzgebung*. (Dissert. Univ. Zürich.) Zurich.

HUTCHINSON, Thomas, 1866, *Buenos Aires y otras provincias argentinas*. Buenos Aires. (Citas de GRENON, III.)

Inmigración en la Argentina en 80 años, 1857-1937. En "Anuario «La Razón»", 1939, pp. 27 y ss.

INSTITUTO AGRARIO ARGENTINO: 1939, *Reseña general... del partido y ciudad de Baradero*. Buenos Aires.

- 1947, *Reseña general, histórica, geográfica y económica de la ciudad de Esperanza y del Departamento Las Colonias*. "Reseñas", año VII, N° 44. Buenos Aires.

JÄGGI-GYGER, Fr.: 1869, *Traité et solution de la question d'émigration*. Dedié a son Excellence Dr. D. Faustino Sarmiento, président de la République Argentine. Buenos Aires. (De "Journal Allemand".)

- 1872, *Vorläufige kurze Berichterstattung und offene Erklärung des Ex-Abgeordneten des schweizerischen Auswanderungsvereins nach den La-Plata-Staaten*. En "Intelligenzblatt", t. 39, N° 148, p. 155. Berna.

- 1873, *Warnung für Auswanderungslustige nach Argentinien*. En "Intelligenzblatt", t. 40, Nos. 77, 82, 108. Berna.

- 1875, *Der Freund der Auswanderer. Argentinische Zustände*. Der schweiz. Gemeinnützigen Gesellschaft gewidmet. Berna.

× JEANNERET, Georges: 1900, *Séjour d'un Suisse dans la République Argentine*, rédigé par G. J. d'après les notes et documents fournis par Emilio Gascard. 75 pp. La Chaux de Fonds.

Joos, Wilhelm: 1862 a, *Ueber Schutzaufsicht, Organisation und Leitung der schweizerischen Auswanderung*. 3ª ed. Schaffhausen.

- 1862 b, *Die schweizerische Auswanderung*. Offenes Sendschreiben an die Schweiz. Gemeinnützige Gesellschaft. 2ª ed. Schaffhausen.

- 1899, *Einige Gedanken über kolonisatorische Auswanderung*. Zürich.

KARRER, L.: 1886, *Das schweizerische Auswanderungswesen und die Revision und Vollziehung des Bundesgesetzes betr. den Geschäftsbetrieb von Auswanderungsagenturen*. Bericht im Auftrag des schweiz. Handels- und Landwirtschaftsdepartementes. Berna. (Trad. francesa: *L'émigration suisse...*, 1887).

▷ KELLER, Gottfried: 1936, *Das Auswanderungsproblem in der Schweiz*. Rorschach. *Kolonie Tornquist, Argentinien*. Korrespondenzblatt, 19-20 mayo de 1886, del "Winterthurer Landbote", Nos. 117-118.

La celebración de Baradero. "La Nación", editorial del 29 de enero de 1956.

× *La obra cultural de las colonias suizas*. En "Helvetia", N° 23, octubre de 1937.

La República Argentina; sus colonias agrícolas, ferrocarriles, etc., por la Comisión de Inmigración de Buenos Aires. 68 pp. Buenos Aires, 1866.

- LATINO, Aníbal: 1910, *La inmigración y su influencia en los destinos de la República Argentina*. "La Nación", p. 123. Buenos Aires.
- LATZINA, Franz: 1883, *Die Argentinische Republik als Ziel der Europäischen Auswanderung*. Buenos Aires.
- LEHMANN, B.: 1889, *Die Rechtsverhältnisse der Fremden in Argentinien*. Buenos Aires.
- [LEHMANN, Wilhelm]: 1876, *Der Freund des Auswanderers. Argentinische Zustände*. Ein unbefangenes Urtheil vom Ehren-Räuber, Hauptmann Fr. Jäggi-Gyger, abgesetzter Abgeordneter des schweizerischen Auswanderungs-Vereins, dem, beleuchtet und mit der Photographie illustriert, bei dieser Gelegenheit heimgeleuchtet wird nach Bern. 54 pp.
- (Lehmann): *Wilhelm Lehmann*. "Argentinisches Wochenblatt", 16 de octubre de 1886 (artículo necrológico).
- LEHMANN, Sylvia: 1949, *Grundzüge der schweizerischen Auswanderungspolitik*. (Dissert.) Berna.
- LESTARD, Gastón H.: 1927, (Sobre Aarón Castellanos), en "La Nación", suplemento del 10 de abril de 1927.
- LINIGER, Hans: 1948, *Schweizerische Auswanderung in Vergangenheit und Zukunft*. Berichte aus 5 Erdteilen, gesammelt von H. L. Tomo I: *Das Grundsätzliche*. Lucerna.
- LOBSIGER, Georges: 1946, *L'émigration de Suisse pour outremer de 1887 à 1938*. En "Globe", Nº 85. 32 pp. Ginebra. △
- LONFAT, Germain: 1879, *Les colonies agricoles de la République Argentine décrites après cinq années de séjour*. Lausanne. X
- LÜTGE, W., HOFFMANN, W., y KÖRNER, K. W.: 1955, *Geschichte des Deutschthums in Argentinien*. Ed. Deutscher Klub in Buenos Aires.
- MACCHI, Manuel E.: 1949, *Urquiza colonizador. La Colonia San José. Fundación de la ciudad de Colón*. Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Palacio San José. Serie III, Nº 3. Buenos Aires. X
- MASSIO, Roger: 1935, *Les Haut-Pyreneens et l'Amérique Latine. Colonisation en République Argentine et en Uruguay: extinction du pauperisme en Bigorre*. En "Revista de Historia de América", Nº 40, pp. 594-599, diciembre de 1955.
- MIATELLO, Hugo (h): 1939, *La colonización agrícola en la Argentina*. Hace 83 años se inició en la Colonia Esperanza. En "Anales de la Sociedad Rural Argentina" vol. LXXIII, Nº 5, mayo de 1939, pp. 423-439. Buenos Aires.
- MOLINAS, Florencio T.: 1910, *La colonización argentina y las industrias agropecuarias*. 1810-1910. Buenos Aires.
- MÖHR, Jacob, 1906, *Auswanderungsziele*. 28 pp. (Separata de "Monatsschrift für Christliche Sozialreform".) Zürich.
- 1909, *Auswanderung, deren Ursachen u. Ziele, u. Fortkommen der Auswanderer*. Ibid. (Dezemberheft), 17 pp. (Basilea.)
- MOUSSY, Martin de: 1860-1864, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*. 3 vols. París.
- MÜLLER, Hans Richard, 1937, *Schweizer im Ausland*. Separata de "Confoederatio Helvetica. Die vielgestaltige Schweiz". 30 pp. Zurich.
- MUNICIPALIDAD DE ESPERANZA: *Digesto Municipal*. (1955.)

Neuestes aus Argentinien. Korrespondenz. "Allgemeine Schweizerzeitung", 12 de febrero y 16 de marzo de 1889.

Notes et renseignements à l'usage de l'émigrant à La Plata. (République Argentine, Concession de terrains nationaux). 20 pp. París, 1886.

ORIONE, Francisco: *La colonización en la República Argentina*. En "Revista Argentina de Ciencias Políticas", t. XV, p. 574 y ss. Buenos Aires.

OROÑO, Nicasio: 1869, *Consideraciones sobre fronteras y colonias*.

OTT, Adolf: 1882, *Der Führer nach Amerika*. Ein Reisebegleiter und geographisches Handbuch, enthaltend Schilderungen über die U.S.A., Kanada, Argentinien, Chile, usw. Mit Originalberichten aus 30 Ansiedlungen. Basilea.

✓ PERKINS, Guillermo: 1864, *Las colonias de Santa Fe; su progreso (y) actual situación*. Con observaciones generales sobre la emigración a la República Argentina. Rosario de Santa Fe. (Partes relativas a Esperanza, reproducidas en GRENON, III; de aquí son las citas.) Hay también versión inglesa.

✓ PEYRET, Alejo: 1889, *Una visita a las colonias de la República Argentina*. 2 tomos. Buenos Aires.

RATZEL, Friedrich: 1899, *Anthropogeographie*. Primer tomo, 2ª ed. Munich. (Citas de la traducción italiana: *Geografía del Uomo*. Turín, 1914.)

RAZORI, Amílcar: 1945, *Historia de la ciudad argentina*. 3 tomos. Buenos Aires. (Véase la bibliografía contenida en el t. III, notas 21-33 del capítulo "Colonización agrícola", pp. 453 y ss.)

✕ *Reise eines schweizerischen Auswanderers nach Santa Fé und zurück*. Andern zur Lehre und Warnung von ihm selbst geschrieben. Aarau, 1865. (Véase Apéndice VII.)

ITTER, Rodolfo: 1931, *Bajo la emoción profunda del recuerdo*. En "Revista Agropecuaria y de Industrias Rurales", año II, Nº 12, pp. 373-376. Asunción.

SAAGER, Adolf: 1941, *Mosé Bertoni*. Ein tessiner Forscher und Pionier im südamerikanischen Urwald. "Gute Schriften", Nº 210. Basilea.

SAGASTUME, José Pío: 1916, *La inmigración. Su influencia en el país*. La Plata. (La inmigración suiza, pp. 129-132.)

✕ *San Gerónimo Norte* (Fundación de). Apunte en base a datos extraídos de la Municipalidad de S. G. N. por la señora Carmen Kuchen de Beltramo. (Copia mecanografiada.)

SARMIENTO, Domingo Faustino: 1845, *Facundo, o Civilización y barbarie*. (Citas de la colección Clásicos Americanos. Ed. Molino. Buenos Aires, 1943.) — *Inmigración y colonización*. (Obras completas, t. XXIII.)

SCHERER, Alfonso: 1945, *Die Schweiz u. die Auswanderung nach Südamerika*. (10 hojas mimeografiadas.) Zürich.

SCHILDKNECHT, Juan G.: 1949, *Reminiscencias de una "Revolución Suiza" en San Gerónimo (Santa Fe)*. En "Helvetia", agosto de 1949, pp. 95-98. Buenos Aires.

SCHOPFLOCHER, Roberto: 1955, *Historia de la colonización agrícola en Argentina*. Buenos Aires.

▷ SCHUSTER, Adolf N.: 1913, *Argentinien*. Land, Volk, Wirtschaftsleben und Kolonisation. 2 tomos. Diessen vor München.

Schweizerische Colonisations-Gesellschaft Santa Fe, in Basel. Memorias anuales y balances 1859-1900 (balance final, 1903). El legajo incluye también el "Project zur Gründung von Schweizer-Colonien in der Argentinischen Republik", y un formulario del contrato de colonización. (Se halla en la Biblioteca Nacional Suiza, Berna).

— *Statuten.* (Folleto, 1858.)

Schweizer im Ausland. Von ihrem Leben und Wirken in aller Welt. Ed. por la "Neue Helvetische Gesellschaft" y la "Auslandsschweizer-Kommission", dirigido por el doctor Arnold Lätt. Ginebra, 1931.

SCHWARZ, Fritz: 1931, *Segen und Fluch des Geldes in der Geschichte der Völker.* Tomo I (2ª edición).

SEGESSER, Friedrich: 1876, *Argentinien; seine Kolonien und die deutsche Einwanderung.* St. Gallen.

SIERRA, Vicente D.: 1944, *Los jesuitas germanos en la conquista espiritual de Hispanoamérica.* Buenos Aires.

Sociedad Filantrópica Suiza: Bosquejo histórico. 1861-1911. Buenos Aires.

Sociedad Suiza de Gimnasia de Buenos Aires: 50 aniversario, 1885-1935. 102 pp. Buenos Aires.

Sociedad Tiro Suizo de Buenos Aires. 75 aniversario. Buenos Aires, 1947.

SOMMER-GEISER, Jakob: 1857, *Santa Fé und seine Verhältnisse und Aussichten für die schweizerische Auswanderung.* Bericht über die Reise nach Santa Fé u. über die datigen (sic) Verhältnisse rücksichtlich schweiz. Auswanderung. Mit Karten, Plänen u. Abbildungen, gesammelt durch den bernischen Abgeordneten S.-G. vom 23 mai bis 10. November 1856. 164 pp. Berna.

— 1861 a, *Lebensbilder aus dem Staate Uruguay...* Basilea.

— 1861 b, *Neuere Berichte über die schweizerischen Ackerbau-Kolonien in Uruguay,* unternommen von dem Bankhaus Siegrist & Fender in Basel nach anleitung des Herrn Sommer-Geiser. Basilea. (Existen también *Berichte...*, 1861, y *Neueste Berichte,* s/a.)

Ueber den Landbau und Ertrag der Erzeugnisse in den Colonien der HH. Beck & Herzog in Basel, bei Santa Fé in Argentinien. Basilea, 1857 (folleto).

Unsere Landsleute in Argentinien. "Zürcher Freitagszeitung", N° 49. Zürich, 1893.

VIENNY, Francisco: 1951, *La Colonia Suiza de Baradero.* "La Nación", 3 de febrero de 1951.

WANDERER, Moritz, u. CLAUSEN, José: 1908, *Schweizer in Argentinien. Der Aufstand in der Provinz Santa Fé vom Jahre 1892-93.* Unter spezieller Rücksicht der Walliser Kolonien. IV + 60 pp. Brig.

WEIGELT, Gertrud: 1951, *Santiago Roth, 1850-1924.* Ein Berner als wissenschaftlicher Pionier in Südamerika. En "Berner Zeitschrift für Geschichte und Heimatkunde", 1951, 1, pp. 19-39. Berna.

WEIHMÜLLER, L.: 1932, *Erinnerungen an die Gründungszeit der Schweizerkolonien an der argentinischen Zentralbahn.* En "Echo Suisse", noviembre de 1932.

WILCKEN, Guillermo: 1873, *Las Colonias.* Informe sobre el estado actual..., presentado a la Comisión Central de Inmigración. Buenos Aires.

WILDt, Paul: 1950, *Colonia Suiza.* Eindrücke von einer Predigtreise nach Uruguay. En "Der Kirchenbote", a. II, N° 8. Buenos Aires.

- 1953, *Evangelische Schweizer in Argentinien*. Idem, a. V, N° 16.
- WILLI, S.: 1931, 75^a *anniversaire de la Colonie Suisse de Baradero*. En "Le Courrier Suisse du Río de la Plata", 24 de enero de 1931. Buenos Aires.
- WIRTH, Juan Carlos F.: 1944 a, *Colonia Suiza hace ochenta años*. Montevideo. (Traducción castellana de los "Amerikanische Briefe aus der Kolonia Helvetia in Uruguay".)
- 1944 b, *Historia de la Iglesia Evangélica de Nueva Helvecia, 1862-1944*.
- ZBINDEN, Karl: 1928, *Luzernische Auswanderung. III. Teil: Die Luzerner in Argentinien*. 34 pp. (Separata de "Die Zeitglocke", Beilage zum "Luzerner Tagblatt".) Lucerna.
- 1931, *Die schweizerische Auswanderung nach Argentinien, Uruguay, Chile und Paraguay*. (Dissertation.) Affoltern a. A.
- ZEBALLOS, Estanislao: 1881, *Descripción amena de la República Argentina*. Buenos Aires.

Periódicos

- "Argentinisches Wochenblatt". (Buenos Aires).
- "Argentinisches Tageblatt". (Buenos Aires).
- "Le Courrier Suisse". (Buenos Aires).
- "Helvetia". (Buenos Aires).
- "Echo Suisse-Schweizerecho", (Olten).
- "El Suizo-Argentino". (Solothurn, 1903-1917).
- "Bundes-Blatt der schweizerischen Eidgenossenschaft" (1849 en adelante). (Berna).
- "Le Mois Suisse". (Montreux).
- "Cronaca Ticinese". (Buenos Aires).

INDICE DE ILUSTRACIONES

- FIGURA 1.—Principales colonias de predominio suizo fundadas entre 1856 y 1896 *Frente a portada*
- FIGURA 2.—Aarón Castellanos (1799-1880) *Frente a pág. 32*
- FIGURA 3.—Pasaporte otorgado a uno de los fundadores para trasladarse de Buenos Aires al Baradero *Frente a pág. 33*
- FIGURA 4.—Una página de "Der Kolonist", semanario suizo adverso a la emigración hacia Santa Fe *Frente a pág. 48*
- FIGURA 5.—Viviendas ocupadas por los primeros colonos llegados a Esperanza *Frente a pág. 49*
- FIGURA 6.—Acta de instalación del primer Concejo Municipal de Esperanza (26 de mayo de 1861) *Pág. 87*
- FIGURA 7.—Plano catastral de los alrededores de Santa Fe, donde se indican los terrenos cedidos a Beck y Herzog *Págs. 120-121*
- FIGURA 8.—Lista manuscrita de los colonos de San Carlos, con los tercios de cosecha entregados (1864) *Págs. 136-137*
- FIGURA 9.—Primera página del "Proyecto para la fundación de colonias suizas en la República Argentina" de Beck y Herzog (1858) *Frente a pág. 144*
- FIGURA 10.—Balsa que hacía el cruce del río Salado *Frente a pág. 145*
- FIGURA 11.—"El Colono del Oeste", semanario fundado en Esperanza en 1878 por don Guillermo Lehmann *Frente a pág. 145*
- FIGURA 12.—Carta de ciudadanía de Vicente Jeannot (1898) *Frente a pág. 160*
- FIGURA 13.—Esperanza en la actualidad *Frente a pág. 161*
- FIGURA 14.—Escudo de la ciudad de Esperanza *Pág. 183*

ÍNDICE GENERAL

	PÁG.
NOTA PRELIMINAR	7
PRÓLOGO DEL AUTOR	9

INTRODUCCIÓN

Algunas consideraciones sobre migración, en especial de Europa a América. Antecedentes y caracteres generales de la emigración suiza antes de mediados del siglo XIX	13
--	----

CAPÍTULO I

Primeros comienzos de la inmigración suiza al Río de la Plata. Estado de Suiza y de la Argentina hacia 1850	21
---	----

CAPÍTULO II

Los precursores inmediatos. Preliminares de la fundación de Esperanza . . .	33
---	----

CAPÍTULO III

La propaganda de Castellanos en Europa. Fruto indirecto de la misma: la "Colonia Suiza" de Baradero (Provincia de Buenos Aires)	47
---	----

CAPÍTULO IV

La "abuela de colonias": Esperanza. Viaje de los colonos fundadores . . .	61
---	----

CAPÍTULO V

Instalación y primeros años de la colonia Esperanza	77
---	----

CAPÍTULO VI

La colonia San José (Entre Ríos)	97
--	----

CAPÍTULO VII

San Gerónimo Norte. Preliminares de la fundación de San Carlos	111
--	-----

CAPÍTULO VIII

Fundación de San Carlos (continuación)	125
--	-----

CAPÍTULO IX

Colonias posteriores a 1860 (-1875). Nueva Helvecia (Uruguay). Inmigración. urbana	141
---	-----

CAPÍTULO X

Dos nuevos grupos de colonias suizas en la provincia de Santa Fe: el Ferro- carril Central Argentino y el extremo N. E.	153
--	-----

CAPÍTULO XI

Colonización suiza posterior a 1875. Estado de las colonias al finalizar el si- glo. Breve revista de la inmigración urbana en dicho período	161
---	-----

CAPÍTULO XII

Suizos de actuación prominente en la Argentina en la segunda mitad del si- glo XIX	173
CONCLUSIÓN	181
APÉNDICE DOCUMENTAL	187
NOTAS	205
BIBLIOGRAFÍA	217
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	227

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 6 DE MAYO DE 1957, EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. R. L.
LUCA 2223, BUENOS AIRES